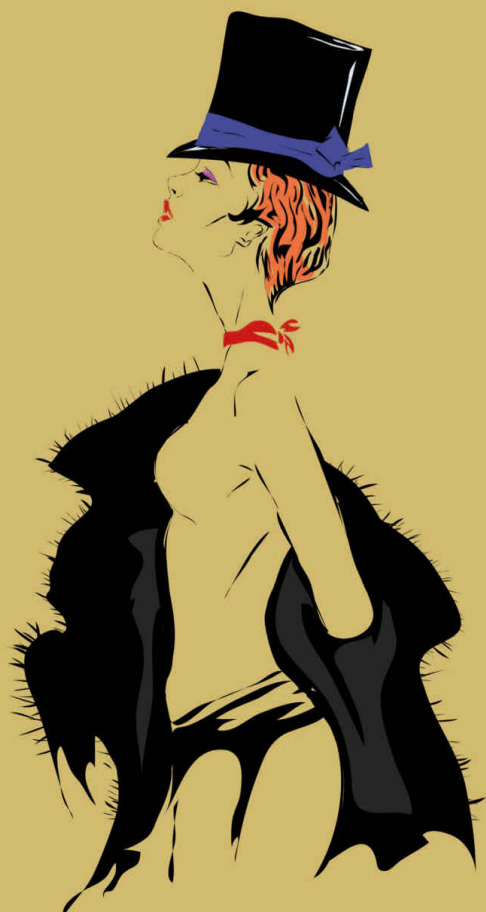
139

ALREVÉS

La cuarta chica por la izquierda

ANDREU MARTÍN



Andreu Martín (Barcelona, 1949) es escritor especializado en novela negra y policíaca desde que en 1979 publicó *Aprende y calla* . En 1980 recibió el premio Círculo del Crimen por *Prótesis* . Posteriormente, ha escrito numerosas obras del género que han sido galardonadas, como *Si es o no es* (con el Deutsche Krimi Preis International a la mejor novela policíaca publicada en Alemania), *Barcelona connection* y *El hombre de la navaja* (las dos con premios Hammett), *Bellísimas personas* (que, además del Hammett, también obtuvo el premio Ateneo de Sevilla) o *De todo corazón* (premio Alfons el Magnànim). Además, ha recibido el prestigioso premio Pepe Carvalho, en el festival BCNegra, que galardona toda una trayectoria. Ha escrito también género erótico y novela infantil, donde, juntamente con Jaume Ribera, ha creado el personaje de Flanagan, cuya primera novela, *No pidas sardinas fuera de temporada* , recibió el Premio Nacional de Literatura Juvenil. *El Harén del Tibidabo* (2018), *Todos te recordarán* (2019), *La favorita del Harén* (2020) y *Vais a decir que estoy loco* (2021) han sido sus últimas novelas publicadas en Alrevés.

Primera Guerra Mundial. Mientras las principales ciudades europeas se desangran en el conflicto, Barcelona es una de las grandes perlas del Mediterráneo. A pesar de su condición de territorio neutral, nadie ignora que en la costa hay puertos donde proveerse ilegalmente de combustible y víveres, con el beneplácito de las autoridades locales, y que en el cabo de Ixent llegan submarinos alemanes donde se cuecen todo tipo de intereses y conflictos con servicios secretos, agentes dobles y espías de ambos bandos.

En el centro neurálgico de esta Barcelona en plena ebullición urbanística, con el ruido de las calles, el fragor de los bares, el juego del casino y los espectáculos nocturnos, llega Amadeu, un muchacho de pueblo, que busca una bailarina con quien su padre había vivido una extraña aventura. Solo tiene una pista: es la cuarta chica por la izquierda de una fotografía que guarda en el bolsillo de la chaqueta. Enseguida descubre que se llama Amanda Rogent y que se exhibe en el Moulin Rouge: toda una vedet a quien le encanta escandalizar. Amadeu necesita encontrar respuestas, pero descubrir la verdad no siempre es lo mejor que te puede ocurrir…

Después de títulos como *El Harén del Tibidabo* , *Todos te recordarán* , *La favorita del Harén* y *Vais a decir que estoy loco* , Andreu Martín vuelve a Alrevés con una novela retrospectiva, ambientada en la excitante Barcelona de las primeras décadas del siglo XX.

La cuarta chica por la izquierda

La cuarta chica por la izquierda

ANDREU MARTÍN

ALREVÉS
BARCELONA-2022

Primera edición: enero del 2023

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
C/ València, 241, 4.º
08007 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© 2023, Andreu Martín
© de la presente edición, 2023, Editorial Alrevés, S. L.

ISBN: 978-84-18584-95-4
Código IBIC: FF
Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Dedico este libro a mi musa, presencia imprescindible en mi vida,
Rosamaría, porque hace demasiado tiempo que no le dedicaba,
explícitamente, ningún libro.
Es un placer vivir contigo.

NOTA DEL EDITOR

La toponimia urbana de la ciudad de Barcelona y alrededores ha cambiado significativamente en el transcurso de los años, y el hecho de que la trama de la novela transcurra a principios del siglo XX , hace que en este libro la denominación de las calles, pasajes, paseos y plazas, así como los nombres de edificios e instituciones importantes de la ciudad e incluso algunas poblaciones catalanas, se haya modificado en este sentido para casarlo con la realidad del momento y darle el sentido histórico que se merece.

NOTA DEL AUTOR

Aunque esta no pretende ser una novela histórica, sí que está basada en hechos reales —como todas las novelas del mundo, por otra parte—. Es verdad que entre 1914 y 1918 hubo una guerra espantosa en Europa, y que España fingía ser neutral mientras trampeaba con unos y otros con esa proverbial y tradicional tendencia picaresca que la caracteriza, y que en Barcelona reinaba la espionitis, que decían que si pegabas un puntapié a un árbol caían diez o doce agentes secretos; y es cierto que tuvimos en Barcelona a un espía francés que se hacía llamar Caramba, y que en Madrid hubo una espía doble que se llamaba Marthe Richard y la conocían como Alouette, y otro espía denominado Joseph Crozier a quien llamaban *officier* Fregoli, por su habilidad en disfraces y transformaciones, y que el maestro de espías alemán Wilhelm Canaris anduvo por toda España haciéndose pasar por un uruguayo de apellido Rojas. Pero esta es una obra de ficción donde precisamente trato de poner en cuestión la verdad y la realidad.

1

HOMBRE LÍQUIDO

El pulgar acciona el percutor del revólver Star con ruido de engranaje oculto y la boca del arma besa la sien de Caracaballo, que no dice nada, no dice nada, no dice nada, solo cierra los ojos con fuerza.

El inspector Villadiego se ríe. Siempre se ríe, no para de reír con ojillos chispeantes, maravillados al comprobar que nadie le ve la gracia a lo que a él le parece tan hilarante. Balbucea con las sílabas rebotando en sus labios, formando una especie de «pro, pro, pro» que significaría «pero ¿qué pasa?, pero ¿no lo entiendes?, pero ¿por qué no te ríes?».

Está detrás del hombre desnudo, le sujeta el cuello con el antebrazo izquierdo y lo encañona con la derecha, con esa risita burlona llena de incredulidad, «pro, pro, pro».

Aprieta el gatillo, y el percutor golpea en vano, como el martillo sobre el yunque, y suena como una explosión pero no es una explosión. Todo tendría que haberse reducido a nada, a cenizas, a pedazos, pero eso no ha sucedido y el mundo sigue rodando. No ha habido deflagración, ni chispas, ni bala, el hierro ha golpeado sobre hierro porque sí, solo en broma, y Abelardo Zapata Caracaballo sufre una sacudida y se echa a llorar.

No grita, no gime, no solloza, se había prometido que no hablaría y no ha emitido sonido alguno, pero no puede evitar que un mar de lágrimas se desborde mejillas abajo, y se mezcle con el océano de sudor que ya hace rato que empapa todo su cuerpo, y se sume al torrente de sangre que baja desde la ceja, apenas un golpe superficial pero la sangre es muy escandalosa, y al torrente de mocos que gotea de la punta de su nariz, y a las babas que profanan la boca de dientes grandes, curvada hacia abajo en una mueca desconsolada e innoble. Es el hombre líquido, se funde como pedazo de hielo al sol, lágrimas y sudor y sangre y mocos y babas y

orines y diarrea, que todo ensucia y todo lo apesta, el hombre líquido.

—Pro, pro, pro ¿qué te pasa? —Estalla la risa estrangulada con gruñidos de cerdo—. ¡Por Dios, qué peste! ¡Pero ¿qué has hecho?! ¿Te has cagao? ¡Pero, hombre! ¡Mira, Tarugo, que se ha cagao! ¡Traed algo para limpiar esta mierda, coño! ¡Pero hombre, por Dios, Caracaballo, pero ¿qué te creías? ¿Qué te creías?! ¿Que te iba a matar? ¡No, hombre, no! Solo era una demostración. ¿Cómo te voy a matar si no has hecho nada malo? Tú eres anarquista y yo soy policía y eso quiere decir que estamos en bandos distintos, pero nada más. Lo que te vengo a decir es que, si yo quiero, te puedo hacer cualquier cosa, cualquier cosa, y no me pasará nada. Pero eso es solo una suposición, un ejemplo. Hoy no te voy a matar. Y nadie ha violado a tu mujer, y nadie ha tirado a tu hijo por el balcón. ¿Te lo habías creído? ¿Quién te has creído que somos? Bueno, lo importante es que tú sí que te lo has creído, ¿y sabes lo que significa eso? Pues que es posible. Que un día puede ocurrir. Ahí quería yo llegar. Ahora nos entendemos. Yo soy policía y tú eres anarquista y, si quiero, te vuelo la cabeza, me tiro a tu mujer y le machaco los sesos al nene, y el mundo sigue rodando tan tranquilo. Pero nada de eso va a pasar si nos entendemos. Y nos entenderemos si cada cual se ocupa de sus intereses. Yo no te voy a pedir que traiciones tus ideales, no quiero que dejes de ser anarquista. Cada cual es lo que buenamente puede ser y, si no das para más, pues no das para más, y alabado sea Dios. Supongo que uno no puede evitar ser anarquista si su madre lo abandonó en el torno de la Casa de Maternidad y Expósitos de la calle Ramalleras, ya sabes lo que significa «expósito», ¿verdad? Significa «hijo de puta». Supongo que, si tu madre te abandona, ya no puedes evitar apuntarte un día al Partido Radical, y acabar en un grupo de acción, o sea, banda de seis pistoleros hijos de puta, que se llama Horitzó, ¿se pronuncia así?, Horitzó, seis cabrones uno de los cuales presume de haber matado a un burgués por cincuenta céntimos. ¿Ves cómo sabemos mucho de ti? Lo sabemos todo de ti. Y yo te respeto. Si no te queda más remedio que ser ácrata, adelante, Caracaballo, qué le vamos a hacer. Lucha contra el patrono, organiza huelgas, arruínale, quema sus fábricas, lo que haga falta, lo que te dicte tu conciencia. Yo solo

te pido que no te equivoques de patrono. ¿Tú trabajas para Rutllana? Pues a por Rutllana. Céntrate en Rutllana. Sabotea sus astilleros, pégale un tiro a ese hijo de puta, pero no se te ocurra pactar con él, por favor. ¿Qué es eso de pactar con los hijos de puta explotadores? Eso no lo hace un anarquista como Dios manda. Y, cuando hayas acabado con Rutllana, ven a verme y yo te diré a quién tienes que arruinarle la vida. Y no te pasará nada. Tú harás de anarquista como es debido, y yo de policía como es debido, y tan amigos. No te va a pasar nada. Bueno, sí que te va a pasar. Te va a pasar que cada semana vas a recibir cincuenta pesetas, no cincuenta céntimos, no, cincuenta castañas del ala, y la garantía de que yo y los míos no te vamos a perseguir. Roba y viola, si no puedes evitarlo, que nadie te lo va a recriminar. Si te portas bien, tu mujer ya no tendrá que dedicarse a fabricar jaulas para pájaros. ¿Ves cómo lo sabemos todo sobre ti y tu familia? Tú búscale la ruina a don Francisco Javier Rutllana y tendrás cada semana doscientos reales y la impunidad absoluta. ¿Qué me dices? Bueno, qué me vas a decir.

Todo este discurso acompañado de barboteos y gruñidos de risa contenida, «pro, pro, pro», «groñ, groñ, groñ», y miradas cómplices hacia el otro agente del orden presente en el interrogatorio, uno que se llama Jorge Moreno Soriano, pero todos lo llaman Tarugo.

—Eh, ¿qué te parece, Tarugo? —«pro, pro, pro, groñ, groñ, groñ».

El Tarugo también da mucha risa porque siempre va electrizado por la cocaína y se le caen los mocos.

Y el hombre líquido se funde hasta desaparecer.

2

EMERSIÓN

La luz del faro gira y gira y gira, y hace que el mundo se encienda y se apague, el mar esté y no esté, la Cresta y cala Cañas y el pico de los Farallones estén y no.

El faro de Ixent (faro de Naciente, en nomenclatura española) es una columna erecta sobre el impresionante precipicio de la Cresta, acantilado de noventa metros desde el cual se divisan a la perfección los equidistantes faros de las Medes y del cabo de Creus. Lento, majestuoso, elegante, impasible, envía su mirada circular y protectora sobre un Mediterráneo sosegado, adormilado, de vaivén sensual que empuja mimoso y travieso el oleaje contra las rocas.

La luna llena y prematura, benévola y cómplice, en un cielo que justo ahora está virando del violeta al negro, se refleja sobre unas aguas mansas, estremecidas por una tramontana suave y estética que refresca el ambiente, y sacude las alas de los sombreros y los faldones de las chaquetas de los tres hombres que contemplan la escena desde el balcón del faro.

Son el capitán de Carabineros, Bartolomé Salanova, y dos hombres de paisano con trajes blancos y modernos sombreros de paja, de los que se pusieron de moda hace tres años, durante la construcción del canal de Panamá, Kapitänleutnant Heinrich Baumeister y Thomas von Holtz, cuya graduación se desconoce, en caso de que la tenga. A los carabineros destacados en este puesto ambos nombres les resultan muy difíciles de aprender y, para entenderse, los han bautizado como Fritz y Otto.

Si los dos alemanes podrían representar perfectamente el canon de belleza de Praxíteles, el capitán Salanova pertenece sin duda a otro canon. Panzudo, con forma de pera y un abdomen demasiado pesado que le obliga a ir inclinado hacia delante, con las manos atrás y la nariz ganchuda y puntiaguda apuntando al suelo, como si siempre buscara algo que se le ha caído. Tiene los ojos azules y

redondos, que se resisten a mirar a las personas, concentrados en descubrir detalles difíciles de distinguir, ya sea en el horizonte, a un palmo de la nariz o entre las circunvoluciones de su propio cerebro.

Es él quien dice con voz aguda:

—Ya lo tenemos aquí. —Porque le molesta el silencio.

El monstruo emerge sin estruendo ni turbulencias. El periscopio se abre camino, seguido por la torre y, procurando ahorrar oleajes y remolinos, avanza hacia la base del acantilado que corona el faro de Ixent.

Aún hay luz diurna suficiente como para poder leer el distintivo «U-32» pintado bien visible. El sumergible pertenece a la peligrosa flotilla de los Treinta.

Se encienden dos hileras de bombillas amarillas instaladas sobre boyas, que marcan el camino a seguir, y parece que se haya hecho de noche de golpe.

La torre y el periscopio avanzan amenazadoramente hacia la pared de roca calcárea.

Para quien no conozca el truco, el sumergible se está lanzando directamente contra las rocas con intención suicida. Cualquiera esperaría el estrépito del choque, la catástrofe, la explosión.

Pero no sucede nada de eso.

Cuando la nave llega al pie de la Cresta, se hunde en la piedra como los fantasmas que atraviesan las paredes.

La boca de la cueva está casi al nivel del agua, oculta por las olas cuando sopla levante. Traspasado el umbral, se abre una milagrosa burbuja subterránea, un fenómeno natural insólito provocado por la erosión del oleaje y las aguas subterráneas a lo largo de milenios. Lo bastante grande como para acoger los ochenta metros de eslora del submarino.

Es Baumeister quien se pone en movimiento, sin decir palabra, y los otros dos lo siguen. Bajan por la escalera de caracol hasta el zaguán del pie del faro y cruzan la puerta que se abre al gran patio anejo, con habitaciones a ambos lados donde hasta hace un mes vivía la familia del farero.

En medio de este atrio, está el gran brocal del pozo. Dos carabineros saludan marciales, y otros dos están terminando de instalar la grúa con el automatismo de quien repite una operación

aburrida, sin ningún interés.

Los alemanes y el capitán interrumpen los saludos militares con monosílabos cortantes y, una vez los subordinados han cedido el paso, superan por encima la protección de piedras que hay alrededor del pozo y descienden por los peldaños metálicos que hay clavados en la pared, formando una escalera que baja al centro de la Tierra.

Llegan a una tosca acera de cemento armado que bordea la abundante corriente subterránea que baja hacia el mar y, avanzando con mucho cuidado, desembocan en el centro de la gran caverna esférica. El submarino acaba de emerger y se arrima a la obra de hormigón que imita más o menos un pequeño muelle con noráis para el atraque.

La tripulación, maltrecha y sucia, agobiada por el largo viaje en condiciones inhumanas, ya está saliendo. Después de unos estiramientos y flexiones, como disciplinados y eficientes autómatas, proceden a atar las amarras y a descargar las mercancías sin darse el menor respiro.

El alemán a quien los españoles denominan Otto sale al paso del comandante en cuanto lo ve. Korvettenkäpitan.

—Herr Röhler…

—Herr Von Holtz…

—¿Ha ido bien la cacería?

—Cincuenta hundidos desde que salimos de Pula.

Tienen que apartarse a un rincón porque los marineros están empezando a trabajar y allí estorban. Se pegan a los bidones de agua potable, aceite de oliva y combustible, y a las cajas de víveres, frutas y verduras que se llevará el submarino cuando zarpe dentro de veinticuatro horas. También se acercan a dar la bienvenida el capitán de Carabineros, «Capitán Salanova, sea bienvenido, ¿ha tenido buen viaje?», y el otro alemán, Herr Baumeister, coronel, que recibe del recién llegado cinco sobres grandes de color amarillo.

La tripulación del submarino extraerá hasta treinta cajas, que irán saliendo a la superficie pozo arriba gracias a la grúa que las estaba esperando.

El primer oficial, Oberleutnant zur See, trae con mucho cuidado, sujetándola con las dos manos, lo que parece una caja de zapatos.

Lo saludan. Hablan afectuosamente.

Salanova comenta:

—El azúcar.

—El azúcar —le confirma Baumeister, muy contento, en perfecto castellano—. Con el cargamento anterior, acabamos con la mitad de las vacas de Argentina.

—Pues este acabará con la otra mitad —sonríe Salanova para quedar bien, mirando a cualquier parte.

Baumeister levanta la tapa de la caja con la precaución de quien espera encontrar una rata o una serpiente vivas y, después de comprobar que no hay peligro, muestra a los otros el contenido.

Una serie de dados envueltos en papel y diferenciados unos de otros por las letras «E» o «B».

El alemán se explica en castellano porque quiere impresionar a Salanova. Los otros ya saben de qué va.

—La letra «E» significa *equus* , que en latín quiere decir «caballo» —y a Salanova le gustaría decirle «Sí, sí, ya lo sé, ya me lo explicó la otra vez», pero se calla porque quien paga manda—, y «B», *bos* , que en latín significa «vaca, bovino». ¿Sabe lo que le quiero decir?

—Claro que lo entiendo. De manera clara y manifiesta.

Las treinta cajas ya han llegado a la superficie y seis carabineros se encargan de distribuirlas en tres camiones que ya tenían a punto. Uno de los carabineros se llama Marsalinu, pronunciado así en familia, y cada noche cuando pasan lista: «¡Palomera Parra!», «¡Marsalinu!», Marsa para los amigos. Al otro lo llaman Todoseguido, porque se llama Delafuente, escrito así, y siempre se presenta diciendo «Me llamo Delafuente todo seguido», y «todo seguido», «todo seguido», le ha quedado el nombre. «¡Delafuente Vallés!»,«¡Bernardo!».

Con ellos, «¡Cabra Rubio!», «¡Luis!», el Cabra; y «¡Guindos Carrado!», «¡Miguel!». El Marsa, Todoseguido, el Cabra y Miquel, los catalanes, siempre juntos en todas partes.

Trepan por los escalones del interior del pozo Baumeister, Von Holtz, Röhler y Salanova, por este orden, y, satisfechos, contemplan los últimos preparativos de la expedición.

Baumeister confía a un carabinero llamado Rendueles la caja del azúcar y una cartera de cuero muy gastada donde van los cinco

sobres de color amarillo.

Los veintitrés marineros alemanes van saliendo del pozo, como hormigas sucias y agotadas, renegando o bromeando. Saben que, a continuación, cumplido su deber, se podrán duchar, encontrarán preparada una cena espléndida, incluso con vino abundante, y dormirán en camas blandas.

Todos están contentos. Reina un buen ambiente.

Los seis carabineros, callados y serios, molestos porque se sienten tratados como personal de segunda categoría, ocuparán los tres camiones, dos en cada cabina, y emprenderán un viaje hacia la oscuridad.

Cuando estén suficientemente lejos, renegarán de estos boches de mierda, qué coño se habrán creído.

3

CARAMBA

A pesar de que España es un país neutral en la guerra europea, nadie ignora que en su costa mediterránea hay puertos donde van a proveerse de combustible y víveres, con el beneplácito de las autoridades locales, los submarinos alemanes que después destruirán gran cantidad de barcos mercantes, tanto de los países beligerantes como de los que no lo son. Ochocientos barcos hundidos en los seis últimos meses.

Los agentes franceses del Service de Renseignement de Barcelona, dirigidos por un misterioso personaje conocido como Caramba, saben que cada quince días, aproximadamente, sale de la Ciudad Condal un convoy de tres o cuatro camiones con un cargamento de gasolina destinado a una de esas bases.

Hace poco que un colaborador del SR localizó un camión que podría haber pertenecido a uno de estos convoyes y, dentro de la cabina, entre los pedales del freno y el acelerador, encontró un trozo de papel roto que a alguien le pareció significativo. Tres palabras y dos números escritos con una caligrafía difícil de descifrar. Los números no parecían ofrecer dudas: «d12 y 4am», o sea, «día 12 a las cuatro de la madrugada». Sin embargo, los tres vocablos eran un galimatías en que los agentes franceses trabajaban desde hacía un par de semanas. ¿Era una «B» la primera letra de la primera palabra? ¿Y terminaba en «da» o en «de»? ¿Lo que venía después era la preposición «de»? ¿O era el símbolo «&»? Y la última palabra parecía que empezaba por una «P» o una «R» mayúsculas, tenía un punto en el aire que sugería la existencia de una i, y acababa con una elle, o con «el», o con «le».

Al poco de este hallazgo, la antena de la Torre Eiffel, que capta todas las comunicaciones telegráficas entre Madrid, Berlín, Viena y Marruecos español, interceptó un mensaje procedente de Madrid que decía algo así como «WC ausgang B de Rigall katalanisch».

Si primero se tradujo como «la salida del water closed es B de Rigall», una segunda lectura más seria consideró que en alemán al «water» no lo llaman «wc» y que estas dos letras podrían ser las iniciales de algún nombre, y que coincidían con las iniciales de uno de los espías alemanes más buscados, que en aquellos momentos se sospechaba que actuaba en España organizando la guerra submarina del Mediterráneo. Wilhelm Canarios. El capitán Wilhelm Canarios de la marina alemana. WC. La puerta de salida, «ausgang», o punto del litoral propicio para la fuga del país, podía ser un lugar catalán denominado B de Rigall. Y los agentes de la base de Barcelona relacionaron aquel Rigall con la palabra «que empezaba por una "R" mayúscula (decididamente, era una "R"), tenía un punto en el aire que sugería la existencia de una i, y terminaba con una elle, o con "el", o con "le"».

Por último, estaba la discusión que un miembro del consulado alemán de Barcelona tuvo con su mujer. Se llama Hermann Oslo y dicen que es el encargado de reclutar colaboradores para el servicio secreto alemán. Los agentes de Caramba se habían acercado a una criada cotilla y germanófoba de Oslo y la recompensaban para que tomara nota de las conversaciones que le parecieran jugosas y aprovechables.

Así fue como se enteraron de que la señora Oslo, una noche, había acusado a su marido de engañarla con una tal Borda, «Borda de Rigay». Parece que el señor Oslo había hablado una noche en sueños, muy agitado, refiriéndose a una «Borda de Riga» o «de Rigay», y su mujer exigía saber quién era aquella sinvergüenza. El señor Oslo, lloroso y a gritos, se emperraba en explicarle que una borda no era una prostituta sino una construcción rural aislada, que servía como refugio para campesinos y rebaños.

Después de impacientarse y enfadarse porque la anécdota del equívoco únicamente servía para perder tiempo, Caramba tuvo la inspiración de relacionar aquella Borda de Rigay con la «B de Rigall» que sería puerta de salida de WC, y con aquellas palabras difíciles de interpretar escritas en un pedazo de papel encontrado en un camión. Acaso el significado del mensaje fuera: «Borda de Rigall día 12 a las 4 de la madrugada». Era más que plausible.

Recurrieron a los mapas más detallados del Servicio Geográfico

de la Mancomunidad de Cataluña, dedicando a ello muchas horas, hasta localizar en un cerro del macizo del Montgrí un puntito insignificante marcado como «B»; de Rigall, que un topógrafo experto enseguida aseguró que correspondía a una borda: la Borda de Rigall.

Esta noche del día 12, hacia la una de la madrugada, cuatro hombres armados viajan en un imponente Renault negro de capota de lona por una carretera irregular, llena de hoyos y piedras, hacia la Borda de Rigall en el macizo del Montgrí. Calculan llegar al lugar dos o tres horas antes de que se produzca la cita.

Son dos franceses, que viajan delante, y dos escorpiones barceloneses. Los franceses son militares, se hacen llamar Sablon y Théo y se lo toman muy en serio, quizá demasiado. Han dejado atrás el disfraz de turistas ingenuos y abobados y ahora son militares de facciones endurecidas por la responsabilidad, intransigentes y despiadados. De los dos hombres que los acompañan, y que son infinitamente más intransigentes y despiadados que ellos, uno es los Gemelos Soler, consistentes en una sola persona; y el otro es el Triste.

Están atravesando un encinar frondoso cuando oyen ruido de motores y ven luces de faros entre los troncos de los árboles, vehículos que se acercan en sentido contrario.

Enseguida se sobreponen a la sorpresa. En español, para que le entiendan los escorpiones que van detrás, Sablon, que va al volante, dice:

—Son ellos.

—Pero —farfulla el Gemelo Soler— ¿se ha adelantado la cita? ¿Ya están de vuelta? ¿Seguro que son ellos?

Sablon contesta:

—No podemos hacer prisioneros.

Los tres camiones doblan una curva y los faros del primero iluminan a cuatro hombres plantados en medio de la carretera. Gorras, dos con trajes de paseo, otros con jerséis sobre la camisa y pantalones ceñidos a la pantorrilla, con botas campestres. Uno de ellos alarga el brazo hacia el cielo, resulta que tiene una pistola en la mano, y la dispara.

Se produce un relámpago, una detonación.

Los tres camiones clavan los frenos. El conductor del primero se precipita hacia el asiento del lado, se hace un poco de lío cuando pretende asomar al mismo tiempo la cabeza y los brazos por la ventana empuñando una escopeta de caza de cañón largo. Cuando dispara, los cuatro hombres que cerraban el paso ya han tenido tiempo de reaccionar, corren dos hacia la cuneta derecha y los otros dos hacia la izquierda, los dos cartuchos hacen explosión y desparraman perdigones por todo el paisaje.

Un segundo después, salido de la oscuridad, visto y no visto, Sablon se encarama al estribo del camión, sujeta la escopeta de caza, pone la boca de la pistola contra la sien del conductor y acciona el gatillo. Los dos hombres que ocupan el segundo camión ven la salpicadura de sangre, la bala ha salido por la otra sien, la víctima se ha hundido como un títere cuando le cortan las cuerdas. Quieren reaccionar, ya con pistolas en la mano, pero en las ventanas del segundo camión aparecen los dos escorpiones, ágiles, rápidos y expeditivos. Hay dos relámpagos más, dos estampidos atronadores. Simultáneamente, el hombre del tercer camión muestra las palmas de las manos a Théo, que también se ha materializado en su ventana, y pronuncia el peor epitafio que pueda coronar la vida de un hombre:

—¡Eh, eh, oiga, que yo no soy nadie!

El encinar queda en silencio y perfumado de pólvora.

Sablon mira a los otros tres hombres con un fondo de vergüenza en los ojos y habla con la mandíbula rígida y en castellano, porque, si tiene que justificarse, es con los dos españoles que los acompañan.

—No podíamos dejarlos con vida. Estamos en guerra y ellos son el enemigo. En la guerra, como en la guerra. Cosas peores se producen en los frentes europeos. Debemos batirnos por esta última guerra.

Los dos barceloneses no necesitaban para nada la justificación.

—¿Y ahora? —dice el Gemelo Soler, impaciente.

—Nos llevamos los camiones, a ver qué contienen. Vosotros tres lleváis los camiones y yo el coche. —Sigue una pausa pesada, cargada de interrogantes—. Porque vosotros sabéis todos conducir, *non?*

Una nueva pausa, un poco burlona, solo para hacer sufrir, que estos españoles siempre están de broma, y por fin se ríen los escorpiones, porque sí, tranquilo, gabacho, que por suerte aquí todos sabemos conducir.

—*Donc vas-y* . Demos media vuelta y vamos hasta la Borda de Rigall, para ver si allí hay alguna pista, que supongo que no. Y volvemos a casa.

Les quedan cuatro horas de viaje como mínimo, eso si tienen la suerte de no sufrir una *panne* o que se les pinche un *pneu* .

4

CARPINTERÍA

La carpintería está en la calle Tamarit, cerca del mercado de San Antonio, y en verano no tiene puertas y la actividad de los que allí trabajan es un espectáculo fascinante para los peatones. Llama su atención el ritmo persistente del serrucho, el vaivén mordiente del cepillo y los martillazos que, precisos y contundentes, hunden los clavos en su sitio; y los retiene boquiabiertos el olor de la madera recién cortada, y del serrín que alfombra el suelo, mezclado con el olor seductor de la cola. Les encanta la seria concentración de los tres hombres que se afanan en la construcción de mesas o sillas, el viejo José, y más allá su hijo Jesús y, de aprendiz, a lo mejor alguno de los apóstoles.

—No, no, por favor, señora, quédese afuera, que le podemos hacer daño. Va, por favor, que estamos trabajando.

Alguien se queda con ganas de decir: «Pues acaba de entrar un chico y nadie le ha dicho nada». Les preguntarían, sorprendidos: «¿Un chico?». Tal vez el apóstol haría una señal con la cabeza: «Sí, Caramba ya está en el Repaire».

A este punto de encuentro lo llaman «el Repaire».

Caramba siempre pasa sin hacerse notar. Un personaje grotesco con mono de mecánico, gorra demasiado grande, gafas de montura de pasta y botas militares, que desprende una energía electrizante. Es una mujer furiosa, de cejas fruncidas, mirada intensa y boca comprimida, que quiere exhibir la autoridad dominadora de un hombre, pero también podría ser un niño asumiendo el papel de macho dominante en un medio hostil.

Ya hace rato que ha atravesado la puerta del fondo, la que da al gran almacén donde se guardan tablones, listones y planchas y contrachapados y rejillas y los asientos de mimbre que les traen de la calle del Comercio, y los muebles terminados, y los que están a medias, y los trastos estropeados que tienen que restaurar, y en este

decorado estrafalario abronca en francés a Sablon y a Théo. En un primer momento, cuando habla, cada una de sus réplicas parece una provocación.

—¿Por qué demonios tuvisteis que matarlos? —«*Pourquoi diable avez-vous dû les tuer?* », Caramba habla muy bien el francés—. ¿Cómo se os ocurrió? No eran enemigos de importancia.

—¿Ah, no?

—Se habrían rendido al ver la primera pistola. Son eso que los del servicio secreto alemán llaman sombras, *schatten* , personal de a cuatro pesetas la hora, gente para todo, siempre disponible y que no hace preguntas, pero no les pagan para ir armados ni para jugarse la vida.

—Estos iban armados y no se rindieron al ver la primera pistola. Nos dispararon. Y nosotros nos defendimos. ¡Y estamos en una guerra, Caramba!

—No me grites.

—¿Sabes para qué me han enviado aquí? —protesta Sablon, recurriendo a su dignidad de militar—. Para desenmascarar, contrariar y destruir la organización enemiga donde sea posible: estas son las palabras que usaron. Y aquellos cuatro tíos eran peligrosos. ¡Reclamo mi autonomía de acción! —A Sablon no le gusta cómo le habla esta chica tan poca cosa, pero debe respetarla porque ella tiene el mando.

Caramba cede a disgusto. Después del pronto colérico inicial para hacerse respetar, siempre hace un esfuerzo por dominarse. Suspira. No sirve de nada continuar discutiendo.

—Bueno, basta ya. A lo hecho, pecho. —Se vuelve hacia las cajas amontonadas en un rincón y cambia de tono y de tema—. Me han dicho que os hicisteis con un cargamento importante.

—Ya lo creo —exclama el francés, aceptando la tregua—. Fuimos hasta la Borda de Rigall y allí pudimos ver que se había hecho un intercambio de cargamentos. Es un viejo edificio de dos pisos abandonado, de paredes de piedra medio ruinosas, pero la puerta está cerrada con candado. Pajar en el piso de arriba y corrales en el de abajo. Puede servir perfectamente como almacén. Había roderas de al menos seis camiones y huellas de carretillas yendo y viniendo. Vimos círculos en el suelo, marcas de bidones de

cincuenta litros que probablemente contenían gasolina. Y más de uno, y de dos, y de tres. ¿Qué significa?

—Provisión de submarinos.

—Y el contenido de estas treinta cajas que venían hacia Barcelona, sin duda procedentes de un submarino.

—O sea, que hay una base cerca de allí. No tenemos noticia de ella, ¿verdad?

—Ni una. Y de eso también tenemos que hablar.

—Espera. ¿Qué pasó? ¿Por qué no estabais en la borda a la hora prevista?

—Porque la cita se produjo mucho antes de las cuatro de la madrugada. Calculamos que a la borda llegaron hacia la medianoche. Tuvieron que estar bastante rato descargando las cajas de unos camiones a otros. Es posible que las cuatro de la madrugada fuera la hora en que estaba previsto que llegaran a Barcelona.

—Pero, entonces, si el submarino llegó esa misma tarde o noche, y lo descargaron y llevaron el cargamento hasta la Borda de Rigall, y estuvieron allí a la medianoche, no podían venir de Castellón de la Plana o del Campo de Tarragona, donde calculábamos que estaba la base porque allí hay empresas como la Sociedad Vinícola, la Sociedad Electroquímica de Flix, la Química de Lluís Ultz, de Reus, que son reductos alemanes descarados. Desde allí, los submarinos tienen protección asegurada hacia el sur, hacia Valencia y Andalucía. Pero esta tiene que estar mucho más cerca. Aquí, en Cataluña. En la provincia de Gerona.

—¿Y por qué este intercambio a mitad de camino? ¿Por qué no enviar los camiones de Barcelona a la base, o los camiones de la base hasta Barcelona?

—Para que los conductores de los camiones de Barcelona no sepan dónde se encuentra la base del submarino. No creo que aquí haya nadie que sepa dónde se encuentra esa base.

—Estamos hablando de una base muy importante.

—Sin duda.

—¿Y estas treinta cajas?

—Las hemos estado mirando, y analizando su contenido.

Sablon se acerca, con Caramba, hasta donde se amontonan las

cajas de madera. A las treinta les han levantado la tapa. Contienen paquetes envueltos con papel de estraza. Sablon tiene una libreta en la mano y lee mecánicamente, sin énfasis, lo que ha escrito en ella.

—Mil setecientos kilos de tetralita, ocho bombas de latón que contienen mil kilos de tetralita, ochocientas espoletas, ochocientos detonadores de acción retardada y material para manipularlos. Es un cargamento para el «Servicio S», los encargados del sabotaje.

—¡Pero ¿qué están planeando?! —exclama Caramba—. ¿Volar el puerto de Barcelona? ¿O volar los ministerios de Madrid? ¿O los Pirineos?

—Están desesperados —certifica el francés, siempre serio pero sin disimular el orgullo patriótico—. Son conscientes de que están perdiendo la guerra y ya no saben qué hacer. Tienen claro que, para ellos, la guerra de trincheras es insostenible. Y que los Estados Unidos están a punto de intervenir. Desde que aquel submarino hundió el *Lusitania* y mataron a mil doscientos pasajeros, de los cuales, ¿cuántos?, ¿doscientos norteamericanos? Desde aquel día están esperando que el presidente Wilson baje el brazo y grite «¡Al ataque!». Por eso han iniciado la guerra submarina a ultranza, saltándose todas las leyes. Por eso… —Se interrumpió, recordando una cosa más. Continuó la lectura de la libreta—: Otra cosa. Una caja llena de lo que parecían azucarillos, marcados con las letras «E» y «B». ¿Sabe lo que son? —Caramba asiente: sí que lo sabe, pero Sablon continúa de todas formas—: Lo han analizado en la farmacia. Ántrax y moquillo. En un sobre, había una serie de cartas personales destinadas a la embajada de Alemania en Madrid. Cartas escritas con tinta invisible.

Sablon pronuncia de una manera especial «*Encre sympathique* » y hace una pausa para atraer la atención de Caramba. No reprime una media sonrisa y mueve la cabeza en sentido negativo, compadeciéndose de la ingenuidad del enemigo. A lo mejor se creían que podrían engañarle.

—¿Tinta invisible? —dice Caramba, tan intrigada como él pretende.

Sablon se ríe discretamente. Dice:

—Semen.

—¿Semen? —se sorprende Caramba—. Creía que eso solo lo

hacían los ingleses.

—Las malas costumbres corren como la pólvora. Tinta invisible y en clave. Nuestros servicios de criptografía, una vez más, no han necesitado ni un día para descifrarlos.

A Sablon le gusta presumir de las diferentes secciones criptográficas de sus ejércitos y, si se le da pie, mencionará a Étienne Bazeries, el mejor criptógrafo del mundo, «el lince del Quai d'Orsay», «Napoleón de la cifra». Caramba le sale al paso para evitar discursos:

—¿Y qué dicen?

Sablon renuncia al panegírico a regañadientes:

—Hay de todo. Instrucciones para hacer llegar el azúcar a los rebaños de vacas y caballos de Andalucía, Extremadura y Castilla destinados a la exportación hacia los países aliados, Francia o Gran Bretaña, «como», dice, «como ya hicimos con Argentina y Rumanía». Instrucciones para el envenenamiento de silos de grano, y contaminación de los ríos de la frontera hispano-portuguesa con cólera. Sabotaje de cargamentos de maíz con cápsulas de algo llamado «mercaptano».

—Sí —asiente Caramba—. También se le llama «tiol». Muy tóxico.

—Qué hijos de puta. Eso tendría que estar prohibido.

—Ya sabe lo que dicen del amor y de la guerra.

—Qué hijos de puta. —El francés cabecea y dirige la vista hacia el papel—. Más cosas que dicen estos papeles. Croquis para fabricación de las bombas que deben ser colocadas en barcos mercantes aliados. Ah, y por último, vuelve a hablar de «la puerta de salida».

—¿*Ausgang* ? ¿La puerta de salida del WC?

—Ahora no hablan de WC. Hablan del Doktor Bambú.

—¿Doktor Bambú?

—Dice «A mediados de julio habrá cumplido su misión».

—A mediados de julio, dentro de un mes.

—Eso es lo que hace tan importante esta base —dice Sablon—. Todo hace pensar que se trata del punto por donde ese Doktor Bambú piensa huir de España. En submarino, hacia Pola, Croacia.

Caramba asiente con la cabeza y rumia estas palabras, y se

queda mirando los montones de tablones y listones como si sospechara que esconden algo muy importante. Saca conclusiones:

—Mensajes escritos a mano, con tinta simpática. Han renunciado a utilizar el telégrafo. Saben que las bases que hemos descubierto y boicoteado han sido detectadas sobre todo a través del uso del telégrafo. De esta base no tenemos ninguna noticia porque no hemos podido interceptar ninguna comunicación. Y, a mediados de julio, el espía alemán más importante de esta parte del continente la va a utilizar para escapar de España.

Caramba y Sablon se miran, convencidos de que acaban de dar un gran paso, un gran salto, en la investigación.

5

POSTAL

El expreso de Francia ha corrido más que Dios.

Una competición entre blancuras engañosas. La enorme serpiente que corre sobre la locomotora, de apariencia nívea, que se descompone sobre camisas y sudores en un polvillo negro y pegajoso, y la blancura pura y resplandeciente de los cabellos y la túnica del Todopoderoso.

El tren irrumpe como una catástrofe natural en la estación de M.Z.A., antesala del Infierno, envuelto en la niebla densa, sucia y acre, y con chirrido de chatarra rabiosa, y cuando Amadeu lo abandona, se siente aligerado del peso terrible de la conciencia y la culpa.

Dios lo ha perseguido con desesperación, primero gritando como una fiera, autoritario y exigente, «¡Vuelve aquí, que vuelvas aquí, te digo!»; después ahogado, quejumbroso y casi suplicante, «¡Vuelve, Amadeu, piensa en la salvación de tu alma!»; a continuación, se le había oído gimotear «Vuelve, Amadeu, por favor, vuelve», y finalmente ha perdido la voz con resoplido enfermizo, ha tenido que detenerse, jadeando, doblado en dos, y se ha quedado atrás, demasiado viejo y demasiado gordo para ganar la carrera.

—Adiós.

Amadeu es joven, alto, musculoso, fuerte y vigoroso.

Avanza por el andén, hacia la libertad, con zancadas decididas y valientes, cargando en la mano derecha una destartalada maleta de cartón y en el brazo izquierdo una chaqueta que puesta le daría demasiado calor. Viste pantalones sin planchar, con rodilleras, calza alpargatas y va en mangas de camisa sin cuello y sin corbata, como un campesino, y un sombrero negro, blando, deformado, sucio y gastado contiene unos cabellos cortos y rígidos como alambres.

A uno de sus compañeros de viaje le ha mostrado la postal de cartón, arrugada y garabateada, que lleva en el bolsillo de la

chaqueta. Representa un escenario lleno de chicas ligeras de ropa en posturas provocativas. Una de las chicas, de cabellera rizada y muy clara, casi blanca en el blanco y negro de la instantánea, la cuarta contando desde la izquierda, la que con los pulgares e índices de cada mano se levanta las enaguas por encima de las rodillas, está marcada con un círculo de lápiz. Unas letras gruesas dicen: «¡El Pulguerío en el Moulin Rouge!». Al dorso, más letras prietas: «¡40 preciosas artistas, 40! Gran Éxito de Las Romanitas. Ovaciones ruidosas a Blanca Do, la deslenguada. Gran éxito de Pati y Araceli González».

Sale de la estación de M.Z.A. (que le han dicho que significa «Madrid-Zaragoza-Barcelona») y se detiene, impresionado ante una calle que le parece inmensa, mucho más grande que la plaza de su pueblo, invadida por un tráfico enloquecedor.

Espectaculares tranvías de color amarillo con el anuncio de Calisay, coches de airosos caballos, carros de arrieros con percherones pesados y aletargados, unos cuantos vehículos sin caballos de esos a los que ahora llaman «automóviles», camiones que se tambalean, alguna moto estrepitosa, motores que explotan con detonaciones espantosas, bocinas que no cesan de exigir respeto, y muchas, muchas, muchísimas bicicletas. Hay viajeros que suben sus equipajes a automóviles de alquiler, y familias burguesas demasiado acicaladas para viajar, padre, madre e hijos corriendo detrás del mozo de cuerda que va más deprisa que ellos a pesar de que carga tres maletas y un baúl; y trabajadores desocupados con guardapolvos y gorra, y a lo lejos, un par de policías a caballo; y niños sucios que huyen de alguna fechoría, y mendigos mutilados que dan mucha lástima.

El amable viajero le ha indicado dónde podía encontrar el Moulin Rouge, y Amadeu sale decidido hacia allí, aunque es media mañana y ya le han advertido de que lo va a encontrar cerrado.

Al salir de la estación, tiene que girar a la izquierda y continuar, siempre recto, por el paseo de la Aduana, el paseo de Isabel II, el paseo de Colón hasta la majestuosa estatua de Colón que hay en la Puerta de la Paz. Una vez allí, a la derecha encontrará el gran Cuartel de las Atarazanas. Deberá rodearlo, buscando la primera calle a la derecha, que ya es el Paralelo. Si lo sigue por la acera de

la izquierda, encontrará el Moulin Rouge, al que los barceloneses llaman únicamente «el Moulin», pronúnciese «Mulén».

—¿Cómo?

—Mulén.

—¿Mulén?

—Así, muy bien. Mulén.

Mientras le daba estas indicaciones, el amable viajero miraba a Amadeu de pies a cabeza y sonreía paternal y con ojillos cargados de intenciones, imaginándose las aventuras de un pobre campesino en uno de los muchos templos del vicio que caracterizan a esta ciudad. Probablemente, cuando el campesino ha bajado del tren, el hombre ha soltado una carcajada mientras negaba con la cabeza y pensaba «pobre hombre».

Antes de llegar a su destino, Paralelo arriba, ha encontrado tres teatros en su acera, el Apolo («¡Baile con orquesta, ¡¡80 señoritas!!»), el Teatro Nuevo («¡Éxito cinematográfico: JUDEX ! — Cuatro episodios por semana—») y el Victoria («Santiago Rusiñol, L'AUCA DEL SENYOR ESTEVE »), y al otro lado del río de adoquines, más de cincuenta metros más allá, ha visto el Arnau y el Pompeya. También se divisa, más lejos, el inmenso Café Español, el más grande que se pueda imaginar, con centenares, miles de mesas invadiendo la acera.

No es la primera vez que Amadeu viene a Barcelona, pero nunca había pisado estas calles de perdición. Lo habían llevado inmediatamente en coche al centro y había alternado solo con gente bien pensante, ricos de misa, limpios y pulcros, educados, falsos, indiferentes, envidiosos, egoístas, representantes de lo que él siempre había creído que era el bando de los buenos, de los que tenían asegurada la Vida Eterna en el Paraíso. Nunca se había encontrado tan cerca de hombres como estos que lo llaman y hacen bailar para él tres naipes, la sota de bastos, el dos de copas y el siete de espadas, «A ver si sabes dónde está la sota de bastos».

—No —dice Amadeu—. No lo sé.

Y se aleja, con la sensación de haberse librado por los pelos de la primera trampa que le tendía esta ciudad.

El Moulin Rouge es un teatro de broma, con las aspas de molino quijotesco cargadas de bombillas que de día son grises y tristes, un

gigante no muy grande, nada pavoroso, un juguete olvidado en medio del paseo del pecado. En las paredes, se reproducen los mensajes de la postal arrugada que Amadeu lleva en el bolsillo: «Vengan a ver EL PULGUERÍO », «Blanca Do, la deslenguada», «¡40 preciosas artistas, 40!», «Las Romanitas», «La belleza de Pati y Araceli González».

Con un nudo de emoción en la garganta, se dirige a un peatón de sombrero, gafas, corbata, bastón y botines, que parece que tiene mucha prisa y que merece toda su confianza, y le pregunta si conoce alguna pensión por los alrededores donde alojarse. El hombre lo mira con desconfianza porque el sombrero negro, blando, deformado, sucio y gastado le parece un poco incoherente. Según su manera de ver las cosas, una persona vestida como aquel joven debería cubrirse con gorra; los sombreros, aunque sean tronados como aquel, corresponden a otro tipo de personas.

Le responde que, si quiere un poco de comodidad y dispone de dinero, más vale que cruce la avenida y busque por la ronda de San Pablo arriba. Si no le queda más remedio, con resignación y desdén, el hombre hace un movimiento hacia la calle de la izquierda del Moulin. Y sigue su camino.

Amadeu decide que no le queda más remedio. No por dinero, que lleva un buen fajo en los bolsillos, la liquidación de la herencia de su padre, sino porque no quiere alejarse mucho de su objetivo con aspas.

Se mete en la primera pensión que encuentra en la calle Vilá Vilá, a no más de treinta metros del templo del Pulguerío. «Pensión Asunción, primer piso, 5 pesetas.» Un portal estrecho y oscuro junto a un ropavejero. Cincuenta escalones empinados y gastados lo conducen ante la puerta de un piso. Le abre un hombre con ojos de alcohólico moribundo, camiseta y tirantes, que huele mal, pero no tanto como el corral de las vacas de la masía que Amadeu ha abandonado esta mañana; y le enseña un cuarto tan pequeño que la cama ocupa casi todo el espacio y hay que recorrerlo de perfil. Perchero porque no cabe armario, y palangana cuarteada y jarra de agua sobre la mesilla de noche. Amadeu piensa que tampoco está tan mal. En sitios peores ha dormido. Le dicen que hay una casa de baños al otro lado de las Ramblas, en el pasaje de la Paz.

Cuando deshace la maleta, piensa que las camisas se ven bastante limpias y planchadas, pero los pantalones de vestir ya no visten. Necesita unos, y una chaqueta, y cuellos de camisa, y un par de corbatas. Se pregunta si se notará demasiado que los zapatos que lleva son de cura y decide que no, que los zapatos están ahí, abajo de todo, y nadie se fija en ellos.

En la tienda de ropavejero que hay junto a la pensión, gran parte de las prendas de ropa se amontonan en estantes, sucias, arrugadas y desgarradas, pero al fondo hay abrigos de invierno, trajes y vestidos de señora que, colgando de perchas, parecen en bastante buen estado. Se prueba un traje gris, tal vez demasiado grueso para la época del año, pero le va casi a la medida y le gusta como le queda, y se lo compra. También encuentra media docena de cuellos de camisa en su estuche de cuero.

Come en un figón que hay en la misma calle Vilá Vilá, donde las fachadas, las aceras y los adoquines parecen cubiertos de hollín del ferrocarril. Cubierto a cuatro reales. Ensalada, potaje de habas, tortilla de espárragos, pan, vino y postres. Se pueden adquirir abonos semanales de entre siete y diez pesetas, o abonos mensuales entre veinticinco y cuarenta pesetas, pero Amadeu no sabe cuánto tiempo se va a quedar aquí y ni siquiera se lo plantea. Solo come y, luego, se va a la casa de baños.

Cruza el bulevar abriéndose paso entre el gentío de gorras y sombreros, sombreros de copa, sombreros hongos y sombreros blandos, espectaculares sombreros de mujer con lazos y plumas de faisán, y la presencia siempre inquietante de sacerdotes de cara amarilla y negrura infinita, y guardias municipales de uniforme azul, sable y ros. Siempre esquivando la invasión de bicicletas que pasan a toda velocidad y los niños que gritan la edición de los diarios de la tarde («¡*La Publicidad* !, ¡*El Socialista* !, ¡*El Radical* !, ¡*El Progreso* !, ¡*El Pueblo Catalán* !, ¡*La Vanguardia* !, ¡*Diario de Barcelona* !, ¡*La Voz de Cataluña* !, ¡*El Noticiero Universal* !, ¡*Solidaridad Obrera* !, ¡*El Diluvio* !»).

La fachada es desalentadora, como si hubiera sufrido el asedio de un ejército de bárbaros antihigiénicos, pero el interior resulta más confortable de lo esperado. Paredes alicatadas con cerámicas de filigranas azules y amarillas, y pasillos y duchas iluminadas y

caldeadas por el sol poniente que penetra por grandes claraboyas del techo. La señora que le entrega las toallas y el jabón es simpática y parece muy limpia y de fiar.

Amadeu se frota el cuerpo para arrancar de su piel hasta la última mota de hollín y hasta el último recuerdo de la vida que ha decidido dejar atrás.

De nuevo en las Ramblas, respira con intensidad, llenando los pulmones con el oxígeno de la libertad. Es primavera en la gran ciudad. Hay una espléndida feria de libros de segunda mano y la gente parece feliz, pletórica, sana y satisfecha, si no te fijas en los mutilados y mendigos miserables que hacen cola para conseguir los sobrantes del rancho del Ejército. No puede evitar la risa cuando oye el sonido agrietado de la trompeta del basurero, y cuando ve a las modistillas que salen de sus obradores con faldas cortas y con vuelo, que ahora empiezan a estar de moda, y un ejército de estudiantes las persigue y les dice cosas. Se aparta discretamente, como todo el mundo, de la cuerda de quincenarios que avanzan atados con cuerdas y vigilados por los agentes del cuerpo de Vigilancia. Los llevan a la prisión de Reina Amalia así, por el medio de la calle, para escarnecerlos bien escarnecidos antes de que cumplan en el calabozo la quincena de los descuideros, de la gente de mal vivir o de los simples sospechosos.

Se mete en una barbería y pide un afeitado, masaje y que le arreglen el pelo, aunque lo lleva muy corto. No puede contenerse y muestra su postal del Moulin. No hacía ninguna falta, pero le gusta hacerlo: es la razón por la que está en la ciudad.

—Esta noche tengo que ir aquí. Que no desentone.

Ocho muchachas en ropa interior llenando un escenario de decorado embarullado; en primer término, una more-na de carnes abundantes y ojos orlados de negro, boca grande de gran carcajada. «¡El Pulguerío en el Moulin Rouge!», «Blanca Do, la deslenguada», «¡40 preciosas artistas, 40!».

—En el Moulin, no desentona nadie —le dice el profesional, al enfrentarse con aquel pelo que parecen el lomo de un erizo—: Tiene unos cabellos difíciles, amigo mío. ¿Política? ¿Toros? ¿Mujeres? ¿De qué quiere que hablemos?

—Hace tiempo que he vivido muy retirado —dice Amadeu—.

Necesito informarme de todo.

—No me extraña. Está todo tan revolucionado. Ahora, con esto de las Juntas de Defensa, ¿verdad?

—¿Qué ha pasado? ¿Juntas de Defensa?

—¿No lo sabe? El Ejército, que se ha revolucionado. Dicen que los ascensos solo se dan por recomendaciones y por amiguismo, con un montón de oficiales que cobran miles de duros y una clase de tropa pagada de miseria. Bueno, eso es lo que dicen, ellos sabrán. El año pasado organizaron aquí, en Barcelona, aquello que llamaban una Junta de Defensa, que aquí, en Cataluña, siempre tenemos que ser los primeros en la bullanga, y eso se ha ido extendiendo y extendiendo por todo el país y ya veremos qué pasa, ahora. Romanones cayó por esto, no por otra cosa. Y ahora, con este García Prieto, las cosas no han mejorado mucho. El ministro de la Guerra, el nuevo, ha ordenado la disolución de las juntas y, el pasado sábado, hace una semana, van y detienen a toda la Junta Superior de aquí, de Barcelona. Y cuando el Ejército se alborota, más vale que nos calcemos los civiles normales y corrientes, ¿no le parece?

—Ya lo creo —murmura Amadeu, sin interés.

—¿No sabía nada de todo esto? Pero ¿de qué mundo viene, usted?

—De un mundo muy lejano. Como quien dice, del otro mundo.

—Y ya veo que lo único que le interesa es la chica del Moulin.

—¿La chica del Moulin? —pregunta Amadeu, sin responder a la picardía que el barbero trata de contagiarle a través del espejo.

—La que trae remarcada con lápiz en la fotografía. ¿Por qué esa chica? ¿Es la que más le gusta? ¿Más que la que hay en primer término? A mí me parece que está más buena la de delante, que debe de ser la que llaman Blanca Do, la deslenguada.

Amadeu permanece en silencio, muy serio, y el barbero se enroca en la prudencia y continúa cortando cabellos y hablando de mujeres.

6

EL PULGUERÍO

Con el traje que se ha comprado para la ocasión, camisa blanca y limpia, cuello almidonado, corbata, el sombrero remodelado para que se parezca tanto como sea posible al que salió de la tienda, Amadeu llega hasta la puerta del Templo del Mal. Hay una cierta solemnidad en cada uno de los pasos que lo van acercando a las aspas del Moulin, que parecen la caricatura grotesca de una cruz. Sin detenerse ni dudar, sube las escaleras como si nada, como si fuera un habitual. En su pecho, late el corazón emocionado y consciente de la trascendencia del momento. Entra en el pequeño vestíbulo donde le cobrarán la entrada. Una peseta la consumición. Ya oye la algarabía del interior, y no son gritos agónicos, ni alaridos de dolor infinito, ni llantos sin consuelo ni esperanza, ni crujir de dientes.

Enseguida lo rodea una penumbra blanda y cómplice, una música alegre y optimista, la voz de unas chicas que cantan y bailan consagradamente desnudas, generosamente desnudas. El escenario es pequeño, no tendrá más de cinco metros de ancho, y las tres mujeres que ahora lo ocupan, moviéndose de un lado a otro, parece que ya lo llenan por completo. ¿Cómo podrán caber las ocho bailarinas de la postal? ¿Y las ¡40 preciosas artistas, 40!?

—¿Esto es el Infierno? —se pregunta Amadeu, burlón—. *Lasciate ogne speranza, voi ch'intrate?*

Sonríe feliz.

Se le acerca un hombre de actitud servicial y mirada analítica. Viste casaca roja con cordones y botones dorados, y un extraño dibujo de patillas y bigotes en las mejillas. Las patillas bajan decididas a encontrar el mostacho y el mostacho se encarama esforzado, pero entre unas y otro queda una frustrante distancia de menos de un milímetro. La expresión del individuo se complementa con una sonrisa agarrotada y unos ojos que parecen pintados.

—Buenas noches —le dice.

—Buenas noches. ¿Me puede poner en la primera fila?

—Es la primera vez que viene, ¿verdad?

—¿Se me nota mucho?

El camarero lo mira de pies a cabeza y se entretiene, explícito, en el calzado. Zapatones cómodos pero tal vez demasiado alejados de la moda. Zapatos de cura. «¿Se nota mucho?»

—No se preocupe. Siempre hay una primera vez. No es de aquí, ¿verdad?

—No. Estoy de paso. Provisionalmente, vivo en una pensión de aquí al lado, en la calle Vilá Vilá.

—El espectáculo se ve mejor desde los palcos, pero si usted quiere la fila de los *figuers* , lo llevaré a la fila de los *figuers* .

—¿La fila de los *figuers* ?

—La llamamos así.

—Es raro. *Figuer* , en catalán, tendría que ver con higuera y los de la higuera deberían ser los de arriba de todo, que están en la higuera y no se enteran de nada. En cambio, los de aquí abajo tendrían que ser los que bajan, como quien dice, los del huerto, los que se bajan al huerto.

—Muy bien visto. A partir de ahora lo diré así. Los que bajan al huerto.

—Vengo a conocer a una chica.

Saca la postal del bolsillo. La muestra y, aunque no haga falta, pone el dedo sobre la bailarina de los cabellos rubios, la cuarta contando por la izquierda.

El camarero solo se fija en los titulares.

—¿«El Pulguerío»? —dice—. Si viene a ver a la Bella Dorita, que sepa que se equivoca. Las pulgas que tenemos aquí ahora no son las pulgas auténticas. —Amadeu lo mira desconcertado, y el otro le aclara—: La Dorita estrenó aquello de la Pulga en el Arnau, un teatro de ahí enfrente, hace años. Tuvieron gran éxito de público y el teatro de al lado, el Pompeya, que hasta entonces era el de más éxito, vio como se le vaciaba el local. De forma que un tipo llamado Pepe Gil, Pepe Chil, que entonces era el dueño del Pompeya, se inventó «Las pulgas helicoidales». «¡El desenfreno de lo escultórico!», decía el cartel. «Las pulgas helicoidales.» Si en el

Arnau tenían una pulga, en el Pompeya de repente se podía ver a cuatro chicas buscándose cuatro pulgas entre la ropa. Y ahora, que parecía que aquí, en el Moulin, perdíamos audiencia, el dueño se ha inventado «El Pulguerío». Si en el Pompeya tenían cuatro, aquí tenemos ocho, y Blanca Do, que es la vedet; y porque no caben más en el escenario.

Decididamente, el acceso al Infierno no es como Amadeu imaginaba.

—Vengo a ver esta chica —insiste.

El camarero suspira como si necesitara tomar fuerzas para contemplar la postal, se la encara y se entretiene en lo que ve. Frunce la nariz, acerca la foto a la luz para captar hasta el último detalle y, por un momento, parece que no reconoce a la muchacha. Amadeu teme que le diga que ya no trabaja en el Moulin. Incluso tiene que contar a las otras bailarinas que la acompañan, una, dos, tres y cuatro, sí, la cuarta, antes de asentir con la cabeza.

—Ah, sí. Amanda.

—¿Se llama Amanda?

—Amanda Rogent.

—Yo me llamo Amadeu. Amadeu y Amanda, ¿qué le parece?

—Me temo que tendrá que olvidarse de ella. —Le devuelve la postal—. La chica ya está ocupada, pero si usted quiere a la cantante, a Blanca Do, la morenaza de delante, esta sí está libre. Y le gusta la gente de su edad.

—No, no. Amanda. Esta. Amanda. Solo quiero hablar con ella. Dígale que solo quiero hablar con ella.

El hombre le clava la mirada con intensidad especial, como para hacerle entender que sabe perfectamente de qué quiere hablar Amadeu con la chica.

—Se lo diré. Venga conmigo.

Lo conduce bordeando un patio de butacas con asientos frontales y laterales. Prácticamente todas las localidades están ocupadas por hombres, pocas mujeres, algunas esposas que acompañan al marido para vigilarlo y unas cuantas profesionales que buscan trabajo. Los perros, hechiceros, inmorales, asesinos e idólatras de que habla el Apocalipsis.

Amadeu sigue al camarero mirando a su alrededor, como si

quisiera hacer inventario de cada detalle modernista, cada moldura, cada pintura mural, la bola de espejitos que dispara relámpagos de colorines por todo el local.

A la izquierda del escenario, hay una pizarra donde alguien ha escrito, a mano y de cualquier manera, las palabras «Bella Púbica».

El hombre de la casaca roja le indica un asiento delante del foso donde se amontonan los cinco músicos de la orquesta.

Amadeu le dice:

—¿Eso de «Bella Púbica»?

—Es el próximo número. No lo ponen para el público, sino para la orquesta, para que se vaya preparando. ¿Qué querrá tomar?

—No lo sé. ¿Una cerveza? ¿Qué hay que tomar aquí?

—Ahora está de moda el Pernod, una costumbre francesa, propio de aliadófilos. Pero si quiere una cerveza, le traigo una cerveza. Es más germanófila.

—Pues una cerveza. Perdone… Yo creía que aquí todo el mundo se llamaba de tú.

—Dentro de una hora, hora y media —dice el camarero, sin consultar ningún reloj—, empezamos a tutearnos.

Amadeu sonríe la broma —¿bastará con esta sonrisa?— y se sienta en el banco largo, junto a un hombre viejo que se ahoga de risa, desdentado y baboso.

Una de las tres chicas canta «*Como somos tan pobres, / los niños de casa / los hace papá», y las otras le hacen el coro: « ¡Firulí, firulà!* ». Amadeu se echa a reír, no tanto por la letra de las canciones, cuyo doble sentido se le escapa, sino porque se le ha contagiado la euforia del ambiente y se encuentra muy bien, como hacía años que no se encontraba.

Las risas, la música, la luz de colores cambiantes, el humo de tabaco, los murmullos y las miradas obscenas y cómplices se mezclan con el oxígeno y entran en los pulmones e infectan la sangre de todos los presentes dotándolos de una naturaleza nueva, exultante y perturbadora. Amadeu no se reconoce en este joven extasiado y ávido de experiencias y conocimientos.

Se ríe solo cada vez que vuelve a formularse la cuestión: «¿Y a esto lo llaman Infierno?». Porque él sí ha conocido el Infierno, el de verdad, el que apesta a incienso, oscuro y retorcido sobre sí mismo,

Infierno de golpes de pecho, de castigo inminente, el Infierno de la culpa, de los ojos cegados de pánico, de dioses torturados y de mártires mutilados y vírgenes condenadas a la virginidad, del *mea culpa* , del yo pecador, de la penitencia y del pecado, y del pecado y la penitencia, y la penitencia que borra el pecado y te deja limpio y preparado para nuevos pecados y nuevas penitencias.

Acaban de cantar las tres chicas y todo son aplausos y gritos de aprobación, y el hombre viejo de al lado grita «¡Gaña!», que Amadeu no sabe qué significa pero ve que una de las chicas, pícara y complaciente, se vuelve hacia él, le hace un guiño y se levanta la falda, pim-pam, visto y no visto, solo para que los de aquel lado del teatro sepan que no lleva ropa interior.

—¡Gaña! ¡Gaña! —repite el venerable anciano, excitado y satisfecho.

La Bella Púbica, que sale a continuación, es una cupletista tan exhibicionista como las otras pero más veterana y regordeta y, durante un buen rato, parece que no tenga la menor intención de cantar.

—¡Hola, hola, hola, querido púbico! Es como si fuéramos parientes, ustedes y yo. ¡Yo soy la Bella Púbica y ustedes el distinguido púbico! Inauguramos temporada de verano. ¡Vodevil nuevo, con menos ropa que nunca!

Amadeu ha conocido el Infierno de la castidad obligatoria, la castidad como tentación, el Infierno del mundo terrenal, del demonio omnipresente y de la carne inevitable, y dos mujeres encerradas en la bodega, «Por favor, por favor», le dijeron, «Sáquenos de aquí, le haremos lo que quiera, pero sáquenos de aquí», «Le haremos lo que quiera», dos mujeres, una madre y una hija, sucias y encadenadas como animales, pecadoras condenadas para el goce del señor rector de la parroquia, que bajaba a verlas y las bendecía y perdonaba antes de pecar todos juntos porque la carne es débil, *mea culpa* , *mea culpa* , *mea* grandísima *culpa* . Amadeu ya ha conocido este Infierno de almas condenadas.

—Pero padre… —le dijo al señor rector.

Y el señor rector, sin inmutarse poco ni mucho, esbozó una sonrisa angelical y dijo:

—Somos humanos. Somos pecadores. Estamos expuestos a la

tentación y no siempre podemos vencerla.

Amadeu le soltó una bofetada demoledora, una bofetada que giró la cara del pecador con revuelo de canas largas y sotana negra cuando el señor rector, tan humano, tropezó con un sillón de madera y cayó como un fardo.

La orquesta ha recibido a la Bella Púbica con mucha fanfarria y le da entrada para la canción, pero ella no hace caso y parlotea mezclando catalán y castellano, como si estuviera en el mercado. Quiere hacer saber a todos los presentes que a ella, lo que le gustan, son las mujeres.

—Bien miradas, las mujeres somos la armonía, la representación de la belleza, mucho más estéticas, dónde vas a parar. Redondeadas y suaves al tacto, y blanditas, mira los pechos, la cintura, ¡gracias a los corsés!, y si aprietan, que aprieten, que me gusta que me aprieten. Las caderas, el culito… —Interpela a los hombres de la primera fila, se fija especialmente en Amadeu—. ¿Es verdad o no es verdad? ¿Tengo razón o no tengo razón? Sí, usted, el de la barba. Eh, ¿qué me dice? ¿Que quiere que hablemos de sexo? ¡Mira tú el marrano! Hombre, si hablamos de sexo, qué quiere que le diga. Los hombres enseguida se echan a perder, con esas barrigas, y se les cae el pelo, y se les pone esa expresión de asco que ellos se piensan que es de dignidad y autoridad. Ahora, una vez les coges el tranquillo… —Queda muy claro lo que quiere decir con lo del tranquillo y la risa abierta y liberadora de Amadeu se suma a la hilaridad general—. A la mama no le gusta que yo les coja el tranquillo a los hombres. De vez en cuando, voy a jugar con el tranquillo del Papitu, en el callejón, y la vecina, que la llaman la Tranquilla, porque es muy tranquila, de lo más tranquila, dice «Que te va a ver la mama, ya verás como te vea la mama». De vez en cuando, la oímos gritar: «¡Que viene la mama, que viene la mama!». Y Papitu enseguida: «¡Hombre, si la mama bien, que venga!».

La mímica descarada de la Bella Púbica es una lección de ortografía donde se diferencia perfectamente el «que viene la mama» del «que bien la mama», y aunque Amadeu siempre entiende las cosas a la segunda, después de un pequeño malabarismo mental llega a tiempo de aplaudir y reír al mismo tiempo que el resto del público.

Mientras la Bella Púbica habla y habla, una mano borra su nombre de la pizarra y anota, con mayúsculas de palo: «El Pulguerío».

Amadeu conoce el Infierno del señor obispo de su diócesis, cuando fue a su despacho para denunciar la conducta del párroco, y se tropezó con una sonrisa benevolente y mansa, una mirada tierna y bondadosa.

—No te confundas, hijo mío. El hecho de ser sacerdotes no nos hace inmunes a la tentación. Somos hombres, débiles y frágiles como cualquier otra persona. Hombres normales y corrientes.

Entonces, Amadeu estalló y vomitó lo que ya hacía tiempo que trastornaba sus noches.

—¡No me diga que somos hombres normales y corrientes! Se supone que, si cogemos un trozo de pan y decimos las palabras correctas, ese picatoste se convierte en Dios Padre Omnipotente. No en una representación de Dios, no fingimos que es Dios: ¡se transforma en Dios Padre Creador del Cielo y de la Tierra! Eso no lo hace la gente normal y corriente. ¿Cómo se entiende que podamos realizar ese milagro cada día, tener a Dios, a Dios Todopoderoso en persona, en las manos, entre estos dedos, y por la tarde no seamos capaces de resistir la tentación, y por la tarde profanemos la inocencia de unas mujeres encadenadas en la cripta? ¿Y qué hace ese Dios, todo bondad, entre estos dedos sucios, profanadores y violadores? ¿No le importa? ¿Se siente cómodo?

El señor obispo trató de anular su discurso con gritos violentos y amenazas y, al ver que no lo conseguía, agarró a Amadeu de un brazo para arrastrarlo hasta la puerta del despacho.

Entonces, se disparó la segunda bofetada, en plena mejilla del obispo, los cinco dedos tatuados en rojo para siempre jamás. A algunos de los secretarios, o monjas, o curas, a lo mejor se les ocurrió que tenían que cerrar el paso al agresor, reducirlo y arrastrarlo a la comisaría, pero la altura, la anchura de hombros, la poderosa musculatura y el tamaño impresionante de las manos del hombre furioso los disuadió. Dieron un paso atrás y lo vieron salir de los aposentos episcopales perseguido por Dios, que era el único con ánimo de hacerle frente.

—¡Te equivocas, Amadeu, hijo, tú no puedes juzgar!

Amadeu emprendió la carrera, y Dios tras él, y Amadeu tomó el tren y el tren corrió más que Dios.

El Infierno no estaba donde le habían dicho que estaba. El Infierno quedaba a su espalda, lejos, en la masía de sus padres, en los palacios de los obispos, llenos de curas y obispos y párrocos y monaguillos y gentuza. En cambio, aquí, en este momento, todo el mundo es feliz, y se ríe, aplaude, salta y baila, y no parece que nadie tenga que arrepentirse de ser como es.

Finalmente, la Bella Púbica canta un par de canciones, «*Soy la pobre Butterfly / que a un marino dio su amor (…) / Mi sostén era el marino, / que me trataba muy bien, / ¡oh, qué cruel fue mi destino / cuando me quitó lo sostén!* », «*Sola en la vida, / soltera y sola en la vida…* », y deja paso al apoteosis del Pulguerío y a la cuarta chica de la izquierda. El escenario se llena de mujeres que tienen que bailar codo con codo porque apenas caben. Amanda Rogent es una de las Pulguísimas. La cuarta contando por la izquierda. Cabellera rubia estufada como una aureola de angelito. Parece muy contenta de hacer lo que hace, muy satisfecha de las piernas que muestra, como una niña jugando a su juego preferido.

Hay una pulga maligna
que a mí me está molestando,
porque me pica y se esconde,
y no la puedo echar mano.

El camarero de casaca roja y botones dorados aparece a su lado y le sirve una segunda cerveza que Amadeu no ha pedido. Cuando este interroga con movimiento de ceja, el hombre de las patillas y el bigote estrafalarios le dice:

—Es una invitación de Amanda Rogent. He hablado con ella y podrás ir a verla al *foyer* , cuando termine la función.

Amadeu mira al escenario y la chica de los cabellos de ángel le dedica un guiño y un aleteo de dedos. El camarero se agacha hacia él y, con las cabezas muy cerca una de otra, continúa hablando:

—Pero no la vas a encontrar sola. Estará acompañada, y muy acompañada. Ten cuidado, chico.

Amadeu encuentra algo que decir:

—Veo que ya ha llegado la hora de hablarnos de tú.

—Yo que tú, no iría. La gente poderosa es muy peligrosa. Y el manso de Amanda es muy poderoso. No te busques problemas.

Y, por fin, la palabra exacta:

—Gracias.

—No me las des, chico, no me las des.

7

AMANDA Y AMADEU

El *foyer* está en lo más alto del local, más allá del anfiteatro, entre la más remota fila de butacas, y la pared de la fachada. No es más que un bar, con un mostrador, unas cuantas mesas, un piano en el rincón donde se reúnen los cinco miembros de la orquesta y un pequeño espacio para bailar. Después de la función, músicos y muchas de las bailarinas, no las cuarenta porque no cabrían, se reúnen allí para hacer una especie de fiesta privada. Hay artistas que conservan la indumentaria de escena, con lentejuelas y carne a la vista; las hay que se pasean en ropa interior; otras se insinúan con un quimono que sugiere que debajo no esconde ninguna prenda de ropa, e incluso se puede ver a alguna que va vestida de calle, como una mujer decente. Los clientes que suben allí las tratan a todas como putas.

Cuando sube Amadeu, el pianista está interpretando lo que él llamaría «música de burdel». No se le olvidará nunca una conversación que oyó en la parroquia, entre el señor rector y el vicario, que se reían mucho mientras criticaban a un organista nuevo que había llegado a la iglesia. Comentaban llorando de risa que, cuando tocaba el «Sanctus», parecía que hacía «música de burdel», y Amadeu se preguntó cómo podían saber aquellos dos santos varones cómo era la música de burdel.

Se abre paso entre las chicas medio desnudas, los espectadores que han dejado de serlo para convertirse en bailarines desvergonzados y camareros tan cansados y aburridos como serviciales, pensando que esta debe de ser la música de burdel. Ahora ya lo sabe. Música de Infierno. Nunca habría dicho que en el Infierno tuvieran música y que era tan estimulante.

Encuentra al hombre poderoso y peligroso en el último rincón del bar, junto al mostrador. Por su postura abandonada, resulta evidente que la noche se le empieza a hacer larga, que lo abruman

el cansancio y el alcohol y que la silla no le parece nada cómoda. A pesar de lo cual, el esmoquin le sienta tan bien como si estuviera en posición de firmes. La chaqueta perfectamente adaptada a la forma del tórax, el cuello de la camisa abrochado, la corbata bien anudada; los pantalones con raya y los zapatos de charol e impolutos y brillantes. El bigote y la barba minuciosamente recortados forman un círculo en torno a una boca que tiende a la sonrisa irónica. Tal vez el flequillo que cae sobre su frente sea el único indicio de dejadez, pero resalta la simpatía de ese rostro que está contemplando al recién llegado con curiosidad.

Sobre la mesa, una botella de champán que se conserva fría dentro de un cubo, y tres copas, dos de las cuales llenas de líquido dorado.

—Hola, ¿tú eres Amadeu? Mira qué bien plantado. No te importa que te tutee, ¿verdad? Una vez que me has visto desnuda, a mí me parece que ya nos podemos tutear. Eres muy bien plantado, ¿eh? Lo sabes, ¿verdad? Estás muy bien.

La que habla es la chica que hay junto al hombre poderoso y peligroso. Lleva un vestido muy elegante, de color beis, sin escote y hasta los tobillos, con un brocado de filigranas marrones en el busto, medias de seda y zapatitos de color rojo. Nadie diría que es una de las bailarinas del espectáculo, sobre todo porque usa poco maquillaje, solo alguna clase de polvos que blanquean su rostro y le suavizan el cutis. Sus ojos resultan ser muy pequeños, redondos y brillantes como de niña que espera el milagro del prestidigitador; lleva los cabellos castaños cortados à la *garçonne* , según la moda francesa que ha impuesto Raquel Meller, y cubiertos por un sombrero minúsculo, casi invisible. ¿Qué ha sido de los cabellos rubios y escarolados de la escena del Pulguerío?

—Sí, sí, soy Amanda. Amanda Rogent. ¿Qué te extraña? ¿La peluca? Al director de escena no le gusta el pelo corto y me pone peluca. Es partidario del pelo rizadito estilo querubín, inspiración Max Factor. Pero soy yo y yo soy así. Está bien, esto, ¿verdad? Amadeu y Amanda, Amanda y Amadeu. El uno para el otro, tal para cual. Siéntate, Amadeu. ¿Quieres un poco de champán? —Amadeu acepta con gesto humilde—. Xavier ha pedido que pusieran una copa para ti. Mira, es esta. ¿Quieres un poco? Él es Xavier. Xavier

Rutllana. Mi amante rico. Tenemos una *liaison* .

Amadeu sonríe, comprensivo y cómplice, y estrecha la mano del caballero poderoso y peligroso. Le gusta el apretón firme. Se quita el sombrero y lo pone sobre la cuarta silla, junto al *homburg* , mucho más distinguido. Se sienta en el sitio que reservaban para él, escrutado por dos miradas intensas. La de ella tiene un punto de interesada alegría, como si esperase alguna sorpresa espléndida; la de él también espera diversión pero está cargada de desconfianza. El rico que siempre teme que vengan a quitarle los cuartos.

—¿Qué te parece Xavier? Es rico, pero muy rico, ¿eh? ¿Has visto todo el espectáculo? ¿Te ha gustado? Ya he visto que estabas en la fila de los *figuers* .

—Sí, en la primera fila. ¿Por qué la llaman la fila de los *figuers* ?

—Porque es desde donde se ven los higos. —Amanda está muy atenta a su reacción—. ¿No has visto ningún higo?

Amadeu se pone colorado. Arranca una risa forzada y tartamudea «Sí, ahora que lo dices, sí que he visto», y Amanda se ríe y le contagia la hilaridad, y los dos se ríen bajo la mirada paternal y comprensiva de Xavier.

—Blanca Do es buenísima. Yo, de momento, solo gano diez pesetas al día, pero cuando sea como ella… ¿Has visto cómo canta? ¿Y cómo se mueve? Y tiene una réplica para cada espectador, ¿te has fijado? Y a ella nadie la hace callar.

—A ti tampoco parece que haya manera de hacerte callar —interviene Xavier sin acritud, como quien cuenta un chiste—. No has permitido que nuestro invitado abra la boca ni para decir «hola».

—Tienes razón. Di, Amadeu: ¿has visto el espectáculo? ¿Te ha gustado? ¿Qué es lo que más te ha gustado?

—Amadeu seguro que solo ha tenido ojos para ti.

Amadeu no sabe si el hombre rico le está desafiando. No sabe qué decir.

—No. Bueno, sí, me ha gustado mucho cómo bailabas…

—¿Cómo bailaba?

—… Me ha gustado mucho la Bella Púbica, también.

—¿La Bella Púbica?

—Es muy graciosa.

—Cuidado con esa. Es una mala puta. Una ladrona. Si se te acerca, vete con cuidado porque te meterá la mano en el bolsillo. Y no lo hará para tocarte lo que no suena, ya me entiendes. ¿Quieres que te presente a alguna de las bailarinas? Las hay que son muy buenas chicas.

—No, gracias. —Amadeu vuelve la mirada hacia Xavier—. ¿Así que tú eres muy rico? ¿Qué significa ser muy rico?

—No tan rico.

—¡No tan rico! —ironiza y banaliza la chica—. Ahora te dirá que está arruinado.

—Estoy arruinado, es verdad. La fábrica está parada. —Se dirige a Amadeu en una presentación formal—. Soy el principal accionista y presidente de los Astilleros Rutllana. Hasta hace poco teníamos seis barcos mixtos de carga y pasaje. No muy grandes, de unos veintisiete metros de eslora, pero cumplían con su trabajo, me iba bien. Muy bien. Habíamos conseguido cubrir el trayecto Barcelona-Nueva Orleans, pasando por toda la costa mediterránea, Valencia, Alicante, Málaga, Cádiz, las Canarias, Puerto Rico, Cuba… Pero ahora ya no. Ya no podemos. Los submarinos alemanes me han hundido cuatro de los barcos. El vapor *San Leandro* , cuando iba de Barcelona a Londres con un cargamento de fruta; el *Nueva Montaña* ; el *Algorta* , con cargamento de fruta y mineral destinado al norte de Inglaterra, y el *Sardinero* , que llevaba carga hacia Cette con destino a Suiza y con autorización alemana. Tenía autorización de los alemanes, pero los submarinos no preguntan. Ya hay unos cuantos armadores que han tenido que venderse la flota a casas inglesas, noruegas y suecas. La naviera vasca Echevarrieta y Larrinaga, por ejemplo, se ha vendido sus barcos por poco más de veinte millones de pesetas. Una miseria. Los han regalado. ¿Sabes la pobreza que eso representa para el país? No estamos construyendo ningún barco. Solo me funciona la forja y es para hacer piezas para otras empresas. Tapas de alcantarilla, calderas para máquinas de vapor, fabricamos y reparamos material ferroviario. Solo utilizamos la cuarta parte de nuestros talleres, he tenido que despedir a un montón de gente y todo el consejo de administración está enfadado conmigo y dicen que estoy loco porque no cerramos la fábrica y la vendemos de una vez.

Amanda interviene, muy seria:

—Y los sindicatos le organizan huelgas, y manifestaciones, y lo amenazan de muerte.

Amadeu se pregunta: «¿No les interesa saber quién soy, de dónde vengo, por qué quiero hablar con Amanda?».

Xavier levanta su copa de champán para eludir el desánimo.

—Pero tenemos que continuar luchando. No hay más remedio. Es mi obligación. No me puedo rendir.

—Y todavía te quedan dos barcos, cariño. Una persona que tiene dos barcos es rica, ¿no?

—Dos barcos amenazados, marineros que no quieren navegar por miedo a ser torpedeados, que piden aumento de sueldo, que me tengo que conformar con los que se ofrecen voluntarios, no puedo elegirlos por aptitudes, no sé quién se me cuela en casa… No sale a cuenta. Son dos barcos que ahora mismo me cuestan mucho dinero. La ruina.

Amadeu contempla a la pareja como si le divirtiera la situación. Para demostrar que está relajado y a gusto, saca un paquete de cigarrillos canarios, elige uno y se lo pone en los labios. Xavier se incorpora, recomponiendo su actitud, como cargándose de vida y ánimos, y enciende el cigarrillo con un mechero de gasolina.

—Unos hijos de puta, los submarinos alemanes. ¿Tú sabes que han cambiado toda la ética de la guerra, si es que en la guerra puede haber alguna clase de ética? ¿Tú sabes que lo han cambiado todo? Hasta ahora, los combates en alta mar se regían por unas reglas precisas, una especie de juego de caballeros. Cuando dos barcos enemigos se encontraban, primero tenían que darse a conocer, «Eh, que estamos aquí», para darle al otro la oportunidad de rendirse. Si no se rendía, entonces venían los cañonazos; pero si una de las naves naufragaba, si ya veía que se iba al fondo, los vencedores tenían la obligación de auxiliar a los marineros enemigos, rescatarlos del agua y hacerlos prisioneros. Pero ahora, con esto de los submarinos, no se respeta nada de todo esto. Llegan por debajo del agua, nadie los ve, y sin avisar, a traición, disparan sus torpedos y hunden embarcaciones comerciales, civiles, sin ninguna clase de advertencia previa. No dan al otro la oportunidad de rendirse y no les preocupa que sea un barco de guerra o un

mercante, si es enemigo o neutral, y si los marineros se ahogan, que se ahoguen. Cuentan los hundimientos de barcos por toneladas, no por barco, no por persona, sino por toneladas de hierro. Los pescadores del Maresme están hartos de sacar del mar objetos procedentes de torpedeos. El káiser ha invadido el Mediterráneo con ciento cincuenta submarinos de la tecnología más moderna. Su obsesión es impedir que a Inglaterra y Francia lleguen los productos de primera necesidad que salen de aquí. Víveres, fruta, ropa, materias primas…

Amadeu observa a Amanda con sonrisa amable y se pregunta si será su Beatriz, «*I' son Beatrice che ti faccio andare, amor mi mosse, che mi fa parlare* ». Ahora, mirándola con detenimiento, le parece bonita, limpia, espontánea, infantil, generosa, agradable, tierna, inocente, y piensa que sería capaz de continuar acumulando adjetivos toda la noche.

—Como ya te habrás dado cuenta —dice ella, replicando a la mirada de admiración—, aquí somos más bien aliadófilos. Quiero decir aquí, en Barcelona, o en Cataluña. Solo tienes que mirar los periódicos. Exposiciones de arte francés; en el Palau de la Música, música francesa; en el Alcázar, Souper-Tango: somos franceses por todas partes, de pies a cabeza. Espero que no tengas tendencias germanófilas.

—No puedo estar a favor de los que cometen esas barbaridades que decís. Aunque supongo que los franceses también deben de cometer las suyas.

—Es la guerra —le acepta Xavier—. Pero los alemanes son los agresores, ellos empezaron. Por parte de los aliados, es defensa propia.

—Por suerte, en España somos neutrales.

—España ayuda a los alemanes.

—¿España ayuda a los alemanes?

—España ayuda a los alemanes.

—Pero dices que los submarinos hundieron tus barcos, que eran españoles.

—Desde enero, los submarinos han hundido más de doscientos barcos en el Mediterráneo, quinientas mil toneladas. El año pasado, ochocientas mil toneladas. Y hay muchos puertos de España donde

los submarinos son acogidos y bienvenidos. Puertos donde les proporcionamos un lugar para descansar, y combustible y víveres, y luego ellos continúan hundiendo nuestros barcos. Dicen que la armada nos dará protección, pero no lo hacen. Ni los españoles, ni los franceses ni los británicos. En septiembre del año pasado, organizamos una protesta de armadores de toda España pidiendo garantías para la libre navegación; incluso amenazamos con paralizar la industria naviera. ¿Y sabes qué nos dijo Romanones? Que no nos podía dar ninguna garantía de protección.

Una chica con enaguas lo bastante cortas como para enseñar las ligas acerca su rostro al de Amadeu, apareciendo por encima de su hombro derecho. Le acaricia con su aliento:

—Tú eres nuevo, ¿no? ¿Ya te ha dicho Amanda que eres muy guapo?

Cuando se vuelve para mirarla, los labios de Amadeu casi se encuentran con los de la invasora.

—¿Quieres conocer a Rita, Amadeu? —dice Amanda, risueña.

En ese instante, la mano de Rita busca la de Amadeu e introduce en su palma un papel doblado.

—No —dice él—. No, gracias.

No tiene oportunidad de devolver el papel, porque Rita ya se aleja.

—Es muy simpática —añade Amanda.

Amadeu despliega el papel. Son dos papeles. En uno pone: «Esto es para Xavier R. Dáselo con disimulo». El otro continúa plegado.

¿Cómo se hace para dar la nota con disimulo? ¿Quién es el que no tiene que verlo?

Amadeu mira alrededor y se fija en un individuo alto y delgado, de nariz enorme, cabellos abundantes, patillas y bigote fino y melindroso, que está en una mesa charlando con una chica medio cubierta con quimono. ¿Es él quien lo está vigilando? Busca la mirada de Xavier y le parece que este le ha entendido. Amadeu da una palmada sobre la mesa húmeda y se echa a reír como si alguien acabara de decir algo muy gracioso. Espera que Xavier comprenda sus intenciones y, sí, las comprende: también se ríe y pone su mano sobre la de Amadeu. El mensaje llega a su destinatario. Amadeu piensa que le ha gustado la risa y el tacto de los dedos que

escamotean la nota e interpreta que el hombre poderoso y peligroso sabe leer sus pensamientos y que puede confiar en él. Por algún motivo, esta reacción natural e inmediata lo tranquiliza.

—Puertos españoles abiertos para los submarinos alemanes —comenta como si no pudiera creerlo. Y apura la copa de champán para llenar el vacío de silencio que se ha formado.

—Descaradamente —responde Amanda, al ver que han perdido la atención de Xavier—. En España, tenemos más relaciones comerciales con Francia que con Alemania, pero a gran parte de los españoles les gusta más el Imperio austrohúngaro, ¿sabes qué quiero decir?, el orden cuadriculado y rígido, el principio de autoridad, la monarquía, la familia tradicional, burguesa y religiosa, ya me entiendes; mientras que los franceses, desde la Revolución Francesa, representan un estado republicano, o sea, antimonárquico; laico, y por tanto anticlerical, inmoral, libre, o sea, anárquico. Francia decapitó a sus reyes, y España no.

Amadeu piensa que Amanda no habla como una bailarina de *music-hall* .

Xavier acaba de leer el mensaje. Suelta un suspiro y dice:

—Perdonadme, pero tengo que irme. ¿Por qué no nos encontramos dentro de una hora en casa, para tomar la última copa? —Mira directamente a los ojos de Amadeu, queriendo decir más de lo que dice—: ¿Acompañarás a Amanda a casa, por favor, Amadeu? Yo pago el automóvil de plaza.

Amadeu responde:

—Claro.

Xavier se inclina hacia Amanda y la besa en los labios.

—Me perdonas, ¿verdad, bonita? Enseguida nos vemos.

Coge su sombrero *homburg* , se lo pone, se levanta y se va pasando entre las chicas, los clientes, los camareros, los bailarines, la música y el humo de tabaco, hasta las escaleras que conducen abajo.

El hombre alto y delgado, de la nariz enorme y patillas y bigote, se levanta de un brinco, deja a la bailarina del quimono con la palabra en la boca y, poniéndose un bombín, sale detrás de Xavier como el perrito que sigue a su dueño.

Es Roc.

Se reúne con Xavier cuando este está dando una propina a uno de los chicos que limpian la platea para que vaya a buscar un automóvil de plaza a la parada que hay en el paseo de Colón, y salen ambos al exterior. Xavier Rutllana y su chófer Roc, dos figuras impresionantes, uno tan elegante y enérgico, el otro tan flaco, con el impermeable largo característico de los automovilistas, caminando por el Paralelo que ya se prepara para dormir.

8

OPERACIÓN SCARAMOUCHE

Llega un momento de la noche en que se apagan las luces de las fachadas de los teatros y el Paralelo se llena de oscuridad y pierde la alegría.

La única señal de vida es el Café Español, el inmenso establecimiento que no tiene puertas y, por lo tanto, se mantiene abierto las veinticuatro horas del día, pero aun así es una vida amortiguada y callada, una especie de último refugio para los más desesperados.

Las farolas de las aceras se revelan insuficientes y, tristes, dejan caer su luz al suelo, como si se cerraran en sí mismas, como si no quisieran compartirla con ninguna otra farola. Se debilita la vibración de la avenida, se ralentizan los movimientos, callan los motores estrepitosos de los automóviles y se vuelven a oír los cascos de caballerías que arrastran algún carro de aquí para allá. Bajo la luz de algunas farolas, aparecen ahora las fulanas más desgraciadas, las que todavía no han conseguido a su primer cliente en todo lo que va de noche; o las que, habiéndolo conseguido, tienen un chulo que las obliga a repetir y repetir, incluso cuando no pasa nadie a quien seducir. Bajo otras farolas, se ve a los últimos borrachos, que se abrazan para no caer. Otras presencias rehúyen la luz y se confunden con las sombras de las esquinas, porque quieren observar sin ser vistos, al acecho de algún rico podrido de dinero que pueda pasar casualmente por aquí, víctima propiciatoria.

Xavier Rutllana es consciente de estas sombras amenazantes y por eso va acompañado de Roc y, por si fuera poco, lleva la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta, donde sujeta un pequeño revólver de cañón abatible, con tambor de cinco balas. Los dos hombres caminan deprisa, con la cabeza un poco hundida entre los hombros, decididos, con zancadas que dan a entender que son los dueños de la calle y de la noche. Atraviesan la Brecha de San Pablo

y, por detrás del Café Español, se aventuran en territorio cada vez más siniestro. Determinación de pareja de policías, o quizá de jefe de alguna banda omnipotente y feroz seguido por su guardaespaldas. En la selva, las fieras más crueles saben cuándo tienen que mantenerse al margen y dejar pasar a quien manda.

Llegan a una puerta estrecha, junto a la cual un letrero metálico, sucio y borroso anuncia «Petra. Principal. T.N.». Xavier no sabe si «T.N.» quiere decir «Toda la noche» o «Todas las noches». Da tres aldabonazos con un ritmo preciso: uno primero, pam, pausa, y tres seguidos, pam-pam-pam.

Mira a derecha e izquierda, inquieto. Ya tardan.

—¿Subes? —pregunta a Roc.

—Sí. Mejor —responde el chófer.

En el principal, alguien tira de una cuerda que, mediante un sistema de poleas, acciona el pestillo y abre la puerta.

Xavier y Roc penetran en la oscuridad. Una escalera de peldaños altos los lleva hasta la primera puerta, a la izquierda. En un vestíbulo intensamente perfumado, les recibe una mujer gorda y encorvada, con quimono de seda roja, que no levanta la vista del suelo.

—¿A qué vienen? —dice—. ¿A los cuadros o qué?

—Al reservado —responde Xavier, inquieto—. Me están esperando.

Un pasillo, con tres puertas a cada lado, desemboca ante una puerta muy alta, de dos batientes. La mujer avanza delante, Xavier la sigue.

—¿Quieren alguna clase de ayuda?

—No.

—¿Compañía? ¿Un estímulo?

—No, gracias.

—Hay chicas disponibles.

—Gracias.

Abre las dos hojas a la vez y se pone a un lado para que los visitantes accedan a una sala grande en penumbra, al fondo de la cual hay un escenario minúsculo iluminado únicamente por una batería de luces. Entre los recién llegados y el escenario, tres filas de sillas ocupadas por diez o doce personas. El espectáculo consiste

en dos mujeres y un hombre, desnudos, él con notable erección, caricias y felación. El decorado consiste en un sofá y una mesa de café. La luz, procedente de abajo, crea sombras sesgadas y un ambiente siniestro. Gemidos de placer. Entre el público, hay un hombre que resopla.

—El reservado está ahí.

Xavier indica a Roc que ocupe una de las sillas y se dirige adonde le señala la mujer.

Detrás de un biombo, dos butacas, una de las cuales ocupada por un hombre obeso, enorme, de forma ovoide. Se llama Boureville y es de Formiguera, de la Cataluña Norte. Un culo muy grande encajado entre los brazos del asiento y un cuerpo progresivamente más estrecho hasta llegar a una cabeza casi cónica.

Está mirando el espectáculo con atención y sonríe para recibir a Xavier Rutllana.

—¿Quiere mirar o prefiere ir al grano?

Hace mucho tiempo que vive en Barcelona y habla perfectamente en catalán. Solo se nota su procedencia en las erres, «egues», que él se emperra en conservar. «¿Quiegue migag o pgefiegue ig al ggano?» Pero nos abstendremos de imitaciones grotescas.

—Vamos al grano —dice Xavier.

Una de las mujeres del escenario se arrodilla en el suelo y se pone de bruces sobre la mesa; el hombre interrumpe la felación que le hacía la otra mujer y se entrega a una penetración que, por un momento, no parece muy fácil.

En la miserable platea del local, el hombre que resoplaba y rebullía murmura «Lo siento, señores, pero yo ya no aguanto más, esto es demasiado para mí», y se desabrocha los pantalones. Milagrosamente, junto a él aparece la mujer gorda y encorvada que hace de recepcionista. Habla en voz baja, pero todos pueden oírla:

—Si prefiere una mamadita, yo con mucho de gusto…

—Ay —exclama el hombre, agradecido—. Me haría un gran favor.

Xavier mira el perfil del hombretón.

—¿Piensa quedarse hasta el final de la función?

—¿No le gusta?

—No lo necesito.

El hombre ovoide se resiste unos segundos y, por fin, con santa resignación y a regañadientes abandona la butaca con dificultad y se pone en pie. Viste una chaqueta con dos hileras de botones, ceñida y de faldón largo, estilo casaca militar, como un oficial del Ejército que quisiera disfrazarse de civil pero fuera incapaz de olvidar el uniforme; pantalones ajustados y botas de montar que deben de costar mucho de extraer al final del día. Un maletín negro cuelga de su mano izquierda.

Boureville abre una puerta y acceden a un cuarto pequeño donde hay una cama, un bidé y una silla.

Se estrechan las manos.

—¿Teníamos que encontrarnos aquí? —protesta Xavier, molesto.

—Es el lugar más discreto que se me ha ocurrido. Y a mí me gusta.

Xavier, resignado, cede la silla al hombretón y se sienta en la cama.

—Se le ve cansado —dice el francés.

—El personal de la fábrica no me deja vivir.

—Los alemanes están haciendo un trabajo excelente de infiltración e intoxicación. Financian casi todos los diarios anarquistas de este país. No se fíe de nadie. Ni de los pacifistas, que quieren que aflojemos y nos desarmemos, ni de los curas. Cuidado con los curas: en el Service de Renseignement consideramos que son germanófilos todos los conventos de Jesuitas de España. Lo que significa la Confederación Nacional Católica Agraria, que implica treinta y cuatro federaciones y dos mil sindicatos.

—¿«BN» quiere decir buenas noticias? —pregunta Xavier, abatido, sin hacerse ilusiones.

—Buenas noticias —confirma el otro. Pone el maletín sobre sus muslos enormes y saca un sobre blanco—. La Operación Scaramouche provisionalmente está aprobada. Aquí tiene toda la documentación: información sobre los barcos, financiación, el proyecto de contrato con todas las cláusulas y condiciones, todo muy claro. Ahora es usted quien tiene que decir si acepta.

—No lo voy a leer, ahora y aquí. Tendremos que volver a encontrarnos. Y procure que no sea en un lugar como este.

—No podemos dejar pasar mucho tiempo. Piense que hay otros candidatos.

—¿Otros candidatos? —Xavier se frota las manos, nervioso—. Bueno, por mi parte, ya dije que me interesaba.

Con parsimonia impertinente, Boureville saca un paquete de cigarrillos egipcios y ofrece uno a Xavier. Este acepta, enciende los dos cigarrillos con su encendedor de gasolina y fuman.

—¿Dijimos seis barcos?

—De gran tonelaje. Están a punto, en diferentes puertos del Mediterráneo. Los han habilitado perfectamente. Son mercantes de gran capacidad para transportar todo tipo de materiales, con frigoríficos para la comida y espacio para maquinaria pesada, minerales, animales o productos químicos. Usted los comprará…

Xavier le interrumpe:

—Los comprará Francia.

—Sí. Los comprará Francia, pero eso no tiene que saberlo nadie. En su consejo de administración entrarán unos cuantos accionistas noruegos, que ya han sido aceptados por el Ministerio de Fomento. Todo esto ya está ligado. También verá que tenemos la colaboración del Banco Español de Crédito, que entregará una caución de novecientas veinticinco mil pesetas como garantía de que los barcos de la compañía se someterán a las obligaciones impuestas por el artículo segundo del Real Decreto de 27 de enero de 1917. Por eso no se preocupe, que nosotros lo gestionamos. El hecho es que usted, la naviera Rutllana, comprará la flota y en un par de meses, en agosto, ya podrá moverla por todo el Mediterráneo. La mitad de la tripulación será francesa con documentación falsa que los acredite como españoles, o ciudadanos de países neutrales.

Xavier Rutllana levanta la vista del suelo. Mira a Boureville como si este le pareciera deslumbrante.

—Lo que tampoco sabrá nadie —dice, casi acusador, a la defensiva— es que, de hecho, serán seis barcos de guerra.

—Con cañones disimulados, sí, y con explosivos, y minas y cargas de profundidad. Porque esta flota, como quien no quiere la cosa, nos ayudará a conectar, por ejemplo, Argelia y Francia por mar, transportando hombres y material a los frentes occidental y oriental; pero en realidad, nuestro objetivo principal son los

submarinos.

—Los putos submarinos.

—Una plaga. ¿Sabe que los dos primeros submarinos que llegaron al Mediterráneo lo hicieron en tren? Hará unos dos años, cuando Italia entró en la guerra. Dos submarinos UC, desmontados en piezas, llegaron por vía férrea a Pola, Croacia. Allí los reconstruyeron, como un juguete, y empezaron a hacer daño. Desde entonces, ya pasaron por Gibraltar a razón de cuatro o cinco por mes, y ahora las aguas están infestadas. Tenemos que pararles los pies como sea. Usted podrá transportar víveres o lo que quiera, pero la prioridad será la guerra antisubmarina. Hasta el final de la guerra, serán barcos franceses trabajando para intereses franceses pero con bandera y nombre españoles. Esto es lo que habíamos hablado, y esto es lo que se detalla en estos documentos.

Xavier Rutllana, apoyado en las rodillas, sujetando el sobre grueso con las manos unidas como en un ruego, mira a ambos lados, con una tentación de negativa, y suspira.

—Por su parte —continúa Boureville—, deberá hacer una aportación económica notable, señor Rutllana. Comprará seis barcos a una compañía noruega. La compañía es falsa, pero tiene y debe tener todos los papeles en regla. Y el crédito para poder hacer la compra lo avala un banco islandés. Cuando empecemos a actuar, la inspección de Hacienda española irá a por usted. Sí: los alemanes pondrán el grito en el cielo, lo denunciarán a las autoridades de Madrid y el Gobierno español, germanófilo, vendrá a comprobar qué coño significa esta compra de una flota noruega. No hace mucho, tuve acceso a un informe que dice que, con este nuevo Gobierno de España, presidido por el marqués de Alhucemas, todas las autoridades españolas, gobernadores civiles y militares, oficiales de tierra y mar, comandantes de puertos, cuerpos de Guardia Civil, Carabineros, Aduanas y Policía, todos, están a las órdenes de los alemanes. Literal. ¿No me cree?

—Estoy hablando con un espía del Entente. ¿Qué va a decir usted? No tengo ninguna seguridad de que sea verdad.

—Sea como fuere, por contrato, usted deberá tener todos los papeles en regla. Demostrar ante cualquier inspección y auditoría que ha podido hacer la compra de barcos con dinero de su bolsillo.

No ponga esta cara. Sabemos perfectamente que la fortuna Rutllana no consiste solo en los astilleros y los barcos. Dicen las malas lenguas que usted se cargó un par de conventos medievales para construir pisos en la reforma de la Vía Layetana. Antes de hablar con usted, nos aseguramos de su solvencia. Puede responder con sus propiedades inmobiliarias, los terrenos y los edificios del Ensanche de Barcelona, los terrenos y las casas de Vilassar de Mar, la fábrica, los terrenos de la fábrica… y los pagos del crédito islandés, sobre todo. Los franceses no tenemos que aparecer para nada. Ninguna conexión, o esto precipitaría un incidente internacional, ya no con los enemigos alemanes, sino con los amigos españoles. Supuestos amigos españoles.

—También podría pasar que usted no tuviera nada que ver con el consulado francés. —Xavier se anima a manifestar sus dudas—. Que no trabajara para el Service de Renseignement y que todos estos papeles fueran un camelo para arruinarme del todo.

—Es una posibilidad —acepta Boureville, manso—. Yo le he proporcionado todas las garantías posibles. Más de lo que he hecho, ya no puedo hacer.

Ahora, Xavier asiente como si mantuviera un diálogo secreto consigo mismo. Se levanta de la cama. Se pone el sombrero *homburg* y ofrece la mano al hombre ovoide.

—Lo estudiaré mañana mismo. Y espero que usted proponga la próxima cita.

Boureville retiene la mano estrechada y lo mira directamente a los ojos.

—Espero que la Operación Scaramouche salga bien, Rutllana. Nosotros también lo necesitamos; no es solo usted. Mientras dure la guerra, los barcos le permitirán que continúe haciendo negocio, llevando cargas de aquí para allá, dentro del Mediterráneo. Y cuando termine la guerra, todos los barcos serán suyos, y saldaremos las deudas.

—Siempre y cuando ustedes ganen la guerra.

—La vamos a ganar, Rutllana. Seguro que la vamos a ganar. Y usted nos habrá ayudado a ganarla.

9

CAN RUTLLANA

Cuando Xavier ha abandonado el *foyer* , Amanda continúa hablando con ganas manifiestas de escandalizar a Amadeu. Blanca Do se está paseando entre las mesas, pavoneándose y saludando y dando conversación a unos y otros, cuando hace su aparición la Bella Púbica con un espectacular traje de lentejuelas, parloteando como cuando estaba subida al escenario.

—Ahora verás tetas —anuncia Amanda—. ¿Te gusta ver tetas? Pues verás tetas.

Amadeu no sabe qué decir. Solo sonríe y admira a la mujer con la que comparte mesa.

—Blanca Do es mucho más guapa que Bella, supongo que estarás de acuerdo conmigo, pero la Bella Púbica tiene mucha más labia, y mucha gracia. Dentro de un momento, todos los presentes estarán pendientes de la boca de la Bella y Blanca se encontrará sin la atención del público, y eso no lo puede soportar. Solo tiene una manera de recuperar las miradas de todos, y es enseñando las tetas, de manera que, dentro de un momento, verás tetas.

Blanca Do termina descubriendo sus pechos y la Bella Púbica suelta unos cuantos chistes a propósito de una exhibición previsible.

Amanda le dice a Amadeu que, si se hace habitual de este *foyer* , tendrá la oportunidad de asistir a espectáculos mucho más fuertes que el que ha visto durante la función. No hace mucho, un cliente y una de las chicas hicieron una apuesta singular. Él aseguraba que la haría cantar, y ella decía que de ninguna de las maneras. Que sí, que no, enseguida se desnudaron y se pusieron encima de aquella mesa grande, delante de todo el mundo.

—Y la chica se resistió, pero al final cantó, sí, señor, cantó entre los aplausos de todos los presentes. No sabes de qué te estoy hablando, ¿verdad?

Amadeu no tiene palabras.

Les avisan de que ya tienen un coche con taxímetro esperando en la puerta y abandonan aquella estancia de atmósfera densa de humo de cigarrillos, perfumes penetrantes y calor humano enrarecido.

Suben al automóvil y Amanda dice al conductor:

—A la Casa Rutllana, ¿sabe dónde está? Calle Mallorca, 309, entre Bruch y Gerona.

El vehículo ya tenía el motor en marcha, así que enseguida se pone en movimiento.

Cruzan el Paralelo y suben por la ronda de San Pablo. Pasan por delante de la siniestra prisión de mujeres y por el mercado dormido, una sombra fantasmal donde se mueven las figuras furtivas de los mendigos que pasan allí la noche.

Como si se hubiera olvidado de la presencia de la bailarina, Amadeu mira por la ventana con ávida atención. No es la primera vez que ve esta parte de la ciudad. Cuando estaba en el seminario, trajeron de excursión a los aspirantes a sacerdote para que contemplaran los destrozos que habían hecho los anarquistas durante la llamada Semana Trágica. Iglesias quemadas, conventos saqueados, cadáveres de monjas momificados sacados de sus criptas, profanadas y exhibidas con impudicia en medio de la calle. El Infierno. Pero hoy contempla los mismos lugares desde una nueva óptica y a una hora de la noche que no sabía ni que existía. Hoy visita el Infierno con curiosidad de turista. ¿A esto lo llaman Infierno?

Amanda lo contempla con sonrisa insegura y, después de unos minutos de silencio, pregunta:

—Bueno, ¿y tú qué?

Él no la mira. Hacía rato que esperaba este momento.

—¿Yo qué?

—Sí. ¿Querías conocerme? Has preguntado por mí.

Amadeu la hace esperar un instante para dar trascendencia a sus próximas palabras. A los sacerdotes les enseñan a ser teatrales.

—Sabes perfectamente por qué he preguntado por ti.

—¿Que yo lo sé?

—Tú lo sabes, y lo sabe tu amigo Xavier.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Qué te hace suponer eso?

Esta noche no tiene luna y las farolas de gas, demasiado distanciadas unas de otras, hacen de la ciudad naciente un conjunto de sombras ominosas, gigantes amenazadores, montañas ciegas, que se inclinan sobre el coche que circula solitario.

—Me habéis recibido en el *foyer* y ni tú ni Xavier me habéis preguntado qué quería, ni de dónde venía, ni de dónde salía mi deseo de conocerte. Ninguna pregunta. No me habéis dado oportunidad, prácticamente, ni de presentarme. Tú te has puesto a hablar y a hablar y a hablar, un poco nerviosa…

—¿Nerviosa, yo?

—… Y Xavier me ha explicado con todo detalle sus problemas con la fábrica y los barcos, y los submarinos y los obreros. ¿Ninguna curiosidad?

Amanda cabecea y sonríe un poco más y de otra manera, como diciendo «Mira con qué me sale ahora este»; y junta las manos, se apoya en las rodillas y tuerce la cabeza para mirar a los ojos de su acompañante, para comprobar exactamente con qué le sale ahora este.

—¿Y qué deduces de todo eso?

Por la ronda de San Antonio, llegan a la plaza de la Universidad y emprenden la Gran Vía. No tienen que detenerse en el paso a nivel que protege las vías del tren de Sarriá. El Ensanche crece a su alrededor. Ya hay muchos edificios construidos, y otros a medias, con grúas enormes entre las paredes sin techo. Hay solares protegidos por vallas de madera o muros de ladrillo cubiertos de anuncios de todo tipo; y hay descampados tal vez sin dueño, como agujeros negros en medio de los cuales brilla alguna hoguera que ha encendido un grupo de indigentes obligados a pernoctar por las calles.

—Solo puedo suponer dos cosas —dice Amadeu—. O bien no os interesaba para nada hablar conmigo, o bien ya sabíais por qué había preguntado por ti, precisamente por ti. Si no os hubiera interesado hablar conmigo, no me habríais recibido en el *foyer* . O sea que, descartada la primera opción, debo suponer que ya sabíais quién era yo y qué buscaba. —Ahora sí: Amadeu mira los deliciosos

ojos azules de la bailarina. Y los dos se sonríen, el uno pendiente de las reacciones de la otra—. Al camarero que me ha atendido le he mostrado una postal. Él la ha mirado con mucho interés, y me he dado cuenta de que no era la primera vez que la veía. Seguro que, cuando ha subido a decirte que alguien quería verte, te ha hablado de ella: «Un tipo pregunta por ti, y me ha enseñado aquella postal». Ya sabías de qué postal se trataba.

—Aquella postal —repite ella, sin confirmar ni desmentir.

—Y Xavier y tú os habréis mirado y le habéis dicho: «Que suba». ¿Es así?

Enseguida, el taxi tuerce a la izquierda para ascender por el ostentoso paseo de Gracia, donde las majestuosas farolas están encendidas toda la noche. Aquí y allí se ven edificios como palacios reales, con columnas y estatuas en la fachada, la Casa León Morera, Can Mulleras, la Casa Ametller y la Casa Batlló, que componen la extraordinaria Manzana de la Discordia compitiendo para configurar el bulevar más importante de la ciudad.

—¿Puedo verla?

Amadeu mete la mano en el bolsillo y saca la cartulina de anuncio, «¡El Pulguerío en el Moulin Rouge!», «Blanca Do, la deslenguada», «¡40 preciosas artistas, 40!». Y Amanda, la cuarta contando desde la izquierda, marcada con un círculo de lápiz.

Él se la da como si fuera un salvoconducto, un documento importante que permite que ahora estén hablando. Ella la mira como si realmente fuera el requisito imprescindible para mantener esta conversación.

—No es la primera vez que la ves, ¿verdad?

La chica niega con la cabeza. Ahora no sonríe.

Toman la calle Mallorca antes de llegar a la estrafalaria Casa Milá, conocida como La Pedrera.

—¿De dónde la has sacado?

—La tenía mi padre.

Pausa. Mirando la postal, y Amadeu mirándola a ella.

—¿Y qué te contó tu padre?

—Nada. No me pudo contar nada.

Vuelven a mirarse a los ojos.

Las pupilas de Amanda son azules, inocentes como el agua clara,

impropias de una diablesa. Son infantiles, tristes, desprenden humanidad.

—¿Qué pasó?

Amadeu suspira.

—Es muy largo.

Si el conductor quería enterarse de la historia de Amadeu, se verá frustrado, porque el chico se queda pensativo, y la chica no pregunta, y el viaje termina entre la calle Bruch y la calle Gerona, delante de una mansión monumental de ladrillo a la vista, adornada con serigrafías y columnas con capiteles, y una gran tribuna de cristalera policroma y forja retorcida.

El chófer baja del coche y les abre la puerta, marcial como un lacayo. Amanda le paga el importe del trayecto y camina hacia la entrada del edificio. Amadeu la sigue. Esta zona del Ensanche todavía no está pavimentada. A un lado de la entrada, en el suelo, hay una pieza de hierro con forma de «H» para quitarse el barro de los zapatos los días de lluvia. Ella tiene llave. Abre la puerta inscrita dentro del magnífico portón.

Entran en un vestíbulo lo bastante espacioso como para acoger dos coches de los grandes. Se oye el estrépito del motor del automóvil de plaza que se aleja.

Una escalinata de mármol los conduce hasta la puerta del piso principal. A la derecha, los escalones continúan subiendo hacia las plantas superiores. Amanda también tiene llave para acceder al interior de la vivienda.

Las lámparas de gas del recibidor están encendidas, esperando al dueño. Y un mayordomo calvo, vestido con frac, aparece enseguida en el recibidor.

—Ah, señorita —dice, con mueca de recelo hacia Amadeu.

—El señor vendrá más tarde —dice Amanda, con mucha autoridad—. Nosotros le esperaremos en la sala y usted ya se puede ir a dormir, Jeroni.

Jeroni abre una altísima puerta de doble hoja y enciende un par de quinqués. Se encuentran en un suntuoso salón para fiestas, con los techos a cinco metros, araña magnífica, decoración de mosaicos, estucos con motivos florales, piano de cola, gramófono y hogar espectacular, que comunica, mediante una puerta corredera ahora

abierta, con un comedor de larguísima mesa para tantos comensales como haga falta.

—¿Han cenado? ¿Quiere que les sirva alguna bebida caliente, un café, una tisana…?

—No, gracias, Jeroni. Ya te puedes retirar, gracias.

A Jeroni no le hace mucha gracia dejarlos solos, pero tiene que obedecer. Amadeu apostaría cualquier cosa a que no se quitará el frac y permanecerá despierto en algún rincón del piso hasta que oiga llegar a Xavier.

Amanda va directamente a un mueble bar y sirve dos copas sin preguntarle a Amadeu qué quiere. Vuelve a su lado con actitud excesivamente frívola, le da el vaso de cristal medio lleno de líquido oscuro y brinda haciendo sonar los dos vasos.

—Te escucho, Amadeu —dice, dispuesta a oír una de aquellas historias superficiales del *foyer* del Moulin.

Va a sentarse en un sofá colocado ante el hogar, dando por supuesto que el hombre la seguirá.

Él se mantiene a distancia, apoyado en la repisa de la chimenea, y dice con voz oscura:

—No sé por dónde empezar. Supongo que, antes que nada, debería decirte que soy… Bueno, hasta hace poco, era sacerdote.

—Ya —musita ella sin sorpresa.

—Los zapatos, ¿verdad?

—Los zapatos y otras cosas. ¿Quieres decir que ya no eres sacerdote? ¿Os podéis borrar cuando queréis?

Amadeu habla mirando el vaso. Cierra los ojos para concentrarse.

—Estaba pasando una crisis de fe. Me habían destinado a una parroquia de un pueblo de Gerona, y no me gustaba cómo iban allí las cosas. El rector y el vicario hacían comentarios, hablaban entre ellos, y tocaban a los niños y a las muchachas… Y yo sentía como si me invitaran a hacer lo mismo que ellos. Gastaban bromas: «Tú vienes del seminario, ¿no? ¿Sabías que la palabra “seminario” viene de “semen”? “Semen”, que quiere decir “semilla”…». La manera como se reían y se miraban.

»Y entonces me dicen que mi padre ha muerto.

»Me voy a la masía y encuentro a mi familia destrozada. Mi

padre era… De hecho, yo me hice sacerdote por él. Era muy religioso. Nos hacía rezar por la mañana, y antes de comer, y después de comer dábamos gracias, y al atardecer el rosario, y por la noche, antes de ir a dormir. Muy religioso. Y, un buen día, cuando estaba a punto de cumplir los diez años, vino por la masía un cura alto y gordo, muy simpático, y habló con mis padres, y se me llevó. Me dijo que iba como de vacaciones, a unas colonias, con otros niños, a conocer mundo y aprender cosas, y aunque nadie pidió mi opinión, a mí me pareció bien. Y ya no volví a ver a mis padres hasta los quince años. Durante seis años no fueron a verme, ni a la congregación ni al seminario. Nunca he podido entender por qué mi padre prescindió de mí de aquella manera. Y cuando volví a casa, no podía mirarme a la cara. Como si yo lo hubiera ofendido y no pudiera perdonarme. Como si me hubiera repudiado, como si mi presencia le resultara insoportable. Yo rezaba con él, rezábamos juntos, pero no podía dirigirme la palabra. Mi hermano, quizá como reacción, se había alejado de la religión radicalmente, y se reía de nosotros. Me despreciaba, me desprecia todavía, siempre me ha ninguneado. Mi madre… Pobre mujer. Desde que me fui, mi hermano se convirtió en el heredero, se apropió de la masía, dueño absoluto con mi padre, pero nunca me lo agradeció. Para él, fue como si yo desertara y me dedicara a la vida cómoda, dejándole toda la responsabilidad de un trabajo realmente ingrato. Muy duro.

»Y ahora, con esta crisis de fe, cuando más necesitaba la ayuda de los míos, vuelvo a casa y me encuentro a mi madre enloquecida, totalmente desquiciada. Y mi hermano contra mí. No sé por qué. Bueno, sí sé por qué. Porque mi padre se había suicidado. Lo encontraron colgado de una viga del pajar. Pero yo no había tenido nada que ver con eso.

La gran sala se ha llenado de un silencio espeso y gélido. Amanda está inmóvil, con sus ojos inocentes llenos de tristeza.

—Mi madre tenía entre las manos esta postal.

Amanda todavía tiene entre las manos la postal. La mira, quizá buscando en ella las lágrimas de una mujer trastornada.

—Mi hermano se la quitó y me la dio a mí y me dijo: «¡Mira dónde fue a parar padre con todos tus santos, tus vírgenes y tus santísimas trinidades!». Me contó que mi padre había viajado a

Barcelona para negociar la venta de una parte de las tierras. Una sociedad importante quería comprarlas no sé exactamente para qué, y lo hicieron ir allí, a sus oficinas centrales, para cerrar el trato. No sabemos qué sucedió entonces, pero es evidente que le engañaron. Vino a Barcelona por un par de días y se quedó más de una semana. —Amanda asiente con la cabeza, como queriendo decir que ella sí sabe lo que sucedió. No levanta la cabeza para responder a la mirada de Amadeu, y este interpreta que todavía no es el momento, aún no—. Volvió a casa borracho y exaltado, y diciendo que Dios lo había castigado, que estaba definitivamente condenado, que no tenía salvación. Y mi hermano llegó a la conclusión de que la culpa de todo la tenía la Iglesia, que había hecho de mi padre un bobo, ingenuo, idiota, víctima fácil, tanto de los estafadores como de todas las tentaciones del mundo. Y, de rebote, como yo era el representante de la Iglesia Católica en casa, el culpable también era yo. Tanta misa, tantos rosarios, tantas cuaresmas, tanta oración y tantas jaculatorias, para acabar borracho y adorando la foto de una puta. —Amanda lo mira de reojo. Él hace un gesto ambiguo, «Así hablaba mi hermano», y bebe un trago de whisky—. Nunca se había dirigido a mí con tanto odio. Me insultó de todas las maneras posibles. "Santurrón", "rata de sacristía", "hipócrita"…

»Y ¿quieres saber una cosa? Resulta que yo pensaba igual que él.

»Ya venía debilitado, con dudas de fe, con la amargura de saber que el párroco y el vicario no eran buenas personas. Hacía días que le pedía ayuda a Dios, y Dios no estaba, no hacía nada por mí, «Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Dudo de ti: dame una señal para que no dude». Y, de repente, lo que Dios me enviaba era un terremoto. Dios me pegaba un tortazo. Dios me enviaba a la mierda.

»Volví a la parroquia para confirmar mis sospechas. Unas mujeres, una madre y una hija, extranjeras, quizá gitanas, habían pasado por el pueblo pidiendo limosna. Se habían ido. Pero yo había notado algo desde aquel día. Sospechas. El vicario poniendo comida en platos que no eran los nuestros. De hecho, ya estaba seguro de ello, pero no me había atrevido a comprobarlo. Bajé a la bodega de la casa donde vivíamos, junto a la iglesia. Y allí estaban las dos mujeres. Madre e hija. "Por favor, por favor", me dijo la madre, "sáquenos de aquí, le haremos lo que quiera, pero sáquenos

de aquí". "Le haremos lo que quiera", dijo.

—¿Qué hiciste?

—Las solté, claro.

—¿No lo denunciaste? ¿No fuiste a…?

—¿Denunciarlo, a quién? ¿Al alcalde del pueblo? ¿A la Guardia Civil? ¿Dos gitanas desgraciadas, extranjeras y sucias, que apenas hablaban español? No. ¿Para que volvieran a violarlas? No. Les di ropa, hábitos de monje que teníamos en la sacristía para que se cubrieran y les abrí la puerta. Echaron a correr, despavoridas.

—¿Y después?

—Después, le partí la cara al señor rector.

—¿Y después?

—Le partí la cara al señor obispo.

Amanda no sabe si reír. Pero le cree. Por la manera como Amadeu cierra y crispa el puño, tiene que creer todas y cada una de sus palabras.

—¿Y después?

—Hui de Dios. Vine al Infierno. A ver cómo era este Infierno. Nunca podría ser tan malo como lo que yo había conocido.

—Has venido a verme a mí. ¿Yo soy el Infierno? ¿Soy el Demonio?

Amadeu suspira, traga saliva, no sabe dónde mirar. Anda por la sala, con el vaso en la mano, para dar la espalda a la chica.

—Estaba la postal del Moulin. «El Pulguerío.» Mi madre la tenía arrugada entre las manos. La había arrancado de los dedos de mi padre muerto. Mi hermano me la dio: «¡Toma!», me dijo. «¡Mira lo que habéis hecho, tú y tu Iglesia!». Mi padre había estado mostrando la postal en la taberna del pueblo. Contaba maravillas de lo que había visto en Barcelona, en el Paralelo. Y presumía. Decía que había visto dramas anticlericales y que se había tirado a todas las chicas del Moulin, «¿Ves que pone "¡40 preciosas artistas, 40!"? ¡Pues las cuarenta!».

Amadeu se vuelve para mirar a Amanda, ahora sí. Entre los dos se interpone el respaldo del sofá, como si ella estuviera escondida en una especie de trinchera.

—Luego decía: «Mentira. No he jodido con las cuarenta. Solo con treinta y nueve. Me falta una». —Amadeu suspira de nuevo,

muy emocionado, a punto de estallar en sollozos—. Una. La cuarta contando por la izquierda. La que está remarcada con lápiz.

—Y has venido para saber qué pasó con tu padre, aquí, en el Moulin, en Barcelona…

—He venido para saber qué pasó contigo.

La bailarina baja la vista como avergonzada, bebe el whisky que le queda en el vaso y dirige al chico una mirada firme, limpia y convincente.

—No pasó nada, Amadeu. Ni conmigo ni con las otras chicas. No se tiró a las cuarenta de la compañía. No habría tenido tiempo material. No se tiró ni a treinta y nueve, ni a cinco. A lo mejor a una, no te digo que no. Dos, tal vez.

—¿Tú?

Pausa que se alarga. Amanda recuerda, piensa, calcula, decide.

—A mí ni siquiera se me acercó. Ya habrás notado que, en el *foyer* , soy especial. Xavier es mi protector. Todo el mundo lo respeta.

—Entonces, ¿por qué…?

—¿Xavier es tu protector? —clama una voz joven y llena de fuerza y buen humor desde la puerta. Es Xavier Rutllana, tan elegante y espléndido como cuando ha salido del Moulin—. ¿Todo el mundo me respeta?

Amanda muestra la postal que tiene en la mano con un gesto tímido, displicente, que no propicia continuar la conversación.

—Estábamos hablando de la postal.

Xavier camina hacia Amadeu como si quisiera darle un abrazo. Se limita a ponerle la mano en el hombro.

—Rómpela. Tírala. Tengo la intuición de que esta postal nunca ha traído buenas noticias. ¿Tomamos una última copa?

Sin esperar respuesta, sirve tres copas de whisky y pone un disco en el gramófono.

Un tango.

10

RABASSADA

El Hispano-Suiza de lujo ha hecho todo el recorrido desde el Portal del Ángel, en el centro de Barcelona, a lo largo de curvas interminables de la carretera que se abre paso por el bosque frondoso de Collserola, hasta la puerta de este gran casino que ya no es casino porque el gobernador civil prohibió el juego.

Sobre la verja de entrada, de artístico forjado, se puede leer «La Rabassada Casino Atracciones».

Del automóvil se apea Herr Helmut, con sombrero *homburg* blanco, traje blanco de solapas anchas, camisa de cuello redondo, corbata gris y aguja de perla, pantalones ajustados, botines inmaculados, monóculo, bigotillo *toothbrush* , «cepillo de dientes», bastón y boca fruncida por si acaso. En el consulado dicen que es como un burgués parisiense haciendo la parodia de un húsar.

Penetra en el monumento al lujo y se dirige, con pasos marciales, de cadencia inflexible, hacia la puerta principal del hotel. El interior es majestuoso, digno de un palacio real, decorado con magníficos tapices, magníficas estatuas, magníficas cristaleras policromas, magníficas alfombras, magníficas señoras aristocráticas de sombreros inmensos y acompañadas de magníficas barrigas de señores bien alimentados, y magnífica música vienesa de la magnífica orquesta de los Tziganes de Frank Bertrand que están ensayando en el comedor de al lado. Comedor con capacidad para ochocientos comensales a cinco pesetas el cubierto.

Herr Helmut atraviesa el Gran Salón-Concierto. Deja a un lado la terraza espectacular, con la escalinata ampulosa que desciende hacia el jardín de plantas exóticas y las llamadas «atracciones americanas», con el Palacio de la Risa lleno de espejos deformantes, o la Casa Encantada llena de sustos, o emocionantes montañas rusas como el Scenic Railway de dos kilómetros de recorrido, o el Cake Walk, el Rowling Halleys, o la Chute Water. Desde el mirador, se

puede contemplar la inmensidad de la ciudad de Barcelona y, al fondo, el horizonte impasible del Mediterráneo.

Enseguida localiza a Frau Spatz en el bar para uso exclusivo de socios extranjeros.

Está sola, sentada a una de las mesas de mármol, los ojos pintados intensamente de negro, como la Carmen de Theda Bara, labios rojos y apetitosos como fruta jugosa, un sombrero que se podría confundir con un turbante con pluma, y unas uñas largas y pintadas de color sangre que juegan al solitario con una baraja francesa junto a una copa de contenido turbio, probablemente Pernod, y una jarra de agua.

—*Meine liebe Frau Spatz!*

Los ojos perfilados de negro se levantan hacia el recién llegado sin mostrar ninguna emoción.

Herr Helmut se sienta delante de ella, se quita el sombrero blanco, que deja sobre la mesa, a un lado, con el bastón, y deposita sobre el mármol dos manos pulquérrimas, cuatro anillos y manicura. Mira a Frau Spatz intensamente, como si pudiera ver a través de la ropa del vestido gris cerrado hasta el cuello, como si estuviera calculando la manera de arrebatarle la cadena de oro de la que cuelga un camafeo exquisito.

—¿Sabe cuál sería mi deseo más ferviente? —comenta en alemán—. Que un día, al encontrarnos, usted dijera «¡Querido Herr Helmut!».

—No es verdad —responde Frau Spatz con un acento indefinible que demuestra que el alemán no es su lengua materna—. Ni siquiera se llama Herr Helmut.

—Bueno, usted tampoco se llama Frau Spatz. Pero es un juego. Y, como todos los juegos, será tan divertido como usted quiera que sea.

—Su deseo más ferviente, como usted dice, no sería que yo le saludara como si me alegrara de verlo.

—¿Ah, no?

Llega el camarero, tan magnífico y decorativo como las estatuas y las alfombras.

—¿Señor?

—Tomaré un Pernod, como la dama —dice Herr Helmut en un

castellano muy aceptable.

—Enseguida.

Las manos largas de uñas pintadas de sangre recogen los naipes con destreza de ilusionista o de tahúr. Cuadran las cartas, que son nuevas y dúctiles, y se convierten en mazo.

—¿Y cuál cree que sería mi deseo más ferviente?

—Dígamelo usted. ¿Juega?

—Aquí está prohibido el juego. Esto ya no es un casino.

Con los dedos de una sola mano, la mujer no deja de jugar con los naipes. Ahora mezclan, ahora cortan, ahora los abren en abanico, ahora los vuelven a convertir en mazo y, por arte de magia, depositan sobre el mármol una carta vuelta.

—No jugaremos dinero.

—¿Ah, no?

—Juéguese un deseo. Si gana, le será concedido su deseo, ¿cómo ha dicho?, su deseo más ferviente.

—No es verdad.

—Pruebe. ¿No quiere probar?

—Usted nunca me concederá mi deseo más ferviente.

—¿Sabe jugar al Blackjack? El veintiuno gana. ¿Quiere carta?

—Deme una.

Una carta revolotea, girando en el aire, hasta caer entre las manos pulcras de Herr Helmut. Es el nueve de picas.

—Solo para demostrar que no es capaz de cumplir su palabra —dice el hombre de los cuatro anillos.

—Supongo que quiere saber lo que pasó con el cargamento del viernes —dice ella como si nada.

El hombre frunce el ceño.

—¿Qué sabe del cargamento del viernes?

—Que lo tienen los franceses. Y que, en el punto de recogida, mataron a las cuatro sombras que debían transportarlo.

—¿Las cuatro sombras?

—Sí, las cuatro sombras. *Die vier Schatten* . Y estos no eran desgraciados recogidos por la calle. Eran agentes del inspector Villadiego, nos habían salido más caros que de costumbre, a siete pesetas la hora, y ahora el inspector no nos va a ceder ni uno más. Pregúntele a Herr Oslo. Está desesperado buscando personal. ¿No

quiere más cartas? ¿Se planta?

—No. Carta.

Frau Spatz pone el tres de diamantes junto al nueve de picas.

—Doce.

—¿Ha estado alguna vez en este hotel? Las habitaciones son suntuosas. Nueve pesetas una noche. Sin desayuno.

—¿Se planta?

—No. Deme otra carta.

Otro nueve. El de tréboles.

Dos nueves negros con un tres rojo en medio.

Veintiuna.

—Veintiuna. He ganado.

—Aún no.

Parece que Frau Spatz no se atreve a sacar cartas para su juego.

—¿Quién se lo ha dicho? —pregunta él.

—Ya lo sabe. Quien siempre me lo dice todo. Mi fuente secreta.

—Julien.

—Llamémosle Julien.

—Siempre le hemos llamado Julien. ¿Y él cómo lo sabe?

—Él sabe muchas cosas.

—¿Qué cosas más?

—No lo sabe todo, pero sabe mucho.

—¿Le ha hablado de una Operación Scaramouche?

Los ojos azules, rodeados de maquillaje oscuro, lo miran como desde el fondo de un pozo.

—¿Operación Scaramouche? No. —Y continúan mirando, atentos a las próximas palabras del hombre del monóculo—. ¿De dónde sale eso?

—No lo sé. No sé nada. Solo el nombre, y que es algo de importancia. Debe de ser una indiscreción de las alturas. Ya sabe que, en las grandes recepciones, los generales, o almirantes, o gobernadores, políticos y aristócratas, a veces no pueden contener la lengua y dicen lo que no tienen que decir.

—O dicen lo que hay que decir.

—A veces, de estas indiscreciones han salido informaciones valiosas. Y esta sería importante. Una operación de consideración contra nuestros submarinos en el Mediterráneo. Pregúntele a su

informante.

—Se lo preguntaré.

Frau Spatz devuelve la atención a las cartas.

—¿Le ha hablado del Enklave Zero? —pregunta Herr Helmut.

—¿A quién?

—A su informante. A Julien.

—¿Quiere decir yo a él o él a mí?

—Usted a él o él a usted.

—No.

—¿Seguro? ¿No han hablado de eso?

—Seguro.

—¿Y sabe dónde era el punto de recogida?

—No.

—¿Quién mató a las sombras?

Procedentes de la terraza de fuera, del mundo exterior, llegan los chillidos y las carcajadas de la gente que cae con la vagoneta del Water Chute a las aguas del lago.

Y, de vez en cuando, se repite la melodía de valses de Strauss. Un pasaje no termina de salir bien.

—No lo sé —dice Frau Spatz, con un suspiro—. Por aquí corren muchos agentes franceses. Casi tantos como agentes alemanes.

—¿Caramba?

—Me extrañaría. Él nunca está en los lugares calientes. Llega después y saca conclusiones.

—¿Ha oído hablar de uno que se llama Sablon? Está en una pensión de la calle Conde del Asalto. Otro nombre que nos ha llegado de arriba.

—No me suena.

—¿Qué conclusiones puede haber sacado Caramba del cargamento que nos han robado?

—Que Alemania está perdiendo la guerra.

—¡Qué tontería! ¿Le han dicho en qué consistía la mercancía capturada?

—Me han hablado de una caja de azúcar. He supuesto que debía de ser como la que hice llegar a Buenos Aires.

El camarero trae la copa de Pernod. Quiere llevarse la jarra de agua, pero Herr Helmut se lo impide con un gesto. Se servirá él

mismo. El camarero se resigna, acepta la injerencia con contenida inclinación, y se retira un poco ofendido.

Herr Helmut bebe el Pernod sin agua. Frunce los labios y parpadea complacido. Mueve los dedos sobre el mármol, como para hacer notar su manicura.

Frau Spatz bebe de la copa. Todavía no había probado su contenido.

—Esto es muy grave —dice el hombre—. Quiero hablar con ese Julien.

—Imposible. Si Julien supiera que lo he mencionado, me mataría. Dígame qué quiere saber y yo se lo preguntaré. Y no le garantizo respuestas, ya lo sabe.

—¿Quiere decir que Julien se juega en esto más que nosotros?

—Mucho más. Nosotros luchamos por banderas y por unos ideales. Él se juega millones de pesetas.

—O sea, que lo conoce.

—No sé quién es. No conozco su nombre. Sé lo que es. Por lo que veo y por lo que puedo adivinar.

—Un hombre de negocios.

—Basta. ¿Hemos terminado, Herr Helmut?

—No. Quiero saber quién mató a nuestros hombres. Tenemos que vengarles, de manera ejemplar. Y quiero saber dónde se encuentran las treinta cajas que nos quitaron.

—Está bien. Haré lo que pueda.

—¿Se ha plantado? Si se ha plantado, gano yo. He ganado mi deseo más ferviente.

—No. No me he plantado.

Junto al naipe vuelto, Frau Spatz pone otro al descubierto.

Un ocho de corazones.

Sin pausa, añade el dos de diamantes al ocho de corazones.

La mujer mira, con sus ojos claros rodeados de maquillaje negro, a un Herr Helmut que no le quita la vista de encima.

Él dice:

—Suman diez.

Las uñas pintadas de sangre sacan ahora un cinco de diamantes, que suman quince. No se puede plantar con quince. Tiene que ir hasta el final.

Sale otro naipe. Cinco de picas.

Ocho y dos y cinco y cinco hacen veinte.

Frau Spatz vuelve la carta que estaba boca abajo.

Es un as. El as de corazones. Veinte y uno suman veintiuno.

—No ponga esa cara, Herr Helmut. Solo era un juego.

Herr Helmut suspira como si acabara de quitarse un peso de encima.

11

CUEVA DE IXENT

La historia, probablemente, atribuirá todo el mérito al capitán Wilhelm Canaris, maestro de espías, porque los historiadores buscan héroes, como los niños y los novelistas, pero lo cierto es que el mérito del Enklave Zero es exclusivamente del Kapitänleutnant Heinrich Baumeister.

Este oficial de la Marina Imperial Alemana es un enamorado del Mediterráneo. Llegó a la sierra de Tramontana de Mallorca siguiendo la huella de su admirado archiduque Luis Salvador de Austria, Habsburgo ilustrado, y luego conoció la Costa Brava, se compró un velero de doce metros y dedicó unos cuantos veranos de su vida a dar vueltas por el Mare Nostrum. Así fue como descubrió las islas Medes y esta zona, acaso la más brava de la Costa Brava, llena de escollos y farallones, sinuosidades, recovecos y cuevas como la Foradada o las cuevas de las Salinas o la cueva de Ixent, bajo el faro del mismo nombre.

Cuando oyó hablar de la intención del káiser de desencadenar la guerra submarina «a ultranza», y la necesidad de establecer bases de abastecimiento para los sumergibles en el Mediterráneo, Baumeister recordó aquel punto de la geografía catalana y lo comunicó, a través de sus superiores, al servicio secreto. Enseguida le aprobaron la idea, le asignaron un ayudante o supervisor llamado Thomas von Holtz, le consiguieron un presupuesto generoso, y los enviaron a los dos a Cataluña para cumplir la misión.

Alguien habló con el teniente coronel del cuerpo de Carabineros (Cuerpo de Carabineros del Reino desde 1842), comandante de la Zona Noreste, y este teniente coronel llamó a su despacho de Figueras al capitán Bartolomé Salanova, que tiene a su cargo la zona del faro de Ixent y las islas Medes. El teniente coronel y el capitán se conocen desde hace tiempo, los dos coincidieron en la Legión —el Tercio, dicen ellos—, y hablaron de dinero, de mucho

dinero, y de estrategias, y de efectivos, y de lealtades, y de responsabilidades, y de lo que había que hacer y de lo que no había que hacer de ninguna de las maneras.

—En caso de que la cosa se destape —dijo el superior, mirando por la ventana—, habrá que borrar toda huella. Y, en resumidas cuentas, el responsable último será usted, Salanova, que se habrá aprovechado de mi buena fe. Estas son las condiciones. Si las acepta, podrá ganar mucho dinero corriendo muy poco riesgo, que es el principio de los buenos negocios.

Un par de días después, un Fiat de doce caballos, automóvil de plaza alquilado en la estación de M.Z.A., llegaba al muelle de Barcelona, iba más allá de la Aduana, atravesaba las vías del ferrocarril transportador de carbón que todo lo pinta de negro, penetraba en el tráfago portuario de los estibadores musculosos, la niebla densa provocada por los vapores, los chirridos de las grúas que giran por encima de las cabezas de la gente, ir y venir de camiones, y se detenía delante de un barco mercante denominado *Istria* , con bandera croata; una embarcación vieja y deteriorada, con manchas de óxido en el casco despintado y una tripulación sucia y desgarbada que muy bien podría pasar por banda de piratas.

Del taxi salió el capitán Bartolomé Salanova, pagó el importe del trayecto y se dirigió al barco.

El capitán Bartolomé Salanova es hombre de uniforme, no sabe vestir de paisano. Si aquel día se había puesto su mejor y único traje de civil era porque le habían obligado a ello como requisito indispensable para la reunión. Que nadie pudiera decir nunca que un capitán de Carabineros se había encontrado con nadie aquel día en el puerto de Barcelona. Pero en el largo viaje en tren desde Gerona, la chaqueta se había empezado a tensar como un corsé, la corbata se le había aflojado, el cuello de celuloide fuera de sitio, y los faldones de la camisa pugnaban con los tirantes para salirse de los pantalones. Aquella figura de pera blanda, encorvada y panzuda, maculada por el hollín ferroviario, arrugada por las horas de incomodidad y cubierto por un hongo inestable, contrastó con el aspecto elegante e inmaculado de los dos adonis que lo recibieron en un camarote pequeño y asfixiante de las profundidades de la nave.

Las sonrisas que iluminaron aquellos rostros seráficos querían ser amables y acogedoras, pero resultaban burlonas, casi insultantes. Le regalaron una espléndida pistola Bergmann Bayard modelo 1910, de repetición, en una funda de madera que se podía ajustar como culatín y convertía el arma en un pequeño fusil de precisión, y mientras el capitán se quedaba maravillado, paralizado ante aquel prodigio de la técnica, ellos lo miraban compadecidos de un alma tan cándida y primitiva. Lo veían como un niño y pensaban manipularlo como un niño. Cuando terminó la reunión y el capitán Salanova se fue y ya no podía oírlos, uno de los dos alemanes dijo «No sé si es Paleo o Neo, pero seguro que es lítico» («*Ich weiß nicht, ob es Neo oder Paläo ist, aber es ist sicher lithisch* »), y las sonrisas estallaron en carcajadas. En algún otro momento, se rieron también comparando al pobre hombre con una mutación de quelonio.

Le cedieron una de las sillas para que se sentara. Uno de los alemanes, el de cabello oscuro, ocupó la otra silla y el rubio se conformó con hundirse en el catre, los codos sobre las rodillas demasiado elevadas. Los dos hablaban un castellano silabeado y cúbico. Se presentaron con sus nombres auténticos, Kapitänleutnant Heinrich Baumeister y Herr Thomas von Holtz, con la seguridad de que no sería capaz de recordarlos. De hecho, fue en aquel momento cuando Salanova decidió que el rubio sería Fritz y el castaño sería Otto. Y, aunque los tres conocían perfectamente los motivos de aquella reunión y los términos del contrato que nunca se firmaría, los alemanes volvieron a exponerlos para que no cupiera ningún tipo de duda:

Se establecería alrededor del faro de Ixent una zona que denominarían «estratégica», custodiada por un destacamento militar, donde no podría acceder nadie ni se podría salir sin una autorización especial. Los soldados que estuvieran allí destinados montarían guardia las veinticuatro horas del día y no tendrían ningún permiso para salir de la base mientras durase la operación.

El secreto absoluto imponía también la condición de usar el telégrafo únicamente para las conexiones habituales con los barcos que bordeaban la costa por aquel punto. Sabían que los franceses eran muy buenos interceptando telegramas y descodificando mensajes en clave, de forma que habían decidido que aquella base

no pudiera ser localizada por esos medios.

—¿Y cuánto calculan, o sea, estiman, aprecian, que va a durar esta operación? —preguntó el español.

—Mientras la guerra continúe —le respondieron.

—Pero eso puede significar, suponer, años.

Lo miraron como si acabara de soltar una ventosidad.

—Está muy mal informado, capitán. La guerra durará poco tiempo.

—Los periódicos, o sea, la prensa, dicen que la guerra de trincheras está estancada, paralizada, como en tablas. Si depende del desgasto, o sea, de la erosión, va a ser como la erosión de las montañas. Mucho tiempo. Eso dicen los periódicos, o sea, los diarios.

—No lee los periódicos adecuados. Quizá sus periódicos no digan que nuestros enemigos se están debilitando en la espalda. ¿Ha oído hablar de la Revolución Rusa? El zar Nicolás II ha abdicado, tiene una amenaza de guerra civil, hay motines en el Ejército ruso: no hay nada que temer de este lado. Y los levantamientos anarquistas y pacifistas en París, ¿le han hablado de ellos? Y en muy poco tiempo las calles de Barcelona arderán con tanta fuerza como en 1909. En este momento los anarquistas están saboteando las fábricas de municiones en España y matando a los patronos explotadores, que casualmente son los patronos explotadores que comercian con Francia o Inglaterra. Pero, sobre todo, guerra submarina, amigo Salanova: guerra submarina. Bases secretas en todo lo Mediterráneo, en Baleares, en Valencia y Andalucía, en Córcega y Cerdeña, en las islas griegas. Y cada vez son más numerosas y efectivas sin que nadie las detenga, porque todas las fuerzas españolas están a nuestro favor: los comandantes del Ejército, la Policía, los guardias fronterizos como tú, los almirantes de la Armada española, todos son amigos de los alemanes, aunque pretendan ser neutrales; vuestro rey Alfonso XIII es un germanófilo…

—Ahí quizá sea usted, o sea…, el mal informado —intervino Salanova con timidez, un poco abrumado—. Alfonso XIII es hijo de austríaca, o sea, de los Imperios Centrales, es cierto, es verdad, pero está casado con una inglesa, británica, y su esposa le influye mucho.

Además, atención, o sea, cuidado, con lo que le ha pasado al rey Constantino de Grecia, que lo destronaron los republicanos de Venizelos y los aliados terminaron desembarcando en Atenas, Tesalia y el Peloponeso. Cuidado, atención. Alfonso XIII no es el que ustedes suponen. Está acojonado.

A los alemanes no les gusta recibir lecciones de este zopenco español.

—Alfonso XIII es lo que se supone que es. Ahora hemos obligado a dimitir a Romanones y el actual presidente del Consejo, el marqués de Alhucemas, juega a nuestro favor. Romanones quería darle un ultimátum a mi país para proteger sus aguas, sus puertos, sus barcos y sus faros. El nuevo Gobierno del marqués de Alhucemas nos dejará en paz. Créame, capitán, esta guerra no durará hasta el otoño.

Salanova hizo un último intento de resistencia.

—Los Estados Unidos, o sea, los americanos, ya han dicho, anunciado, que entrarán en la guerra. O sea, han declarado la guerra a ustedes, a los Imperios Centrales.

—Antes del verano, los Estados Unidos no habrán tenido tiempo de reunir y entrenar un ejército suficiente para derrotarnos. Verá lo que pasa cuando tengan que cruzar el Atlántico y se encuentren con un océano plagado de submarinos terribles. Siga mi consejo, capitán: esta operación no llevará dos meses. Los suministros de los países de la Entente se agotarán en menos de dos meses. La guerra terminará este verano, capitán Salanova.

»Pero sigamos con las previsiones. Su superior se ha comprometido a proporcionarnos combustible y suministros dos veces al mes. Tiene que organizarlo usted mismo.

Salanova sacó de su cartera un gran mapa de Cataluña y lo desplegó sobre la mesa. Los tres se pusieron en pie para observarlos. El mapa tenía el distintivo del Real Automóvil Club de Cataluña y tenía remarcada con tinta roja la trayectoria que había de recorrer la expedición de abastecimiento.

—Los convoyes, o sea, la caravana de camiones que transportarán el combustible, serán nocturnos, o sea, de noche, y se harán por carretera. Ni hablar, o sea, ni pensar, de usar el ferrocarril. Y las carreteras en Cataluña están en muy mal estado, o

sea, muy mal, fatal. El plan de carreteras vigente en esta región, o provincia, ya saben, no se renueva desde 1877. Son las peores carreteras de España, o sea, las peores, muy malas, fatal. La mayoría no están asfaltadas, son de tierra, con piedras, baches y zanjas y eso, no hay carteles indicadores, de esos que dicen «por aquí se va aquí o allí», ni señales de tráfico de ninguna clase en ninguna parte. «Cuidado, peligro, párese, curva peligrosa o eso.» El año pasado se aprobó una ley de setenta millones, o sea, setenta millones para arreglar carreteras, el pavimento y las señalizaciones y eso, pero de momento a Cataluña no ha llegado ni un duro.

—¿Y el punto de partida de los convoyes solo podía ser Barcelona?

—Solo Barcelona. El puerto de Barcelona. O sea, ya lo hemos estudiado, ya lo he considerado. Solo les podemos garantizar el aprovisionamiento, o sea, la provisión de bencina desde Barcelona. Compromiso de mil litros de combustible cada quince días. No podemos más. Piensen que es muy difícil de conseguir. No hay bencina. No hay combustible. Está racionada. Va a más de peseta el litro. Una peseta el litro, o sea. Piensen que los médicos, para casos de urgencia o necesidad, únicamente disponen, o sea, solo les dan cincuenta litros al mes. Es cosa de ustedes, de la guerra, ustedes son los que provocan esta situación, estas circunstancias, no yo.

—Hablemos de la unidad militar que protegerá el Enklave Zero —dijo Baumeister—. Debería ser un regimiento alemán.

El capitán Bartolomé Salanova se apartó de la mesa negando enérgicamente con la cabeza y dispuesto a ponerse firme. Tenía instrucciones muy específicas al respecto. El teniente coronel, en Figueras, había dejado muy claro que no podían tolerar una invasión alemana. Había que preservar el territorio español como fuera.

—De ninguna manera —se plantó—. O sea, no. Esto sí que es y debe ser claro y diáfano y transparente. El destacamento será de carabineros a mis órdenes. O sea, solo carabineros a mis órdenes. El Ejército alemán solo pisará suelo español como visitante, forastero o turista, sin autoridad alguna, cuando necesite repostar sus naves. Nosotros les prestaremos la imprescindible ayuda humanitaria. O sea, con mucho gusto. Vendrá el submarino, o sea, el sumergible,

desembarcará la tripulación, les echaremos una mano, con muchísimo gusto, y se volverán a ir, o sea, a irse con viento fresco. En esto mis superiores han sido tajantes, o sea, taxativos, rigurosos y formales. Ya hemos seleccionado a treinta hombres, veinticuatro carabineros, cuatro cabos y dos suboficiales que se encargarán de las guardias, divididas en seis turnos de cuatro horas cada uno. Tres patrullas, que son dieciocho hombres, de guardia diaria, y la cuarta patrulla, seis hombres, descansa. Hay tres puntos de guardia desde donde se controla el faro y sus dependencias y sus alrededores, a saber, la Cresta, el pico de Farallones y el camino de Poniente o *cam í de Ponent* en catalán. No hay problema. Todo previsto.

Los alemanes se miraron y se conformaron. Ya sabían que eso era lo que habían establecido las negociaciones previas, pero habían querido probarlo porque no les hacía ninguna gracia tener que depender de la disciplina de unos efectivos españoles. Cabecearon con resignación, y Baumeis-ter dijo:

—Entonces, ¿usted será responsable del personal del faro?

La pregunta cogió por sorpresa al capitán Salanova.

—¿Perdone? ¿El personal del faro? ¿Qué personal del faro? ¿Responsable? ¿Habla de mis hombres? ¿A qué se refiere?

Con toda naturalidad:

—Hablo del farero y su familia, que viven en el faro. Hasta donde sabemos, son cinco personas. El funcionario titular, su anciano padre, su esposa y sus dos hijos. Tendremos que encargarnos de ellos, ¿no?

Salanova se había quedado estático, los ojitos azules maravillados y huidizos. El otro alemán intervino para aclarar conceptos:

—No podemos capturarlos y encerrarlos en un calabozo. Necesitarían atención especial, comida y un guardia para asegurar que no se escapen. Porque cuando salen del faro, se dirigen al cercano pueblo de Sant Pau del Port y cuentan lo que está pasando en el faro y eso no es de nuestro interés.

—Y definitivamente —intervino muy relajado Von Holtz—, cuando termine la guerra, se dirá que tanto usted como el teniente coronel de Figueras, funcionarios de un país neutral, colaboraron con los alemanes. Será usted responsable de esto. Muy embarazoso.

—Entonces, quieren decir que…

—Alguien tendrá que hacerse cargo del personal del faro. Pregunté si sus hombres lo harían, capitán.

—No —le salió instintivamente—. No puedo pedir, o sea, solicitar u ordenar a mis carabineros que maten a ciudadanos españoles. O sea, no. Son ustedes quienes están haciendo la guerra, o sea, la guerra, y matando a civiles por toda Europa, o sea, en las trincheras y eso. En todo caso —hizo una brusca pausa pero cautelosa, consciente de que pisaba terreno peligroso—, aceptaré que unos alemanes, eh, visitantes, turistas, intrusos desconocidos, entren en territorio español, o sea, accedan a mi territorio, y hagan lo que tengan que hacer sin que yo me entere.

Los dos alemanes sonrieron, satisfechos por haber descubierto una nueva fisura en la integridad de aquella especie de tortuga gigante, cruzaron una nueva mirada de desdeñosa complicidad y aceptaron su obligación sin añadir ningún otro comentario.

12

DESPEDIDA

Amadeu abre los ojos, estupefacto. No sabe si sale huyendo de una pesadilla o si acaba de llegar a una conclusión lúcida después de un largo razonamiento sensato.

Sale de la cama, consciente de la blandura del colchón, de la suavidad de las sábanas y de la riqueza ornamental que lo rodea. Seguro que los cuadros de las paredes son de artistas conocidos y cotizados. Y los muebles, a pesar de que no son muy retorcidos ni recargados y reflejan una especie de modestia fuera de lugar, sin duda deben de costar un dineral.

Sus globos oculares a punto de estallar expanden por el cerebro un dolor que le impide parpadear y pensar al mismo tiempo. Tiene la boca seca y amarga, la lengua pegada al paladar. Es el whisky de anoche. Bebió mucho y no está acostumbrado.

Es consciente de que ayer no hizo un auténtico descenso al Infierno. Para ello, habría tenido que pasar por el trámite de la muerte y está vivo y muy vivo. Pero siempre, desde el seminario, le habían dicho que Barcelona era la antesala del Infierno, y el Paralelo era su núcleo más incandescente, y siempre lo interpretó como una parábola de las que Jesucristo contaba a sus discípulos, como ejemplos para hacerse entender mejor. Todos los sacerdotes que ha conocido utilizan párrafos de la Biblia como metáforas didácticas, y ayer por la noche tuvo la oportunidad de echar un vistazo a un lugar que podría servir perfectamente como parábola, como metáfora, como ejemplo que lo ha hecho soñar, o quizá pensar intensamente sobre las expectativas que traía y lo que encontró.

¿Ha estado soñando? ¿Ha estado pensando? ¿Para qué sirven las conclusiones a las que ha llegado?

El traje y la camisa están sobre la butaca, tal como los dejó cuando fue a dormir —y ahora recuerda a Amanda y a Xavier

Rutllana, abrazados, en el pasillo, sonriéndole, despidiéndole como si se fuera de viaje: «Buenas noches», «Que descanses»—, pero la ropa interior parece nueva, y limpia, y, sobre todo —lo que le causa más desazón—, no es la suya. Entra en el cuarto de baño como si fuera un santuario reservado para personas muy especiales. No se atreve a usar la bañera. Cuando vuelve al cuarto, se pone la ropa interior nueva porque no es capaz de encontrar la suya. Viste el traje, los zapatos, se anuda la corbata tan bien como puede, y sale al pasillo, donde se encuentra, quizá no tan casualmente, con el mayordomo que conoció anoche, ¿cómo se llamaba?, Jeroni.

—Buenos días, Jeroni.

—Buenos días, señor. ¿Ha dormido bien?

—Hacía años que no dormía tan bien.

—Mi mujer le ha preparado un poco de almuerzo. Puede pasar a la sala, si quiere.

Recorre el pasillo midiendo los pasos, mirando a ambos lados, impresionado, como quien visita un museo y no puede entretenerse en cada cuadro, pero quiere retener todos los detalles posibles, consciente de su valía. Ha conocido palacios lujosos, por ejemplo, la residencia del obispo de Gerona, y también estaban llenos de pinturas, y esculturas, y espejos, y muebles antiguos, pero esta casa es diferente. Aquello estaba muerto, como si nadie nunca hubiera contemplado las obras de arte y la carencia de curiosidad y admiración las hubiera ido atenuando y agrisando, empujándolas hacia la muerte. Aquí, en cambio, todo parece vivo, todo se hace mirar, todo te sonríe. Son pinturas muy modernas, descaradas, estallidos de colores. Hay un desnudo femenino.

—¿Y… el señor? —No sabe si debería hacer esta pregunta.

—Ha tenido que ausentarse por cuestiones de trabajo —dice Jeroni—. Igual que la señorita Amanda Rogent. Los dos tenían cosas que hacer. Pero el señor me ha dicho que se acomode como si estuviera en su casa.

—Ah. Bueno, yo, la verdad es que tengo que volver a mi pensión. Allí están mis cosas. Por cierto, la ropa interior…

—No se preocupe por eso. ¿Le va bien? Me pareció que la del señor Rutllana tenía que sentarle bien.

—Me va muy bien. Pero para devolverla…

—Oh, no se preocupe por eso. Que aproveche.

La mesa del comedor está puesta con mantel claro, como acabado de estrenar, que todavía conserva los pliegues del planchado, y le ofrece un almuerzo espléndido. Embutidos, quesos, pan acabado de salir del horno, mermeladas, melocotones, manzanas, cerezas, un zumo de naranja, la jarra del café y la jarra de la leche.

—Si quiere que le preparemos un par de huevos fritos… —propone Jeroni.

—No, no, gracias. Con esto tengo de sobra. De sobra.

—Si necesita algo más, llámeme. Yo estoy aquí mismo.

Amadeu se queda solo con la comida y no sabe por dónde empezar. Come con apetito. El café y el zumo de naranja lo ayudan a superar un poco el malestar y a aclarar sus pensamientos, o sus pesadillas.

Después de su aproximación al Infierno la noche pasada, se ha estado preguntando si Dios tuvo una buena idea al encargar a su enemigo más persistente el castigo de los pecadores. ¿Debemos creer que Satanás se va a tomar en serio la tarea de atormentar a sus seguidores a los que tentó y adiestró en maldades, y le complacieron haciéndole caso y ofendiendo a Dios como él quería? ¿No será más fácil que, si el Señor de las Tinieblas tiene que azotar a un blasfemo durante toda la eternidad, llegue el día que piense que quizá se puedan permitir un respiro y hacer un alto en el correctivo? ¿Por qué tendría que esmerarse el Espíritu del Mal a la hora de hacer sufrir a los que han ofendido a Dios precisamente como él quería, precisamente porque él se lo pidió? ¿Acaso no disfrutaron juntos de aquella ofensa, de aquella perversidad?

Aunque le falta mucho por conocer de esta madriguera del Mal donde le habían dicho que se reunían todos los pecadores y todos los pecados imaginables, de momento le parece más un club de amiguetes que una mazmorra de torturas. Gente feliz que se ríe, que baila música divertida, que disfruta de los placeres del mundo y que se lo pasa bastante bien. Probablemente, como no son buenas personas, deben de perjudicarse mutuamente unos a otros, y se enemistarán y pasarán penas dolorosas, pero resultaría un poco exagerado hablar de tormento eterno. Y, bien mirado, la

contemplación de unos pechos y de unas piernas femeninas no parece que tenga que causar ningún descalabro catastrófico en el cuerpo ni en el alma del pecador.

Bueno: para el padre de Amadeu sí que fue un descalabro catastrófico.

Este pensamiento bloquea repentinamente los razonamientos de Amadeu, como si alguien le acabara de pegar una bofetada. Para su padre sí que fue un descalabro catastrófico.

Cuando termina de desayunar, decide irse de aquí. Ya nada lo retiene en esta casa. No sabría qué hacer. Tampoco sabe dónde ir, pero tiene el convencimiento de que este no es su sitio. Así que se levanta de la silla, tose un poco fuerte y pronuncia el nombre de Jeroni sin levantar mucho la voz.

El mayordomo comparece de inmediato.

—¿Señor?

—Tengo que irme.

—¿Se va? —El criado parece decepcionado. Como si interpretara que es por su culpa, que ha hecho algo mal.

—Sí. Tengo que irme. Tengo mi equipaje en… En otro lugar. Transmítale al señor Rutllana toda mi gratitud, dígale que tal vez pase a verle otro día. Y que me he tenido que ir. Gracias.

—No se merecen, señor.

Jeroni lo precede hasta la puerta. La abre.

Amadeu le dedica una sonrisa tímida, los dos mueven la cabeza en un conato de reverencia, y sale, baja las escalinatas hasta el vestíbulo y pisa la calle.

Un peatón con guardapolvo gris, que carga una escalera de mano, le indica que para ir al Paralelo lo mejor que puede hacer es andar hasta el paseo de Gracia y allí tomar un tranvía de las líneas 21, 22 o 24. Cualquiera de estos lo llevará hasta las Atarazanas.

Amadeu llega al paseo de Gracia y baja hasta Provenza, donde está la parada del tranvía. Toma uno amarillo de la línea 24, Atarazanas-Travesera de Dalt, con el anuncio de Anís del Mono. Paga diez céntimos y consigue asiento junto a la ventana, desde donde asistirá a la confusión de la ciudad enloquecida como si estuviera en la primera fila de un teatro. Es un día de sol y los transeúntes ajetreados parece que no tienen ningún miedo de la

embestida del vagón estrepitoso que corre por la vía.

No sabe dónde ir ni qué hacer con su vida. Como si hubiera llegado a una meta. Al destino final. A la muerte. Y sus pensamientos vuelven al punto en que han arrancado hace un rato, cuando ha abierto los ojos en la cama de Can Rutllana. Aunque no ha muerto, ha ido a visitar el Infierno, como Alighieri, y el Infierno resulta que no es tan malo como dicen. Satanás no hace caso de las órdenes divinas y no atormenta a sus protegidos; los trata tan bien como sabe o como puede. Pero su padre sí murió. Para él, el espectáculo del Moulin no había sido tan inofensivo como para Amadeu. Y eso lo lleva a la conversación que mantuvo con Xavier Rutllana anoche. O, mejor dicho, al discurso que le dedicó Xavier Rutllana y que Amadeu encajó sin palabras.

El rico industrial se quitó la chaqueta del esmoquin, prescindió de la pajarita y se desabrochó el chaleco mientras escuchaba en silencio el resumen que Amanda le hacía de la triste historia de Amadeu, de su padre y de la postal del Pulguerío. Con tangos de Gardel de fondo, guardó silencio unos instantes, bebiendo sorbos de whisky, mirando diferentes detalles de la decoración que les rodeaba y, por fin, miró a Amadeu.

Tiene unos ojos grandes y tristes, vacunos, de largas pestañas, llenos de seguridad y de sinceridad. Reflejan coraje porque dejan claro que Xavier dirá lo que tenga que decir sin ninguna clase de tapujos. La barba le otorga un cierto aire mefistofélico.

Exhaló un pequeño suspiro y formuló la pregunta para responderla a continuación.

—¿Qué le pasó a tu padre? Pues una crisis de fe. Lo que descubrió en Barcelona, en el Paralelo, en el Moulin, hizo que se tambalearan todas sus convicciones. Para embaucarlo con la compraventa de terrenos, aquellos hombres lo llevaron a comer como él nunca había comido, probó el vino y la borrachera lo llevó al Paraíso en la Tierra. O probó las habilidades de una profesional del sexo y se le abrieron las puertas de un mundo que no sabía que existía. Igual que tú, por otra parte. Tú también tuviste una crisis de fe y tu vida se hundió como un mercante torpedeado. Todo saltó por los aires. Te enteraste de que existían curas viciosos y tu fe se pulverizó, y empezaste a repartir bofetadas entre párrocos y

obispos.

»Lo que debes preguntarte —y ahí preparaba lo mejor de su discurso— es qué demonios pasa con la fe católica en tu familia. Tu padre absolutamente creyente te regala a la Iglesia como si fueras un esclavo, o una limosna, sin ninguna explicación, y no sabes nada más de él, ni de él ni de tu madre, en no sé cuántos años; te haces sacerdote porque no te queda más remedio… De la fe de tu madre no dices nada; ¿y tu hermano un furibundo comecuras? ¿Te has preguntado qué os pasa? Por lo visto, en vuestra casa vivís la religión con una especie de ansia, de frenesí, tal vez de miedo, también de desconocimiento, que la hace tan fundamental en vuestras vidas que no podéis permitirle el menor fallo.

»No es en Barcelona donde tienes que buscar la explicación de la muerte de tu padre. Es en tu familia; hablando con tu madre, o con tu hermano. O contigo mismo.

Amadeu interpreta ahora que aquel «No es en Barcelona donde tienes que buscar» fue una recomendación para que se vaya de la ciudad. Como si Xavier pensara que Amadeu no está hecho para este mundo; acaso una advertencia de que podría pasarle lo mismo que le sucedió a su padre. Cuando las almas sensibles visitan el Infierno, todo son orgías y borracheras, promiscuidad sexual y lujuria, pleitos y envidias, y les revienta el cerebro. El Infierno es un club exclusivo para almas condenadas y podridas, y no se condena y se pudre quien quiere, sino quien puede.

Tal vez esto fue lo que había querido decirle Xavier Rutllana.

En el quiosco de Canaletas, un grupo de hombres de todas las edades y condiciones, con gorra y con sombrero, con guardapolvo y con traje de paseo, vociferan sus opiniones sobre el Fútbol Club Barcelona. Bajando por las Ramblas, contempla las pizarras que dan noticias de la guerra europea y de muertes de toreros, y más abajo los puestos de los pájaros; y luego, las flores y las floristas, y las barracas de churros y buñuelos. Pasan de largo de la iglesia de la Virgen de Belén. En otros viajes a Barcelona, Amadeu visitó esta parroquia que tiene un interior barroco excesivo, de curvas y contracurvas, espirales, florituras y trompetas, medallones y molduras recargadas, y vírgenes, santos y cristos dorados como ídolos paganos. Hoy no piensa siquiera dirigirle una ojeada con el

rabillo del ojo: la parroquia forma parte de su vida anterior. Los grandes almacenes, cien mil sombreros de paja, el Pla de l'Os, con sus mozos de cuerda y pintores de paredes, y el Liceo, donde se anuncian los Ballets Rusos de Serguéi Diáguilev.

Se apea del tranvía antes de llegar Colón y pasa a formar parte de ese hormiguero caótico de marineros, camareros, mendigos que piden diez céntimos, gitanas que echan la buenaventura, soldados, prostitutas, anarquistas con pancartas de la CNT denunciando que los alimentos son cada vez más caros «porque el Gobierno se los vende a los países en guerra, para hacer negocio, y a nosotros nos condenan al hambre», hombres de negocios con sombreros de copa que miran hacia otro lado, arrieros, charlatanes, carteristas, borrachos y basureros y, algo más abajo, en el mercado de libros usados de Santa Madrona, los letraheridos que buscan incunables y hablan muy circunspectos, aislados del gentío que los rodea.

No puede quitarse de la cabeza las piernas que enseñaba Amanda, levantando las enaguas con cuatro deditos, o sus pechos pequeños, blancos, de pezones rosados, cuando se bajaba el escote, buscando la presunta pulga picadora. El resto del Pulguerío también lo hacía, pero ella, Amanda, era especial. La más inocente, la más natural, la menos lasciva, la única que después, en el *foyer* , iba vestida como una mujer decente. Y Xavier, con su mirada grande y noble, firme, tan seguro de sus afirmaciones. A Amadeu se le acelera el corazón y aumenta su migraña y la amargura seca de la boca cuando piensa en ello.

El Paralelo soleado que lo recibe ahora no tiene nada que ver con el que conoció hace apenas unas horas. Es una calle de empedrado negro, ensuciado por los carros que van y vienen del puerto transportando carbón y pasan precisamente por la calle Vilá Vilá, donde Amadeu se reencuentra con su pensión, «Pensión Asunción, primer piso, 5 pesetas», junto al ropavejero, la escalera estrecha, oscura y empinada de paredes agrietadas, hasta el piso donde hoy lo recibe una mujer pequeña, esférica, vestida de negro y con canas desmelenadas en un moño mal ligado. Amadeu se encierra en el cuarto asfixiante, donde, para descansar, no le queda más remedio que tumbarse en la cama. Se queda mirando al techo, con las manos bajo la nuca, y decide que tiene que irse. No sabe

dónde, pero tiene que hacerlo. Cuando se sienta un poco más animado, hará su maleta y caminará hasta la estación, que no está muy lejos. Y tomará el primer tren que salga.

Si se pregunta por qué no quedarse en Barcelona, no encuentra ninguna respuesta convincente. Tal vez se dice que es una ciudad demasiado grande, que no puede adaptarse a ella, que no sabría cómo instalarse en ella ni qué hacer. Pero se duerme pensando en Xavier Rutllana y Amanda, y ellos hacen que sea un sueño plácido.

Lo despierta el hambre. ¿Qué hora es? Se levanta, pone agua en la palangana, se refresca la cara. Y hace la maleta. Es un momento. Ya está cerrada. Se pone la chaqueta y el sombrero.

Llaman a la puerta de la habitación. La mujer esférica y pequeña, que se ve obligada a forzar el cuello para mirarlo a la cara, le dice:

—¿Usted es el señor Amadeu? —Él solo enarca las cejas, y ella lo interpreta como una afirmación—. Piden por usted.

—Ya salgo —dice él—. Ya me iba.

La mujer anda por el pasillo estrecho hasta el recibidor.

Allí brillan como el sagrario en el altar Xavier Rutllana y Amanda Rogent, tan distinguidos, tan fuera de lugar, ellos y sus sonrisas de felicidad.

Tiene una primera reacción de pánico, «¿Qué hacen aquí?», «¿Cómo me han encontrado?», «¿Me han seguido?», «¿Me tienen vigilado?», «¿Qué quieren de mí?», pero solo son unos instantes, compensados inmediatamente por la gran alegría que estalla en forma de risa incontenible. Si ha sentido la tentación de dar media vuelta y huir a toda prisa hacia el interior del piso miserable, la contrarresta instintivamente con dos pasos quizá demasiado vehementes hacia los dos visitantes. De buena gana, los abrazaría, los besuquearía, si pudiera. Como no puede, la efusión se convierte en una locuacidad incontenible:

—Perdonad que me haya ido tan precipitadamente de vuestra casa esta mañana, sin despedirme; Jeroni ya me ha pedido que me quedara, pero tenía que venir aquí porque quería dejar esta pensión, ya veis que no es agradable estar aquí…

Lo detienen:

—Está bien, está bien, está bien, está bien, está bien, está bien.

—¡Está bien, Amadeu, está bien!

Y él se calla como si hubiera pegado un tropezón.

—Pero ¿qué hacéis, aquí?

Amanda se ríe:

—¡Mira qué cara pone!

—Nos han dicho que te ibas —Xavier parpadea indulgente—, y hemos pensado «No puede ser, si no nos hemos despedido»…

—Manel nos dijo que estabas en una pensión de la calle Vilá Vilá…

—¿Manel?

—El camarero del Moulin.

—¿Se lo dije?

—Si no, no estaríamos aquí. Venga, vámonos.

—Tengo que pagar.

—Ya está pagado. Vamos.

Bajan a la calle de adoquines negros, donde los encuentra un sol refulgente, cegador y optimista, y caminan hasta el Paralelo, Marqués del Duero, donde los espera Roc, alto y delgado, un poco encorvado, bombín, nariz larga y bigote recortado, impermeable largo que estiliza su figura, junto a un automóvil majestuoso. Un enorme Hispano-Suiza descapotable de color blanco.

—Pero yo…

—Tú déjate llevar.

—¿Cómo has dormido?

—Ah, bien…

—¿Cómo has desayunado?

—Ah, bien…

—¿De verdad querías escaparte sin decirnos nada?

—No quería escapar.

—Sí que querías escapar.

—No escapaba.

—¿Te asustamos, anoche? ¿Dijimos algo que no te gustó?

—¡No, no! ¡Claro que no! ¡Muy al contrario!

Lo llevan a comer a la Maison Dorée, un local de lujo que hay en la plaza de Cataluña chaflán con Rivadeneyra. Grabado en el cristal de la fachada, se puede leer «Five o'clock tea a las 7 de la tarde». Tiene una puerta giratoria que las malas lenguas dicen que sirve

para hacer que funcione un inmenso molinillo de café que tienen en el sótano. En el interior, atmósfera barroca con pinturas exquisitas de pintores famosos y cafeteras automáticas.

Amadeu está encantado. Mientras esperan que el *maître* los atienda, Amanda se le cuelga del brazo. Él no puede parar de sonreír.

—¿Dices que Xavier está arruinado?

—La ventaja de ser rico de verdad es que, si te arruinas, continúas siendo rico.

Llenan la mesa con puré de lentejas, huevos a la inglesa, filetes de arenque con salsa de tomate, hígado de ternera al minuto, pollo embutido con salsa picante, carpa al vino, mollejas de ternera a la Marengo, liebre asada y, de postre, quesos y buñuelos de manzana para todos. Y mientras comen y beben, Xavier y Amanda le cuentan que se conocieron el día de San Jorge del año anterior, cuando se celebró en la plaza de toros Monumental un combate de boxeo entre el poeta Arthur Cravan, sobrino de Oscar Wilde, contra el campeón de los pesos pesados Jack Johnson, conocido como «El Gigante de Galveston».

—¿Un boxeador y un poeta? —se maravilló Amadeu.

—Fue un gran acontecimiento. Vino a la ciudad gente de todos los países para verlo.

—¿Y quién ganó?

—¿A ti quién te parece?

Se parten de risa.

13

EL PRIMER SUBMARINO

Pocos días después, al faro llegó una brigada de obreros, con órdenes firmadas por alguien del Ministerio de Fomento, con competencia sobre ferrocarriles, carreteras, canales, puertos, faros y balizas, y empezaron a trabajar en el interior de la cueva de Ixent. Sobre el papel, tenían que apuntalarla ante la posibilidad, contemplada por expertos, de que el oleaje, un día de furioso temporal, pudiera hundirla, arrastrando con ella el acantilado de la Cresta y el faro construido encima.

Lo que hicieron, realmente, fue una especie de muelle rústico de hormigón, con noray incluido, y un camino que seguía las aguas subterráneas hasta la chimenea del pozo que había en medio del patio rodeado por los edificios anejos al faro. Según explicó el maestro de obras a la familia que vivía en aquellas dependencias, aquello serviría como desagüe: en días de tormenta, las grandes olas estallaban dentro de la cueva y presionaban contra las paredes, erosionando las rocas, lo que podía acabar provocando el hundimiento de aquel espacio vacío. A partir de entonces, el pozo ofrecería al agua un punto de salida natural. Cuando la violencia del temporal saturase la caverna, el agua saldría pozo arriba, como un géiser.

El farero, Joan Pallarès, poco comunicativo, no les hizo mucho caso. Supuso que debía de ser un trapicheo de alguien del ministerio que quería embolsarse unos cuantos miles de pesetas. Firmó donde le pidieron que firmara y se despidió de los obreros sin ningún tipo de efusión.

El primer submarino que emergió cerca del faro de Ixent lo hizo más allá del conjunto de escollos denominado La Puñida, cerca de cala Cañas, de manera que no podía ser divisado desde la torre. Seis soldados desembarcaron en un bote que los llevó hasta la caleta donde desembocaba un torrente que solo conocía el agua diez o

doce días al año.

Eran voluntarios de la tripulación del submarino. El espacio reducido de la nave no habría permitido transportar a un comando especialmente preparado para la acción. El comandante (Korvettenkäpitan) había expuesto a la tripulación sus necesidades, había hablado de una arriesgada «operación bélica», había añadido los conceptos de «coraje» y «heroísmo» y el aliciente de utilizar aquella nueva arma tan fascinante llamada Schmeisser, y enseguida levantaron la mano casi todos los ocupantes del sumergible. Eligió a dos torpederos, dos artilleros, a un maquinista alto y fuerte por si se llegaba al cuerpo a cuerpo, y él se reservó el mando porque también le hacía mucha ilusión esgrimir un Schmeisser.

Por el cauce seco y pedregoso del torrente, llegaron hasta lo alto del acantilado conocido como la Cresta y, dando un pequeño rodeo, llegaron a la verja principal del edificio blanco y cuadrado de la base del faro. Estaba abierta, claro, ¿quién iba a querer entrar en este faro perdido en un punto de la costa donde no va nadie? Daba a un patio interior parecido al atrio de un convento.

El complejo del faro tiene forma de «U», con dos pabellones de setenta u ochenta metros de longitud a ambos lados y la torre coronada de luz en el punto donde se conectan los dos. El pabellón de la izquierda correspondía a los corrales, un soportal que protegía los carros, los aperos y las herramientas y la comida de los animales, y los pocos animales de la granja, pollos, gallinas, patos, conejos. En medio del patio, un huerto bien cuidado con el pozo en medio. A la derecha, que podríamos denominar la parte noble, estaba la vivienda de la familia Pallarès. Una gran puerta de arco de medio punto se abría directamente a una sala con hogar, cocina de carbón, artesa y larga mesa de comedor presidida por una Santa Cena de plata.

Esa noche, el hogar estaba apagado porque hacía calor. María estaba de espaldas a la puerta, cocinando, removiendo el contenido de una olla. Su hija Elisa ponía la mesa, vasos, cubiertos, platos. Rezongaba porque el próximo sábado quería ir al baile de Sant Pau del Port, y su madre acababa de decirle que ni hablar. Su hermano Pere, que era más pequeño, tenía permiso para ir y ella, en cambio, no, qué injusticia. Pere, sentado en la mecedora, le gritaba que se

callara de una vez, «¿Qué quieres, que no me dejen ir a mí?».

Entraron tres hombres. Tres soldados con uniformes extraños, desconocidos, extranjeros. Uno de ellos muy alto y corpulento, un gigante, el maquinista.

Encañonaron a las tres personas con un arma nueva, que los Sturmtruppen habían estrenado el año anterior: el Schmeisser, una maravilla de la técnica alemana, siempre líder del progreso; una especie de fusil portátil con cargador de treinta y dos cartuchos de 9 mm que podía disparar en pocos segundos, a ráfaga, como una ametralladora.

Elisa chilló y se le cayeron de las manos dos platos que se rompieron contra el suelo, Pere se reclinó en la mecedora con un movimiento brusco y solo pudo gritar: «¿Y ahora qué pasa?». María se volvió y se quedó petrificada, encogida, gimiendo: «¡Oh, Dios mío, oh, Dios mío!».

—¿Qué pasa? ¿Qué quieren? ¿Quiénes son?

Los tres soldados invasores no dijeron nada, no dispararon, no se movían. Como cuatro apariciones sin vida. Esperaban que el otro grupo, el del faro, tomara la iniciativa.

Los otros tres soldados, con el Korvettenkäpitan al frente, se habían introducido en la torre. Un vestíbulo con cuatro puertas. Una correspondía al despacho donde se encontraba Joan Pallarès, el farero, esposo de María, padre de Elisa y de Pere, que estaba junto al telégrafo, esperando la comunicación de un mercante que tenía que pasar de un momento a otro. Estaba doblando un mapa cuando oyó el ruido de tres pares de botas pesadas.

—¿Quién hay? —dijo.

No tuvo tiempo de imaginar quién podía ser. Impensable encontrarse con soldados dispuestos a matarlo. Aún no había terminado de volverse ni de doblar el mapa cuando la puerta se abrió de golpe, y golpeó contra la pared, y mostró a dos hombres apretujados en el umbral. Los Schmeisser llenaron la torre de explosiones y Joan Pallarès murió con la boca abierta.

En cuanto oyeron el tableteo de ametralladora en el interior del faro, los tres hombres de la casa también dispararon. En medio de un estallido de botes, ollas, vasos, astillas de la mesa, esquirlas de piedra, silbidos de balas, la Santa Cena perforada, María, Pere y

Elisa se convulsionaron golpeados con violencia por la avalancha de balas; la madre topó contra la cocina y cayó al suelo junto con la olla de caldo hirviente, el hijo salió impulsado hacia atrás, con la mecedora, y pegó una extraña voltereta antes de terminar boca abajo con el mueble encima; la hija chocó con una silla y resbaló por el suelo, impulsada por las balas, hasta que la pared la detuvo.

Entretanto, el Korvettenkäpitan subía por la escalera de caracol sin prisas, para no cansarse. Quería ofrecer una imagen digna, íntegra y firme, al llegar arriba.

El viejo Pallarès, en el balcón del faro, sentado en una hamaca, miraba el infinito negro de la noche y fumaba en pipa. Fue farero de este faro desde 1867 hasta el 1905, cuando había cedido la responsabilidad a su hijo. Treinta y ocho años de setenta y cinco que tiene. Él hizo construir la amplia edificación cuadrada de abajo, huyendo de la estrechez de la torre, el huerto, el establo, el gran comedor, pensando en una familia numerosa que al final no llegó.

En el momento de su muerte, el viejo Joan Pallarès era feliz. A pesar de que era sociable y amante de la familia, siempre había sabido disfrutar de la soledad, de la frescura del suave gregal, el olor del tabaco, la inmensidad de las estrellas, las luces de aquel mercante que se acercaba y de noche lo ayudaba a discernir dónde se encontraba exactamente la línea del horizonte.

Tuvo un ligero susto al oír los chillidos y el estropicio de platos procedentes de la casa. Se quedó inmóvil y, enseguida, el estruendo histérico de explosiones, que se prolongaron en la casa para acabar de repente, como traca de fiesta mayor.

Le cubrió un sudor frío y, al oír el ruido de las botas militares sobre los escalones de la escalera de caracol, cada vez más cerca, cada vez más cerca, entendió que alguien, por algún motivo, acababa de matar a su familia y estaba a punto de matarlo a él.

Dos semanas después, el destacamento de carabineros llegó al faro de Ixent, a las órdenes del capitán Salanova. Dos brigadas (García y Durán), cuatro cabos, veinticuatro reclutas y tres cocineros.

A cincuenta metros de los muros del faro, en el camino de acceso, llamado «de Poniente», pusieron un letrero que advertía: «Zona Estratégica Militar Prohibido el Paso», y el capitán Salanova

dedicó a sus hombres un discurso encendido e inspirado.

—… Habéis sido elegidos para una misión transcendental —y dejaba claro que era muy transcendental, como decía él, remarcando la ene y la ese, «traNScendental»—, o sea, muy importante, y eso ya lo sabéis porque vais a cobrar tanto dinero como un oficial, o sea que fijaos. Ahí afuera, en el exterior, en el extranjero, o sea, allende nuestras fronteras, hay una guerra terrorífica y espantosa y cruel, y nosotros tenemos la misión de mantener a nuestra querida y sagrada madre patria a salvo. Estamos aquí para preservar la integridad de España. O sea. España es un país neutral, aunque eso no significa que seamos anarquistas, ni ateos, ni sicalípticos, ni inmorales, ni pervertidos, ni liberales, ni libertinos. Creemos en Dios y defendemos y defenderemos a nuestra patria y a nuestro rey…

Desde el balcón de lo alto del faro, los dos alemanes Heinrich Baumeister y Thomas von Holtz lo escuchaban con atención, se miraban de reojo y sonreían benevolentes.

14

BALLETS RUSOS

Llevaron a Amadeu a Can Rutllana y le adjudicaron el cuarto donde había dormido la noche anterior, que Xavier llama «de los colorines» porque tiene en él un par de cuadros modernos y extravagantes de estética fauvista. Le ha regalado un traje de paseo y un esmoquin de los suyos, e incluso ha hecho venir a un sastre para que los adapte a la talla del chico. Van a un zapatero distinguido de la calle Fernando para comprarle zapatos elegantes. Amadeu admira la naturalidad y la soltura con que Xavier saca el talonario de cheques, escribe con su estilográfica cualquier cantidad y firma sin que le tiemble el pulso. Es tan fascinante como ver a un malabarista haciendo su número más difícil.

Él y Amanda han decidido dedicar su tiempo libre a enseñarle los rincones más curiosos de la ciudad, tanto la diurna como la nocturna.

Curiosamente, parece que Xavier dispone de más horas que Amanda. Ella, o bien duerme por la mañana agotada por su trabajo en el escenario, o bien tiene que salir disparada para realizar trámites de los que nunca habla.

Pasan tres días antes de que Amadeu se anime a formular la pregunta que lo inquieta desde que fueron a buscarlo a la pensión de Vilá Vilá.

—¿Por qué hacéis todo esto? ¿Por qué me habéis acogido? ¿Por qué sois tan amables conmigo?

Amanda le dice:

—Porque eres muy guapo. —Y suelta una de sus risitas frívolas.

Xavier prueba de ser más convincente:

—Nos caíste simpático, y enseguida tuvimos claro que estabas solo y no tenías adonde ir. Es evidente que hoy por hoy no puedes volver a tu masía familiar. Demasiado doloroso, con la oposición de tu hermano enfurecido. Y tampoco regresarás a la parroquia, para

hacer como si nada hubiera pasado después de partirles la cara al señor rector y al señor obispo. Tenías que quedarte aquí, en la ciudad, donde no conoces a nadie, más que a nosotros. O sea, que nos necesitabas. Nos necesitas. Y aquí nos tienes.

Ninguno de los dos, ni Xavier ni la bailarina, hablan mucho de ellos mismos. El industrial parece más extravertido porque habla mucho, pero sus disertaciones siempre son para describir el entorno, para reírse con anécdotas ajenas o para hacer historia. No hay forma de saber lo que piensa.

Cuando Amanda y él tienen que ausentarse por sus cosas, Amadeu disfruta de Can Rutllana como dueño de la casa, con la asistencia servicial y eficaz de Jeroni y su mujer, que ya empiezan a llamarlo «señor Amadeu». Se pasea por cada una de las habitaciones, pasillo arriba, pasillo abajo, como si tuviera la intención de comprar el piso y estuviera calculando su precio. Se detiene para admirar los dibujos del empapelado de las paredes, el amorcillo que decora los cristales de la puerta del baño. Juega un rato a carambolas en la estancia con mesa de billar a la que llaman «el *fumoir* ». Echa un vistazo distraído a un libro cualquiera de la biblioteca que contiene más volúmenes de los que podría leer nadie durante toda una vida. Admira las artísticas estufas de leña que hay por todas partes, ahora apagadas, garantía de inviernos confortables. Visita a la mujer de Jeroni en la formidable cocina de carbón, con gran horno, carbonera, leñera y despensa exuberante.

Al enseñarle el cuarto de baño, Xavier le explicó que su padre siempre decía: «Y esto es la bañera que, gracias a Dios, todavía no hemos tenido que usar nunca». Con él ha aprendido a valorar la decoración de la casa, realizada por Salvador Alarma, autor de la escenografía de *L'auca del senyor Esteve* , obra de Santiago Rusiñol que está triunfando en el teatro Victoria del Paralelo. El mobiliario ha sido hecho a medida por Gaspar Homar, igual como los mosaicos y vitrales son exclusivos de esta casa. Ah, y hay dos esculturas de Miquel Blay.

Salen a navegar con un velero de doce metros, el *Hipocampo* , que Xavier tiene en el Real Club Náutico. Lo tripula el mismo Xavier, controlando al mismo tiempo velamen y timón, sin la ayuda de nadie. Hace un sol reconfortante, buen viento, surcan las olas a

buena velocidad por delante del puerto, contemplando los vapores y los barcos de tres o cuatro palos fondeados en alta mar, y los barcos de transporte de carbón que ennegrecen aquella tierra donde se afanaban los descargadores. Desde el velero, Amadeu tiene la oportunidad de ver de cerca los astilleros que en Casa Antúnez tienen los Rutllana. Doscientos diez mil metros cuadrados con más de diez mil metros cuadrados construidos.

Xavier lo contempla inexpresivo, con la cabeza nublada por oscuros pensamientos. Con pasión y orgullo, va describiendo el complejo industrial, «Mira, ahí está la calderería y la fragua; y allí la maquinaria de ajustes; y, mira, en aquellos cinco edificios de allí es donde tenemos el almacén central y las oficinas técnicas y administrativas». Se le nota la melancolía de la derrota, pero no se deja hundir por la depresión. Enseguida suelta un suspiro liberador, cambia de actitud, recupera la sonrisa y dirige la atención de Amadeu hacia elementos del paisaje, para que nada le pase por alto. El largo tendido de piraguas del Club Natación Barcelona, los pacientes pescadores de caña del rompeolas, esa canoa automóvil que levanta olas y zarandea el velero.

Xavier ya no va por los astilleros porque han tenido que cerrar. Hasta hace poco, un director, o gerente o algo parecido, se encargaba de negociar con los sindicatos y el comité de huelga, y mantenía viva la parte del negocio que todavía se aguantaba de pie, pero al fin los piquetes de huelga y los sabotajes le han obligado a lo que llaman «*lock-out* defensivo». Ya no funcionan ni la fundición ni las pocas secciones que trabajaban para otras fábricas. Ahora, Xavier Rutllana realiza sus gestiones cotidianas en bares o restaurantes, y los consejos de administración se celebran en salones de grandes hoteles.

Tal vez inspirado por el Mediterráneo y por la visión del perdido imperio familiar, Xavier le cuenta a Amadeu que su padre y su madre, don Wenceslau Rutllana y doña Catalina Díaz de Rutllana, murieron en un accidente de navegación. Se perdieron, con un velero muy parecido al *Hipocampo* , probablemente atrapados por una tormenta mediterránea, que son de las más traidoras del mundo.

—Yo nunca me había ocupado de los negocios familiares —

confiesa Xavier mientras hacen un alto y toman pulpo a la gallega y caracoles con salsa y vino espeso del Penedès en una tasca del rompeolas, rodeados de rudos descargadores y estibadores forzudos y sucios—. De pronto me tocó hacerme cargo del imperio de mi padre. Los astilleros, las propiedades del Ensanche, las tierras de Vilassar de Mar.

»Mi bisabuelo era *mestre d'aixa* , lo que se llama "carpintero de ribera": construía pequeños *llaguts* de pesca en Vilassar de Mar. Mi abuelo fue de los primeros que añadieron motores de vapor a los barcos de pesca en la época en que la gente decía que el ruido espantaría a los peces; y mi padre fundó la sociedad anónima Drassanes Rutllana con una inversión inicial de doce millones de pesetas, fue uno de los armadores que inició el servicio postal en las Antillas, y participó en la formación del Arsenal Civil de la ciudad, y la construcción del edificio de astilleros de Casa Antúnez. El año pasado tuve la oportunidad de entrar como socio en la Compañía Transmediterránea, justo en el momento de su fundación, pero no nos admitieron.

»Yo era un vividor que solo sabía gastar el dinero que habían acumulado mis antepasados. Y, de repente, mis padres desaparecen y me dejan la gran responsabilidad. La asumí y me parecía que lo estaba haciendo bastante bien, pero la maldita guerra, los malditos submarinos alemanes…

Para librarlo de la tristeza, Amanda le rodea el cuello con sus brazos amorosos y le habla al oído, o le mordisquea la oreja, susurra, ronronea como una gata, hasta arrancarle una sonrisa. «Vamos a la cala», le ha dicho. Y ha dirigido a Amadeu una mirada de complicidad que podría interpretarse como una invitación o tal vez una promesa.

A menudo, hablan de sexo abiertamente ante él e intentan incorporarlo a sus conversaciones íntimas. Le han preguntado si ha tenido experiencias con chicas, si se conserva casto y puro, si le gustaría tener novia, si necesita probar el sexo. Se ofrecen para presentarle a alguien, le han propuesto la visita a un prostíbulo, que Amadeu ha rehusado con excusas confusas. Quizás en el Infierno sean normales y naturales estas conversaciones y la reacción avergonzada de Amadeu resulte excéntrica y lunática.

Vuelven al velero y buscan una cala alejada de la civilización. Allí, Amanda y Xavier se desnudan por completo. Cuerpos blancos como la pureza. Ella descubre sus pechos, pezones rosados, vibraciones traviesas, dos sexos peludos, la rendija y el pene largo y pendular, las ropas tiradas en cubierta de cualquier manera, y Amadeu los mira con media sonrisa, como si estuviera por encima de esas miserias. Xavier y Amanda, perfectamente desnudos delante de él, sonríen sin vergüenza alguna, con expresiones limpias e inocentes.

—¡Ven! —le anima la chica—. ¡Báñate tú también! ¡Hace mucho calor, y te refrescarás!

Amadeu no reacciona, es incapaz de moverse ni de decir nada, y ella enseguida se conforma, hace oír su risa musical, tararí, y avanza decidida hacia la borda, junto a Xavier, dos culos redondos y blanquísimos que saltan, él de cabeza, ella con los pies por delante, tan guapa tapándose la nariz, y desaparecen en un chapoteo de agua y risas.

«Tú también» es una invitación. Una invitación a que se sume a ellos. Que se sume a ellos ¿para qué? Amadeu piensa que alguien diría que es pecado. Y se pregunta: si esto es pecado, qué sería tener a dos mujeres, madre e hija, como esclavas, manipularlas y profanarlas, y dejarlas acurrucadas en una celda, sucias y llorosas, y luego, con los dedos profanos, profanadores y corrompidos, atreverse a tocar la hostia convertida en Dios. ¿Qué clase de Dios permite que lo toquen manos repugnantes como aquellas? ¿Qué clase de Dios se aviene a hacer el gran milagro de bajar a la Tierra para ser acariciado por esos dedos sucios de mierda y de vergüenza? Eso sí que es pecado, se dice, y no esta pareja que ríe feliz e inocente en medio de las olas.

Son inevitables las referencias a la guerra, aunque traten de evitar el tema. Hoy en día, o eres aliadófilo o eres germanófilo. La opción provoca a menudo violentos enfrentamientos en las calles, en las tabernas e incluso en el seno de los hogares. Ortega y Gasset dijo: «La verdad es un producto germánico». Y Amanda siempre en las nubes:

—Esta guerra tienen que ganarla los aliados, porque Alemania nunca ha inventado nada cautivador en el terreno de la moda.

Amadeu no se define. Amanda y a Xavier le toman el pelo, porque dicen que tiene la típica actitud del cura. Su reino no es de este mundo, y por eso la Iglesia siempre pactará con el ganador. Les encanta que, de vez en cuando, haga referencia a los «idólatras», o a los «pecadores», y Amanda se excita especialmente cuando habla de los demonios, del Infierno y de la condenación. Les maravilla la teoría de que Satanás por fuerza tiene que ser un mal gerente del Infierno y seguro que no ha hecho de él un lugar tan espantoso como dicen. Lo han llevado al Saturno Park, impresionante parque de atracciones construido en el parque de la Ciutadella, ante la Gran Cascada, inspirado en el neoyorquino Luna Park. En este sitio de esplendorosa luminaria, gritos de emoción, música y estrépito de vagonetas de los Urales, la montaña rusa más larga de Europa, se encuentra el Cabaré de la Muerte, una especie de taberna con mesas con forma de ataúd, camareros disfrazados de demonios y espectáculos de ilusionismo que se supone que reflejan la vida de ultratumba. Amadeu se quedó embobado. No había forma humana de arrancarlo de allí.

Hoy, cuando el sastre ha dejado listo el esmoquin de Amadeu, han decidido que irán al Liceo, para ver los Ballets Rusos de Diághilev.

A última hora, resulta que Amanda no puede ir, porque la necesitan en el Moulin, y van los dos hombres solos. Amadeu aprovecha la ausencia de la chica para preguntar sobre su vida. Le intriga su comportamiento, su independencia, su manera de hablar y de vestir. Le desconcierta que no tenga que participar en el espectáculo del Moulin todos los días, parece que va cuando quiere o solo si se lo piden de una manera especial. No se corresponde con la imagen que él tenía de una bailarina, o prostituta, o asidua del Averno barcelonés; menos aún cuando ha conocido a otras bailarinas y ha podido hacer comparaciones. Si alguna vez le ha formulado alguna pregunta a ella directamente, la chica solo le ha contado que de pequeña tuvo una amiga que tenía un perro que se llamaba Bombolla.

Mientras acceden al Liceo, la catedral de la ópera y la aristocracia de la ciudad, rodeados de masculinos sombreros de copa y femeninos sombreros enormes y profusamente decorados

con lazos y plumas, Xavier le habla de una menor violada, internada en el convento del Buen Pastor y repudiada por su familia. Durante su reclusión, aprendió a coser y a cocinar, pero al salir tenía plena conciencia de ser una apestada, condenada en el mejor de los casos a limpiar casas ajenas y acostumbrarse a la miseria. La misma sociedad que la echó a perder le negaba el pan y la sal. Pero Amanda es muy inteligente, valiente y decidida a todo. «Que no me digan que puedo hacer trabajos en las casas o que puedo trabajar como cosedora: no sacaría ni los catorce duros necesarios para pagar el alquiler del piso.» Hizo un primer intento de trabajar como modista, pero allí tampoco vio ningún futuro. Trabajaba diez horas diarias, ganaba setenta y cinco pesetas al mes y la señora la maltrataba. Se planteó seriamente ejercer como prostituta, y es posible que incluso lo intentara algún tiempo. Las putas pueden ganar hasta cinco pesetas diarias y, si están en un local, el cincuenta por ciento de las consumiciones, de quince a veinte pesetas, según los días, trabajando de cuatro de la tarde a cuatro de la mañana. Pero chocó contra la tiranía y la crueldad de los macarras y la repugnancia que le daban los clientes. Fue a una academia de cupletistas de la calle Conde del Asalto y, mientras tanto, buscó y encontró trabajo, primero en el Café Español, donde siempre necesitan personal, y luego en el Bar Esperanto, donde tuvo que aprender un poco de esta lengua, porque iban clientes que pedían «Vermutoj, no Pernodoj».

—… Y por fin entró a trabajar en el Moulin.

—Pero parece que recibe un trato especial, ¿no?

—Amanda es una mujer muy especial. Ya tendrás ocasión de descubrirlo.

El lujo y la riqueza del Liceo enseguida absorben la atención de Amadeu, que no puede borrar la sonrisa de sus labios. La historia dramática de Amanda Rogent se ve sustituida por anécdotas de este teatro emblemático. En un principio, se llamó Liceo de Isabel II, en honor a la reina. Pero en 1861, se quemó y, a la hora de reconstruirlo, ni el Gobierno central de Madrid ni la familia real pusieron ni un céntimo y la resurrección del templo fue financiada exclusivamente por la burguesía catalana, en forma de aportaciones más o menos desinteresadas o con la compra de butacas de platea o

de palcos. La familia Rutllana posee tres asientos preferentes, junto al pasillo central, dos de los cuales ocupan Xavier y Amadeu. Son esos dos que parecen tan felices, los que se ríen ruidosamente cuando el primero cierra la anécdota que estaba contando:

—La burguesía catalana, decepcionada por la falta de generosidad de la reina, organizó una extraña manifestación de sombreros de copa Ramblas abajo, llevando bien visible el busto de Isabel II que siempre había ocupado un lugar de privilegio, y, al llegar al puerto, lo tiraron al mar solemnemente y el Liceo ya nunca más se ha llamado Liceo de Isabel II, solo Liceo a secas o, a lo mejor, Liceo de Barcelona.

Amadeu, no obstante, se da cuenta de que el Liceo no es únicamente un reducto de la aristocracia. Se pueden ver representantes de todas las clases sociales. Xavier lo ayuda a distinguir los ricos de toda la vida de los nuevos ricos, los que están haciendo fortuna en los últimos años, especulando a expensas de la guerra, y le hace notar que quizá los que más entienden de ópera son los del cuarto piso, intelectuales, menestrales, obreros cultos que vienen a escuchar la ópera con la partitura en la mano.

El espectáculo se desarrolla con las luces encendidas, porque gran parte de los asistentes vienen a hacerse ver y a curiosear, los hombres a lucir queridas, las mujeres a comparar el vestido que estrenan con los vestidos de las vecinas.

Para los entendidos, el espectáculo no resulta satisfactorio del todo. Cuando abandonan las butacas y caminan apiñados hacia la salida, Amadeu oye comentar con disgusto que el bailarín que ha interpretado al Arlequín de *Carnaval* y al Negro Favorito de *Sheherezade* no era el mítico Nijinsky. Por lo visto, el famoso bailarín solo actuó en las primeras representaciones. Dicen que está pasando una crisis profunda desde que se casó, en Buenos Aires, con una condesa húngara, Romola de Pulszky, y el productor y creador de los Ballets Rusos, Diáguilev, se enfadó y lo despidió de la compañía. La guerra sorprendió al bailarín en Hungría y lo detuvieron, y Diáguilev y el rey Alfonso XIII habían tenido que hacer gestiones para liberarlo. Pero Diáguilev ni siquiera ha venido a Barcelona. Parece que han reñido definitivamente, que Nijinsky está muy afectado por todo ello y probablemente por eso no se ha

visto ni oído nada de Stravinski, ni el Debussy de *L'apr* ès-*midi d'un faune* , ni *La muerte y el ruiseñor* basado en un cuento de Andersen, ni la fantasía bíblica de *La leyenda de Josep* que dicen que contaba con decorados del pintor catalán Josep Maria Sert.

Amadeu escucha los comentarios un poco sorprendido y con las cejas arqueadas, porque, como profano, la función le ha gustado y mucho. Se ha quedado maravillado con los decorados déco de Léon Bakst y con el arte espléndido y deslumbrante de los bailarines ingrávidos interpretando a etéreas sílfides o *papillons* , o inquietantes personajes de un *Carnaval* multicolor, o los terribles bárbaros alados de *El príncipe Igor* ; y se ha reído a gusto con las marionetas de *Las mujeres de buen humor* y, sobre todo, se ha visto arrebatado por la voluptuosidad oriental de *Sheherezade* y por la vertiginosa *Cleopatra* . Una bendita ignorancia hace que se quede complacido con lo que le han dado, sin plantearse lo que se supone que le habían prometido.

Al llegar al vestíbulo, se aparta de Xavier para ir a los lavabos sorprendentemente lujosos y se encuentra junto a un hombre alto y gordo, con la cabeza un poco cónica, que, hablando de cara a la nada, como si no se dirigiera a él, dice en catalán con notable acento francés:

—Xavier tiene muchos enemigos. Y muy malos. —Cuando Amadeu lo mira para comprobar si habla con él, y de su Xavier, el francés añade, sin apartar la mirada de la pared—: Dígaselo. Demasiados enemigos y muy malos. Que todo peligra. Todo. Que se ande con cuidado.

Amadeu vuelve junto a Xavier Rutllana y se da cuenta de que este sigue con la vista la enorme y grotesca figura del hombre de acento francés, y que lo hace con una cierta ansiedad. Como si estuviera reprimiendo la necesidad de seguirlo y llamarlo. Al oír el mensaje que le transmite Amadeu («¿Demasiados enemigos? ¿Y muy malos? ¿Todo peligra?»), tiene que hacer un esfuerzo por mantenerse impasible. Y, en ese momento, cuando se proponen añadirse a la multitud que se dirige a la salida, por la derecha llega Roc abriéndose paso a codazos. Unos cuantos burgueses se quejan por la irrupción violenta y los empujones del hombre del bombín, bigote dibujado con tiralíneas y nariz prominente.

—Xavier, Xavier —exclama mientras agarra del brazo a su amo y lo arrastra para apartarlo del resto del público—. Por aquí, por aquí.

Xavier ni protesta ni se resiste; va adonde el otro lo lleva, y Amadeu los acompaña. Bajan hasta el escenario y, por una puerta estrecha, pasan a una zona menos noble, escaleras de madera, paredes sin pintar, desconchadas y con manchas de humedad, y los tres hombres salen a la calle San Pablo, donde los espera el impresionante Hispano-Suiza blanco. Roc va diciendo:

—Una manifestación de la CNT en la Rambla, ante la fachada del Liceo. Gritan tu nombre. He reconocido a Caracaballo.

Cuando ya han montado en el coche y se ponen en marcha, unos cuantos obreros llegan corriendo desde las Ramblas. Gritan:

—¡Mirad! ¡Allá va! ¡Es Rutllana!

—¡Rutllana el boche! ¡Que trabaja para los alemanes!

El Hispano-Suiza se aleja a toda velocidad hacia la iglesia de San Pablo, que se encuentra al otro extremo de la calle.

Xavier ha fruncido el ceño.

—¿Qué dicen? —le pregunta Amadeu.

Xavier le explica quién es Caracaballo, un líder obrero que trabajaba en los Astilleros Rutllana y que fue uno de los primeros en ser despedidos debido a la crisis. Desde entonces, es el que encabeza las manifestaciones, protestas y sabotajes contra la fábrica.

—Pero… ¿eso de boche? —se muestra desconcertado Amadeu—. ¿Eso de que trabajas para los alemanes?

Xavier se limita a decir «Esto es nuevo, y también es mentira», perplejo y aturdido, sin entender el porqué del nuevo giro de las imprecaciones.

15

ZONA ESTRATÉGICA MILITAR

Instalaron el destacamento de carabineros en el lado izquierdo del patio, donde estaban los corrales. Desmontaron el gallinero, quitaron las jaulas de los conejos a la intemperie, junto con el par de vacas, el ternero y dos mulas; arrinconaron las herramientas de cultivo en el ángulo del edificio más próximo al faro, con un montón de trastos cubiertos con sábanas, y en el lugar liberado y la cochera instalaron treinta y un catres plegables de madera y lona para los veinticuatro hombres, los cuatro cabos y los tres cocineros. No había mucho sitio para nada más. En el resto del porche improvisaron la cocina de campaña con unas parrillas, los fogones de leña de la vivienda de la derecha, y convirtieron en fregaderos los abrevaderos del ganado.

El huerto enseguida quedó destrozado. Arrancaron y abatieron las cañas de las tomateras y pisaron sin escrúpulo algunas lechugas y nabos y acelgas y brécoles. Los patios militares no admiten huertos ni nada que haya que cuidar. Son espacios para ser apisonados a golpes de botas, para soportar peleas y formaciones, órdenes de mando que suenan como ladridos y el ruido del cerrojo de los fusiles, que suena a fuego y muerte a discreción.

El capitán Salanova, los dos brigadas (García y Durán) y dos individuos de paisano que se dejaban ver poco, ocupaban las habitaciones originarias del faro, dentro de la torre, donde habilitaron el cuarto de baño que hacía tiempo que no se utilizaba como tal. En los dormitorios del ala derecha del patio pusieron veinte catres, más grandes y menos apretujados que los del otro lado. A ese espacio, el capitán Salanova lo llamaba «la enfermería».

En el trato con sus hombres, el capitán Salanova relajaba la actitud que tenía con los alemanes o con sus superiores y se comportaba de una manera grotesca. A lo mejor quería hacerse el simpático, o quizá quería demostrar que no sentía ningún respeto

por ellos, pero a menudo gastaba bromas incomprensibles, se movía como un orangután o disparaba la mano en coscorrones que hacían volar el quepis más próximo por el suelo.

—¡La enfermería, niños, la enfermería, nenes, mamarrachos míos!

—¿«La enfermería»? —se preguntaba el Marsa, «Palomera Parra, Marsalinu», que nunca dejaba de hacerse preguntas—. ¡Qué coño de enfermería! ¿Y el doctor? ¿Y las enfermeras? ¡Esto no es una enfermería!

—Esto es una casa de putas —se reía el Cabra, «¡Cabra Rubio!», «¡Luis!»—, y mañana nos traerán a las putas.

Enseguida iniciaron la rutina de las guardias. Los veinticuatro carabineros estaban divididos en cuatro patrullas de seis. Cada día, tres patrullas hacían seis turnos mientras que la cuarta se dedicaba a servicios de limpieza o ayuda en la cocina. No había día de descanso ni permisos para salir del reducto del faro: este era el trato que les habían propuesto en Figueras y que ellos habían aceptado a cambio de un sueldo bastante generoso.

Dos hombres en cada uno de los tres puntos de guardia. El camino de Poniente, que subía por la llanura y desembocaba en la verja de acceso; el acantilado conocido como la Cresta, junto al faro, desde el que se divisaba una gran extensión de terreno y de mar; y el pico de los Farallones, hacia el norte.

Durante los primeros quince días, el capitán y los suboficiales estuvieron observando el comportamiento del destacamento. Los miraban de lejos, y tomaban notas, y luego fueron llamándolos uno por uno para hacerles preguntas del estilo de «¿Tú por qué estás aquí? ¿Qué te ha traído? ¿Por qué entraste en el cuerpo de Carabineros? ¿A qué aspiras? ¿Qué piensas de la guerra? ¿Eres pacifista o neutral…?». A partir de esas entrevistas, recompusieron las patrullas, formando una «de confianza» al frente de la cual pusieron a uno que se llamaba Rendueles. Sus seis componentes hacían los mismos trabajos que los otros, pero quedó claro que ellos eran los «de confianza». Ninguno de los cuatro catalanes formaba parte de ella, claro; ni el capitán Salanova ni los brigadas (García y Durán) se fiaban ni un pelo de los catalanes. Cuando les hicieron la entrevista, la primera pregunta que les habían formulado era: «Tú

eres catalán, ¿verdad?». Y, a continuación, tanto el Marsa como el Cabra como Todoseguido como Miquel habían tenido la sensación de que no habían prestado la menor atención a las siguientes respuestas.

El mejor turno era el de seis a diez de la mañana. Te dejaba todo el día libre, hasta el turno de seis de la tarde a diez de la noche, después del cual solo quedaba cenar y dormir. Y al día siguiente no había que hacer nada hasta las diez de la mañana. Un poco de gimnasia, o instrucción sobre el funcionamiento de los fusiles y las pistolas, pero no los agobiaban mucho más. Los primeros días incluso era divertido aprender a montar y desmontar la flamante carabina Mannlicher. Un cuerpo de desarrapados como los carabineros nunca había dispuesto de armas como aquellas o como las pistolas Bergmann que les habían proporcionado los alemanes. Las disparaban contra siluetas negras que les ponían en un descampado, fuera del recinto del faro.

—Pero ¿por qué tantas armas y tanto entrenamiento —se preguntaba el Marsa—, si no estamos en guerra? ¿No somos neutrales? ¿O es que hay peligro de que nos invadan?

—Somos soldados, joder —le replicaba Delafuente Todoseguido, «¡Delafuente Vallés!», «¡Bernardo!»—. ¿Es que los carabineros no somos soldados? Esto es lo que tienen que hacer los soldados aunque no haya una guerra en el país del lado.

—Además —intervenía Miquel, «¡Guindos Carrado!», «¡Miguel!», con su habitual tono de superioridad—, la neutralidad no existe. Todos tomamos partido, porque la neutralidad es impotencia, «la cobardía de Sancho Panza».

—Yo soy neutral y te juro que no soy impotente —metía baza el Cabra, y trataba de imponer su risa impertinente.

—España es neutral porque ni los Gobiernos Centrales ni la Entente se fían poco ni mucho de la profesionalidad del Ejército español. Somos especialistas en derrotas, y nadie nos quiere a su lado.

—Hablas —comentó el Marsa— como si te hubiera hecho ilusión ir a pegar tiros a las trincheras. Te gusta tirar al blanco, ¿verdad?

Miquel no se separaba nunca de su carabina, como si fuera un

amuleto protector.

—Con estas armas modernas, es una maravilla. Imposible fallar.

Jugaban a la carta más alta. A real la apuesta. Un seis, un rey, un dos, una sota, gana el rey, y Todoseguido recogía una peseta. El Cabra cantaba las jugadas: «El tres, "la brisca pequeña", el rey "el Borbón", "la puta de oros" aunque no fuera de oros, el as, "el cojón de mono"».

—Esto es muy aburrido, joder, es un sacacuartos.

—Porque vas perdiendo.

—Va, jugad vosotros.

—Venga, hombre, Marsa, no te pongas así. ¿A qué jugáis en tu pueblo?

—En mi pueblo jugamos al burro subastado.

—Al burro, ¡ja, ja! En vuestro pueblo jugáis al burro. ¿Cómo te llaman, a ti, en tu pueblo? ¿También te llaman Marsa?

—No: allí me llaman Paparra.

—¡Hostia, Paparra! ¡Qué bueno!

—¿Paparra? Pero ¿por qué Paparra?

—Palomera Parra: Marsalinu Palomera Parra, pues ya te puedes imaginar: Paparra.

—¡Paparra! ¡Paparra! A partir de ahora te llamaré Paparra.

—Cuidado, Cabra, que no te vaya a partir la cara, cabronazo.

—¿Qué pasa? ¡Si a mí me llaman Cabra! Si yo me llamo Cabra, joder, que bastante pena tengo.

—No hablemos del pueblo.

—Eh, no habléis del pueblo, que Todoseguido se pone triste.

—No hablemos del pueblo, ni de nuestros padres, no hablemos de la vida de fuera de aquí, como si no existieran. Tenemos que estar aquí encerrados hasta que se termine la guerra, y Dios sabe cuándo acabará.

—¿Y eso por qué?

—¡Ya estamos! Ya está el Marsa con sus porqués.

—Pues sí. ¿Qué pasa? ¿Por qué tenemos que estar aquí encerrados hasta que se termine la guerra? ¿No os lo habéis preguntado? ¿Qué coño estamos haciendo aquí? ¿Qué significa eso de "Zona Estratégica Militar"? Nosotros no somos militares.

—¡Pues claro que lo somos! Los carabineros somos un cuerpo

militar.

—Y aunque lo fuéramos… En todo caso, somos soldados neutrales. ¿Qué nos va ni nos viene a nosotros, la guerra de fuera? ¿Qué se supone que estamos vigilando aquí?

—¡Vigilamos que los árboles crezcan bien altos, chavales!

—¿Y tú qué dices, Miquel?

—Yo no digo nada. Que no me gusta estar aquí, que no me gusta montar guardia porque me aburro, que no me gusta hacer servicios porque son una putada, la cocina, la limpieza… Pero ¿queréis que os diga una cosa? Tampoco me gustaba mandrilar en la fontanería del Arrufat, ¿sabéis qué significa «mandrilar»?, pues no me gustaba ni montar desagües, ni desmontar una válvula de clavija corredora, y me aguantaba. Si hay que hacerlo para ganar pasta, pues hay que hacerlo, y da igual joderse por eso que por otra cosa.

—¿Y cómo nos apañaremos con las tías?

—¿Con las tías?

—¿Con qué tías?

—Sí, sí, las tías. Pues por eso lo digo, porque aquí no hay tías. ¿Nos la tendremos que cascar hasta que se acabe la guerra?

16

MADAM PETIT

—¡De hoy no pasa! —ha dicho Amanda.

Y Amadeu ha cerrado los ojos y ha pensado que había llegado el día fatídico. Lo estaba esperando, porque últimamente tanto Amanda como Xavier, pero sobre todo Amanda, han aumentado el acoso en cuanto al sexo. Las preguntas más directas, indiscretas e impertinentes: «¿Cuánto tiempo hace que no te desahogas?», «¿No necesitas desahogarte? ¿No te lo pide el cuerpo?», «¿O te lo está pidiendo y te aguantas?», «¿Cuánto tiempo eres capaz de aguantarte?», «¿O es que a los curas os enseñan alguna técnica especial…?», «Supongo que te lo haces tú mismo…», «Piensa que, si lo haces en compañía, es mucho mejor…».

—Esto no puede ser bueno para la salud. El sexo es una necesidad humana. Si no la satisfaces, hay repercusiones tanto físicas como químicas.

El traje de paseo que le ha regalado Xavier, zapatos nuevos con botines, camisa nueva, corbata ancha, sombrero blando. Amanda se acerca mucho a Amadeu para arreglarle la corbata, casi se rozan sus cuerpos. Y Amadeu se mira en los ojos cristalinos de la chica y le dice que no, que él no quiere pagar por acostarse con una mujer.

—No pagarás —le dice ella—. Tú solo tienes que elegir y dejarte querer.

—No quiero.

—Pero ¿por qué?

—No me gusta. No me gusta pensar que antes ha estado con otro, y luego estará con otro…

—La mayoría de mujeres que conozcas en tu vida habrá estado antes con otro, y mañana estarán con otro.

Y él traga saliva y quiere replicar la verdad: «Yo solo quiero estar contigo», pero no lo dice. Y ya sabe que Amanda antes ha estado con Xavier, y antes de Xavier con muchos otros, y ser

consciente de eso le da mucha lástima, y por tanto sus respuestas no tienen ningún sentido. Si tiene que hacerlo obligatoriamente, y si le dieran a elegir, se quedaría con Amanda, claro, no porque se haya enamorado de ella, no quiere ni pensar en eso, sino porque la conoce, porque se ha familiarizado con su manera de reír, por la naturalidad de su desnudo, por el atrevimiento de su proximidad.

Pero no puede resistirse, y enseguida se encuentra en el Hispano-Suiza, paseo de Gracia abajo, plaza de Cataluña, Ramblas abajo. Y, por el camino, parapetado detrás de un silencio blindado, «¿Qué pasa, que no hablas? ¿Estás asustado?», se le ocurre que esto era lo que pretendían Xavier y Amanda desde el primer día que lo conocieron, desde el momento en que fueron a buscarlo a la pensión de Vilá Vilá. Su formación eclesiástica pone en su boca palabras como «pervertir», «tentar», «condenar». Sienten una profunda curiosidad —acaso envidia— por su castidad, intuyen que es un alma inestable, y no pueden soportarlo y quieren destruirla. Al fin y al cabo, ha venido a visitar el Infierno, ¿verdad? Podría haber esperado que acabaría encontrándose algo así.

Roc conduce el automóvil y parece que también se ha vestido de fiesta.

—¿Piensas venir con nosotros a saludar a la *madam* , Roc? —le pregunta Amanda con media sonrisa de picardía.

—¡Hombre, pues claro! Ya que vamos, aprovecharé para saludar a unas amistades que tengo…

—¿Unas amistades? ¿Que trabajan con Madam Petit?

Roc se concentra mucho al doblar la siguiente esquina.

—De acuerdo, de acuerdo, Roc. No hace falta que nos lo cuentes todo.

—Solo mientras no me necesitéis.

—Estate tranquilo, Roc.

—Estaré atento.

Xavier y Amanda intercambian una risita cómplice. Les gustaría compartirla con Amadeu, y lo intentan, y él trata de corresponderles, pero no sabe qué ha sido de su buen humor, esta noche. Se le ve angustiado. Le gustaría decirles que no quiere seguirles en esta fiesta, pero no sabe cómo hacerlo. Quizá porque piensa que se lo tomarían como una descortesía, después de todo lo

que han hecho por él.

—Es un lugar de lujo. —Le hacen propaganda de lo que le espera—. Muy limpio. Cambian la ropa de las camas cada vez que se usan.

—Y hay servicio de restaurante. Y clínica médica para uso de clientes y señoritas. Y cuartos de baño con bidé.

—Y en una pizarra muy visible se puede ver la oscilación de la bolsa de valores y el cambio de diversas monedas para clientes extranjeros.

—Y están abiertos a todo tipo de experiencias. Dicen que hay un cuarto con una cama donde caben tres o cuatro parejas. Eso dicen. Yo no lo he visto, pero si tú tuvieras curiosidad… También dicen que hay un espacio necrosexual, con ataúd, y cirios…

—Y disfraces de toda clase.

—Y si te apetece el sadomasoquismo…

—¿Cómo quieres que le apetezca el sadomasoquismo?

—Bueno, no sé…

—¡No, hombre, no!

Y llegan a casa de Madam Petit, en la calle del Arco del Teatro, también conocida como calle de Trentaclaus porque en ella hay más de treinta burdeles. En Barcelona, una mujer de Trentaclaus es una puta.

En la puerta, solo un letrero luminoso. Cinco letras: «Petit». Hay que subir unos escalones y hacer sonar un timbre. Les abre la puerta una mujer muy seria, tan seria que nunca nadie debería haberla elegido como portera de un lugar de diversión, y entran en un gran salón sorprendentemente espléndido en contraste con la calle miserable por donde han entrado. Columnas de madera tallada, paredes recubiertas de zócalos de madera noble, cortinas de Damasco, alfombras turcas, una escalinata solemne que conduce al primer piso donde un trío musical toca canciones de moda; y pinturas en los techos altos realizadas por una mano experta y sensible, todo envuelto en una nube de tabaco azul. A Amadeu, sin embargo, este lujo le parece sucio, emporcado por la omnipresencia del sexo. Porque el escultor que ha modelado las columnas les ha dado formas de cariátides desnudas en posturas lascivas, porque las pinturas del techo muestran coitos brutales entre dioses y diosas

desnudos, porque una cantidad incalculable de mujeres y chicas con muy poca ropa se pasean arriba y abajo provocativas, o se sientan en las rodillas de hombres que las tocan sin pudor, porque las risas suenan descaradas y groseras, porque en las paredes hay letreros que recuerdan que los clientes deben dejar el romanticismo a la puerta, igual como los condenado tienen que abandonar toda esperanza al entrar en el Infierno de Dante. «Sed breves, nuestros minutos son tan preciosos como los vuestros», «Una cosa para cada lugar y un lugar para cada cosa», «Antes de ocupar una habitación, exponga lo que desea». Hay parejas que bailan al ritmo que les marca el trío de arriba, los cuerpos femeninos bien empotrados en los cuerpos masculinos para estimular y precipitar las necesidades del cliente.

En la puerta, Roc se separa del trío haciendo gesto de que estará al quite.

—Con tu pasado místico —dice Amanda—, a lo mejor te gustaría un cuadro que se llama «polvo con ángeles». Yo no sé, a mí me lo han contado, pero se dice que entran dos chicas disfrazaditas y un cordero amaestrado.

Amadeu frunce la boca, como si sonriera.

Allí en medio, Amanda vestida de burguesa es la representación del decoro. No es la única mujer que se diferencia y distancia de las fulanas por su ropa y su comportamiento: hay cuatro o cinco pululando por allí, elegantes y tensas, curiosas, excitadas por su atrevimiento y sus fantasías.

En la taquilla que hay al pie de la escalera, donde las parejas tienen que detenerse para que ellos paguen y ellas reciban una vistosa chapa de comprobación, Amadeu lee que las chicas cuestan seis pesetas. Piensa que un kilo de pan cuesta cincuenta céntimos y toma a Amanda de la mano como el niño cuando mamá quiere arrastrarlo a la consulta del médico.

—Elige —dice la chica.

Él la mira y ve a la mujer del *Eclesiast és* , que tiene un corazón que es lazos y redes, y manos que son cadenas.

—¿No te gusta ninguna de las chicas que ves? Mira cómo te mira esa. Vamos. Es placer. Es bienestar. Te harán feliz. Vamos, hombre. Anímate. ¿A qué hemos venido, si no?

—No quiero, Amanda, no quiero. —El chico quiere ser tajante.

—Verás como te va a gustar. ¿Quieres hacerme creer que no estás un poco excitado? ¿Quieres decir que no te anima, todo este ambiente?

—Es que no, Amanda…

—¿Quieres que compruebe si estás animado o no?

—Amanda…

—Mira: me parece que le gustas a aquella chica. ¿Cómo se llamará?

—No, Amanda…

Una mujer se acerca iluminada por una sonrisa publicitaria. Con una combinación transparente que no deja nada a la imaginación. Prácticamente desnuda.

—Estas chicas tienen nombres muy curiosos…

—Amanda: no.

La mujer dice «Hola».

Amadeu le da la espalda y se enfrenta a su acompañante, tan cerca de ella, tan cerca que teme que ella pueda notarle la erección.

—Si tuviera que hacerlo con alguien, solo sería contigo.

Amanda deja de respirar. El mundo se detiene mientras la mirada despavorida y adúltera del chico se sumerge en la inmensidad azul e ingenua de los ojos de ella. «Cementerio profundo es la boca de las mujeres extrañas; y el maldito del Señor caerá irremisiblemente en la fosa.» El mundo se detiene como lo hace siempre después de las catástrofes naturales.

Ya hace rato que Xavier no presta atención a lo que está sucediendo entre sus amigos. Mientras recorrían el salón y procuraba proteger a Amanda de las insolencias de algunos de los clientes del local, su mirada ha quedado prendida en una pandilla de tipos que beben y ríen debajo de la escalinata. Hay una chica que los provoca y se diría que la están subastando, para ver quién paga más por ella.

Cuatro hombres jóvenes y fuertes, endurecidos y embrutecidos por el trabajo físico, ropa barata, uno con el mono azul de los mecánicos, otro con guardapolvo, dos con pantalones de pana, todos calzan alpargatas y se cubren con gorras. Se les ve la mar de contentos; como se dice ahora: «emancipados de la tiranía laboral».

Xavier ha reconocido a uno. Es alto y tiene la cara larga, con prognatismo notable y dientes largos y prominentes. Está descorchando una botella de champán, se llama Abelardo Zapata, lo llaman Caracaballo y un día trabajó en los Astilleros Rutllana.

El industrial no puede evitarlo. Se aparta de Amanda y de Amadeu y camina hacia el grupo de alborotadores. Amadeu, que no quiere fijar su atención en la muchacha que le sonríe, lo sigue con la vista e intuye que puede haber problemas. Esta distracción le sirve de pretexto para esquivar el obsequio no deseado y alejarse con un «Perdonad», siguiendo los pasos de su amigo.

La intuición de problemas no ha sido exclusiva de Amadeu. Otras personas también se han movilizado. Hombres que normalmente pasan inadvertidos, que beben en un rincón, o bromean con las chicas, pero que no han venido aquí como clientes, y que ahora mismo se ponen en posición de alerta.

—Vaya. Quién tenemos aquí. Abelardo Zapata.

Caracaballo se vuelve sobresaltado y queda petrificado y boquiabierto al verse ante Xavier Rutllana, su patrono.

Se encuentra desarmado, sorprendido in fraganti. Él no debería estar aquí. Este es antro de delincuentes, de burgueses y ladrones, y él no lo es. Esto es cubil de adúlteros y embusteros, de traidores y tramposos, y él es un hombre honrado que siempre ha reivindicado a su mujer y a sus hijos por los cuales lucha y reclama lo que le pertenece. Se encuentra sin palabras, pillado en falta. Ha venido con sus camaradas porque tenían dinero en el bolsillo y porque algún día tenían que probarlo, porque no todo tiene que ser siempre para los burgueses, porque ellos también tienen derecho a disfrutarlo un día, al menos un día en sus vidas. Dios mío, lo han atrapado con una botella de champán en la mano, y eso es ignominia.

—Mira en qué te gastas el dinero que te dan los alemanes.

El obrero busca desesperadamente en el saco de las palabras, tratando de arañar una que le dé un poco de razón. La rabia le endurece los músculos y le cierra los puños.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Digo que, si hubiera sabido que eres un sicario…

—¿Un sicario? ¿Yo?

—Sí: un mercenario que se vende al mejor postor; si me lo hubieras dicho, yo mismo te habría contratado como esbirro. Ahora mismo te puedo contratar, si estás en venta. ¿Cuánto te pagan, los alemanes?

—¿Qué estás diciendo? ¡Eres tú quien trabaja para los alemanes!

Cuatro hombres corpulentos, empleados de la casa, salen de la nada y se acercan amenazadores para imponer su autoridad entre los aspirantes a contendientes.

—¡Aquí no! —dice uno de ellos.

—No pasa nada, Rogelio —lo tranquiliza Xavier, y si el cliente conoce el nombre de un subordinado, ya tiene la pelea ganada.

Los tres que acompañan a Caracaballo se colocan detrás de él, puños cerrados, dispuestos a lo que sea.

Amadeu ve allí la excusa para alejarse de su situación engorrosa y da tres zancadas para ponerse junto a Xavier. En este instante, descubre la proximidad espantosa que hay entre la excitación del sexo y la violencia. Mide a los cuatro obreros que los desafían ahí enfrente, debajo de la escalinata, y se ve capaz de pelear con ellos aunque el más adelantado esté armado con una botella de champán. Roc también se ha materializado inesperadamente junto a su amo. Amadeu no sabe la fuerza que tiene Xavier ni de qué es capaz, pero lo ha visto en pelotas y al menos cuenta con buena musculatura. Él ha sido capaz de partirle la cara a un párroco y a un obispo, y en el campo, de pequeño y adolescente, se las vio con más de uno y más de dos campesinos camorristas, y salió airoso. Y Roc no le ofrece ninguna duda: Roc, tan delgado como se ve, es un hombre muy peligroso.

—Los alemanes —está diciendo Xavier como si estuviera cansado de repetir una verdad conocida de todo el mundo— te han encargado el bloqueo portuario y marítimo de Barcelona, no me digas que no…

—¡Yo no trabajo para los alemanes! —está gimiendo Caracaballo —. Aunque es verdad que las navieras como la tuya estáis haciendo el gran negocio…

—¡Tú! —vuelve a ladrar el jefe de los chulos, sujetándose el puño derecho con la manaza izquierda, conteniendo el puñetazo—. ¡Aquí nada de mítines!

—No es un mitin, Rogelio —intercede Xavier, muy tranquilo—. Es una conversación casual. Un diálogo. Dicen que Barcelona es la ciudad del mundo donde la lucha de clases ocupa la calle con más rapidez. No lo digo yo, lo dice Engels. ¿Conoces a Engels? Es alemán. Los alemanes saben que los obreros de Barcelona sois fáciles de manipular.

—No es verdad —tartamudea Caracaballo, tiembla su gran mandíbula—. ¡No es verdad y tú lo sabes!

—Había pactado contigo que no haríais huelga en mi fábrica. Me habéis llevado a la ruina. ¡Tú y los submarinos alemanes! ¡Por tu culpa, todos los obreros de mis astilleros están en la calle!

—¡Tú nos despediste! ¡Tú has cerrado la fábrica, burgués de mierda!

—¿Y tú no eres un burgués de mierda? ¿De dónde sale este champán? ¿Y cómo vas a pagar a estas señoritas? ¿De dónde sale este dinero? ¿Lo has robado?

—¡Aquí no sois ni patronos ni obreros! —interviene el llamado Rogelio—. ¡Aquí todos sois iguales! ¡Si tenéis pasta, todos sois iguales!

Y ahora ya pueden ver que tiene una porra en la mano. Otro de sus colegas ha sacado un bastón de medio metro que parece pesado y sólido, y los otros dos ciñen sus dedos con nudillos de hierro. Va a correr sangre.

—Tranquilo, Rogelio, hombre —dijo Xavier, sin alterarse—. Solo estamos hablando. Deja que mi amigo Caracaballo diga lo que tenga que decir, que no acaba de explicarse, el pobre…

—¡Tú no entiendes nada! ¡Tú no sabes nada!

De repente, en los ojos del obrero brillan las lágrimas. Está crispado, tenso, agarrotado, la imagen de la impotencia, la vergüenza y la desesperación. Plantado en medio de un burdel, con una botella de champán en las manos, es el toro que agoniza en medio de la plaza y Xavier Rutllana es el torero que da media vuelta, airoso, entero y triunfador, despiadado, despreciando al vencido, y, siempre relajado y sin miedo, levanta los brazos en señal de rendición hacia Rogelio, que ya avanzaba hacia él. Amadeu y Roc no hacen ningún movimiento defensivo porque no hace falta. Los otros matones empleados del local se dirigen a los obreros, que,

conciliadores, deciden tener la fiesta en paz.

—Vámonos de aquí —dice Amanda.

Parece la mejor de las ideas. Diez minutos después, Roc pasa a buscarlos por el vestíbulo.

Salen a la calle del Arco del Teatro, todo miseria, oscuridad, suciedad, gente durmiendo en la acera, putas siniestras, y se van en el suntuoso Hispano-Suiza blanco, camino de la casa de la calle Mallorca.

Xavier va exaltado y apenas se contiene mascullando por lo bajo cosas como «Caracaballo, cagondiós, en casa de Madam Petit, con una botella de champán, el cabrón; ¿por qué no organizáis huelgas en las industrias alemanas de Catalunya? ¿Por qué no tienen problemas sindicales ni laborales la Bayer, o la Koppel, o la Crenstein? Todo Dios sabe que los periódicos de la CNT *Tierra y libertad* y *Solidaridad Obrera* reciben millones de pesetas de los alemanes, en la prensa ha salido incluso el nombre de la persona que les paga, Eberhard von Stohrer, el segundo secretario de la embajada alemana». Amanda y Amadeu van callados, cohibidos por la indignación volcánica de su amigo, evadiéndose en la contemplación de las calles vacías.

Cuando llegan a su destino, ya de lejos se percatan de que ha pasado algo grave. Una desgracia. Dos coches de la Policía, una ambulancia y muchos vecinos arracimados para ver lo que pasa en el interior.

Antes de que Roc haya frenado, Xavier ya ha saltado del coche y corre hacia la multitud. Se abre paso a codazos, sin contemplaciones.

—Eh, eh, eh, ¿dónde va usted?

Un policía lo detiene con la porra y cara de mala leche.

—Soy Xavier Rutllana, el dueño de la casa. ¿Qué ha pasado aquí?

—Un atraco. Han asaltado la casa.

Llega hasta Jeroni, que se muestra abatido. Su mujer está sentada en los primeros escalones de la escalinata y llora amargamente, atendida por una portera tan solícita como torpe.

Amanda y Amadeu tratan de abrirse paso entre los mirones, sin tanta energía como Xavier y con peores resultados. Avanzan muy

despacio, «¡Eh, oiga, no empuje, que yo he llegado primero!», y tardarán en enterarse de lo que ha sucedido.

Xavier lo está oyendo directamente de los labios temblorosos de su mayordomo, con las interferencias histéricas de un policía que quiere demostrar que hace bien su trabajo.

—Han entrado a punta de pistola…

—¿Cuántos?, ¿cuántos eran?

—Cuatro. Enmascarados con pañuelos.

—¿Gorra o sombrero?

—Gorra todos.

—¿Zapatos o alpargatas?

—Botas.

—¿Zapatos?

—No: botas. Botas como militares. Mi mujer ha abierto la puerta, la han pillado por sorpresa, la han empujado, se ha caído al suelo, se ha dado un golpe en la cabeza, y yo, yo…

—Sí: ¿qué ha hecho, usted?

—He obedecido. Punta de pistola.

—¿Hablaban catalán o castellano?

—Castellano. Ya sabían dónde estaba la caja fuerte…

—¿Te han pedido que les enseñaras la caja fuerte?

—Sí, pero ya sabían dónde estaba. Me han arrastrado hasta su estudio.

—¿Han registrado el resto de la casa?

—No, señor. Fueron directamente al estudio y a la caja fuerte.

—¿No han entrado en la biblioteca?

—No, señor. Directos al grano, y venían preparados. La han abierto con una broca muy grande, y unos alambres que han metido por el agujero…

—Profesionales.

—Y un líquido. Aceite. O quizás un ácido. La han abierto enseguida. Y se lo han llevado todo.

—¿Todo?, ¿qué significa todo?

—Papeles, documentos, acciones, obligaciones, escrituras, y dinero en efectivo, y, y, y…

—¿Cuánto dinero en efectivo?

—¡Mucho dinero en efectivo, y, y, y…!

A estas alturas, Xavier ya ha dejado de escuchar. Ya sabe lo que va a decir Jeroni. Retrocede un paso, trastornado y un poco mareado, y busca con la mirada el apoyo de Amanda y Amadeu, que precisamente ahora llegan a su lado.

—¿Y qué más? ¿Qué más han robado?

—¡Ay, señor! ¡No he podido evitarlo!

—¿Qué más?

—Las joyas de la señora madre del señor. El joyero de cuero, con todas las joyas dentro.

Amanda se vuelve hacia Amadeu y susurra:

—Las joyas de su madre. Un tesoro. Una fortuna. Tiene un solitario que vale más de veinte mil duros.

Hay un hombre que toma notas en una libreta y no es policía. A Xavier le parece reconocerlo.

—¿Y usted?

El hombre da dos pasos atrás protegiéndose con un brazo de posibles coscorrones.

—Prensa, periodista de *El Diluvio* .

—Lárgate de aquí. A ti esto no te importa.

—Los lectores…

—Ni a los lectores tampoco les importa. ¡Largo!

17

UN JOYERO Y UN MAPA

Xavier Rutllana se apea del Hispano-Suiza blanco bajo la estatua de Colón y continúa a pie porque a Roc no le gusta acercarse donde hay policías y militares. Con sombrero de paja y bastón de caña, traje de paseo color crema y botines marrones, recorre la acera interminable que rodea los muros imponentes del Cuartel de las Atarazanas y llega a las primeras casas de la calle Marqués del Duero. A la derecha, medio escondida y demasiado pequeña, la Taverna (escrita así, con uve, en catalán) El Paralelo (escrito así, en castellano), que según cuenta la leyenda impuso el nombre popular a una avenida que siempre e infructuosamente se empeñó en llamarse Marqués del Duero. Esta es una zona de obreros y artesanos, de pobres por nacimiento o por vocación, bohemios, canallas y marginales, y no tiene cabida ningún marqués, ni del Duero, ni del Ebro ni del Llobregat.

En la puerta de la Taverna El Paralelo lo está esperando Jorge Moreno Soriano, policía conocido como el Tarugo porque su jefe tiene un gran sentido del humor. Es un hombre descoyuntado, muy nervioso, inseguro, de cabezazos y manos temblorosas, de baile de san Vito y de movimientos que reclaman a los otros la calma que él desconoce. Un hombre de segunda mano, como el muñeco que ha pasado por las manos de un niño vandálico. Lo que ahora llaman «un détraqué» que se envenena con cocaína y éter. Hace como si no, como si estuviera allí por casualidad y se sorprendiera al ver la llegada del industrial, pero enseguida se despega de la puerta de la tasca y se acerca con movimientos espasmódicos y bailarines y trata de adaptarse a la marcha de Xavier.

—Hola, señor Rutllana —le dice, en un catalán inseguro. El Tarugo solo habla catalán cuando quiere pedir algo—. Le estaba esperando. Sé que el inspector Villadiego lo ha hecho llamar. Quería avisarle. —Xavier continúa andando y no reacciona—. ¿Que

de qué quería avisarle? ¿Yo le doy y usted me da? ¿Qué le parece? ¿Yo le doy y usted me da?

—Cualquiera que te oiga, Tarugo. ¿Qué me das?

—¿Yo le doy y usted me da?

—¿Qué tengo que darte yo?

—¿Qué le parece dos pesetas?

—Dos pesetas para una cajita.

—O cinco pesetas, si puede ser.

—Un duro si puede ser para un bote.

—Yo solo quiero avisarle. Que no se fíe. Que le están preparando algo.

La comisaría de las Atarazanas está allí al lado, en un edificio gris y agrietado que un buen día se equivocó de barrio y quiso ser burgués y ahora se avergüenza de contener policías, mazmorras, detenidos, interrogatorios, sangre, sudor y lágrimas. El portal está abierto y no hay ningún guardia ni control, porque las dependencias policiales solo ocupan la planta principal y en el resto de pisos viven familias modestas.

Xavier se detiene para mirar la cara del pobre hombre.

—Tendrías que dejar todo esto, Tarugo.

—¡Es medicinal! ¡Lo dicen los médicos!

—Estás hecho una piltrafa. ¿Cuánto rato hace que no te metes una raya?

El Tarugo se pinza la nariz, suspira, cabecea, niega desazonado, harto de responder preguntas.

—No es tan importante. Si no tengo cocaína, me aguanto con veronal. Pero la cocaína me da fuerza y vitalidad. E inteligencia. No se ría, señor Rutllana. Pienso mucho mejor ahora que antes. Y rindo más. No puede ser malo, si lo venden en las farmacias. No puede ser tan malo cuando puede comprarlo cualquiera.

Xavier, a regañadientes, busca en su bolsillo y, entre la calderilla, selecciona un duro.

—Dios se lo pague —dice el policía.

—A estas alturas del mes, ya te has pulido el sueldo…

—No, no es eso, señor Rutllana…

—Tienes que pedir caridad.

—No es pedir caridad, señor Rutllana, no lo interprete así. No es

eso. Yo le ayudo, usted me ayuda.

—Tendrían que prohibir estos venenos.

—Hay gente que no podemos vivir sin esto. Lo necesitamos. Sin esto, me muero. Si lo prohibieran, tendríamos que consumirlo a escondidas, créame. Alguien se saltaría la ley para fabricarlo de cualquier manera, y lo venderían de contrabando y sería peor y más caro. Y yo a lo mejor me arruinaría, pero lo compraría y me lo tomaría igual, ¿entiende? Pero va, dejémoslo, gracias por el durillo, señor Rutllana. Ahora me toca a mí. Si usted me da, yo doy.

El industrial vuelve a caminar, impaciente.

—¿Qué tienes para mí?

—Hace días que Villadiego habla de usted. No para de hablar de usted. No sé qué está preparando, pero habla de usted. Llamó a un montón de periodistas, y los invitó a comer en Las Siete Puertas. Yo no pude ir y no sé lo que prepara, pero seguro que hablaron de usted. Y ahora, arriba, le está esperando Escartí, ¿sabe quién es Escartí?

—¿El periodista? He oído hablar de él.

—Un mal bicho, un buitre, siempre pendiente de la carroña.

—¿Y me está esperando? ¿A mí?

—No. Quiero decir que está arriba. He oído que el inspector le decía «Ahora vendrá Rutllana, si quieres conocerle», y Escartí decía «¡No, no!», porque además es un cobarde, un rajado. Pero está arriba, para mirar, para ver. Como una rata, en un rincón, en su agujero, al acecho, a ver qué ve.

Entran en el edificio y suben unas escaleras anchas y descuidadas. Hace tiempo que nadie pinta las paredes ni friega el suelo a fondo ni se preocupa de iluminar este interior para hacerlo alegre y hospitalario, como si una comisaría no se pudiera permitir la frivolidad de un poco de confort. Este es un lugar nefasto, donde traen a la gente mala para que sea castigada y sería ofensivo e incongruente procurarles ningún tipo de bienestar.

El ordenanza está en el vestíbulo, detrás de un escritorio desvencijado, leyendo el periódico. Levanta una mirada alarmada y amenazante, que enseguida se calma al reconocer al Tarugo.

Penetran hacia el interior por un pasillo de paredes decoradas por los dedos negros de los delincuentes a los que en algún

momento han tomado las huellas dactilares. No hay cuadros, ni espejos, ni jarrones, ni anuncios, ni siquiera carteles reclamando la busca y captura de algún delincuente.

Llegan a lo que debió de ser sala principal de la casa, con hogar y todo, y donde ahora han instalado el mostrador de recepción, atendido por un agente del orden aburrido, y unos cuantos bancos de madera para que la gente espere sentada.

En uno de esos bancos, hay un hombre de aspecto desaliñado, patibulario y esposado. Al otro lado de la sala, tan alejado del delincuente como le ha sido posible, se encoge un hombre de traje barato y zapatos sucios, con gafas, muy concentrado en leer algo escrito a mano en un bloc de notas de tapas negras. En la cinta del sombrero lleva prendido un lápiz, como si fuera una pluma de adorno. Sin duda, es el periodista Escartí, que ha echado una ojeada hacia los dos que acaban de entrar y que ahora disimula, apabullado por la presencia del industrial.

En lugar visible, hay un reloj redondo colgado de la pared para que nadie pierda de vista el paso inexorable del tiempo, minuto a minuto. Da la impresión de que en esta sala de espera nadie espera nada realmente; aquí el tiempo finge pasar lentamente, pero, en realidad, está parado y tiene un efecto soporífero.

El Tarugo pasa al otro lado del mostrador y desaparece por una puerta con paneles de cristal traslúcido. Del interior, llega una voz ronca y cargada de flemas:

—¡Es el idioma del futuro! ¡El año que viene será la lengua oficial de Barcelona! ¿Sabes qué significa *Du bist besser als Brot, Fr* ä*ulein* ? ¡Está usted más buena que el pan, señorita! ¿Sabes qué quiere decir *Fr* ä*ulein* ? ¡Quiere decir tía buena! ¡Ah, Tarugo! ¿Dónde te habías metido?

Xavier se ha quedado solo con el hombre patibulario que lo mira descaradamente y el periodista que se camufla como una rata en el rincón, en su agujero, al acecho. El industrial aparta la vista y hace un esfuerzo por ignorarlos, tanto al uno como al otro, mientras teme que cualquiera de los dos pueda dirigirle la palabra.

Más allá de la puerta de cristal traslúcido, calla la voz tonante y siguen unos cuchicheos de contenido fácilmente deducible: «Que ha llegado Xavier Rutllana», «Ah, bueno, dile que pase».

El Tarugo reaparece:

—Señor Rutllana: el inspector Villadiego dice que pase.

Xavier se levanta y cruza la sala muy decidido, con zancadas invasoras. Pasa al otro lado del mostrador, indiferente a la presencia del policía recepcionista, cruza la puerta de cristal traslúcido ignorando al Tarugo, que queda relegado a un segundo término, cruza una sala llena de mesas y hombres que aporrean máquinas de escribir, y entra en el despacho que se anuncia como «Brigada de Investigación Criminal» con una placa de metal oscurecida por el tiempo.

Dentro, le espera la inmensa mole del inspector Villadiego.

Este despacho ya está más aprovechado y vivido. En las paredes hay carteles donde se proclama la búsqueda de gente mala representada con fotos o dibujos donde parecen mucho peores de lo que deben de ser. Hay un estante con dos trofeos de tiro, y un armario archivador metálico y abollado, muchos papeles amontonados sobre la mesa y un crucifijo presidiendo la estancia entre dos ventanas.

Xavier se quita el sombrero de paja y lo sujeta con la izquierda, junto con el bastón.

Villadiego es un hombre muy grande, calvo y despeinado, con bigotes enormes, mangas de camisa arremangadas, tirantes muy tensos, labios gruesos y babosos y mirada insolente. Con esa risa burlona siempre a punto, para convencer al mundo de que es una persona con gran sentido del humor, simpático y divertido.

—Ah, señor Rullana… No, ¿cómo es?, Rut-lana, perdone, Rut-lana, ¿lo pronuncio bien? Es que estoy, con esto de los idiomas, que no cago. Últimamente, estoy estudiando alemán, el idioma del futuro. Siéntese…, bueno, le diría que se siente pero se le va a ensuciar el traje, porque a esta silla creo que le sacaron el polvo hace dos meses, siéntese si quiere, bueno, haga lo que quiera. Por ahí debemos de tener un cepillo para limpiarle luego el trasero. —Todo eso aderezado con la risita incontenible y estrangulada que proyecta salivilla y se mezcla con gruñidos nasales. Le hace gracia cada palabra que pronuncia—. Bueno, que nada, que buenas noticias. No sé si se lo habrán dicho cuando le han telefoneado para que viniera, pero el caso es que hemos recuperado las cosas que le

robaron el otro día, cuando asaltaron su vivienda.

Del montón de papeles que quedan a su derecha, selecciona una carpeta bastante gruesa y la pone sobre la mesa, cerca de Xavier, para que pueda ver su contenido. El industrial deja sombrero y bastón sobre una silla polvorienta, abre la carpeta y estudia los documentos. No está la carpeta de la Operación Scaramouche porque la tenía escondida en la biblioteca.

—Compruebe que no falta nada —dice Villadiego—: hay contratos, escrituras de propiedad de pisos y tierras, acciones, obligaciones y otros papelorios varios, mire, mire usted. No falta nada. Atrapamos a los ladrones, dos piojosos borrachos que estaban en la Tierra Negra. Habían hecho una hoguera en el descampado del Gas. Uno iba armado y se resistió, el cabrón. Este. —Tiene a mano la foto de un hombre muerto. Le pone los dedos encima y la arrastra por encima del cristal del escritorio para acercarla a Xavier. Un hombre mal afeitado, con un ojo medio cerrado y el otro medio abierto, mueca de asco. El inspector continua hablando como si todo fuera un chiste, entre gruñidos y medias palabras—. Tuvimos que matarlo. El otro escapó, pero no se preocupe, que ya lo atraparemos. Tenían sus papeles entre sus pertenencias, la manta, las pistolas y demás.

—Había un joyero —dice Xavier suavemente, sin alterarse.

—Uy, el joyero… —Eso también se lo toma como un chiste sin gracia, que le produce una especie de escepticismo fatigado, como si la dura realidad pesara demasiado—. Uy, el joyero, a saber dónde estará. Cuando atrapemos al otro, le preguntaremos qué hizo con él. Igual que el dinero en efectivo.

—¿No han recuperado nada del dinero? —Villadiego niega con la cabeza y pasea la vista por encima de la mesa como si buscara algún otro tema de interés—. Había más de dos mil duros. ¿Se lo habían gastado todo?

—O se lo llevó el que escapó. Cuando lo atrapemos se lo preguntaremos. Lo que sí encontramos… —Ahora cambia de entonación. Aborda el tema que realmente interesa.

Coge un papel doblado que hay en el montón de la izquierda, y procede a desplegarlo lentamente. Ahora se pone en pie, hace sitio en la mesa para que se vea bien lo que quiere mostrar, y Xavier

puede ver una especie de mapa garabateado por una mano inexperta a base de rayas de donde salen flechas que apuntan hacia círculos, anotaciones, esquemas. Unas cuantas palabras escritas con letra de palo ayudan a comprender de qué se trata. «Oise», «Reims», «Craonne», «Berry-au-Bac».

—Lo que sí encontramos —repite el inspector— fue esta especie de mapa que nos ha parecido un poco comprometedor. Bueno, no sé, pero fíjese: parece que representa una ofensiva militar en un frente de setenta quilómetros, aquí está el río Oise y aquí la montaña de Reims, ¿le recuerda eso algo? Mire aquí: treinta divisiones con carros de asalto. Parece que se entiende eso, ¿no? Y aquí Craonne y Berry-au-Bac: tenían que abrirse paso por aquí. ¿Se acuerda? —Incluso mientras habla de guerra, el inspector parece que se está divirtiendo de lo lindo—. Bueno, gran catástrofe, ¿no? ¿Se acuerda? Fue a mediados de abril. Lo trajeron los periódicos. Los franceses atacando por aquí, y se cagaron. Los alemanes les pararon los pies. Lo trajeron los periódicos. Los regimientos de segunda línea desobedecían cuando querían enviarlos al frente. ¿Se acuerda o no? Titulares en los periódicos: «Rebelión en la retaguardia francesa», «La opinión pública francesa desmoralizada». Que suerte tuvieron de los británicos que continuaron la ofensiva por su cuenta. ¿Se acuerda o no? —Villadiego está inclinado sobre el mapa, apoyado sobre sus brazos poderosos, manos de picapedrero, y se queda quieto, sin mirar a su visitante—. Parecería que los alemanes estaban prevenidos, ¿no? Alguien les avisó de ese ataque.

Con voz neutra, Xavier replica:

—Este papel no es mío.

—Ah, no, no, yo no digo que sea suyo. Estaba entre sus papeles, pero es curioso, ¿no le parece? Porque es la descripción, con todo detalle, de la ofensiva del general Neville del abril pasado. ¿Recuerda?

—Esto lo sabe todo el mundo. Este mapa puede haberlo dibujado cualquiera a partir de las noticias de los periódicos.

—Sí, es verdad, pero da la casualidad de que tiene aquí este sello… —El dedo índice del inspector destaca la presencia de una mancha de tinta azul estampada que representa el águila imperial

alemana y la fecha «01.Februar 1917»—. Fechado en febrero. Y es un distintivo alemán. Como si los alemanes ya conocieran estos planes en febrero. Y le recuerdo que la ofensiva de Neville tenía que efectuarse en febrero, pero la retrasaron por culpa de las noticias de la Revolución Rusa. ¿Se acuerda? A mí me parece como si alguien conociera esa operación con antelación y la hubiera dibujado para describirla al enemigo. Esto explicaría por qué los franceses se retiraron: porque vieron que el enemigo los estaba esperando, porque no había elemento sorpresa y les hubieran dado pa'l pelo. Eso es lo que me parece a mí, vaya.

El policía levanta la vista para encontrarse con que Xavier Rutllana lo está mirando, más que impasible, desdeñoso. El industrial replica, siempre tranquilo:

—Ni lo he dibujado yo, ni lo tenía entre mis papeles en la caja fuerte ni me parece que esta mierda pueda demostrar nada. Si lo dibujé para darlo a los alemanes, ¿cómo es que continuaba en mi poder?

El inspector Villadiego se apresura a doblar el plano con dedos torpes, poco acostumbrados a tratar con papel.

—No, no —farfulla—, si yo no digo nada, yo no digo que lo haya dibujado usted, yo no sé nada, yo solo sé que apareció entre sus papeles, en la caja fuerte…

—No apareció entre mis papeles, ni en la caja fuerte —lo corrige Xavier, con voz más firme—. Apareció en la Tierra Negra, entre las pertenencias de dos ladrones piojosos.

La equivocación y la rectificación aumentan la malsana hilaridad del policía, que ronca y gruñe y jadea:

—Eso, eso, discúlpeme: como aparecieron todos los papeles juntos, me confundo.

—Que, por cierto —continúa Xavier—, para haber estado entre las pertenencias de dos piojosos, en la Tierra Negra, me sorprende que mis documentos estén tan limpios.

El inspector Villadiego mete el plano en el cajón del escritorio y clava su mirada descarada en Xavier Rutllana.

—Bueno, pues hasta aquí puedo ayudarle. Cuando sepamos más, le diremos más. Ha sido un placer conocerle, señor Rullana. Rut-lana. Atención: Rut-lana. En catalán, ¿verdad?

Xavier suspira, pensativo, tratando de dilucidar la trampa que siente que se está desplegando a su alrededor. Se pone el sombrero de paja, empuña el bastón, da media vuelta y sale del despacho con la carpeta gruesa bajo el brazo.

En la gran sala de espera solo queda, paciente como una estatua, el delincuente patibulario. El periodista roedor ha desaparecido, pero eso no significa que no ande cerca.

18

ESPIONITIS

Hay niños que venden diarios y gritan: «*El Noticiero Universal* , el Sieeero, los que se enriquecen con las guerras, ¿quién se enriquece con las guerras? ¿Quiere saber quién se enriquece con las guerras, señor? Compre el Sieeeero, *Noticiero Universal* ».

Hay tres jóvenes elegantes, ricos y felices paseando por las calles de Barcelona un día de verano soleado y resplandeciente.

De los tres, el que más habla, relajado, sensato y ameno, criticando los aparatosos sombreros de las señoras mayores, con plumas de avestruz y lazos navideños, sujetados por agujas largas y letales; o comentando la moda para hombre que se exhibe en los escaparates de la calle Pelayo número 11, donde están los grandes almacenes Old England que la gente llama, en broma, «Oh-qué-elegant». Exposición de parasoles paraguas, de los denominados «antucá» («*en tout cas* »), que sirven igual para proteger de la lluvia que del sol. La tienda de la calle Conde del Asalto que ofrece el mejor surtido de ropa interior femenina, con sujetadores imaginativos, muchas lentejuelas y plumas, para vedets, y ausencia absoluta de fajas y corsés. A pesar de su comportamiento desenvuelto, quien conoce al industrial poderoso y distinguido notará una cierta tensión en sus movimientos, ojeadas de recelo a derecha e izquierda que no encajan con las anécdotas superficiales que cuenta. No está con sus amigos en cuerpo y alma: es capaz de comentar el entorno como haciendo un cuidadoso análisis al mismo tiempo que lucha en secreto contra sus problemas íntimos. La crispación perentoria en el momento de comprar el diario, la brusquedad con que pasa las hojas buscando una firma concreta. «Rodolfo Escartí.» «Los que se enriquecen con la guerra.»

Ahora compran unos buñuelos en «La Buñolería ambulante».

Exquisitos.

La chica, en medio, pequeña e iluminada por una risa angelical,

lleva el pelo à la *garçonne* y viste a la moda y sobriamente, pero se le nota una cierta desvergüenza en la manera como se apoya en el brazo del tercer miembro del trío. Se podría deducir una preferencia, un acercamiento que implica el alejamiento del otro. No han hablado más desde que, en el burdel de Madam Petit, él le dijo que ella sería su opción en caso de tener que elegir, pero los tres notan que algo está sucediendo. El dueño y señor de la casa donde viven parece que tiene la cabeza en otra parte y sus sentimientos fluctúan, se trenzan y se confunden.

—Pronto vamos a tener ferrocarril subterráneo, por debajo de las calles de la ciudad, ¿lo sabes? Cuando hicieron la calle Balmes, ya construyeron túneles debajo. Lo mismo que están haciendo ahora en la Vía Layetana.

El tercero del trío, joven alto de hombros anchos y tórax poderoso, tan simpático con su sombrero fedora deformado y cien veces reformado hasta adquirir una forma peculiar, casi de artista, fuerza una sonrisa y procura hacer como si nada, pero ayer ya le planteó al dueño y señor de la casa su propósito de marcharse.

Xavier lo miró alarmado:

—Pero ¿qué dices? ¿Que te quieres ir? ¡No puedes! ¡No puedes hacerme eso!

—Al contrario —replicó Amadeu, un poco desconcertado—. Lo que no puedo es imponerte mi presencia cuando se te está complicando tanto la vida.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Tengo la sensación de que te hago perder todo el tiempo que me dedicas.

—Pues es una sensación equivocada. Puedo soportar toda la mierda que me echan encima precisamente gracias a Amanda y a ti. Y el tiempo que ahora no puedo dedicarle a ella, se lo tendrás que dedicar tú. Te lo pido por favor.

Amadeu todavía no sabe cómo interpretar esas palabras, o tal vez sí lo sabe pero no quiere aceptar el significado más evidente. Caminando por la calle Fernando, la más comercial y más lujosa de la ciudad, sonríe y parece felizmente distraído, pero se siente atrapado en una telaraña que, por la noche, lo asfixia.

El artículo va en lugar preferente, en la página tres, después del

bloque de anuncios, junto a las noticias de la guerra, «El nuevo gabinete griego», «Tropas norteamericanas desembarcan en Francia», y muy cerca de la obligada advertencia: «El texto del presente número ha sido sometido a la previa censura gubernativa».

Empieza con un prólogo dedicado a aquellos que se enriquecen legalmente y honradamente, que probablemente son los principales accionistas del diario, porque los países beligerantes necesitan ropa para uniformes y tiendas de campaña, y productos sanitarios, y comida, e incluso municiones, y alguien tiene que proporcionárselo porque «todos vivimos sometidos a la ley de la oferta y la demanda», y este —aunque esto no lo dice el escrito de Escartí—, este es un periódico de derechas, capitalista y católico. Pero, de repente, el periodista rompe su discurso para meterse en el terreno de la imaginación:

> … Imaginemos, no obstante, que algún industrial hace trampas para enriquecerse de manera fraudulenta y desleal, con esa clase de deslealtad odiosa que lo es tanto para los países extranjeros como para su propia patria.
>
> Imaginemos a un armador presidente de una naviera roñosa que se ve perjudicado por la guerra porque los submarinos germanos le hundieron cuatro barcos, y el armador se declara en quiebra y despide a sus obreros, y encabeza la manifestación del pasado mes de septiembre, reclamando protección al Gobierno de Romanones (…) Y ahora resulta que han aparecido documentos que demuestran de manera inequívoca que este armador espió para los alemanes proporcionándoles información secreta y estratégicamente esencial sobre la ofensiva francesa del general Neville del pasado mes de abril que terminó en estrepitoso fracaso. ¿Qué significaría eso? ¿Él trabaja para los alemanes y los alemanes le hunden los barcos? ¿Qué se puede deducir de ello? Pues a este cronista solo se le ocurre una respuesta, y es que a este armador sus amigos teutones le estaban haciendo un favor al hundirle los navíos. Alguien debería calcular las pérdidas que tenían esos astilleros antes de la guerra, el ahorro que ha significado cerrar la fábrica y

despedir a todo el personal, y las cantidades que este armador habrá cobrado de las compañías de seguros.

El artículo acaba denunciando a esos industriales estafadores, que se enriquecen a base de buscar la ruina de las casas de seguros y de la propia patria y que, por culpa suya, la clase obrera perjudicada acusa a todos los patrones, indiscriminadamente, y así es como saltan las chispas de las grandes revoluciones.

—Al menos —comenta Amanda, tirada en el sofá, con la intención de animar la situación—, no mencionan tu nombre.

Xavier niega con la cabeza.

—¿Un armador a quien le han hundido cuatro barcos? ¿Exactamente cuatro barcos? ¿Y que encabeza la protesta de septiembre ante Romanones? ¿Y que ha tenido que cerrar la fábrica? Soy yo, Amanda, no hace falta que pongan mi nombre. Y eso lo dice un periódico conservador y capitalista, que defiende sistemáticamente a los patronos…

—Pero ¿por qué te hacen esto? —se queja la chica, resistiéndose a la injusticia.

—… Ahora puedes figurarte lo que van a decir los periódicos de izquierdas; cómo ampliarán la noticia y cómo se atreverán a poner nombres y apellidos y testigos que me odian…

—Pero ¿por qué te lo hacen a ti, precisamente a ti? ¿Qué quieren?

Xavier Rutllana está de espaldas a sus amigos. Se sirve un whisky con movimientos blandos y confiados, tratando de aparentar naturalidad, siempre invencible ante las adversidades. Mira por la ventana a la calle Mallorca, frunciendo los labios, censurando una imprecación de rabia, y suspira por la nariz, como los toros que soplan antes de embestir.

Amanda y Amadeu lo contemplan sin palabras, y se miran una al otro sin saber qué decir.

19

VISITA DE COMPROMISO

Un viernes de mayo, gris, viento de levante, con el mar un poco alterado, cambió bruscamente la rutina del destacamento de carabineros.

La luz del faro giraba y giraba y giraba, y hacía que el mundo se encendiera y se apagara, que el mar estuviera ahí y no estuviera, que la Cresta y cala Cañas y el pico de los Farallones estuvieran ahí y no.

A las diez de la mañana, los dieciocho números que se tenían que alternar en los puntos de vigía y control a lo largo del día fueron destinados a la cocina y a tareas de limpieza, exclusivamente en la vivienda de la derecha, donde estaba el hogar, el cuarto de baño principal y donde habían vivido los fareros. Los seis a quienes no tocaba guardia en todo el día tuvieron que embarcarse en un bote de remos y plantar dos series de boyas, paralelas, formando un camino de doscientos metros que conducía, entre los escollos, directamente a la base del acantilado donde se encontraba la boca de una cueva que hasta entonces nadie había visto. La cueva de Ixent. Encima de cada una de las boyas fueron colgando una bombilla, unida a las otras por un hilo eléctrico, que conectaba con algún punto de tierra.

A lo largo de toda la jornada, tanto el capitán Salanova como los brigadas (García y Durán), como sobre todo los dos extranjeros de paisano, se mostraron muy nerviosos, como si hubiera llegado el gran día, el día que esperaban, el que daba sentido a todo aquel despliegue. El día de la boda. El día de la visita de compromiso. Daban las órdenes con mucho más interés que los días precedentes, exigían una limpieza a fondo, probaban las comidas que preparaban los cocineros y que olían de forma diferente. Fue el primer día que oyeron a los dos de paisano hablar imperativamente en alemán. «¡Son alemanes!» No era ninguna sorpresa, porque ya tenían un

aspecto y una actitud delatores, pero a partir de aquel momento ya nadie lo pudo poner en duda. Fritz y Otto.

A media tarde, sacaron la grúa con ruedas. La empujaron hasta la boca del pozo ancho, rodeado de un brocal de piedra, que había en medio del patio. Hasta entonces había estado cubierto por una tapa de madera sujetada con candados. La quitaron y quienes pudieron asomarse dijeron que en el fondo se oía el rugido del mar, tenebroso, como sí allí abajo se escondiera un monstruo.

Al atardecer, el capitán Salanova convocó a todo el destacamento en el patio, incluidos aquellos que deberían estar de plantón. Todos, aunque, por un rato, el puesto quedara sin vigilancia. Era un discurso muy importante.

—… Hoy vamos a recibir visita. O sea, vamos a tener invitados. Algunos de vosotros tal vez se extrañen o desconcierten, o sea, pero quiero que entendáis, que comprendáis, que es un gesto de humanidad por nuestra parte. Un gesto de solidaridad y ayuda. Van a venir soldados de los que en este momento luchan, pelean, o sea, combaten en una guerra feroz y que necesitan nuestra preciosa ayuda. No importa de qué bando sean. Me da igual. Son personas, seres humanos, que están en peligro, que han sufrido una avería en su nave y necesitan que les echemos una mano. Necesitan nuestro socorro. Y les vamos a echar esa mano. Les vamos a dar nuestro auxilio. Digo que no importa de qué bando sean. Nuestro país es neutral y lo mismo tiene que ser caritativo y acogedor con los unos que con los otros, con tirios que con troyanos, con moros que con cristianos. Aunque no os voy a negar que prefiero que sean alemanes. O sea, guerreros de los Imperios Centrales. Porque el hecho de ser neutrales no nos convierte en revolucionarios republicanos, sicalípticos inmorales, adoradores de las bajas pasiones. Nosotros somos monárquicos, porque nuestro país es monárquico y siempre nos sentiremos más cerca de los defensores de un imperio que de los ateos adoradores de las bajas pasiones republicanas. Así que vamos a atender a estos esforzados soldados, heroicos colegas, o sea, a socorrerlos, a auxiliarlos, y procuraremos hacerles agradable la estancia entre nosotros. Espero que no me defraudéis.

—Pero este tío es idiota —decía el Marsa—. ¿Qué se cree? ¿Que

no nos hemos dado cuenta de que estamos esperando esta visita desde el primer día que llegamos aquí?

—Da igual, Marsa, no te compliques la vida —decía Todoseguido, siempre medroso—. No sirve de nada hacerse preguntas. No te preguntes nada, no te cuestiones nada. ¿Verdad que dijiste que sí el día que te propusieron que vinieras? Pues calla. Calla, trabaja y pon la mano. Hasta ahora, éramos unos mierdas, los últimos monos de las fuerzas armadas de este país. De pronto, nos dan fusiles nuevos, y balas, y un sueldo digno de un general. Yo, con eso, ya tengo bastante.

—Cállate, Marsa, calla, que calladito estás más vivo —murmuraba el Cabra, haciendo el payaso como siempre—. ¡Calladito estás más vivo! ¡No más guapo, no! ¡Más vivo!

—No es cosa de broma —mascullaba Miquel, siempre serio y ronco—. Nos están metiendo en la guerra. No a España, no: a nosotros, a ti y a mí, y a este y a este. Nos están metiendo en la guerra y esto no puede acabar bien de ninguna de las maneras. No tendríamos que haber venido.

—El caso es que ya estás aquí. Ya estamos —decía Todoseguido, esquivo.

—Y todavía no hemos visto ni un duro —añadía el Marsa.

—¡Y qué! —replicaba el Cabra—. Y si nos hubieran dado un duro, ¿dónde figura que nos lo podríamos gastar?

Empezaba a oscurecer cuando apareció el submarino. A partir de aquel momento, se refirieron a él llamándolo «el primer submarino», aunque el sumergible que los visitaría en las semanas siguientes siempre fue el mismo.

Una presencia enorme, oscura, ominosa, emergiendo de las aguas y avanzando majestuosamente por el camino marcado por la doble fila de bombillas encendidas, directo a la base de la pared de roca.

—Un submarino, tíos.

—Hostia, tíos, un submarino.

Los carabineros que no estaban de servicio se ponían en fila a lo largo del risco, contemplando la prodigiosa aparición. Y pudo oírse una exclamación ahogada cuando tuvieron la sensación de que la nave negra se empotraba contra los escollos que había al pie del

acantilado y desaparecía como un fantasma capaz de atravesar las paredes.

Les hicieron formar y les distribuyeron nuevas tareas. Unos tenían que bajar al fondo del pozo para ayudar a descargar el submarino, otros tenían que ocuparse de la grúa para subir una serie de cajas hasta la superficie.

Quienes descendieron a la caverna descubrieron que, al final de una acera de hormigón armado que bordeaba una impetuosa corriente subterránea, les esperaba una especie de muelle rudimentario donde el submarino había podido atracar.

De la nave fueron saliendo los veintitrés miembros de la tripulación, sucios, malolientes, blasfemando en alemán, encorvados, doloridos, estirándose quejosos para tensar los músculos comprimidos, aturdidos por días y días de martilleo enloquecedor de las máquinas, por la claustrofobia, la asfixia del aire enrarecido y saturado de la pestilencia de grasa quemada. Torpederos, artilleros, el cocinero, el radiotelegrafista, el maquinista, el mecánico, el timonel, el oficial eléctrico, el oficial del Diesel, el contramaestre, el oficial médico, el oficial ingeniero, el segundo oficial, el primer oficial y, finalmente, captando la atención y la admiración de todos los presentes, el comandante, el Korvettenkäpitan.

Risas, apretones de manos, palmadas enérgicas y viriles en los hombros. Blablablá en alemán.

Invirtieron sus últimas fuerzas en sacar de la nave unas veinte cajas, que los carabineros españoles hicieron subir a la superficie con la grúa y, luego, metieron en los tres camiones que los habían traído hasta el faro días atrás y que permanecían estacionados en el exterior del edificio, junto a la puerta de acceso, cubiertos por lonas. Y tomó sentido que uno de los requisitos que habían pedido a los carabineros para pertenecer a aquel destacamento fuera que supieran conducir.

Los seis carabineros que formaban el grupo «de confianza» elegido expresamente por el capitán Salanova y dirigido por Rendueles subieron a los camiones y tuvieron la oportunidad, por primera vez en dos semanas, de alejarse del faro hacia el interior de la comarca. Debían seguir las indicaciones de un mapa detallado de

la zona hasta llegar a una cabaña en un claro de un encinar. Allí descargarían las cajas que había traído el submarino y cargarían los bidones de gasolina y las cajas de víveres que les estarían esperando para llevarlos a la base.

—Ahora ya sabéis por qué los seleccionaron —dijo el Marsa al verlos marchar—. Eligieron a los corderos, a los domesticados, los que seguro que no se les escaparán.

—¿Tú te escaparías si te lo hubieran encargado? —preguntó Todoseguido.

Entretanto, los alemanes se bañaron, y se rociaron con mangueras, y gritaban y reían felices de haberse liberado de la claustrofobia de aquella especie de ataúd flotante.

Más tarde, cenaron todos juntos, sentados en dos mesas largas, en el patio; a la izquierda los carabineros, a la derecha los alemanes. El banquete había sido condimentado con mucho cuidado, con ingredientes de calidad y con todo el arte de que eran capaces los cocineros, un festín de bienvenida a los sufridos hundidores de barcos, pero era típicamente germánico y absolutamente exótico para unos paladares rústicos como los de los carabineros.

Bratwurst , *spätzle* , *eintopf* , *kartoffelpuffer* , *kartoffelknödel* , *hasenpfeffer* , *rouladen* , *schnitzel* .

—¿Qué coño es esto?

—¡Huele mal!

—Alemanes, tíos; estamos trabajando para los alemanes.

—¿Y qué? Estamos trabajando para los que nos pagan, como siempre. ¿A ti qué más te da si son alemanes o japoneses?

—Además, lo ha dicho Salanova. Somos neutrales, pero más inclinados hacia estos que hacia los otros.

—¿Tú eres monárquico?

—Yo, yo, a ti no te importa lo que yo sea. Estamos hablando de países. Da igual lo que yo sea. Nuestro país es neutral, monárquico, católico, apostólico y romano, y a nosotros nos paga nuestro país, y ya está.

—¿Romano? ¡Dice que somos romanos! ¡Y los valencianos son moros y cristianos! —El Cabra.

—¿Tú no eres monárquico, Marsa? —Todoseguido.

—Yo no soy nada.

—Nadie es nada, cuando se muere. No somos nada. Te acompaño en el sentimiento, Marsa.

A nadie se le podía escapar que aquellos soldados extranjeros estaban recibiendo un trato de favor que contrastaba de manera ofensiva con el día a día de los españoles, la bazofia que hasta entonces les habían dado para comer y las condiciones lamentables de los corrales al aire libre donde dormían hacinados.

—Ahora ya sabemos para quién son los catres y las habitaciones más cómodas.

—Cállate, Marsa —susurraba Todoseguido, mirando alrededor para asegurarse de que nadie podía oírles.

Murmullos, protestas, bromas y tacos fueron viciando la atmósfera de la mesa de los españoles. Y la abundancia de cerveza y vino excitaron más y más al equipo alemán. «*Frauen* », se les oía decir con saña, «*Frauen, Frauen!* » («¡Mujeres, mujeres!»).

—Qué huevos. Trato de favor para los alemanes. Qué huevos.

—Que te calles, Marsa.

—¡Qué huevos! ¡Esta gentuza es la que hunde barcos españoles!

—Están en guerra.

—Pero no con nosotros.

—La guerra es la guerra, Marsa.

Poco a poco, mientras avanzaba la noche, la cena y la ingesta de alcohol empezaron a estallar carcajadas escandalosas en las filas de los unos, y los otros replicaron con risotadas y gritos que querían demostrar que se lo estaban pasando aún mejor que los otros, y aquí surgieron cuchicheos conspiratorios, y aullidos que parecían alaridos de guerra, y allí alguien soltó un «*Kartoffeln* , cagondiós». Se oyó «*Die Neutralen sind die Feiglinge!* », y alguno de los carabineros lo entendió.

—¡Dicen que los neutrales somos unos cobardes!

—*Wir versenken spanische Schiffe!*

—¡Dice que hunden barcos españoles!

Unos cuantos alemanes se levantaron e hicieron gesto de acercarse amenazantes a la mesa de los carabineros; y los carabineros abandonaron sus bancos para dejar claro que no tenían ningún miedo; y cuando se escapó la primera bofetada, se produjo

una explosión de violencia que terminó el festín con las mesas, los bancos, las botellas, los platos y las ollas por tierra.

El capitán Salanova tuvo que disparar seis tiros al aire para terminar con la trifulca. Fritz y Otto, vestidos con elegantes trajes blancos, se enfrentaron con autoridad a una pandilla de alemanes gigantescos y musculosos que se reían mientras abandonaban el combate y se agrupaban en su rincón.

Los carabineros, no tan gigantescos ni musculosos, habían salido peor parados.

—Cagondiós, estos alemanes, tío, después dirás que te parece bien servirles como un criado, hostia.

—Son fuertes, sí —aceptaba Todoseguido, que había perdido un diente—. Son los más fuertes, sí. Una raza superior.

—No digas tonterías, joder.

20

ARGÜELLES

En la calle Neptuno, detrás del convento de Nuestra Señora de Pompeya, donde la Diagonal se convierte en calle de Argüelles, están los Talleres Argüelles. Se sabe que son propiedad de unos alemanes llamados Richte y los vecinos sospechan que aquello es un nido de espías, aunque nunca se sabe.

Un auto de plaza, Fiat de doce caballos, se detiene en la esquina y hace aparición un personaje fabuloso, vampiresa siniestra que contrasta con la proximidad del convento católico. Turbante negro y granate con pluma, rostro blanqueado donde destacan los ojos envilecidos con henna, labios rojos como una herida abierta y un toque de color en las mejillas para poner ángulos a los pómulos. El vestido tiene unas hombreras que recuerdan unas alas de murciélago. Es la reina del harén, a la manera de aquella actriz americana que se fotografiaba junto a esqueletos y ataúdes, conocida como Theda Bara, anagrama de Arab Death, Muerte Árabe.

Si alguien dudaba de que los Talleres Argüelles fueran reducto de agentes conspiradores, al ver entrar a esta mujer sofisticada y extravagante en el establecimiento, le habría caído la venda de los ojos.

Los mecánicos que se pringan de grasa entre coches de lujo no le hacen ningún caso, ya la conocen, no es la primera vez que viene por aquí. Ella procura no tocar ninguna superficie que pueda estropear su imagen, confirma con una mirada fugaz que la esperan en el despacho, y va directamente al fondo donde una escalera metálica asciende hasta un altillo donde está la puerta del despacho. «Dirección No Pasar.» Dentro, hay dos escritorios, uno de los cuales ocupado por una mecanógrafa, y una puerta que se abre a la sala de reuniones. Algún día, alguien quiso que esta estancia fuera digna y señorial, con mesa y sillones de madera noble, araña

artística y cuadros en las paredes con fotos que recuerdan la Alemania de la técnica, de la mecánica, de los automóviles de carreras, de los aviones y del progreso más envidiable; pero la proximidad del taller y la necesidad de un lugar donde almacenar cajas y piezas de motor lo ha desvirtuado un poco. La mesa larga está rayada, algún sillón está cojo, «Cuidado, mejor que te sientes aquí», la lámpara del techo está mate de polvo, torcida y le falta alguna bombilla.

El Herr Helmut que está esperando, de pie, no lleva monóculo ni sombrero. Recibe a la funesta y perfumada Frau Spatz con expresión severa, casi amarga. La mesa está cubierta casi por completo por una colección de periódicos presididos por *La Correspondencia Alemana* y el *Deutsche Zeitung Für Spanien* , que dan su versión particular de la guerra.

«¿Es Javier Rutllana un espía?» «Los negocios dudosos del señor Rutllana.» «Espionitis en los Astilleros.» «El amigo de los torpederos.» «El armador y la guerra.»

Frau Spatz choca contra esta exposición como si lo hiciera contra un cristal. Se queda inmóvil, la mirada concentrada y penetrante sobre los titulares.

—¿Para esto me ha hecho venir? —dice en alemán.

—¿Le extraña? —La conversación continuará en alemán, como siempre que se encuentran estas dos personas—. Todos los periódicos proclaman que este hombre trabaja para nosotros. Y yo, que soy el director de la zona, no lo conozco. ¿Usted lo conoce?

Frau Spatz se mantiene inexpresiva como jugadora de póquer. Herr Helmut afloja su rigidez, como aceptando que la mujer es como es y hay que darle un trato especial.

—Ya sé que no habla de sus fuentes y sus colaboradores, pero en este caso tengo que saber si es de los nuestros o no es de los nuestros.

Ella niega con la cabeza, molesta. Deja el bolso sobre la mesa y se pone la mano en la cadera, un poco desafiante.

—Todo esto es un montaje grotesco. Se basa en una especie de mapa que parece dibujado por un niño, una chapuza que no sé de dónde puede haber salido.

—¿Usted ha podido ver el mapa? Está en poder de la Policía. El

señor cónsul pidió verlo y se lo enseñaron como si le hicieran un favor, pero ¿usted?

Media sonrisa. Y aquellos ojos azules y seductores desde el fondo de un pozo de henna.

—Me subestima, Herr Helmut. Este mapa lo ha podido ver cualquier periodista que lo ha pedido. Y lo han fotografiado. Y si no han publicado la fotografía en ningún periódico, es porque se ve muy claro que es un montaje.

—Y entonces, ¿por qué todo el mundo le ha dado credibilidad?

—Porque el sensacionalismo vende, porque toda la sociedad está infectada y excitada por el virus de la espionitis, y porque debe de haber intereses que de momento no podemos comprender y porque quien paga manda.

—De manera que usted dice que esto es agua de borrajas, que tiene que ir al desagüe y que no debemos preocuparnos.

Ahora Frau Spatz tendría que responder que no merece la pena dedicar ni cinco segundos al tema, pero no lo hace. Pasea la vista por los periódicos y hace un esfuerzo por mantener la expresión y la postura, y piensa, y mira los periódicos y no acaba diciendo nada.

—Duda —concluye Herr Helmut—. La veo dudar y, si usted duda, yo tengo que preocuparme.

Ella suspira. Quiere decir algo:

—No… —Pero no le sale.

Herr Helmut habla con voz baja y profunda, que suena como una avalancha remota, una amenaza que se puede hacer realidad cuando menos se lo esperen:

—Este hombre está marcado como colaborador nuestro. A partir de ahora, los de la Entente lo van a tratar como si lo fuera. Seguro que querrán hablar con él, no descarte que lo secuestren, no descarte un interrogatorio a fondo. Aunque no sea colaborador nuestro, me interesa mucho saber el porqué del equívoco, y qué puede contar él, y qué pueden sacarle, y me preocupa que la partida continúe sin nosotros. Pero en caso de que trabaje para nosotros, la cosa sería mucho más grave.

—Yo me ocupo de eso.

—No, Frau Spatz. Todos tenemos que ocuparnos. No es un tema de usted en exclusiva. Le diré qué he pensado. He pensado que este

Rutllana es armador, y que usted nos ha proporcionado muchos datos de barcos y vapores que podían ser objetivo de nuestros submarinos. El tipo de información que podría obtener un armador sin problema. Y con el cierre de sus astilleros ha agitado a la clase obrera como a nosotros nos conviene; sabemos que se está preparando para el mes que viene una rebelión como la Semana Trágica del año 9. Y esto es una gran contribución a nuestra causa. ¿Sabe qué pienso, Frau Spatz? Que este hombre es Julien, su colaborador más próximo.

Pausa para comprobar si realmente ha acertado o no. La mujer siniestra se mantiene inescrutable. El hombre continúa:

—Si es Julien, no podemos permitir que caiga en manos de Caramba, de ninguna de las maneras.

Frau Spatz llena sus pulmones de aire con una aspiración repentina, involuntaria y temblorosa, y levanta la mirada azul embrutecida por la henna para que se encuentre con la mirada acusadora de Herr Helmut.

—Haré lo que pueda.

—No: lo que pueda, no.

—Han matado a cuatro de nuestros hombres. No tenemos personal suficiente. ¿Con qué presupuesto cuento?

—¿Ahora necesitaría presupuesto extra? ¿Nunca lo ha necesitado y ahora sí?

—Es Julien —confesa ella, con afonía—. Es Julien y es muy importante. Está investigando esa Operación Scaramouche de la que usted me habló, ¿se acuerda?

Herr Helmut cierra los ojos.

—Es Julien —repite fatalmente.

21

CAFÉ ESPAÑOL

No hay mejor escondite para dos hombres que quieren pasar desapercibidos que el caos de una multitud heterogénea y hormigueante, y no hay aglomeración más plural, variada y movediza que el Café Español del Paralelo a todas horas.

Xavier Rutllana llega a pie, con gorra, traje de paseo gris muy discreto, y pasa entre las mesas de la acera y penetra en el local, sinuoso e invisible como una serpiente.

Este establecimiento tal vez sea el que tiene más mesas, redondas y cuadradas; más asientos, más clientes y más personal de toda Europa. Tanto el interior como la terraza acogen todo tipo de tertulias imaginables.

La de los taurófilos gordos, calvos y con puro que hablan con énfasis dogmático; la de los pescateros bruscos y chillones; la de los pintores y dibujantes de pincel y pluma con sombreros de ala ancha, barbas y cabelleras de náufrago; sin olvidar la tertulia política de los conservadores aquí; la de los monárquicos algo más allá, la de los anarquistas en la otra punta, la de los policías que vigilan a los anarquistas justo al lado, la de los nacionalistas catalanes que no acaban de encontrar su espacio; y las largas conversaciones sobre nuevas teorías que acabarán fundando partidos que habrán de revolucionar el mundo. Rodeados de los mirones, los jugadores de dómino y de mahjong, ambos con el repique de las fichas de marfil sobre el mármol, y más allá, en un semisótano, las mesas de billar con los «tacataques» de los tacos y las bolas. Y, sobre todo, el mundo del escenario. Mesas de actores, cupletistas y tenores de los teatros del barrio, donde siempre hay alguien exhibiendo declamaciones y cuplés de última hornada; y un poco más allá, no muy lejos, la tertulia de los autores de vodeviles y cancioncillas; y agentes contratadores de bolos para municipios de provincias, y las vistosas actrices que se abren paso entre las mesas

buscando una oportunidad para su debut, o las que están a punto de acabar temporada y necesitan contratos futuros, y las jovencitas que creen que para triunfar tienen que acostarse con alguien y están decididas a cumplir con el trámite cuanto antes, y las *demi-vierges* y las *demi-mondaines* , y sus chulos disfrazados de apaches franceses. Ocasionalmente, la irrupción de alborotadas tripulaciones de barcos suecos o griegos que acaban de anclar en el puerto, y grupos de turistas con el vademécum que los guía por la ciudad; y no olvidemos a los campesinos y menestrales a quienes les han dicho que, si bajan a Barcelona, no se pueden perder el paisaje humano de las Ramblas y del Café Español, que es de lo más estrafalario. Todo eso con el ir y venir constante y vertiginoso de un ejército de camareros y vertedores.

El propietario Carabén, señor Pepet, corpulento y barbudo como un ogro de cuento con gafas de montura dorada, supervisa y dirige este mundo atrincherado detrás del mostrador y de una montaña de azucarillos, tazas, copas y botellas con todo tipo de bebidas. Alboroto de conversaciones, discusiones, risas, discursos, tintineo de copas, tazas, vasos, platos y botellas, y el grito constante de «¡Aboque!» compitiendo con el piano esforzado y heroico que toca un tal señor Vilalta que igual interpreta la «Cabalgata de las Walkirias» como el «Ay, ven y ven y ven».

En medio de este maremágnum, incluso resulta una hazaña encontrar a un hombre tan enorme y peculiar como Boureville, de cabeza cónica, con un traje que le va tan justo que parece que hayan hinchado de repente a su portador. Ahora mismo, está fumando un pitillo egipcio y recibe a Xavier con tanta indiferencia como si el industrial fuera tan invisible como le gustaría ser.

Sobre la mesa, hay un par de diarios que se preguntan en titulares si Xavier Rutllana es un espía. «¿Será Xavier Rutllana un espía alemán?» Pero el francés tiene en sus manos la revista de humor, satírica y desvergonzada, *L'Esquella de la Torratxa* .

—¿Se ha visto? —pregunta—. Opisso lo saca en sus multitudes.

Le muestra la página doble que, en este número, el formidable dibujante Ricard Opisso dedica a la «Espionitis». Calles del Raval de luces y sombras donde pululan, acechan, esperan, se esconden, amenazan un montón de espías. Hay el que lleva un cuchillo, el que

se esconde muerto de miedo, el que inspecciona el suelo con una lupa, el que huye con los bolsillos de la gabardina llenos de documentos, el militar alemán con aparatoso uniforme prusiano que pretende pasar inadvertido detrás de una farola insuficiente; por una ventana, podemos ver que en el interior de la casa un individuo hace fotografías… Y, a la luz de otra farola, un personaje de esmoquin, con un barco en el bolsillo, abrazado a una mujer extraña que enseña las piernas y se cubre con una especie de tiara, los dos contemplando un mapa.

—¿Lo ve? —insiste Boureville, que habla catalán pgonunciando las egues a la manega fgancesa—: Aquí está usted, la caricatura es perfecta. Y está abrazado a Mata-Hari. ¿Qué le parece? Eso significa que es muy famoso.

El camarero se materializa delante de ellos.

—¿Qué tomarán, los señores?

—Traiga un whisky para mí —dice Xavier, con ademán fatalista.

—Yo tomaré un vermut —dice Boureville, como si le hiciera especial ilusión.

—¿Algo más? —como si en el examen no hubieran dado las respuestas adecuadas. Sugiere—: ¿Cafés?

—Sí. Claro. Dos cafés también.

Satisfecho por la respuesta correcta, el camarero da su aprobación cantando el estridente «¡Aboque!», el grito que parece imprescindible para que el establecimiento funcione, y se va disparado abriéndose paso entre la muchedumbre como si fuera incorpóreo.

—No estoy para bromas —se apresura a murmurar Xavier, para impedir que el otro continúe hablando de Opisso—. Me dijo que tenía muchos enemigos. Y muy malos.

—Y es así. Hoy le traigo malas noticias.

—Ya lo supongo. ¿La Operación Scaramouche?

—No sigue adelante.

—No sigue adelante —repite Xavier, constatando lo que se temía.

Llega el vertedor, como el genio que sale de la lámpara, y les aboca dos cafés en las tazas. Cumplidos sus deseos, desaparece entre la masa.

—No debe extrañarse —dice Boureville, tomando la taza por el asa con dos dedos delicados y el meñique alzado como una llamada de atención—. Hace días que corre el rumor de que usted es un espía alemán. Y ahora, de pronto, aparece en titulares en todos los periódicos, de derechas y de izquierdas. Espía y estafador. —Xavier suspira y mira al hombretón de arriba abajo, como exigiendo un poco de seriedad—. Ya sé que el montaje es clarísimo, pero está siendo demasiado ruidoso. Como puede suponer, lo han puesto en la lista negra del EME, l'État Major de l'Armée.

Ahora aparece el camarero —categoría de personal superior al vertedor— con el whisky para Xavier y el vermut para el francés. Los dos hombres se mantienen en silencio dejando claro que está estorbando. Se va en cuanto les ha servido y Boureville recupera la conversación.

—Mis jefes saben que todo esto es una trampa, pero los jefes de mis jefes no están tan seguros, y los jefes de mis jefes de mis jefes, los que tienen que aforar el dinero, los que firman los cheques, y compran los barcos, los que hablan personalmente con los banqueros que tienen que blanquearlo todo, están demasiado lejos de aquí y se lo han tragado todo. —Pausa—. Le han puesto en la lista negra, en el apartado B, «estrecha relación comercial con el enemigo». Ningún barco suyo podría circular por aguas territoriales españolas, y esto haría muy difícil nuestra colaboración. Quien le ha hecho la cama ha sabido hacerlo muy bien y hace mucho tiempo que está trabajando en ello, y a fondo, y tiene contacto directo con los que firman cheques.

Un minuto de silencio para digerir las malas noticias.

—O sea —dice Xavier al fin—, que todo esto lo han hecho para robarme el negocio, solo para eso. Entraron a robar en casa, mezclaron la mierda de mapa con mis documentos, se los enseñaron a la prensa. Solo para apartarme de la operación.

—Que no es poco. Seis barcos de gran tonelaje que regala Francia, *gratis et amore* . Y si ganamos la guerra, el favorecido todavía disfrutará del favor de nuestro país, que le garantizará que no va a pasar hambre en el resto de su vida. Sí, se la han jugado solo para eso, pero es mucho.

—Eso significa que mis enemigos no son los alemanes, ni son los

aliados, ni ningún representante de una causa noble y desinteresada.

—Efectivamente.

—Tampoco son mis obreros ni la causa anarquista internacional, ni lo han hecho para acabar con el hambre en el mundo, ni nada parecido.

—Mucho peor.

—Quiere decir que es un competidor.

—Solo un competidor. Nada más y nada menos.

—¿Y puedo conocer su nombre?

—Joan March.

Xavier Rutllana no disimula su sorpresa.

—¿Joan March, el mallorquín? Pero… Pero si es un estafador, un contrabandista de tabaco… Si el año pasado se demostró que auxilió a un submarino austríaco, ayudó a que lo repararan, le suministró combustible…

—Vaya. Veo que lo conoce.

—¿Que si lo conozco? —Xavier no puede contener su indignación—. ¡Todo el mundo lo sabe! El Gobierno británico protestó; aquel, ¿cómo se llama?, Churchill, se puso como una fiera, y el Gobierno de la Guerra expropió la isla de Cabrera a sus propietarios y al mismo March, que tenía allí una finca millonaria. Fue un escándalo. Lo supo todo el mundo. ¿Y yo soy el espía alemán y le dan a él la Operación Scaramouche?

—Dice que se está haciendo perdonar.

—¿Qué?

—Eso es lo que él dice. Que la asistencia a aquel submarino fue un acto de humanidad, y que ya pagó por su pecado. Se ha quedado sin la finca de la isla de Cabrera, y ahora quiere demostrar su voluntad hacia la causa de la Entente. —Boureville habla con los ojos posados en el horizonte, por encima de las cabezas de la pintoresca muchedumbre que va y viene entre ellos y la puerta de la calle—. Pone a nuestra disposición toda su flota de barcos de contrabando, que operan entre las Baleares y el norte de África. Y los barcos de la Compañía Transmediterránea, que, como debe de saber, también es suya…

—¿Que si lo sé? Él me echó de la constitución de la sociedad. Y,

además, también deben de saber que está acusado de asesinato, ¿lo saben?

—El caso está *sub iudice* , no hay nada definitivo.

—¡Vamos, anda! ¡Todo el mundo lo sabe!

Nadie ha visto nunca a Xavier Rutllana tan fuera de sí.

—Todo el mundo lo sabe, sí —le concede Boureville, tal vez un poco nervioso porque están empezando a llamar la atención—. Pero ¿sabe qué es lo más conocido, de Joan March? ¿Quiere saberlo? — Xavier entiende que ha de bajar el tono y calla—. Usted mismo lo ha dicho: que es un estafador. Un estafador con mucho poder, que sabe cómo preparar el terreno, cómo engatusar y cómo manipular para que sus víctimas terminen haciendo lo que él quiere y creyendo que lo hacen porque quieren y porque les beneficia. Y eso es lo que ha conseguido en este caso. Desde el primer día que usted y yo hablamos de la Operación Scaramouche, él ya se enteró y empezó a untar a gente de todo tipo para echarlo del juego. Y lo ha conseguido, hay que reconocer que lo ha conseguido.

Xavier Rutllana apura el último trago de whisky y se queda mirando el vaso, como si en el fondo buscara alguna solución. No la encuentra. El vaso está vacío. Parece que ya no hay nada más que hablar. Le sorprende, entonces, la voz de Boureville, que, como siempre, habla oteando la lejanía:

—Claro que hay otra posibilidad.

Xavier lo mira. El otro tarda en continuar. Se hace rogar.

—El señor Joan March lo ha organizado todo de forma que parezca que usted es un espía alemán. Incluso Opisso se lo ha creído. No sé. Podríamos jugar a su juego, como si usted fuera un espía alemán. A nosotros nos resultaría muy útil que usted fingiera que trabaja para los alemanes.

Xavier contempla aquel perfil unos instantes, para asegurarse de que el otro está hablando en serio.

—Los alemanes ya saben que no trabajo para ellos. Ahora mismo deben de estar partiéndose de risa.

—No esté tan seguro. Esto del espionaje es un negocio muy complicado y confuso, ¿sabe? Todos los que participan tienen miedo, se disfrazan, se esconden, fingen ser quienes no son. Para obtener información, a lo mejor hay que dar algo a cambio y llega

un momento en que tienes que saber calibrar muy bien el valor de lo que obtienes y lo que te ha costado. A veces, no salen los números. No sé si me entiende.

—No, no le entiendo.

Otra pausa larga.

—Hay en marcha una operación para capturar un submarino alemán y a una persona muy importante que quiere huir de España en ese submarino. Y hemos pensado…

—¿Han pensado?

—Estamos pensando todavía la manera de convencerle a usted. Porque pagamos diez pesetas por informaciones interesantes, y quince pesetas al día a los agentes estables. Y me parece que eso a usted no lo va a movilizar, ¿verdad? Para usted, eso es calderilla, ¿no? Casi un insulto. —Xavier lo contempla desafiante, esperando qué más tienen que decirle—. Doscientas mil pesetas si, gracias a usted, hundimos el submarino. —Y qué más—. Cuatrocientas mil si, gracias a usted, lo capturamos sin hundirlo.

Xavier no reacciona.

Penúltimo intento:

—Su nombre clave sería Julien.

22

MIRA, NIÑO, QUE LA VIRGEN LO VE TODO

Hasta el año anterior, el farero Joan Pallarès no había permitido que su hijo fuera a bailar a la Fiesta Mayor de Sant Pau. Hasta entonces, al chico no se le había despertado la curiosidad, y si se le hubiera despertado, su padre habría considerado que todavía no tenía la edad. Pero cuando Pere le pidió permiso el verano pasado, lo miró de arriba abajo, se dijo que ya tenía el aspecto y la fuerza de un joven casadero y lo vio bastante firme como para defenderse si le atacaban, o de atacar si veía alguna muchacha que mereciera la pena. Le dio el permiso y Elisa, la nena, protestó diciendo que ella también quería ir, que era mayor que Pere y que ella sabía bailar y Pere no. Pero las nenas es diferente.

Joan conocía en Sant Pau a una familia que cuidaría bien de Pere, lo acogería en su casa y permitiría que pasara allí una o dos noches si la fiesta lo requería. Los Trullols de Can Mirabó eran pescadores, tenían un bou, barca de veinte metros con motor de cincuenta caballos, que se llamaba *Sant Hilari* , donde el hijo mayor, Armand, ejercía de radiotelegrafista. Joan sabía que este Armand, que había hecho estudios y era culto, educado y buen conversador, cuidaría bien de su hijo y entendería que tenía que desahogarse y aprender de la vida, y sabría orientarlo con sensatez. Decían que no era mujeriego, y si tenía que llevarlo de putas, sabría hacerlo con cuidado y se sabía que no era bebedor, de manera que podría enseñarle a beber con medida, o sabría conducirlo hasta la cama si lo vencía el alcohol, y al día siguiente lo ayudaría a soportar la resaca.

No se sabe qué sucedió aquella noche de fiesta mayor, pero quedó claro que Pere y Armand se lo habían pasado de maravilla. Había entonces una canción que había popularizado Consuelo Mayendía en el Tívoli de Barcelona, titulada «Mala entraña», que trataba de una pobre chica maltratada por su novio, un tal

Serranillo. La desgraciada lo regañaba por la mala vida que le daba y cantaba, pobrecita: «*Mira, niño, que la Virgen lo ve todo / y que sabe lo malito que tú eres…* ». Por alguna razón que solo ellos dos conocían, cuando Pere y Armand pronunciaban estas palabras, les daba un ataque de hilaridad que los tiraba por el suelo. Uno decía la primera parte de la frase y se estrangulaba de risa, y el otro pronunciaba la segunda parte y se doblaba por la cintura y tenía que apoyarse en muebles y paredes para no caer. Nadie entendía lo que eso significaba, pero los dos hacían mucha gracia.

De vez en cuando, por la noche, cuando el *Sant Hilari* pasaba por delante del faro de Ixent, desde la torre podían ver perfectamente el foco de luz intensa que tenía para atraer a los peces. Desde alta mar, Armand enviaba despachos telegráficos con las coordenadas y el nombre de la embarcación y, al final, dedicado a su amigo, como señal de complicidad, añadía «Mira, niño, que la Virgen lo ve todo». Pere, entonces, si estaba atendiendo el telégrafo, o su padre, que también conocía la broma, contestaba: «Y que sabe lo malito que tú eres». Una broma inofensiva, cómplice y simpática entre dos amigos.

En el faro de Ixent, a partir de la llegada del destacamento de carabineros, estaba absolutamente prohibido el uso del telégrafo, porque sabían que el enemigo era capaz de interceptar los mensajes y, gracias a ellos, localizar la ubicación de la base. Solo lo utilizaban para comunicaciones con los barcos que pasaban cerca, de la manera más neutra y mecánica posible. Lo imprescindible. Las naves se identificaban y se les respondía «OK», y ya está.

El encargado del telégrafo, normalmente, era Heinrich Baumeister.

Aquella noche, frunció la nariz, sorprendido ante lo que acababa de anotar. Respondió «OK», y se disponía a levantarse para ir a consultar la duda con su compatriota cuando la máquina volvió a tartamudear repitiendo las mismas palabras.

«Mira, niño, que la Virgen lo ve todo.»

Llamó a Von Holtz, que estaba tomando el fresco en lo alto del faro, con el capitán Salanova.

—¡Baja! ¡Es urgente!

Y el telégrafo insistía de nuevo:

«Mira, niño, que la Virgen lo ve todo.»

Von Holtz y Salanova bajaron deprisa. Baumeister les mostró el mensaje hablando en alemán.

—¿Qué dirías que es, esto? —Lo había traducido a su idioma automáticamente. Von Holtz lo leyó, se puso una mano ante la boca y negó lentamente con la cabeza. Baumeister le hizo notar—: Y lo ha repetido tres veces. Lo mismo.

—¿Cómo era en español? —preguntó.

—No lo sé, exactamente. Algo así como «La niña mira, la doncella lo ve todo».

—¿Será un mensaje en clave?

—No lo sé.

—¿Quién lo enviaba?

—Un barco de pesca. De esos que pescan sardinas.

El capitán de Carabineros los miraba de aquella manera tan suya, sin entender nada y sin el menor interés por entender. Los dos alemanes se dirigieron a él en castellano:

—¿Qué puede significar «La niña mira, la doncella lo ve todo»?

Salanova hizo una mueca de ignorancia.

—¿«La niña mira, la doncella lo ve todo»?

—O algo parecido.

—¿O algo parecido? —Hizo un esfuerzo—. Pues no lo sé. O sea, lo ignoro.

—¿*Jungfrau* —murmuró Von Holtz en alemán— no podría ser «Virgen»? ¿Puede ser una jaculatoria católica? ¿Una manera de encomendarse a la Virgen María?

—Pues a lo mejor sí. Sí. Me parece que sí. Lo he traducido automáticamente, he interpretado «Virgen», *Jungfrau* , como «doncella», no se me ha ocurrido el significado religioso.

Se dirigieron a Salanova:

—«La niña mira, la Virgen lo ve todo.» ¿Puede ser una oración católica?

A Salanova le pareció que le daban la oportunidad de lucirse.

—Sí, claro que sí. «La niña mira», o sea, como diciendo que la niña puede mirar, o sea, pero no ve, ¿comprenden? Una cosa es mirar, o sea, y la otra ver. Yo puedo, no sé cómo decirles, mirar un paisaje, pero no veo la ovejita que hay en ese paisaje. O sea, veo el

paisaje, pero no la ovejita, ¿me explico? La niña mira, sí, pero no ve; mira, como una boba, pero sin ver. Quien lo ve todo, desde su trono en el Cielo, o sea, desde su Majestad, es la Virgen Santísima. Ella sí que lo ve todo: ve el paisaje y la ovejita, y ve —con el entusiasmo del sermón, el capitán señalaba con el dedo a los dos alemanes como lo haría el párroco desde el púlpito— lo que ustedes piensan, o sea, lo que ustedes pretenden, lo que planean, sus sentimientos más ocultos y secretos.

Baumeister y Von Holtz lo contemplaban absortos, moviendo sus cabezas afirmativamente. Baumeister fue el primero en reaccionar:

—¿Y cómo cree que debería contestar yo a eso?

Gran responsabilidad.

Salanova se sintió en la obligación de encontrar la respuesta perfecta. No era muy hábil improvisando respuestas perfectas.

—«Amén» —dijo—. Yo contestaría «Amén».

Heinrich Baumeister volvió junto al telégrafo.

Respondió: «Amén».

23

TRASPASO

Xavier se está distanciando.

No: se está ausentando.

Se va.

Amadeu piensa que, después de una reunión importante que Xavier tuvo en el Café Español, delante mismo del Moulin, no ha vuelto a dedicar su atención al consejo de administración de los Astilleros Rutllana. Ahora, cuando sale de casa por la mañana, es para dedicarse a otra clase de trabajo, otro tipo de reuniones.

Ya no se le ve pisando fuerte, seguro de sí mismo, dominando la situación, convencido de lo que tiene que decir y hacer, armado y blindado para convencer a indecisos. En los últimos días, el indeciso es él, que parece que incluso duda de la ropa que viste. Continúa siendo el parlanchín del trío, el que saca jugo a todas las anécdotas y a todos los detalles, pero sus risas no son tan espontáneas como antes. Su mirada, inquieta, de vez en cuando se escapa por los rincones como buscando enemigos escondidos o un agujero donde ocultarse.

El último espectáculo importante que han visto es *L'auca del senyor Esteve* , de Santiago Rusiñol, el «más grande éxito del teatro catalán», el día que se celebraban las cincuenta representaciones. Aquella tarde, las entradas costaban tres pesetas, el doble de lo que era habitual, y el teatro Victoria se llenó de políticos, periodistas de prestigio, pintores, escritores, abogados e incluso el jefe de bomberos de la ciudad. El actor Josep Santpere, que también es director de la obra, hizo reír mucho al público. Gran cómico, el Santpere.

Otro día, fueron a ver lo que Amanda llama «una orquesta de negritos». Tocaban un tipo de música nueva, el jazz, acabado de llegar de los Estados Unidos, con un instrumento exótico que se llama «banjo».

Aparte de eso, no mucho más. Vuelven alguna vez al Saturno Park de la Ciutadella, para que Amadeu vea el Cabaré de la Muerte que tanto le gusta, o se quedan en casa, o van a ver actuar a Amanda al Moulin, donde Amadeu ya empieza a ser cliente asiduo.

Ahora están haciendo tiempo para ir a la sesión de tarde del Condal, donde hoy domingo estrenan *Víctimas del amor* , film de dos mil metros de la productora italiana Tíber. Amadeu fuma, contemplativo, echado en el diván. Xavier entra de pronto en la sala con una actitud grave que pronostica noticias de las que se pronuncian muy deprisa, como órdenes autoritarias.

—Amadeu, ¿estás solo? Quiero hablarte de Amanda. Tendrás que hacerte cargo de ella…

Amanda protesta desde el rincón del fonógrafo, donde estaba eligiendo un disco que poner.

—¡Eh, que no está solo! —Xavier se vuelve hacia ella, desconcertado como si hubiera dado un tropezón ridículo. La chica se le acerca despacio, coqueteando—. ¿Y qué es eso de que tendrá que hacerse cargo de mí? Soy mayor de edad. Ya hace años que me hago cargo yo de mí misma.

Xavier no está para bromas ni para coqueteos.

—Ah, quería decir que tendréis que ir solos al cine. Que yo tengo una reunión.

—Una de tus reuniones misteriosas.

—Una de mis reuniones misteriosas, sí. Nos encontraremos a las nueve, a la salida del cine. ¿Qué os parece si cenamos en el restaurante del hotel Colón, en la plaza de Cataluña?

No quería decir que tendrían que ir solos al cine. Ha dicho «Tendrás que hacerte cargo de Amanda».

—Xavier se va —comenta Amadeu después de un largo silencio, en el taxi que los lleva al Paralelo. Amanda no dice nada. Solo asiente con la cabeza con vaivén frívolo. Él continúa, preocupado—: Ya hace días que se está yendo. Huye de esta vida. Quiero decir de la vida que está compartiendo con nosotros. No sé qué está buscando, pero lo vamos a perder.

—Bueno —suspira la chica, con indiferencia de a rey muerto, rey puesto—, pues tendremos que aprender a vivir sin él.

Y le pone la mano en el antebrazo de manera que la punta de los

dedos fríos quede sobre una muñeca palpitante.

—¿Crees que se irá? —pregunta Amadeu. Ella no contesta. Está haciendo un esfuerzo para aparentar que no pasa nada—. Tú seguro que aprenderás enseguida, a vivir sin él.

—Y tú también —replica ella—. Hace un par de meses, ni siquiera sabías que existía Xavier.

—Pero tú seguro que lo superas mejor que yo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque eres una mujer muy especial.

—No tan especial.

—Eres la mujer invisible.

—¿La mujer invisible? —Ríe encantada.

—Cuando le enseñé al camarero la postal, me pareció que no te veía, a pesar de que tu figura estaba remarcada con lápiz. Y si te veía, no te reconocía. Como si no te hubiera visto nunca. Claro que, en el escenario llevas una peluca rubia y espectacular, y en la vida real tienes el pelo corto y de un color poco notable. Pero de todas formas… El camarero trabaja allí. Te ve cada día. O no te ve, porque no vas cada día, y parece que nadie te echa a faltar. Y, fíjate, mi padre presumía de haberse tirado a todas las coristas del Moulin, menos a ti, como si fueras especial, como si vivieras en otra realidad. En el *foyer* , nadie diría que eres bailarina, por la manera como te vistes, por la manera como te comportas, nadie se dirige a ti como se dirigen a las otras. Incluso en el burdel de Madam Petit; te paseabas ajena a todo lo que te rodeaba, como si nadie pudiera verte. Nunca hablas de ti misma. Si haces referencia a tu trabajo, solo hablas de la vedet principal, Blanca Do: quieres ser como ella, algún día serás como ella, algún día cobrarás como ella, como si ahora no fueras nada. Esta tarde, Xavier ha entrado en el salón y ha empezado a decir: «Ahora que no está Amanda…». ¡Y sí que estabas! —Amanda se ríe y balbucea que todo eso son tonterías—. Cuando te pregunté por tu vida, solo me contaste que una vez tuviste una amiga que tenía un perro que se llamaba Bombolla.

—Seguro que Xavier te habrá contado el resto.

—Será que él preguntó más que yo y le vendiste cualquier cosa. Pero no tiene por qué ser verdad.

—Está bien, como quieras. Soy la mujer invisible. ¿Y te parece

que eso hace que me resulte más fácil vivir sin Xavier y sus ventajas?

—Eso hace que te resulte más fácil vivir.

Hacen cola en la acera del Paralelo, como si el hecho de no ir acompañados de Xavier los convirtiera en gente normal, de la que hace cola. Entran en el local y se hunden en dos butacas estrechas que parecen estar demasiado pegadas una a la otra. Imposible rehuir el contacto de los dos brazos, el de él y el de ella. Y Amanda no parece dispuesta a rehuirlo.

Se apagan las luces y solo quedan prendidas dos bombillas rojas y cuatro supletorios de aceite.

El pianista ataca el preludio en cuanto empiezan a proyectarse los títulos de crédito.

La mano de Amanda se pone sobre la mano de Amadeu, que traga saliva. Toda su atención está concentrada en el brazo de la chica que tiene pegado a su brazo.

El pianista hace una pausa dramática y alguien del público que no entiende de dramatismos aúlla: «¡Toca, gandul, que para eso te pagan!». La gente se ríe. Zozobra el dramatismo de la escena que se desarrolla en la pantalla. A partir de ahora, al público le importarán un poco menos las pasiones que mueven a los protagonistas. Esos gestos de desesperación, esas caídas de ojos, esas miradas asesinas.

—¿Sabes cómo llaman al cine? —cuchichea Amanda, acercando su boca a la oreja de Amadeu—. Lo llaman la Cajita de los Besos.

Amadeu no quiere mirarla. Su corazón, latiendo con fuerza, le dice que, si se vuelve hacia ella, se encontrará con su boca. Al cine lo llaman la Cajita de los Besos. Se vuelve hacia ella y se encuentra con la humedad de una boca que se lo come, lo chupa y lo invade. En ese momento, Amadeu sabe de primera mano lo que es una posesión. Las constantes vitales se le disparan, el corazón martillea, un zumbido en los oídos borra el esfuerzo del pianista, sus ojos lagrimean, no puede dominar su cuerpo. Nunca había probado el tacto de una lengua con su lengua, ni el sabor de una saliva ajena, ni sabía que el aliento de una persona puede ser tan dulce, ni que los dientes sirvieran para morder los labios de otra persona, ni que la punta de la lengua fuera juguetona, y se asusta cuando descubre que su mano derecha se mueve por cuenta propia para comprobar

cuál es exactamente la consistencia de un pecho femenino. Se asusta porque tal vez se esté volviendo loco, nunca se había sentido tan irresponsable de su comportamiento, de sus reacciones, de la tensión en la bragueta, la necesidad imperiosa de prescindir de la ropa. Piensa en el éxtasis de San Juan de la Cruz, «*pues ya no eres esquiva, / acaba ya, si quieres, / rompe la tela de este dulce encuentro. / ¡Oh, cautiverio suave! / ¡Oh, regalada llaga! / ¡Oh, mano blanca! ¡Oh, toque delicado, / que a vida eterna sabe, / y toda deuda paga!* ».

Cuando termina el film, el pianista descarga los últimos acordes patéticos y se encienden las luces, Amadeu se distancia de Amanda sobrecogido como si la autoridad competente acabara de sorprenderlos con las manos en la masa. Tiene un principio de arrepentimiento que se confunde con una especie de sollozo y, a pesar de que quiere farfullar algo inconcreto, calla porque sabe que es mejor callar y pensar antes de hablar.

Mira a Amanda con desolación absoluta y ella se ríe, le acaricia la mejilla, compasiva, y dice, como si acabara de saborear un pastel delicioso:

—Mmmmh… Qué beso tan dulce. ¿Dónde has aprendido?

La gente no ha aplaudido mucho. Habrían preferido reírse con los disparates de Charlot.

Cuando salen a la calle, Amadeu todavía está trastornado. Mientras esperan que pase un taxi, solo se le ocurre preguntar, con cierto enojo:

—¿Y Xavier? ¿Qué pasa con Xavier?

—Que nos está esperando en el hotel Colón.

—Pero ¿qué pasará? Todavía no se ha ido y ya… —Los ojos azules, limpios y transparentes como el agua le interrumpen con desafío interrogativo. A ver qué vas a decir—. ¿Cómo puedes? Ayer estabas con él y hoy…

—Solo ha sido un beso, Amadeu. Un beso de amiga.

—No. Un beso de amiga, no.

Se detiene un automóvil de plaza y montan en él.

Amanda pide al conductor que los lleve al hotel Colón y, en cuanto arrancan, Amadeu no puede resistirse a otro beso devorador. Es él quien se lanza, con un ímpetu que no puede dominar. Ella lo acepta, generosa, con abrazo y caricia en la mejilla, y busca su

mano para invitarle a que continúe la exploración del pecho.

El automóvil recorre las rondas, el perímetro de las antiguas murallas. Ronda de San Pablo arriba hasta el mercado de San Antonio; ronda de San Antonio hasta la plaza de la Universidad, y ronda de San Pedro hasta la plaza de Cataluña.

Amadeu se distancia de Amanda a la altura de Universidad, y vuelve a contemplar a la bailarina con la ofuscación de quien ha perdido completamente el norte.

—Esto no es un beso de amiga —susurra, para que no le oiga el conductor.

—Es mejor —dice ella muy, muy, cerca.

—Pero… ¿Y Xavier? Tú no eres así.

Ella frunce el ceño.

—¿Ah, no? ¿Y cómo se supone que soy yo? ¿Cómo se supone que tengo que ser? ¿Como una virgen? ¿Casta y pura?

—No. Hablo de amor.

—De amor ya hablaremos mañana, cuando estemos más tranquilos. De momento, hablemos de sexo. ¿Por qué se supone que tengo que ser casta y pura? ¿Puedes decirme por qué? Tu padre fue a la taberna del pueblo diciendo que se había tirado a todas las coristas del Moulin, y supongo que todos le aplaudieron y le felicitaron. Eso es un hombre como es debido. ¿Y yo no puedo hacer lo mismo? Tú podrías haber ido con cualquiera de las chicas del Moulin, o con cualquiera de las pupilas de Madam Petit, y ahora estaríamos aquí, igual como estamos ahora, en la misma situación. ¿Y yo? ¿Por qué yo tengo que ser diferente?

Amadeu le aguanta la mirada, traga saliva y vuelve a besarla con lengua, dientes y saliva.

En la esquina de la plaza de Cataluña con el paseo de Gracia, está el hotel Colón.

El *maître* los recibe con reverencias. Dice que el señor Rutllana ya los está esperando. En una mesa redonda decorada con flores y un candelabro de plata con tres velas encendidas, parece un emperador en una recepción oficial. Sonríe con la simpatía y elegancia que lo caracterizan, como si se alegrara muchísimo de verlos pero lamentablemente su categoría le impidiera mostrarse más expresivo.

—¿Os lo habéis pasado bien?

—Muy bien —responde Amanda.

Amadeu se nota los labios hinchados y teme que Xavier pueda fijarse en ello.

Comparten un primer plato de huevos con mantequilla de anchoas y tomates gratinados y, de segundo, Amadeu toma bacalao *a la llauna* , Amanda arroz con pescado y Xavier pulpitos con cebolla. El poderoso industrial se muestra tan charlatán, divertido y tenso como en los últimos días. Les hace reír comentando las charlotadas que se celebran de vez en cuando en la Monumental. Las payasadas de Charlot y el Llapissera. Formidables. Dice que a él le gustan más que las corridas del Gallito, Joselito o Bienvenida que ahora están tan de moda. Comenta un espectáculo que ahora hacen en el Torín, la plaza de toros de la Barceloneta. Se anuncia «El Sacas, torero cómico-bailable, que cura la neurastenia». Ni a Amanda ni a Amadeu se les escapa que, en un momento dado, dice: «Tendríais que ir a verlo». «Tendríais.» Vosotros. Él se excluye. Es el principio del final. Toda la cena ha tenido un no sé qué de despedida. La manera como se esquivaban las miradas de Amanda y Amadeu, la manera como Xavier los observaba a los dos, como de lejos. El hecho de que pida champán para los postres, consistentes en buñuelos de manzana.

—Brindemos por nuestra amistad —dice Xavier.

Están empezando a sorber las copas cuando se presenta Roc, como una aparición, nervioso y expeditivo.

—Todo está a punto, Xavier —dice, sin quitarse el bombín—. Tenemos que irnos.

—¿Tienes que irte? —Amanda finge que se sorprende.

A Amadeu se le abre la boca y se le pone cara gimiente.

Xavier Rutllana, poderoso industrial, se pone en pie y trata de quitar toda trascendencia y solemnidad al momento. Siempre sonriente, no pasa nada, no me gustan las efusiones, no demos un espectáculo. El camarero le trae el sombrero.

—Sí. Me temo que tardaremos en volver a vernos. Esto es lo que quería decirte esta tarde, Amadeu: tendrás que hacerte cargo de Amanda. Ya sé que no hace falta que nadie se haga cargo de ti, pero quiero decirlo. Cuídala. Fíjate bien en que te digo «Cuídala» y no

«Cuídamela». Es un matiz. —Amanda está haciendo un esfuerzo para continuar mirándolo, acartonando una expresividad sumamente frágil. Amadeu quiere decir algo, «Pero espera», «Pero un momento», «No puedes irte así», «No puedes dejarnos así plantados», pero necesita tomar aire, como si los pulmones se le hubieran vaciado de oxígeno—. Tenéis que iros de casa. Haced el equipaje y trasladaos al hotel Regina, que acaba de abrir en la calle Vergara. Hay un cuarto reservado a vuestros nombres.

Saca un fajo de billetes de banco del bolsillo y, para no dárselos ni a uno ni a la otra, lo deja sobre la mesa, entre el candelabro y las flores.

—Son cinco mil pesetas, para que vayáis tirando de momento.

Una fortuna.

—Pero ¿dónde vas?

—Pero ¿hasta cuándo? ¿Dónde te esperamos?

—No me esperéis. Vivid al día. A vuestro aire. No sé dónde voy ni cuándo volveré. Ni si volveré. Me ha gustado mucho conoceros. De verdad. En cuanto pueda, volveré a buscaros y nos reuniremos de nuevo.

—Xavier —dice Roc, impaciente.

—Esto ya está pagado. No os quedéis en casa. No es prudente.

Son sus últimas palabras. Da media vuelta y se va, precedido por Roc, tan alto, tan delgado y tan enérgico.

Amanda y Amadeu se quedan solos en un mundo nuevo y desconocido. Él tiembla de excitación. Ella corta las lágrimas con un suspiro profundo y definitivo y endurece la expresión del rostro. No tienen que pedir un taxi porque hay unos cuantos esperando en la puerta del hotel. Toman uno que los lleva a Can Rutllana y, durante el trayecto, Amadeu no puede contenerse. Es Amanda quien tiene que pararle los pies.

—Espera, hombre, espera, paciencia.

—No puedo contenerme. No sé qué me pasa.

—«Cuídala» —le recuerda ella, como sí le gustara especialmente la palabra—. «Cuídala, no cuídamela. Es un matiz.»

Entran en el piso de la calle Mallorca y Jeroni tiene que asistir a la precipitación de la pareja, que busca con ansia la habitación y la cama como los náufragos con el agua en el cuello buscan un pedazo

de madera donde agarrarse.

Una vez solos, él ataca buscando carne bajo la ropa y Amanda se ríe juguetona al verlo tan febril, tan sediento, y decide atajar para evitar desgracias. No hay que desnudarse del todo, ya tendrán tiempo de hacer las cosas bien, más tarde, con arte y precauciones. De momento, ella detiene el impulso intemperante del hombre ofreciéndole la boca como fuente de placer y satisfacción. Amadeu no se lo esperaba y se queda maravillado, en pie en medio del dormitorio, los pantalones alrededor de los tobillos, estupefacto. Al darse cuenta de lo que está pasando, no se lo puede creer. Como si se sorprendiera volando por encima de las azoteas de las casas. Como si su alma hubiera abandonado el cuerpo y lo estuviera contemplando desde arriba y no lo reconociera. «¡No soy yo!» Yo no soy yo. Yo no podía hacer esto. Lo había probado y no era capaz. No soy Amadeu, soy otra persona. Está experimentando el éxtasis de San Juan de la Cruz, «*Entréme donde no supe, / y quédeme no sabiendo, / toda sciencia trascendiendo. / Yo no supe donde entraba, / pero, cuando allí me vino, / sin saber dónde me estaba, / grandes cosas entendí; / no diré lo que sent* í */ que me quedé no sabiendo, / toda sciencia trascendiendo* ».

Es un éxtasis corto, que explota enseguida maculando el rostro virginal de la chica, empañando esos ojos azules que parpadean sorprendidos.

Y, tal como estaba previsto, luego llega la calma, la espléndida desnudez de los dos, las caricias cosquilleras, la emoción de la contemplación de la belleza, tan blanca ella, tan peludo él; tan feliz ella, tan perplejo él; la carencia absoluta de vergüenza a la hora de tocar, besar, lamer, investigar y aprender anatomía con ilusión infantil. «Tienes que tocar aquí, ¿lo ves?, así.»

Y Dios los bendijo y dijo: «*Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y dominadla; ejerced vuestra autoridad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra* ».

Y el galope, y el espléndido escalofrío pecho a pecho.

Amadeu descubre que el placer enturbia la mirada de la mujer, le desmaya la sonrisa, la transmuta en un ser desconocido.

El sexo como gran transformador de las personas.

Él ya no es él.

Al día siguiente, Jeroni abre la puerta de la habitación sin llamar e irrumpe como nunca antes se habría atrevido a hacer. No viste el frac de siempre, sino un traje barato de cuadros grandes, y trae puesto el sombrero. Lo miran asustados desde el lío de sábanas, ocultando como pueden sus vergüenzas.

—Tenemos que abandonar la casa —les dice, con gran premura —. Mi mujer y yo ya nos vamos. No se queden porque es muy peligroso. Al señor Rutllana le han pegado un tiro.

—¿Cómo?

—Que al señor Rutllana le han pegado un tiro. Está grave, en el hospital.

Jeroni da media vuelta y, agarrándose el sombrero para no perderlo con las prisas, sale del cuarto. Enseguida oyen el golpe de la puerta principal al cerrarse.

24

RECUPERACIÓN

La calle Guatemala se encuentra detrás de los talleres del ferrocarril M.Z.A., en lo que podríamos calificar de confines de la ciudad. La han parcelado como prolongación del Ensanche, pero aquí las cuadrículas todavía luchan contra los caminitos, los desniveles, los bancales y los huertos más o menos tolerados, y alguna masía resistente. Hay tres casas unifamiliares, en fila, que parecen haberse hecho mayores después de haber nacido como barracas construidas con ladrillos robados, y continúan creciendo disfrazadas de casas de verdad. Ahora tienen un pequeño terreno alrededor, con un poco de jardín y huerto, cuatro tomateras y un peral.

Al otro lado de la calle, invisibles en la sombra, dos hombres se ocultan en un modesto Ford T. Los dos cubiertos con gorra, ropa discreta, uno ante el volante, alto y delgado, nariz prominente y bigote, y el otro con una barba tan cuidada que es como una pequeña obra de arte.

—O sea, que has prendido fuego a una casa.

—No —responde Roc, impaciente y reticente a entrar en detalles —. No le des más vueltas, joder, ya te lo he contado mil veces…

—No me has contado nada.

—No es exactamente un incendio.

—¿Ah, no? Pues ¿qué es? Había llamas, ¿no? Y bomberos.

—Cuatro llamitas de nada para que acudieran los bomberos y armar un poco de jaleo. Además, que el fuego no lo he provocado yo.

—Cuatro llamitas de nada en un piso de la calle Aribau…

—Cuatro llamitas en un piso de la calle Aribau, sí, no pasa nada.

—Y dentro del piso estaba la querida de Villadiego.

—Sí, señor. Viola, se llama. Viola. Que también tiene cojones ponerle a una tía Viola. Villadiego le ha montado un piso más

grande y mejor que esta casa donde vive él. Como hace la gente de pasta, para darse importancia.

—Y dices que la querida estaba con un tío.

—La querida, Viola, cuando no está con Villadiego, siempre está con un tío. Él se cree que es el único hombre de su vida, pero ella viene de donde viene, y siempre ha sido lo que es, y del piso que paga él ha hecho su despacho. Eso lo sabe todo el mundo, menos Villadiego. Y hoy han tenido un pequeño accidente en el pisito de Aribau.

—El hombre tumbado en el suelo.

—Desmayado. Nada. Debe de haber tomado algo que le ha sentado mal y, con el fuego y el susto y todo, se habrá desmayado…

—… El susto y algo que le has puesto en la cena.

—Yo no le he puesto nada en la cena. Yo no tengo nada que ver con todo esto. Total, que, en estos momentos, Villadiego habrá llegado a la calle Aribau y se habrá encontrado con un incendio en su piso, su querida Viola histérica y un tío en pelotas en medio del corredor. Eso lo mantendrá entretenido un buen rato, pero más vale que no perdamos tiempo. ¿Vamos? Tenemos que darnos un poco de prisa.

—Está bien, sí. Tienes razón.

Los dos hombres salen del coche, atraviesan la calzada sin empedrar, entran en el pequeño huerto y llegan a la casa de un solo piso.

Roc hace una genuflexión ante la puerta para tener la cerradura a la altura de la vista y manipula con un par de hierros hasta que se oye un clac y la puerta se abre.

La vivienda está a oscuras. Solo un candil encendido al fondo del pasillo, y ruido de alguien que manipula platos y ollas.

Roc hace una señal en aquella dirección y precede a Xavier de puntillas, en silencio absoluto.

En la cocina, hay una mujer canosa, viejecita y encorvada. El hombre alto y delgado da una zancada hacia ella, ágil como un felino; le pone una mano en la boca y en la otra mano ahora resulta que lleva una porra negra de palmo y medio.

Cuchichea a su oído:

—Si gritas, te mato. No grites. Di: ¿gritarás? ¿Gritarás? Mira que

te mato.

La mujer, con los ojos desorbitados por el terror, niega con la cabeza.

Roc le mete un trapo de cocina en la boca. La mujer no reacciona, petrificada. Hace que se siente en una silla y la ata con una cuerda que trae a propósito. Vuelve a susurrar:

—Si gritas o haces algún ruido, vendré y te mataré. ¿Me crees? ¿Crees que te mataré? —Sí, sí, la mujer se lo cree, ya lo creo que se lo cree—. Pues no hagas ningún ruido y no te pasará nada.

Roc coge el candil, hace un gesto a Xavier para que lo siga y los dos salen de la cocina dejando a la pobre mujer atada y a oscuras. De una forma u otra, el ayudante del gran industrial conoce la casa como si hubiera vivido en ella o como si la hubiera construido él. Sabe exactamente cuál es la puerta que tiene que abrir.

Con el candil por delante, entra en un dormitorio con toda seguridad. En la cama, hay alguien que se sobresalta y dice:

—¿Antonia?

Roc entrega la luz a Xavier y se abalanza sobre la mujer que duerme en la cama conyugal. La mujer solo suelta un «Ay» ahogado, patalea y calla en cuanto oye la voz oscura del hombre que le ha puesto la mano sobre la boca.

—Si gritas, te matamos. Puedes estar muy segura de ello. Un grito y te abro la cabeza.

La mujer se encoge bajo la sábana, llora procurando que no se oigan los sollozos y tiembla inconteniblemente.

Roc la agarra de la cabellera teñida de oscuro y la arrastra fuera de la cama. Ahora se produce un cierto revuelo porque ella gimotea dolorida, y porque las rodillas golpean contra el suelo, y porque le cuesta un poco ahogar el llanto. Enseguida se encuentra en pie entre la cama y el armario de luna, temblando como si estuviera a punto de sufrir un ataque de epilepsia, moviendo la mandíbula para decir algo que, de momento, no se entiende, y meándose piernas abajo, formando un charco oscuro alrededor de los pies desnudos.

Después de unos sonidos grotescos parecidos a un «Ay-ay-ah», se entiende que está diciendo «No me violen, por favor, no me violen».

Roc, con tres movimientos bruscos, le rasga el camisón y deja a la mujer desnuda, encogida, tiritando convulsa. Aquello la

desconsuela mucho más, la reduce a muy poquita cosa. No deja de tartamudear:

—No me violen, por favor, no me violen.

Xavier se planta ante ella y su mirada desdeñosa es peor que una violación. Dice, con voz acostumbrada a dominar:

—No te preocupes, que no te violaremos. Solo tienes que devolvernos las joyas que te regaló tu marido hace unos días. No me digas que no sabes de qué te hablo porque no habías visto unas joyas tan bonitas en tu vida. Sobre todo, ese solitario tan precioso, ¿verdad? Me las robó a mí. Y sé que las tienes tú, y no su querida de la calle Aribau, porque a ella se las habría tenido que regalar, habría sido un regalo y él se habría quedado sin. Y los ladrones no suelen regalar lo que roban. En tu caso, en cambio, no es un regalo: es un depósito. Tú las luces, pero continúan siendo suyas, ¿verdad que me entiendes? Bueno, pues han sido tuyas unos días, ya las has disfrutado, ahora devuélvemelas.

La mujer levanta hacia él una mirada tristísima, arrasada por las lágrimas.

—Si se te ocurre decir que no sabes de qué te estamos hablando —interviene Roc, con susurro escalofriante—, te voy a meter tantos bastonazos que esa carne tan blanca y tan blanda se va a volver de color violeta. Tú dilo y dentro de dos minutos me estarás suplicando que te viole.

Con el movimiento inseguro de una anciana descoyuntada, la mujer abre la puerta del armario de luna y señala una caja de cartón que algún día contuvo zapatos. Como si estuviera perdiendo las fuerzas, después del gesto, se encorva despacio, dispuesta a caer. Roc la empuja hacia la cama y hace que se siente. Ella rompe a llorar de nuevo y se deja caer, boca arriba, tan desnuda, entregada a cualquier desgracia que pueda suceder.

Roc ha entregado la caja de cartón a Xavier. Dentro están las joyas de la familia Rutllana. El heredero las cuenta, una por una, comprobando que están todas y en buen estado.

La mujer murmura:

—No se lo digan a nadie. Que no lo sepan los vecinos…

Xavier mete las joyas en una bolsa de terciopelo y se inclina ligeramente sobre la víctima:

—Señora: no acepte nunca más el regalo de un ladrón. Porque cualquiera podría pensar que solo folla con él a cambio del botín, y por tanto es una puta; y porque pueden pasarle cosas como la que le acaba de pasar. No merece la pena, créame.

Ella suplica:

—No se lo digan a nadie. Por favor. No se lo digan a nadie.

Antes de salir, Roc todavía dice:

—Cuando venga tu marido, pregúntale por Viola. ¿Sabes quién es Viola? La mujer que él se tira en un piso de lujo mientras tú te mueres de asco en esta mierda de cabaña.

Los dos hombres salen rápidamente de la vivienda. Cruzan el huerto, salen a la calle y suben al modesto Ford T.

Enseguida se oyen las explosiones espantosas del motor y el ruido del automóvil que se aleja.

Salen a la calle del Andén de la Estación y atraviesan el inmenso descampado que dicen que un día será la plaza de las Glorias Catalanas para penetrar en el Ensanche por la calle de Cortes. Pasan por delante de la Monumental, por la plaza de Tetuán y, antes de cruzar las vías del ferrocarril de la calle Balmes, el coche se detiene.

Roc se apea del coche y Xavier le entrega la bolsa de terciopelo que contiene las joyas de la familia.

—Llévalas al hotel Regina —dice—. Te viene de camino. Déjalas en recepción, a nombre de Amanda Rogent. Y encárgate de que se vacíe Can Rutllana. Que se vayan Jeroni y su mujer. Y Amanda y Amadeu, claro. Que no quede nadie en la casa.

Roc asiente con la cabeza, un movimiento de labios que se asemeja a una sonrisa, y se va con dirección a la plaza de Cataluña con largas zancadas.

Xavier conduce el Ford T hasta la plaza de la Universidad y sube por la calle Aribau. Entre Consejo de Ciento y Aragón, todavía encuentra el camión de los bomberos, el pavimento muy mojado, humo y olor de chamusquina y una multitud de mirones que se resisten a abandonar el lugar de los hechos.

Sonriendo satisfecho, continúa ascendiendo hasta la calle Provenza y, allí, tuerce a la izquierda, pasa por delante de la congregación de San Vicente de Paúl y se detiene un poco más allá, en un descampado que hay delante del hospital Clínico donde

todavía no han empezado a edificar.

Apaga el motor, saca un cigarrillo del paquete, lo enciende y fuma con la mirada perdida.

Piensa en Amanda y, cuando está a punto de arrepentirse de lo que ha hecho, un Fiat Cero llega por detrás. Frena en seco. Un hombre lo abandona de un salto y, a la carrera, se acerca al Ford T. Es un hombre alto y corpulento, de cabeza grande y esférica y formas redondeadas por la grasa. Va en mangas de camisa, usa corbata de lazo y tirantes, y lleva la chaqueta del traje colgada del brazo.

La chaqueta oculta una pistola automática Star que asoma de repente. El hombre alarga el brazo derecho, con la mano izquierda sujeta la chaqueta para que no caiga al suelo y aprieta el gatillo cuando la pistola está a pocos centímetros del pecho de Xavier Rutllana.

La detonación retumba por las calles oscuras y paralizadas por la noche.

25

CARBONERA

—Tenemos que abandonar la casa. Mi mujer y yo ya nos vamos. No se queden porque es muy peligroso. Al señor Rutllana le han pegado un tiro.

—¿Cómo?

—Que al señor Rutllana le han pegado un tiro. Está grave, en el hospital.

Jeroni ha desaparecido y Amanda y Amadeu se han quedado sentados a la cama, enredados con las sábanas, las bocas llenas de preguntas, «¿En qué hospital?», «Pero ¿cómo lo sabes?», «¿Quién te lo ha dicho?», «¿Peligro?, ¿Qué significa «peligro»?», «¿Por qué «peligro»?».

Amanda ha saltado de la cama y se ha vestido en un instante. En una pasmosa exhibición de fregolismo, se ha metido desnuda en el cuarto de baño con la ropa hecha un burujo en una mano y, automáticamente, la puerta se ha vuelto a abrir y ya estaba vestida y peinada. Evidentemente, no le ha dado tiempo de bañarse, ni limpiarse los dientes ni nada.

Amadeu no ha sabido cómo reaccionar. No se atrevía a saltar de la cama para no mostrarse desnudo ante ella.

—Pero espera —decía—. ¿Dónde vas? Espera.

Amanda le ha entregado el fajo de billetes que había recibido de Xavier durante la cena.

—Toma, te doy cuatro mil, yo me quedo mil. Ve al hotel Regina e inscríbenos. No te quedes aquí. Ya lo has oído, es peligroso.

—Pero espera, ¿dónde vas? Quiero ir contigo. ¿Dónde vas? ¿Al hospital? ¿Ya sabes en qué hospital está?

—Voy a ver a unos amigos de Xavier. Ellos sabrán decirme lo que ha pasado.

Hablaban los dos a la vez, sin escucharse el uno al otro. Entretanto, se movían rápidamente, cada cual a su aire, como en un

vodevil o una comedia de Charlot, ajetreados y torpes.

Amanda ha abierto el armario y, del estante de arriba, ha sacado una pequeña bolsa de viaje de cuero, muy viajada.

—Encárgate del equipaje, pero no pierdas tiempo. Sal de aquí cuanto antes.

Amadeu querría haberla seguido, un abrazo y un beso de despedida, algún comentario sobre lo que pasó anoche, pero es imposible. Se cierra la puerta del dormitorio como se cierran los sepulcros, y luego la puerta del piso, lejos, como la última sacudida del último vagón justo antes de que el tren se pierda por la primera curva.

La repentina desaparición de la chica es tan dolorosa como una castración. Tan dolorosa que hace que Amadeu, agotado y perplejo, caiga sobre la cama con la sensación de que no tiene fuerzas para levantarse de nuevo. Cierra los ojos y suspira, o quizá solloza, «Amanda, Amanda, no te vayas», y llora al pensar que, en todo el tiempo que hace que se conocen, no le ha hecho a la chica el caso suficiente. Toda la atención que ha prestado a la palabrería de Xavier se la ha escatimado a ella, dejándola a un lado, como si solo fuera un adorno prescindible. No la ha valorado bastante y, por eso, ella no ha tenido ningún inconveniente en dejarlo solo pegando un portazo.

Tarda un poco en reaccionar. Boca arriba sobre la cama, desnudo como un gusano, solo como un náufrago en alta mar, avergonzado por su estado deplorable, se justifica aduciendo que la noche pasada consiguió aquello que creía que nunca podría tener. Ya lo había probado antes, claro que lo había probado, aun corriendo el riesgo de condenarse por toda la eternidad. Se sentía disminuido desde que, en el seminario, sus compañeros hablaban de erecciones matinales que él no experimentaba. Y luego, el vicario y el párroco también bromeaban a propósito de eso, y hablaban de tentaciones matutinas y que la palabra «seminario» viene de «semen», y él no se atrevía a decir que no sufría esas tentaciones. De manera que se dejó caer en la tentación de aquella feligresa en la sacristía, sin quitarse la ropa ninguno de los dos, ella era viuda de negro y él iba de negra sotana, y gran confusión contra la cómoda, resoplidos y exigencias y la evidencia de que su libido no

aparecía por ninguna parte. Y aquella otra vez cuando una mujer lo llamó a su casa y lo recibió en la cama, convaleciente de una supuesta enfermedad, y le abrió las sábanas, y él se metió porque prefería sentirse pecador antes que impotente, y de nuevo se produjo el forcejeo infructuoso y patético, la ignominia de constatar la propia aberración, mucho más desoladora que la remota posibilidad de la condenación eterna.

Pensándolo bien, no puede descartar que su desgracia sea consecuencia directa de las primeras experiencias sexuales que vivió en la enfermería de la congregación, cuando él tenía diez u once años y el padre Gabriel lo ataba con correas «para que no se rascara donde le dolía» y lo sometía a lo que él llamaba «masajes vigorizantes». De allí viene su anormalidad, Amadeu está convencido de ello.

Pero anoche, con el beso milagroso en la penumbra del cine, todo había cambiado. Había florecido lo que parecía más que muerto: parecía nonato. De pronto, ha nacido a una nueva vida, y la creadora de esta nueva vida, del nuevo mundo que está descubriendo, fue Amanda, así que ahora no puede dejarla escapar.

Se incorpora de la cama con fuerzas renovadas. Quizás haya dormido un poco. Piensa «Amanda, Amanda». No puede haberla perdido, tiene que volver a verla, necesita volver a abrazarla, tocarla, morderle los labios, «No puedo vivir sin ella». Recuerda que se tienen que reunir en el hotel Regina. Así es como han quedado. Se pregunta qué querrá decir «peligroso» en este mundo extravagante. Se pregunta si no debería salir deprisa, como han hecho Amanda y Jeroni y su mujer, espantado como si lo persiguieran los demonios. Mira a su alrededor y toma conciencia de que, una vez salga de esta casa, ya no volverá nunca más. Cuando abandone Can Rutllana, perderá para siempre un pedazo de este mundo que lo ha atrapado como una telaraña.

Todo ha sido demasiado rápido, demasiado repentino. El descubrimiento del sexo. De aquello que creía que nunca podría pasar. Los abrazos, los besos húmedos, la suavidad de la piel blanca, aquella potencia insólita, la transmutación de Amanda arrebatada por el placer. Su propia transformación.

«Amanda, Amanda, tenemos que volver a hacerlo.»

Coge una maleta que evidentemente pertenece a Amanda porque contiene ropa femenina, mete el vestuario que hay colgado en el armario y la ropa interior de la cómoda, y añade el traje de paseo y el esmoquin que le compraron, unas cuantas camisas que le ha regalado Xavier, los zapatos que compraron en la calle Fernando y, con un punto de nostalgia y humildad, pensando que no debe olvidar sus orígenes porque probablemente habrá de volver a ellos, incluye en el equipaje la ropa que llevaba el primer día, aquel traje, aquellos zapatones. Se maravilla de cómo conservó el sombrero e incluso le dio una forma presentable.

Aturdido, recorre el pasillo y visita las diferentes estancias, en una despedida melancólica y ritual. Más dormitorios y más baños de los necesarios, el amorcillo decorando el cristal de la puerta, y el *fumoir* con mesa de billar, y la biblioteca espectacular, las estufas de leña. La decoración de Salvador Alarma, el mobiliario de Gaspar Homar, las esculturas de Miquel Blay, las pinturas en las paredes, el desnudo tan atrevido, los colorines fauvistas de su dormitorio —y se repetía, codicioso, «su dormitorio», porque durante unos días le había pertenecido—, y los mosaicos, los estucos y vitrales, que ahora no recuerda exactamente quién los hizo, pero seguro que es alguien famoso. Y el fastuoso salón con el hogar, el piano de cola y el gramófono. Un mundo, con bailarina del Paralelo y distinguido industrial atacado por los submarinos, que él no sabía que existía y que dejará de existir en cuanto salga por la puerta.

«Nos encontraremos en el hotel Regina, Amanda. Volveremos a hacerlo.»

Le tiemblan las piernas cuando llega a la cocina y decide prepararse un buen desayuno, como los que le servía la esposa de Jeroni cada mañana. Él sabrá prepararse un huevo frito, y unas tostadas. Lo necesita. Se siente débil y desmayado.

El último desayuno.

Abre la puerta de la despensa para ver qué ha quedado allí y que se echará a perder si nadie lo aprovecha, y en ese momento revienta la puerta de la entrada, como si la hubieran embestido con el ariete más grande del mundo, y la casa se llena con un rugido feroz:

—¡Te voy a matar, Rutllana, hijo de puta!

Con el corazón en la garganta, sin pensar en lo que hace,

Amadeu abre la puerta de la carbonera y se mete dentro de cabeza. No sabe si el susto lo ha hecho gritar o no, pero piensa que la voz tonante del invasor no le habrá permitido oír nada. Pugna por meterse debajo de las piedras de carbón, como si fueran la ropa de la cama, procurando enterrarse en la negrura. Tal vez incluso cierra los ojos, para que la tiniebla sea más absoluta.

—¡Te escondas donde te escondas, te voy a aplastar la cabeza, te arrancaré los cojones con mis propias manos, te voy a reventar a patadas, cabrón! ¡Vas a pagar con la vida lo que le has hecho a mi mujer! ¡Registradlo todo! ¡Encontradme a ese cabrón!

Se oye el estrépito de cristales al romperse, muebles tumbados, destrozo en general, pasos arriba y abajo del pasillo. Amadeu trata de normalizar su respiración. Está temblando y no entiende nada, no es capaz de pensar qué puede hacer a continuación, ¿qué le habrá hecho Xavier a la mujer de este energúmeno? ¿Estará relacionado con el hecho de que le hayan pegado un tiro?

—No hay nadie, jefe —grita una voz.

Los objetos frágiles continúan estallando contra el suelo o contra las paredes.

—¡Aquí no hay nadie!

—Me cago en la puta madre que lo parió —reniega el ogro—. ¡Claro que no está! No vendría a esconderse en su casa, que es el primer sitio donde se nos ocurriría buscarlo. Este hijoputa siempre iba acompañado de un chófer. ¿Os acordáis o no?

—Sí, jefe. —La respuesta suena en la puerta de la cocina—. Uno alto, con una nariz…

—¿Cómo se llama? ¿Sabes cómo se llama? Ese hijo de puta seguro que nos ayudará a encontrar a Rutllana. ¡¿Cómo se llama ese chófer, coño?!

Unos pasos han atravesado el umbral de la cocina. A Amadeu lo paraliza la presencia de alguien que respira al otro lado de la puerta de la carbonera.

Reza. Se sorprende rezando. Una costumbre de toda la vida. «Que Dios Padre Omnipotente, con su Divina Palabra, bendiga esta mesa, y a todos nosotros, amen.» «Tú eres mi refugio y mi fortaleza; Dios mío, en ti confío; líbrame del lazo del cazador y de la peste, y cúbreme con tus plumas, y bajo tus alas encontraré refugio.»

—No sé, jefe —dice la voz dentro de la cocina.

—¡Me cago en Dios! —La bestia aúlla en la otra punta de la casa —. ¿Nadie sabe cómo se llama el chófer narizotas?

—No, jefe.

El hombre que ha entrado en la cocina se ha detenido ante la carbonera. Amadeu oye cómo se mueve. Y se abre la ventanilla por donde se extrae el carbón con una pala para alimentar la cocina. En el ventanuco, unos ojos curiosos.

Unos ojos que lo miran.

Queda claro que la negrura del carbón que lo cubre no lo hace invisible. Se le para el corazón. Está a punto de suplicar clemencia. Pero el hombre de fuera se retira y cierra la abertura, y vuelve a dejarlo solo en la oscuridad.

—Yo creo que a ese —dice otra voz lejana— lo hemos tenido en comisaría, jefe. Ese de la nariz está fichado, fijo, jefe. Es un mal bicho, seguro.

—¿Crees que podrás localizarlo?

—Me parece que sí, jefe.

—Hay que localizarlo. Tenemos que encontrar a ese tío.

El ventanuco vuelve a abrirse y una mano deja caer un papel doblado en el interior del escondrijo.

—¡Tarugo, coño! ¿Qué coño haces tanto rato en la cocina, joder? ¿Has encontrado un coñac de marca y te lo estás pimplando, o qué?

—¡No, no, jefe! Solo miraba si había alguien. Pero creo que me puedo agenciar un vinito bueno. Espere, que voy.

El hombre llamado Tarugo sale de la cocina y sus pasos se alejan por el pasillo.

Todavía se oyen unas voces intemperantes, imprecaciones y reniegos, y los vándalos todavía rompen algo más, pero enseguida se hace el silencio.

Un silencio muy largo.

Un silencio que Amadeu alarga y alarga, inmóvil en su madriguera.

Hasta que se convence de que ya no hay nadie en el piso, y se atreve a empujar la puerta de la carbonera y a salir lentamente, sin hacer ruido, por si acaso.

Sentado en el suelo de la cocina, coge el papel, lo despliega y

lee:

«Señor Rullana: soi Tarugo. Espere una hora para salir. Estaremos vigilando la calle.»

26

SANTA CENA

Los cuatro catalanes habían estado hablando de mujeres y el Cabra había decidido que ya no podía aguantar más y que una noche se escaparía e iría a buscar alguna chica por los alrededores.

—¿Como que «a ver si encuentras alguna tía por los alrededores»? Saldrás de aquí, al campo de tiro, más allá, la playa, el bosque, ¿y qué crees que vas a encontrar? ¿A Caperucita Roja?

—Por mí, Caperucita Roja está bien —se reía el Cabra—. ¡O su abuela, me da igual! ¡Voy muy necesitado, tío!

—¿Y si Caperucita Roja te envía a la mierda?

—Déjate de cuentos infantiles, Miquel. Antes encontraré una casa de putas. Me conformo con una buena casa de putas.

—Tienes razón. Cuenta conmigo.

—¿De verdad, Marsa? ¡Venga, ya somos dos! ¿Quién más se apunta?

El Marsa se sumó enseguida, no tanto por necesidad propia como porque le parecía un acto revolucionario de protesta y porque, de paso, creía que debía vigilar que el Cabra no hiciera animaladas.

Todoseguido los miraba horrorizado, «¡Estáis locos!», y Miquel se enfrentaba a ellos con severidad: «Ni se os ocurra: os las vais a cargar».

—¿Nos las vamos a cargar? —protestaba el Marsa—. ¿Qué crees que nos pueden hacer? ¿Fusilarnos?

—¡Fusilaros, sí, señor! —decía Miquel.

—¡Fusilarnos! ¡Como si nuestro trabajo aquí fuera tan importante!

—¡Pues claro que es importante! ¡Es una acción de guerra! ¡Estamos en guerra! Nos han metido en la guerra de Europa, ¿o es que no os habéis dado cuenta? ¡Estamos colaborando con los alemanes!

—¡Yo no estoy colaborando con nadie!

—Ahora, el Cabra y el Marsa salen de aquí y se van al pueblo de al lado, y para conquistar a unas chicas les cuentan que cada semana recibimos la visita de un submarino alemán y festejamos a su tripulación con comida típicamente alemana; y la chica se lo dice a su padre, y su padre al guardia civil del pueblo… ¿Qué te parece que podría pasar?

Se convirtió en tema de conversación continuo, a todas horas. Mientras comían, mientras cenaban, antes de ir a dormir y mientras estaban de plantón. Siempre en voz baja, que no los oyera nadie.

Aquella tarde, cuando esperaban para la cena, estudiaban la manera de salir del recinto del faro.

No podían hacerlo por la verja principal porque los verían los centinelas del camino de Poniente. Calcularon que en el punto donde se encontraban, sentados en los catres, en el soportal de los corrales, ninguno de los vigilantes podía divisarlos. Y el Marsa tuvo una idea. Recordó que, al otro lado del muro, donde hacían las prácticas de tiro, se abría un pequeño balcón con barandilla, una puerta elevada que siempre habían visto cerrada. Si sabían encontrar adónde daba, podría ser una magnífica puerta de salida. El Cabra y él lo estuvieron calculando ante la exasperación de Todoseguido y la impaciencia de Miquel.

Al fondo del pabellón, cerca de la esquina del muro que rodeaba el atrio. Más allá del tendido de catres donde dormían los carabineros, más allá del montón de aperos de labranza arrinconados de cualquier manera, más allá de la barrera formada por listones de madera sin desbastar, bancos, una mesa, alguna puerta, más allá reinaba la oscuridad y la presencia fantasmal de un hacinamiento de muebles o armatostes cubiertos por sábanas. Al final de esta serie de obstáculos, tenía que encontrarse el acceso al balcón de salida.

—Dame esto —dijo el Marsa, cogiendo una de las dos lámparas de carburo que los iluminaban.

Avanzó muy decidido para superar la barrera.

—Eh, ¿dónde vas?

—¿Qué haces?

No le costó nada llegar al otro lado del amasijo de arados, rejas,

azadas, picos y palas, y maderamen tirado de cualquier manera. Solo un poco de ruido cuando perdió el equilibrio y arrastró una bicicleta y algo más.

—¡No pasa nada! —se le oyó gritar.

Sus tres compañeros se quedaron viendo cómo la lámpara de carburo se alejaba, avanzando entre los bultos espectrales.

Al Cabra, Todoseguido y Miquel les sobresaltó la presencia inesperada del capitán Salanova. Primero su voz. Luego, se volvieron y los estaba mirando con aquellos ojitos astutos que sabían leer el pensamiento.

—Catalanes, catalanes. —Y sonrió como un cura que se cree muy sabio y muy querido por sus feligreses—. Que me ha dicho un pajarito que estáis jugando, que a los catalanes os gusta mucho el juego, o sea, y si jugáis mucho, aquí, os la jugáis, o sea, no sé si pilláis el doble sentido, el doble juego de palabras: si jugáis os la jugáis, ¿eh, Miguel? ¿Dónde está el otro? ¿Ya se ha ido?

—Está en la letrina, mi capitán. Que no está bien de la tripa.

—La letrina —masculló, mirando al suelo y arrastrando las sílabas—. La letrina. Ya os voy yo a dar buena letrina. O sea, le decís al que falta…

En el fondo de aquella especie de túnel tenebroso, donde quizás una vez hubo una pocilga, alguien había derribado un tabique y solo quedaban restos de la escalera de ocho o diez peldaños que conducía a la puerta del balcón. No sería sencillo trepar y forzar el cerrojo de aquella salida, calculó el Marsa, pero tampoco imposible.

Y ya se volvía para dar la buena nueva al Cabra cuando la lámpara de carburo prendió un brillo inesperado entre las sábanas que cubrían el bulto más cercano, un relámpago como de plata, que hacía pensar en riquezas ocultas, en un tesoro misterioso, y el Marsa no se pudo resistir a la tentación de comprobar qué era.

Levantó el lienzo y se encontró con un montón de objetos tirados de cualquier manera en una caja, coronada por una Santa Cena metálica y estropeada. Lo más visible eran las abolladuras y agujeros que deformaban las figuras de Jesucristo y de los apóstoles. El Marsa acercó la lámpara para confirmar que aquellas heridas eran impactos de bala.

A continuación, se fijó en todo aquello que se aglomeraba

debajo del icono católico. Tiestos con flores y tierra mezclados con trajes todavía enganchados a sus perchas, una foto de familia feliz con el cristal roto, libros arrugados, un crucifijo roto entre enseres de lavabo… Recordó que, en alguna ocasión, de paso, les habían dicho que el farero y su familia «se habían trasladado provisionalmente» a otro lado, pero aquel amasijo de trastos le hacía pensar en otra cosa. Como si el farero y su familia no se hubieran trasladado voluntariamente. No habían guardado ellos sus cosas de casa, no las habrían dejado de aquella manera. Ni habrían disparado contra la Santa Cena.

Se le ocurrió que el farero y su familia habían sido asesinados para ocuparles su casa.

Y se quedó allí, en medio de la oscuridad y rodeado de fantasmas, paralizado, deslumbrado, abrumado por una respiración pesada y angustiada, la vista enturbiada por las lágrimas.

Lo sacó de su estupor la voz del capitán Salanova, que, sibilino, como haciendo comedia, a punto de caer en la payasada, continuaba su discurso:

—Manía de los catalanes, siempre a la vuestra, siempre barriendo para casa, que siempre os queréis marchar, que es como una obsesión en los catalanes: que se quieren ir, volar libres, ¿verdad?, o sea, como pajaritos, ¿verdad? Pero aquí, escuchadme una cosa, o sea, a los pajaritos que vuelan los cazamos. Pam. A tiros. No fuera caso que os confundierais, o sea, a ver si nos entendemos.

El Marsa apagó la lámpara de carburo y se quedó muy quieto protegido por la oscuridad.

—… Pensad que estáis cumpliendo una misión trascendental, en esta guerra europea, o sea, importante de cojones. Y cuando un soldado deserta de una misión trascendental e importante de cojones, merece la pena de muerte. O sea, el fusilamiento radical.

Se fue el capitán Salanova, paseando encorvado, como si hubiera pasado por allí por pura casualidad, y el Marsa dejó transcurrir unos minutos antes de reaparecer.

—¡Se lo has dicho tú, cabrón! —exclamó el Cabra, dirigiéndose a Miquel.

No hizo gesto de agredirlo porque Miquel era más alto y fuerte

que él, pero lo miró con mueca de furia.

El Marsa emergió de la oscuridad sin hacer ruido, como un espíritu atormentado.

—Pues claro que se lo he dicho yo —reconoció Miquel, plantando cara—. Para salvaros la vida, imbéciles. Se lo he dicho de forma que quedara claro que todavía no habíais hecho nada y, por lo tanto, no merecíais ningún castigo; se lo he dicho como si nada, quitándole importancia…

—Sí, Miquel, lo has hecho muy bien —intervino el Marsa, resentido—. Debes de haberlo hecho muy bien porque todavía estamos vivos y no nos han arrestado ni nos han pegado un tiro en la nuca ni nada. Y, de paso, debes de haberte ganado un sitio en la Patrulla de Confianza de Salanova, ¿no?

—Sí, Marsa —replicó Miquel—. Me lo he ganado, por suerte para vosotros. Porque, gracias a mí, no os pasará nada. Yo os voy a proteger, desde hoy hasta el día en que cobremos el dinero que hemos venido a ganar. Y lo he hecho así porque quería que os dierais cuenta de que, si hacéis alguna tontería, aquí, os jugáis la vida. —Repitió—: Si sales a buscar novias, Cabra, te van a fusilar, no lo dudes ni por un momento.

—¿Y si no vuelvo?

—Si no vuelves, no cobras, idiota.

El Cabra quería responder algo ingenioso, y se volvió hacia el Marsa, buscando complicidad y tal vez su indignación y su fuerza para pasar a la agresión física. Pero cerró la boca al ver la expresión del otro.

—Miquel tiene razón —dijo el Marsa—. Nos jugaríamos la vida. Y no seríamos los primeros que la habríamos perdido, aquí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Todoseguido, siempre aprensivo, desde su rincón.

—El farero y su familia. No se fueron voluntariamente. No fueron trasladados provisionalmente. Se los cargaron, camaradas. Se los cargaron. Deben de haberlos enterrado por ahí, o a lo mejor los tiraron al mar, y aquí detrás arrinconaron todos los enseres de la casa, de cualquier manera.

Pronunció aquellas palabras de tal manera que los otros tres las creyeron sin necesidad de que las repitiera.

—Hostia.

El Marsa asintió con la cabeza, enfurecido. En voz baja, masticando las palabras, gruñó:

—¡Cagondiós, mundo de salvajes!

—Pero no fuimos nosotros quienes matamos a esa familia, Marsa. Debieron de ser los boches, antes de que llegáramos.

—Los boches a las órdenes, o con el permiso, o con la complicidad de Salanova, joder. Y, si nos lo mandan, si nos quedamos, ¿qué tendremos que hacer? ¿Tendremos que matar a españoles para que ganen la guerra los alemanes?

27

ESPÍA

Amanda ha recorrido la calle Mallorca hasta el paseo de Gracia y ha bajado, a paso vivo, con una cierta expresión de angustia, hasta la esquina de la plaza de Cataluña, donde está el hotel Colón. No había otro más cerca: en un paseo de Gracia en construcción, las empresas hoteleras todavía no se han decidido a instalar ningún establecimiento que merezca la pena.

El portero de sombrero de copa la saluda con discreta reverencia y le abre la puerta. Ella entra en el vestíbulo, joven, bonita, elegante, decidida y con el mínimo equipaje que representa la bolsa de viaje, y se mete en los lavabos.

En una de las estrechas cabinas, se quita la chaqueta y el ligero traje de verano y los zapatos, y lo mete todo en la bolsa, de donde saca a continuación una gorra que parece demasiado grande, unas gafas de pasta negra, un mono azul de mecánico y unas botas militares. Se viste con esta indumentaria, oculta los cabellos con la gorra, que se hunde hasta las cejas, y sale de nuevo al vestíbulo, transfigurada. Parece un obrero mecánico no muy alto. Seguramente un aprendiz. Con gafas.

—¡Eh, tú! —le llama la atención el portero del sombrero de copa —. ¿Cómo coño has entrado? ¡No puedes usar los lavabos del hotel! Reservado el derecho de admisión, ¿o es que no lo sabes?

Quizá se sorprende al ver que el obrero mecánico se mete en uno de los automóviles de alquiler que esperan en la puerta.

La chica de la gorra grande pide al conductor que la lleve a un número concreto de la calle Tamarit, cerca del mercado de San Antonio.

Sale del coche y, con tres zancadas, entra en la carpintería, pasa entre los tres operarios que usan serruchos, cepillos y martillos, en medio de una nube de serrín que ponen en evidencia los rayos de sol que entran sesgados por la ventana, olor de madera y de cola, y

se mete en la trastienda sin llamar. Uno de los carpinteros masculla: «Caramba ya está en el Repaire».

En el gran almacén iluminado por las claraboyas inclinadas que hay en lo alto de los muros y bajo el techo elevado, la esperan el voluminoso Boureville, ovoide y de cabeza cónica, en pie, impaciente, fumando uno de sus cigarrillos egipcios, y un hombre muy distinguido, con cabellos y bigote blancos, que se nota que es militar aunque vista de paisano. Está blindado por un aura de autoridad impenetrable.

—Ah, Caramba —dice Boureville en su agradable catalán teñido de francés. Habla y actúa deprisa para neutralizar la habitual entrada brusca e insolente de la mujer disfrazada de obrero—. Ya estás aquí. Te esperábamos. Te presento al Colonel.

—¿El Coronel…?

Los ojos de Boureville suplican «Tranquila, Caramba. Respeto».

—Solo Colonel. Todos lo llamamos Colonel.

—Colonel, o Coronel, si le va mejor —dice el hombre canoso—. Y agradecería que hablaran en español, para que pueda entenderles.

—Podemos continuar en francés —dice Amanda en un francés impecable, quizá con un leve acento suizo—. Creo que lo hablo incluso mejor que el catalán. Supongo que el Coronel está aquí para supervisar la operación.

—Desde un punto de vista militar.

—Caray. Desde el punto de vista militar —dice Caramba, provocadora—. ¿Y qué le parece? ¿Le parece bien? ¿Podemos continuar?

—Todavía no estoy seguro de que sea tan necesario —dice el Coronel—. En principio, solo se trata de capturar a un submarino.

Caramba exagera un ademán de sorpresa, para poner al otro en evidencia.

—Nada más y nada menos —exclama con énfasis—. Es un submarino que hunde barcos nuestros por el Mediterráneo; que tiene una base fija, donde acude regularmente para aprovisionarse y proveerse de esencia, y para traer material destinado a los saboteadores de nuestras fábricas. Una base que el Doktor Bambú construyó a propósito para él, para huir del país en secreto y con toda seguridad cuando termine su trabajo.

—¿Y este momento ha llegado? —pregunta el Coronel, dudoso. Caramba continúa desafiante y considera que no hay que responder —. ¿Y ese nombre… Doktor Bambú?

—¿Quiere que le explique quién es? Ya se lo habrá contado el amigo Boureville, pero no me importa repetirlo. Se esconde detrás de un montón de alias y es escurridizo como una anguila. Siendo uno de los más importantes agentes alemanes, siempre ha evitado todo contacto con la embajada alemana. —Como no la interrumpen, Caramba interpreta que la están sometiendo a una prueba. Eso la irrita—. Sabemos que llegó a Madrid con misión de crear una red de colaboradores en los puertos españoles. Objetivo: la protección de sus submarinos. Durante mucho de tiempo, nos ha hecho creer que este Enklave Zero estaba hacia el sur. Cartagena, Canarias… O Cádiz, donde hay un gobernador militar malnacido, Miguel Primo de Rivera, germanófilo confeso y descarado. Un mal bicho. Nos han tenido distraídos durante meses, pero ahora, por fin, hemos podido situar el Enklave Zero en la Costa Brava y lo hemos hecho justo a tiempo, porque sabemos que el Doktor Bambú está a punto de largarse a Alemania uno de estos días. ¿Ahora le parece bastante importante, la operación?

El Coronel sonríe complacido, un poco maravillado. Le hace gracia esta chica de aspecto frágil disfrazada de obrero. Y ella mueve la cabeza arriba y abajo, reafirmándose en sus quejas.

—Cuando el capitán Ladoux me reclutó en París —se le arruga el rostro—, y me envió a Barcelona para que trabajara para el Cinquième Bureau, en septiembre de 1914, me hizo creer que tendría plena autonomía, que se fiaba de mi intuición. Aquí resultó que todo tenía que consultarlo con el cónsul. Cuando quedó demostrado que el cónsul no era la persona más indicada para dirigir el servicio de espionaje, me encontré bajo las órdenes de Monsieur Boureville, aquí presente.

—No te puedes quejar, Caramba —comentó Boureville en catalán.

—¿Que no me puedo quejar? Me encontré con un follón como para volverme loca. —«Un *foutoir* », dice en francés—. Hay un montón de servicios secretos haciéndose la competencia los unos a los otros, Marina, Guerra, consulado, por no hablar de los servicios

secretos inglés e italiano y todas las misiones especiales, secretas y no, y de vez en cuando la Zone des Armées y el Ministerio de Interior haciéndose los importantes. ¿Que no me puedo quejar? El caso es que no tengo plena autonomía.

—Ya le he advertido de que Caramba era un poco gruñón —comenta Boureville, disimulando una sonrisa socarrona, orgulloso de tener a Caramba a sus órdenes.

—¿Cómo fue que conoció al capitán Ledoux? —El Coronel parece sinceramente interesado.

—Fue él quien me reclutó.

—Cuénteme cómo fue. Un poco de biografía. ¿De dónde sale usted?

—Uy, es muy largo de explicar. Tengo más edad de la que aparento.

—Un resumen. Breve. Esquemático.

—Hija rebelde de una familia muy importante de Barcelona. Rebelde, descarada, irrespetuosa, promiscua y mal educada. Tanto que me desterraron a Suiza, a un colegio muy distinguido de Ginebra. Allí aprendí a hablar tan bien el francés como el alemán. No soportaba la disciplina y me escapé y fui a París. Quería ser actriz, o a lo mejor corista, o cupletista, cualquier cosa que implicara subirme a un escenario. Me gusta quitarme la ropa en público. Me gusta todo lo que no les gusta a los burgueses como mis padres. Soy una provocadora. Llegué a bailar en el Moulin, pero en el Moulin auténtico, el Moulin Rouge de París. Nada importante: siempre he sido la cuarta contando por la izquierda. Y un buen día conocí a un militar y, cuando empezaron a sonar tambores de guerra, el militar me presentó al capitán Georges Ladoux, que entonces estaba al mando del Cinquième Bureau des Services d'Espionnage et de Contre-Espionnage. El hecho de hablar bien el francés y el alemán y de saber mentir me hacían buena candidata a espía. Me entrenaron un tiempo, un poco de práctica de tiro y códigos secretos y escritura con tinta simpática, me enseñaron a conducir automóviles y demás, y me enviaron a Barcelona. Monsieur Boureville me colocó como bailarina en el Moulin. Tengo una vida privada que nadie conoce, paso desapercibida a pesar de que me exhibo a la vista de todo el mundo, y gestiono una red de

agentes que me sirven para mantener informados a los amigos y desinformados a los enemigos. Hago mi trabajo lo bastante bien como para que en febrero pasado me felicitara personalmente el capitán Ladoux, que ahora es comandante del Deuxième Bureau de Grand Quartier Général du Contre-Espionnage.

—¿Por qué la felicitó? ¿Por alguna operación concreta?

—Normalmente, paso a los alemanes informaciones que a ellos les parecen muy relevantes pero que, de hecho, no tienen ninguna importancia…

—Alguna importancia tendrán o, si no, ya la habrían descubierto.

—La información no la decido yo. Me la pasa Monsieur Boureville. Cuando Ladoux me felicitó, habíamos interceptado un cargamento de ántrax que los alemanes enviaban a Buenos Aires para matar rebaños de vacas que estaban destinados a la alimentación de los ejércitos aliados. El cargamento fue destruido y a los alemanes les llegaron noticias falsas de diarios argentinos y uruguayos. Pero no muchos. Les hicimos creer que el Gobierno argentino ocultaba las malas noticias por razones de economía, para que no cundiera el pánico entre su población. El presidente Yrigoyen quiere mantener la neutralidad del país a cualquier precio, tiene manifestaciones en las calles exigiendo la entrada en la guerra porque los submarinos alemanes les han hundido unos cuantos barcos, y resulta verosímil que oculten la noticia de un sabotaje contra su ganadería. Pero hemos fomentado los rumores entre los confidentes, y los alemanes están dispuestos a creer cualquier cosa si se confirma que están ganando la guerra. Y se empieza diciendo que han tenido que ser sacrificados quinientos caballos destinados al Ejército británico y mañana ya son cinco mil, luego los caballos mutan a ganado vacuno: cinco mil toros, vacas y terneros muertos en fincas de la Pampa.

El Coronel manifiesta con un gesto su admiración y su respeto.

—Pues yo también tengo que felicitarla, Caramba.

—Sí, sí, pero como le decía: mucha felicitación, pero me dijeron que tendría manos libres para actuar con plena autonomía y continúo rindiendo cuentas a Boureville y, de rebote, al cónsul y, de rebote, al agregado militar de Francia en Madrid, al coronel

Denvignes. Por cierto, ¿no será usted el coronel Denvignes? —No espera la respuesta—. ¿Hay mucha gente más?

—Y a pesar de eso —responde el Coronel, sin alterarse—, no dejamos de cometer errores. Mire a su capitán Ladoux y el caso Mata-Hari. Se suponía que ella era nuestra mejor agente en España y ahora la tenemos entre rejas y en espera de juicio como agente alemana. La detuvieron en febrero, precisamente en febrero, cuando Ladoux vino a felicitarla a usted y a animarla a continuar con su trabajo. No descarto que hubiera alguna relación entre una cosa y otra. Y mañana puede ser que Ladoux ya no sea comandante de ningún Bureau. Yo soy el responsable de que esta operación no sea un fiasco como el caso Mata-Hari.

—Perdone al agente Caramba —intercede Boureville—. Es especialmente desconfiado.

—Soy espía. Debo ser desconfiada.

—Pero ahora no hace falta que lo sea —toma la palabra Boureville mientras aplasta los restos del cigarrillo egipcio en un cenicero— porque tenemos buenas noticias. Tiene nuestro apoyo incondicional.

—Eso espero, porque la operación ya está en marcha y no se puede parar.

—Lo sabemos. Han querido matar al señor Xavier Rutllana. Ha corrido la voz. Todos los informadores secretos de Barcelona saben que los franceses queremos muerto a Xavier Rutllana porque trabaja para los alemanes y está al corriente de una información de importancia vital para el curso de la guerra.

—¿Ya sabemos cuál es esta información? Se lo van a preguntar.

—Les puede decir cualquier cosa. Porque, si todo sale bien, nadie que lo oiga quedará en disposición de comunicar el secreto a nadie.

—No puede hablar de la Operación Scaramouche.

—Los boches han oído hablar de la Operación Scaramouche —dice Caramba.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo lo sé todo, Coronel. Indiscreciones en las altas esferas. Y puede ser que sepan que el señor Rutllana tenga algo que ver en ella. Puede ser que se lo pregunten.

—No nos conviene que se hable de la Operación Scaramouche —repite el Coronel, con autoridad amenazante. Hace una pausa y continúa hablando muy afectado, como haciéndose el interesante—: Ayer por noche interceptamos y desciframos un mensaje del agregado naval Von Krohn donde hablaba de un cargamento de wolframio que está esperando en un almacén secreto. Yo creo que si este almacén secreto lo situamos por la Costa Brava, cerca del Enklave Zero, despertaremos su interés. Y su alarma. Pensarán que, buscando el wolframio, podemos acercarnos demasiado a su base y eso les decidirá a llevarse a Rutllana lejos de aquí.

Ha dirigido un par a veces la mirada hacia una mesa sin barnizar sobre la cual hay un mapa de Cataluña decorado con alfileres de cabezas de colores.

El agente Caramba, curioso, se acerca allí. Ve que una parte de la Costa Brava está señalada con un círculo rojo.

El Coronel se pone a su lado y Boureville al otro lado. Le explican el significado del mapa.

—Calculando que los submarinos tienen que llegar por la noche para no ser detectados, y que el cargamento se traslada a su punto de recogida inmediatamente; teniendo en cuenta el mal estado de las carreteras de la zona de la Costa Brava, que no permiten a un camión una velocidad más allá de los treinta o cuarenta kilómetros por hora; si llegaron a la Borda de Rigall sobre la medianoche; y añadiendo datos sacados de los mensajes en clave y fotografía aérea, todo ello nos permite situar la base dentro de este círculo. Poco más o menos, desde el cabo de Creus a las islas Medes.

—Pero, para dar el golpe de mano fulminante —interviene Boureville—, tenemos que conocer el punto exacto, y por eso necesitamos a su Julien.

—¿Dónde situaremos a nuestros hombres?

Boureville indica un punto del mapa donde se encuentran tres carreteras.

—Hemos calculado que este es el punto ideal. Un cruce de carreteras que les permitirá salir disparados hacia aquí, hacia aquí o hacia aquí, en cuanto reciban la señal. No tardarán más de diez minutos, sea cual sea el punto de la costa donde tengan que presentarse.

Caramba asiente con la cabeza. Se distancia del mapa.

—¿Y ya sabemos quiénes son esos hombres?

—Para eso está aquí el Coronel. Él lo ha dispuesto todo.

—El Equipo Cat —dice el Coronel—. «Cat» de Cataluña. Ocho hombres perfectamente coordinados que se dedican al sabotaje. Han descubierto un par de depósitos clandestinos de esencia e incluso presumen de haber destruido un submarino.

—¿Presumen? —La chica levanta una ceja.

—Han actuado en Barcelona. Han ayudado a desmantelar una instalación de telégrafo escondida en la calle Provenza, y otra en la calle Unión. Sabotearon la fábrica de granadas de mano Unión Española de Sevilla, que servía a los alemanes. ¿Ha oído hablar de eso? Hicieron desaparecer a los muertos. Un trabajo limpio y silencioso.

—¿Y están disponibles?

—¿Para cuándo los necesita?

—Todavía no lo sé. Pero es cuestión de días. Una semana, tal vez. ¿Ocho hombres, dice? Estamos hablando de liquidar a toda la tripulación de un submarino. Veinticuatro, veinticinco hombres.

—Efecto sorpresa. Bombas de mano. Una ametralladora Browning M, acabada de salir de fábrica. Equipo ligero en perfectas condiciones.

Caramba guarda silencio mientras contempla el mapa. Por fin, asiente. Está de acuerdo.

—Usted supongo que no irá, ¿verdad? —comenta Boureville en tono ligero—. Dicen que Caramba nunca está en las zonas calientes.

—No es decisión mía. Lo dicen los de arriba. Sois los de arriba los que decís que yo no tengo que exponerme, que tengo que continuar en la sombra.

—Tenemos que proteger al líder.

—¿Líder? Ya me gustaría ser la líder.

28

SOLO

Amadeu, en Can Rutllana, ha aprovechado la hora de margen que le ha dado el mensaje del tal Tarugo para bañarse y cambiarse la ropa interior.

A continuación, se limita a cepillar un buen rato la ropa que llevaba puesta en la carbonera. No es suficiente para limpiarla de hollín, pero sí que le da aspecto de ropa vieja, arrugada y estropeada de trabajador de ínfima categoría.

Entretanto, se le ha ocurrido que podrá encontrar a Xavier si consigue hablar con Roc. La idea del policía que no recordaba el nombre del chófer le parece buena. Su ventaja es que él sí lo recuerda. Seguro que Roc sabe lo que ha sucedido.

Busca en el despacho de Xavier y, en un listado de números de teléfono, en la erre, encuentra el nombre de Roc Salazar.

Tan fácil como eso. Marca su número en el aparato.

—¡Dígame! —grita la voz ronca de una mujer con un fondo de vocerío confuso.

—Hola —dice Amadeu—. ¿Puedo hablar con Roc?

—¿Con quién?

—¡Roc Salazar!

—Ahora no está.

—¿Sabe si tiene que venir?

—No, no lo sé. A veces viene por la tarde. Llame más tarde.

La mujer corta la comunicación. Amadeu deduce que ha llamado a un lugar público, probablemente un café. Volverá a llamar más tarde.

Echa un último vistazo al despacho, al pasillo, al dormitorio, ay, a las sábanas arrugadas y sucias de placer, se contempla en el espejo del recibidor, muy emocionado, rompe amarras, «No volveré nunca más», deforma el sombrero de siempre y, por la escalera de servicio, sale a la calle con aspecto de mozo de cuerda desgraciado

y torpe que carga una maleta demasiado pesada para sus fuerzas. No sabe si hay policías vigilando la casa. No quiere parecer un fugitivo. Es evidente que no hace nada para pasar desapercibido. Convencería a cualquier observador inoportuno de que ni es Xavier Rutllana ni puede haber salido nunca del domicilio de esa familia distinguida. Anda con dificultad hasta el paseo de Gracia y se mezcla con el gentío de todo tipo que sube y baja esquivando tranvías, bicicletas, automóviles, cochecitos de bebé empujados por niñeras descomunales y policías a caballo que miran el mundo desde las alturas.

Nadie le dice nada.

Va hasta el paseo de Gracia y baja hacia la plaza de Cataluña. Por el camino ve pelotones de obreros que pegan pasquines en las esquinas. Se prepara una huelga general. Amadeu no se atreve a acercarse para leer los carteles, pero de lejos puede distinguir perfectamente las palabras «Revolución» y «Repitamos la Semana Trágica».

Tiene que abrirse paso entre un grupo de personas que parecen muy preocupadas alrededor de una de las hojas de mano que reparten los obreros, y oye que los basureros han iniciado la huelga. «Pero ¿no ves cómo están las calles?» «Dicen que en el Pueblo Nuevo la Policía registra a los peatones.» «Dicen que han decretado la ley marcial en Barcelona y se ha impuesto la censura de prensa.» «¡Ya no hay productos básicos en las tiendas! ¡Solo pueden pagarlos los ricos!»

Una mujer llora:

—El Ejército sublevado con lo de las Juntas de Defensa, los catalanistas de Cambó y Prat de la Riba con lo de la Asamblea de Parlamentarios, pidiendo la autonomía y la convocatoria de Cortes Constituyentes; y ahora los obreros montando la revolución. Nos espera algo peor que la Semana Trágica, ya vas a ver.

—No te lo tomes así, mujer. No seas catastrofista.

Amadeu nota que no suenan las trompetas de los basureros y, en cambio, percibe, muy diferentes, trompetas militares que llegan lejanas de diferentes lugares de la ciudad. Y le sorprende el ruido de cascos de caballos sobre los adoquines, un destacamento que baja por el centro del paseo. Cascos y sables brillando al sol.

Unos obreros gritan, dirigiéndose a los peatones pero provocando a los soldados:

—¡No trabajes! ¡Hay que luchar! El patrón no puede subsistir sin tu trabajo. Al final, claudicará.

—¡Se lucran vendiéndolo todo al extranjero! ¡Y a nosotros nos dejan sin nada!

—¡Precios cada vez más altos y miseria!

—¡Luchar y resistir! ¡Son nuestros deberes proletarios!

Alguien se dirige a él:

—¡Únete a nosotros, compañero!

Cuando llega a la plaza de Cataluña, ve desde la esquina de Vergara que un destacamento del Ejército está instalando piezas de artillería en el centro.

—¡Fuera las tropas de ocupación!

Arrastra la maleta hasta el hotel Regina.

El portero lo toma por un mozo de cuerda que trae el equipaje de algún cliente y no le dice nada. Es un hotel de lujo recién inaugurado, con olor de pintura y barniz de la pasamanería, como un refugio modernista y elegante contra las guerras. Amadeu atraviesa el vestíbulo hasta la recepción. Es más consciente que nunca de que lleva cuatro mil pesetas en el bolsillo. Se le disparan los latidos en el pecho, le entran las prisas. Da por supuesto que Amanda ha llegado antes que él, que ya lo está esperando arriba, desnuda, sobre la cama.

El recepcionista lo mira con prevención.

—Soy amigo del señor Rutllana —se apresura a afirmar. Y para justificar su aspecto de mendigo—: Periodista. Vengo de Francia, de hacer una serie de reportajes en las trincheras de Verdún. Horrible. El señor Rutllana me dijo que había reservado aquí una habitación doble para mí y para la señora Amanda Rogent.

El recepcionista no piensa discutírselo. De hecho, no piensa prestarle mucha atención porque le avergüenza que lo vean hablando con aquel desharrapado.

—Ah, sí —dice, insípido, cuando confirma lo que dice el visitante y comprueba su documentación. Y, al mismo tiempo que le da la llave con el número 211 en el llavero, le entrega también un sobre de papel de estraza—. Han dejado esto a su nombre.

Habitación 211.

Amadeu tiene que reclamar:

—¿Piensa llamar a alguien para que me suba el equipaje o los que venimos de una guerra tenemos que subirlo personalmente?

El recepcionista se pone colorado y llama a un botones.Suben botones, Amadeu y maleta en ascensor hasta el segundo piso. El ascensorista es como un autómata. Se mueve sin esfuerzo, mira sin ver, tiene la sonrisa dibujada.

Alfombra roja hasta la habitación. El botones abre la puerta. Entra para mostrarle cómo se abre la puerta del baño, dónde se encuentra la cama de matrimonio, dónde están las puertas del armario. Pero Amanda no está.

Amadeu le da un duro al chico. Le gusta ver cómo se le desorbitan los ojos y da por supuesto que se lo va a contar a todo el personal del hotel. Recepcionista incluido.

Se queda solo y tiene que decirse y repetirse que Amanda, tarde o temprano, vendrá a este hotel.

Abre el sobre de papel de estraza. Dentro hay una bolsa de terciopelo de color crema que contiene un tesoro en joyas. Oro y piedras preciosas, rubíes, diamantes, una esmeralda. Piezas muy delicadas, filigranas modernistas, un Sant Jordi matando al dragón, un escudo nobiliario en miniatura, un escarabajo como el dios egipcio, el solitario que Amanda dice que vale más de veinte mil duros.

Devuelve las joyas a la bolsa y, como quien formula un conjuro supersticioso, piensa que son la prenda que garantiza que Amanda acabará por venir.

Pero él debe hacer algo para conseguirlo. Encontrar a Xavier. Si encuentra a Xavier, también recuperará a Amanda.

En el bolsillo, lleva dos papeles. El mensaje mal escrito que le ha pasado el llamado Tarugo y la hoja de agenda donde consta el número de teléfono de Roc.

Pide a recepción que lo pongan con ese número y responde una voz de hombre, bronca y grosera, dominando el estruendo de bar en efervescencia:

—¡Diga! —que suena como una blasfemia.

—Quiero hablar con Roc —dice Amadeu, inseguro—. Roc

Salazar.

—¡Se equivoca! —le espetan.

Y se corta la comunicación.

Decide salir a comer.

Elige el traje gris claro con americana de tres botones y solapa ancha, con una camisa blanca, una corbata con diferentes tonalidades de azul y los zapatos de charol que le compraron en la calle Fernando.

Se gusta en el espejo.

«A Amanda le voy a gustar.» Se imagina quitándose la ropa, más tarde, en la habitación del hotel. Ve a Amanda desnuda, ofreciéndosele en la cama.

Cuando devuelve la llave en el mostrador de recepción, se hace notar, para que todos vean en qué se ha convertido el zarrapastroso.

El Ejército ha ocupado la plaza de Cataluña. Hay controles que exigen la documentación, y piquetes de obreros que protestan y gritan consignas revolucionarias.

Amadeu vuelve al interior del hotel. Comerá allí. Y esperará hasta media tarde antes de hacer un nuevo intento de encontrar a Roc.

Esta vez responde la voz de cazalla de la mujer de la primera vez con ajetreo de voces y tintineo de cristales al fondo.

—Quiero hablar con Roc Salazar.

—No está.

—Pero —esta vez no quiere rendirse— me ha dicho que vendría esta tarde.

—¿Yo le he dicho eso?

—No, no. Él me ha dicho que podía llamarlo aquí, al bar.

—En todo caso, si viene, vendrá más tarde.

—Porque ¿este qué bar es?

—¿Cómo que qué bar es?

—Es la taberna que hay cerca de su casa, ¿verdad?

—Esta taberna es la Font Trobada, del Poble Sech.

—No, hombre, ya sé que es la Font Trobada —exclama él, fingiendo—. Lo que quiero saber es si es la tasca que hay cerca de la casa de Roc, donde él va siempre.

—Sí, claro que viene siempre por aquí —se impacienta la mujer,

que debe de tener mucho trabajo—. Él vive aquí al lado, en el número 29.

—Gracias, eso es lo que quería saber. Muy amable.

29

DESCONOCIDA

Está soñando. Tiene los ojos cerrados con fuerza y la cabeza bajo el agua y no puede aguantar más la respiración. Si abre la boca, morirá ahogado. Si saca la cabeza fuera del agua y abre los ojos, será espantoso porque Amanda no estará. La habrá perdido para siempre.

No puede aguantar más la respiración.

Saca la cabeza del agua, llena de aire los pulmones, respira con desesperación y, cuando abre los ojos, Amanda no está.

Él la echó de su vida, alegremente, riendo con Roc, borrachos los dos, cuando solo sabían hablar de venganza.

Recuerda, o revive, o sueña, el momento en que decidieron recuperar las joyas de la familia Rutllana —un solitario de más de veinte mil duros— y hacerle pagar a Villadiego la trampa que le había tendido, el robo y la humillación. Los servicios de espionaje exigían que Xavier desapareciera una temporada, porque se escondería o porque se lo iban a llevar, y tenían que aprovechar la oportunidad para dar el escarmiento al inspector y a su mujer, y luego desaparecer y fabricarse otra personalidad, otra vida, en algún rincón recóndito de la costa catalana. Fue Roc quien le hizo pensar en Amanda.

—¿Y Amanda?

—¿Amanda? ¿A qué viene ahora hablar de Amanda? —Envalentonado por la borrachera—: Roc, ya me conoces: ¿creías que yo iba a pasar el resto de mi vida junto a una mujer como Amanda? Es muy poca cosa, ¿sabes? Todo le parece bien, tan pronto está como no está, no puedes contar nunca con ella, ni los del Moulin pueden saber si se presentará a la actuación o no; yo me imagino que tiene otro amante, u otros amantes diseminados por Barcelona, es una arlequina, nunca sabes cómo piensa, si es que piensa algo. —El alcohol hablaba por su boca, y Roc lo animaba a

continuar más y más, riéndole las gracias—. Pero no te preocupes por ella, Roc, la dejo en buenas manos, bajo la protección de san Amadeo. Tendrías que ver cómo mira a san Amadeo, los ojitos que se le ponen, Él la cuidará bien, va loco por ella, y ella tiene muchas cosas que enseñarle. Con que le enseñe solo la mitad de lo que me ha enseñado a mí, ya lo hará un hombre de bien…

Se reían trastornados por el whisky.

No sabía lo que decía.

Amanda volvió a sus labios, a su cerebro y a su corazón, por este orden, cuando vio la muerte de cerca, cuando estaba petrificado como un bloque de hielo dentro de aquel lamentable Ford T y el hombre de la cabeza gorda se le acercó, tan decidido, tan impetuoso, y le apuntó con la pistola al pecho. Xavier tuvo la convicción, durante unos instantes, de que se había condenado a muerte voluntariamente. Y cuando se le incrustó la bala en el músculo, el grito que se le escapó fue «¡Amanda!». ¿Qué había hecho? ¿Qué demonios había hecho? ¿Renunciar a Amanda? ¿Por qué? ¿Para ganar cuatrocientas mil pesetas de mierda a cambio de capturar un submarino? ¿Capturar un submarino? ¿Era aquello lo que le había vuelto loco? ¿Aburrido de llevar la vida que llevaba, odiado por sus obreros, humillado por un inspector de Policía estúpido, oprimido por las paredes de Can Rutllana, bajo la inmensa responsabilidad de ser hijo de quien era y de verse obligado a demostrar quién sabe qué ni por qué?

Recibió el tiro, se encogió y se puso morado como una pasa, y desde aquel momento solo tiene ganas de llorar y de recuperar todo lo que ha abandonado, la cabeza metida dentro de un cubo de agua sucia y la seguridad de que, cuando saque la cabeza, ya no tendrá las caricias, ni las sonrisas ni la dulce mirada de Amanda.

Ya no las va a tener nunca más.

Xavier Rutllana abre los ojos al oír que la puerta del piso se cierra, ¡pam!, y se ahoga en perfume de melocotón.

Se incorpora un poco y se le despierta el dolor del hombro, bajo la clavícula izquierda. No es un dolor insoportable, pero le recuerda que no hace ni un día que ahí le clavaron una bala.

La punzada es más aguda ahora que cuando recibió el tiro. Entonces, todo fue confusión y un cierto mareo, mientras el mismo

pistolero que lo había herido lo ayudaba a salir del Ford T y, auxiliado por otro hombre, lo llevaban al hospital Clínico, al otro lado de la calle.

—¿Puede andar? —recuerda que le preguntaron.

Sí que podía andar. Pero se le iba un poco la cabeza. Necesitaba que lo acompañaran. Apoyo de brazos fuertes y amigos. Le flaqueaban las piernas.

Lo dejaron en manos de un médico y una enfermera, que se hicieron cargo de él y lo anestesiaron. Cuando ha despertado esta madrugada, todavía oscuro, lo llevaban en camilla y le decían que le habían quitado la bala y que estaba bien, que todo había salido bien. Solo tendrá que llevar el brazo derecho en cabestrillo unos cuantos días. Lo han cargado en la trasera de un coche grande y confortable, de asientos forrados de cuero. Olor de cuero. Olor de nuevo. Ha reconocido al hombre que lo había herido, cabeza gorda y mirada de indiferencia inhumana, y a su compañero. No le han dirigido la palabra y, si lo han hecho, no les ha podido contestar porque estaba muy aturdido. Tenía sed. Ha pedido agua, pero no se la han dado hasta que han llegado a destino.

Lo han subido hasta este piso. El ascenso por las escaleras ha sido mucho peor que el trayecto que realizaron anoche desde el coche hasta el quirófano. Hoy sí que tenían que subirlo a pulso. Muy difícil porque la escalera y los rellanos son muy estrechos. Chocaban con las paredes, y entre ellos, y la herida dolía.

El piso es pequeño y huele a perfume penetrante y dulce, como de melocotón, como de burdel, y lo poco que ha podido ver le ha parecido extravagante y absurdo como si lo habitara algún artista excéntrico. Una pared está decorada con un cartel donde se ve a un herrero forjando una espada en el yunque y, en segundo término, un soldado con uniforme alemán a punto de lanzar una bomba de mano, los dos en idéntica postura, con el texto «*Ihr für uns, Wir für Euch!* ». Propaganda alemana. Y arte abstracto. Cubismo.

Lo han metido en un dormitorio que debe de ser la pieza más grande de la casa, y en una cama de matrimonio de sábanas de raso. Hay un tocador con un espejo rodeado de bombillas, como de camerino de teatro, un perchero con sombreros extremados y un abrigo de ropa brillante, y un guardarropa sin puertas muestra una

colección de trajes llamativos, de todos los colores, boas, corsés, lentejuelas, como un muestrario para un baile de disfraces.

Se ha dormido enseguida.

Luego, a lo largo de la mañana, una mujer gorda, de piel colorada y cabellos muy blancos, le ha llevado un par de tostadas con mantequilla y un vaso de zumo de naranja acabado de exprimir. Le ha parecido que le hablaba en alemán.

Se ha vuelto a dormir.

Ahora se despierta y trata de incorporarse y le duele la herida, de forma que vuelve a dejar la cabeza sobre la almohada y, con los ojos cerrados, oye que dos mujeres hablan en el recibidor, al final del pasillo.

—Dije que lo pusieran en el dormitorio pequeño. ¿Cómo lo han puesto en el grande? Es el mío.

La otra persona parece que no la entiende. Como si solo hablase alemán. La propietaria del dormitorio cambia de idioma.

—*Ich sagte, stell es in das kleine Schlafzimmer* .

Eso desconcierta un poco a Xavier, pero no es capaz de entender por qué, ni de encontrar explicaciones para nada. Cierra los ojos y le gustaría dormir para despertarse más lúcido. Tienen que ponerlo en manos de los alemanes, eso es lo que sabe, lo que le han dicho, él es espía alemán perseguido por los aliados, que han querido matarlo, y los alemanes son sus salvadores. ¿Ya está con los alemanes?

Alguien se acerca por el pasillo. Alguien que pisa firme, con lo que podríamos suponer que son botas militares. Las vigas del edificio son de madera y el suelo vibra a cada paso.

Militares. Detenido por espionaje. «Manos arriba, mazmorra, interrogatorio, juicio, pelotón, apunten, fuego.»

Se abre la puerta con mucho cuidado para respetar el sueño de Xavier, en caso de que esté durmiendo.

La curiosidad le hace abrir los ojos y divisa allí, a lo lejos, en la puerta, a un individuo con gorra, gafas y mono de obrero. Pero no es un individuo desconocido. Lo ha visto antes, fuera de este ambiente. No estaba cuando le pegaron el tiro, ni cuando lo llevaron al hospital, no es el doctor ni la enfermera. Bueno, acaso sí sea una enfermera, porque es una mujer disfrazada.

—Chssst. Ahora duerme —dice una voz conocida.

Duerme. La voz. El tuteo. Alguien que lo conoce.

Entonces, la persona de la puerta se quita la gorra y las gafas y resulta que es una nueva versión, insólita e inexplicable, de Amanda, con su sonrisa luminosa y los ojitos chispeantes, que quieren parecer más estupefactos que Xavier.

Xavier no entiende nada.

—¿Qué haces aquí?

—Qué sorpresa, ¿verdad?

¿Amanda? ¿Es ella? ¿Amanda? ¿Con mono de mecánico?

Pero ¿qué hace?

¿Amanda?

Se acerca para darle un beso en la frente. Es ella. Amanda con mono de mecánico. Le toca la mejilla con dedos fríos.

—¿Tienes un poco de fiebre? ¿Te han tomado la temperatura?

Xavier la agarra del codo con las pocas fuerzas que le quedan.

—¿Qué haces aquí?

—Tengo que explicártelo —hace ella, con una especie de resignación o arrepentimiento—. Lo que pasa es que tengo un poco de prisa. ¿Me dejas que vaya haciendo?

Se separa de la cama y, de espaldas a Xavi, mientras piensa por dónde puede empezar y qué va a decir, se quita las botas militares y el mono y se queda en ropa interior. Con Xavier hay confianza. Bueno, había confianza entre Xavier y Amanda, pero ¿esta es Amanda?

La mujer se sienta delante del tocador y enciende las bombillas que rodean el espejo.

—¿Conoces a Boureville? —pregunta Xavier.

Ella responde mirándolo a través del reflejo.

—¿A quién?

—¿Qué es esta casa?

—De una amiga. Un amigo me preguntó si sabía de algún sitio donde llevarte…

—¿Una amiga? ¿Un amigo? ¿Cómo sabes lo que me ha pasado?

—Han querido matarte. No es ningún secreto. Algunos periódicos ya traen la noticia. Te llevaron al Clínico. Tienes que esconderte.

—¿Tienes que esconderme tú?

—Soy tu amiga, ¿no? Soy Amanda, ¿te acuerdas de mí? —bromea, como si nada de todo esto tuviera la menor importancia.

—¿Eres espía?

—No digas tonterías. Debes de tener fiebre. Deliras.

—Hablabas alemán.

—Bah. Un poco. No le des muchas vueltas, que ahora estás mareado. Trata de dormir.

—No, no, no. Tienes que explicármelo.

Se está maquillando. Polvos blancos que palidecen su rostro. Con un lápiz se pinta las cejas para cambiarles la curva, haciéndolas más rectas. Colorea de rosa las pálidas mejillas.

—¿Qué haces? ¿Te estás disfrazando? ¿Dónde estamos? ¿Qué es este piso? ¿Qué haces tú aquí? Te habían violado de pequeña, la familia te había repudiado y te habían metido en el convento del Buen Pastor; trabajaste de modista… Todo mentira, ¿verdad?

—Es la historia más común entre las coristas y cupletistas del *music-hall* . La mitad de mis compañeras del Moulin ha pasado por eso.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu biografía?

—Esta. La que te dije. Con algunos matices. Es muy complicado. Ahora no tengo tiempo de entrar en detalles.

Xavier mira al techo, angustiado. Le duele la cabeza, pero tiene que encontrar una explicación para todo este absurdo. Amanda se está convirtiendo en otra mujer.

¿Amanda, otra mujer?

¿Aún no ha salido de la pesadilla?

—Aquí me han traído los que me dispararon —dice, hablando solo—. Aliados. Hombres de Boureville. Territorio francés. Pero figura que me han traído agentes alemanes para protegerme de los franceses. De aquí tengo que pasar a manos alemanas. Tú hablas alemán…

—Max Factor. Hasta ahora, este tipo de maquillaje de ojos solo lo utilizaban en el cine, o en el teatro…

—¿Eres una espía doble? ¿Trabajas para los aliados y para los alemanes?

—Ahora encuentras sombra de ojos y lápices para las cejas muy

baratos. Max Factor. ¿Y estas pestañas postizas? ¿Qué tal?

—Cuando has entrado, eras una mujer; ahora te estás transformando en otra que nunca había conocido. ¿Todo este maquillaje? ¿Quién eres? Cuando estás en el escenario, eres una mujer; cuando estás conmigo en el *foyer* , eres otra. Cuando paseamos por la ciudad, eres otra; cuando jodemos, eres otra chica diferente. ¿Quién eres?

Ella se ríe. No mucho, para que no crea que se está burlando de él, pero se ríe. Como si aquí no pasara nada.

—Soy Amanda, Xavier. Amanda, artista de *music-hall* . Parece que deliras. Debes de tener fiebre.

Se dibuja los labios con color granate, con bordes angulares, rectilíneos, muy definidos, formando una especie de eme debajo de la nariz. Sin intención de dar apariencia de naturalidad. Hace una boca cubista.

—El puente entre franceses y alemanes. Figura que me han herido los franceses y me han salvado los alemanes. Tú eres el puente entre unos y otros. Agente doble. Infiltrada. Tú tienes confianza con los alemanes, ¿verdad? Debes de ser una de esas espías que pasan información falsa al enemigo. Datos inofensivos, o no tan inofensivos, para que confíen en ti y cometan errores, ataquen donde no toca, investiguen a las personas equivocadas, hundan los barcos prescindibles…

Amanda no es Amanda. Se dedica a algo que Xavier ni siquiera podía imaginar. Esta nueva realidad le despierta una inmensa curiosidad y hace la pérdida mucho más dolorosa y abismal. Quiere levantarse de la cama, pero el hombro le da una punzada intensa y se nota mareado y débil. Tal vez todo esto todavía forme parte del delirio provocado por la anestesia.

Amanda se ha pintado de negro los párpados, a la manera de esas vampiresas conocidas como mujeres turcas. ¿Por qué se maquilla de este modo? Difumina tanta negrura hacia arriba, casi a tocar de la ceja. Las pestañas han cambiado sus ojos, han quitado alma a su mirada. Xavier nunca le había visto el rostro tan embadurnado.

Ahora está entretenida pegándose a los dedos unas uñas falsas, largas y de color azul. Concentrada en eso, pasan unos instantes

durante los cuales Xavier la contempla incrédulo.

—¿Has sido tú quien me ha metido en todo este lío? —protesta finalmente, enfadado—. ¿Me has manipulado todo este tiempo? ¿Viniste a buscarme porque ya pensabas en todo esto?

La mujer maquillada se levanta y, del guardarropa, saca una peluca negra como ala de cuervo. Vuelve ante el espejo y se la pone, cabellos largos hasta los hombros. Ya es otra mujer. Una perfecta desconocida.

—No, no, no, Xavier. Yo no te vine a buscar. Viniste tú. Yo estaba tan tranquila, bailando en el Moulin, y viniste tú a buscarme. Y me gustaste, y hemos estado juntos porque nos gustaba estar juntos.

Se está recogiendo los cabellos de la peluca en un moño.

—¿Por qué me elegiste a mí?

—Yo no te elegí para nada.

Amanda no es como él creía que era. Amanda tiene una vida aparte. Amanda le escondía toda una vida, y esto es difícil de aceptar y de soportar.

Amanda lo engañaba.

Xavier cierra los ojos.

Amanda lo manipulaba, actuaba a sus espaldas. Lo traicionaba.

—Boureville necesitaba un naviero arruinado que sirviera de cabeza de turco en la Operación Scaramouche y yo era un naviero arruinado.

Ahora la mujer elige un vestido de seda negro con brocados plateados, de estilo oriental, de odalisca de harén. Antes de ponérselo, se vuelve hacia él, y su furia da miedo.

—Xavier, ¡no quiero que pienses eso! No es verdad. No te elegí para nada. Cuando te conocí, ya te iban mal las cosas.

—¡Todavía no me habían hundido ningún barco!

—Lo único que pasó es que alguien me preguntó, y me dijo que podía proporcionarte un buen negocio que te ayudaría a reflotar tu industria. Nada más. Me preguntaron y contesté. Nada más.

—¿Tú no dijiste a los alemanes que hundieran mis barcos?

—¡Claro que no, Xavier!

—¡Necesitabais que hundieran mis barcos! El *San Leandro* , el *Nueva Montaña* , el *Algorta* , el *Sardinero* . Así, yo necesitaría la

ayuda de Boureville y me avendría a colaborar con la Operación Scaramouche…

—¡No, Xavier, no! Nunca he pasado ninguna información que pudiera perjudicar a los aliados, ni a los españoles neutrales, y mucho menos a ti. ¿Qué te has creído? —Nunca, nunca, nunca, Amanda había hablado así a Xavier. Esta no puede ser Amanda—. Les he hablado de formación de convoyes que cualquiera paseando por el puerto podía ver a simple vista, les he prevenido de escoltas y vigilancia de patrulleras que no existían, de emplazamientos de defensa donde estábamos indefensos, y me han dicho dónde pondrían redes y minas… ¿Cómo iba yo a propiciar que hundieran tus barcos? Pero ¿quién te has creído que soy?

—No lo sé, Amanda. Francamente. ¡No sé quién eres! No te conozco. Amanda. ¿Qué eres? ¿Quién eres?

La mujer remata su nueva personalidad con un sombrero de ala ancha de color negro. Lo sujeta al moño con dos agujas muy largas.

—… Y necesitabais que fuera un espía alemán y me convertisteis en espía de los alemanes.

—¡No fuimos nosotros! Fue Joan March…

Ahora ha metido la pata.

—Ah, eso sí que lo sabes. Vosotros… Vosotros dijisteis: «Si todo el mundo cree que Rutllana trabaja para los alemanes, aprovechémoslo; si creen que es un espía, hagámoslo espía». Pero ¿por qué creían que era espía? Porque vosotros lo planeasteis todo.

—Xavier: deja de darle vueltas —dice ella, impaciente, mientras se calza unos zapatos de charol, en punta y con talones atrevidos que la hacen mucho más alta—. No pienses más en eso.

Y el amor y el ansia y la necesidad de aquella mujer se agrian y se vuelven desconfianza, celos, odio.

—¿Cómo voy a no pensar en eso? —No permite que las palabras de la mujer lo distraigan—. Pero, a lo mejor, a veces, tendrás que dar información buena para que puedan comprobar que eres una buena informante. No puede ser que todo lo que les das termine en fracaso o no quede claro. Les habrás hablado de algunos barcos que podrían ser un buen objetivo para los submarinos.

—Estamos en guerra, Xavier. En la guerra muere mucha gente.

—¿Marineros míos, por ejemplo? ¿Diste nombres de mis barcos?

—¡Claro que no, Xavier! —La nueva mujer se perfuma profusamente con el vaporizador—. ¿Cómo puedes pensar algo así de mí?

—¡No sé qué pensar de ti! ¡No te conozco!

—Los torpedos asesinos no necesitan que yo les dé permiso para matar. Habrían actuado igual.

La mujer enmascarada detrás del maquillaje, aquella absoluta desconocida, se acerca a Xavier, envuelta en la fragancia del melocotón. Las largas uñas azules parecen armas letales. Los ojos azules suplican, pero las pestañas postizas y la pintura negra que los rodea forman un horroroso antifaz distorsionador, la trampa del embaucador.

El poderoso y peligroso industrial Xavier Rutllana tiene miedo.

—Basta, Xavier —dice la vampiresa—. No le hables a nadie más de este modo. Sobre todo, a los alemanes. No les digas nada de todo esto. Si yo pensara que les puedes transmitir alguno de estos delirios, tanto si lo haces a propósito como sin querer, tendría que matarte, Xavier.

En la pausa que sigue, Xavier entiende que esta mujer sería muy capaz de matarlo. Se le corta la respiración.

—¿Lo entiendes? —insiste ella, sin enternecerse—. ¿Entiendes lo que te digo? Si hablas a los alemanes de este modo, como estás hablando, serás hombre muerto.

Los latidos del corazón ahogan a Xavier.

—Piensa. —Pausa—. Y calla. —Pausa—. Amor mío.

La mujer tiene la intención de darle un beso de despedida, pero no sabe si él lo soportaría, así que se incorpora, da media vuelta y sale del dormitorio rápidamente.

Xavier deja caer la cabeza sobre la almohada atormentado por un dolor mucho más profundo e insoportable que la herida del pecho.

«¿Qué he hecho, qué he hecho?»

«¿Qué he hecho, hija de puta, qué he hecho?»

30

DOKTOR BAMBÚ

El automóvil de plaza se detiene en la esquina de la calle Neptuno con Argüelles y baja de él una mujer de elegancia extremada que entrega un billete al conductor y le dice: «Espéreme aquí, por favor. No tardaré en salir». Con pasitos cortos, limitados por la falda larga y estrecha, pero sorprendentemente rápidos, recorre los cincuenta metros de la calle Neptuno que la separan de los Talleres Argüelles.

Entra en el taller, pasa como un fantasma entre mecánicos y chispas de soldadura autógena, y sube por la escalera metálica donde se encuentra la puerta con el rótulo «Dirección No Pasar». La abre y pasa sin llamar. Hoy no la esperan en la sala de reuniones, sino en el pequeño despacho donde hay tres escritorios y tres hombres, y falta la mecanógrafa, que, antes de ausentarse, ha cubierto su máquina de escribir con un protector de tela gris.

Los tres hombres han experimentado un pequeño sobresalto con la irrupción de esa mujer impresionante salida de una ópera tremendista del Liceo, o de un *grand guignol* como los que montan de vez en cuando en el Paralelo. Gran pamela de alas que casi no pasan por la puerta, ojos de mirada penetrante desde el fondo de un pozo negro, labios rojos como un corte sangriento, vestido negro de brocados plateados, largas uñas azules. Dadle un momento y fumará con boquilla de metro y medio.

Al otro lado del escritorio, presidiendo la reunión, está Herr Helmut, con traje gris perla, corbata de lazo un poco torcida, el monóculo en las manos y su sonrisa etérea y distante, de burócrata demasiado blando para el cargo que ocupa. Siempre contrariado ante los imprevistos.

De pie, junto a la ventana con vistas al taller sucio y ruidoso, está Hermann Oslo, conocido como el Reclutador, el «Ausheber», de pelo abundante y dorado, de brillos metálicos, bastante largos como

para ocultarle las orejas; rostro carnoso y abotagado, que le comprime los ojos siempre medio cercados; bigote tan dorado como los cabellos, y traje color crema, botines del mismo color y camisa de rayas, muy veraniega.

El tercer hombre, cómodamente apoltronado en uno de los sillones, a cierta distancia de la mesa, es un desconocido de hombros anchos, atleta disfrazado de petimetre, cabellos negros planchados con brillantina, bigotes expansivos de manillar de bicicleta, gafas de montura de carey y sonrisa de agresividad contenida.

Frau Spatz no lo conoce pero enseguida sabe de quién se trata. Se plantea cómo debería dirigirse a él: Herr Wilhelm, o Doktor Bambú, o…

—¿Podemos hablar? —pregunta.

—Puede hablar perfectamente delante de estos señores —responde Herr Helmut—. Ya conoce a Herr Hermann Oslo. Y él es el señor…

—Sí, ya me imagino…

Herr Helmut hace un gesto con la cabeza, «¡No!, que no sepa que sabes quién es», y ella se limita a ofrecer el dorso de la mano y esperar que el hombre tome la iniciativa. Él se pone de pie, le besa la mano y se presenta.

—Rubén Rojas, para servirla.

La mujer mira a Herr Helmut con sorna, como consultándole si la comedia va a prolongarse mucho rato más.

Hay un sillón vacío, pero la recién llegada no lo ocupa. Sabe que será más vehemente y convincente si se mantiene de pie.

—¿Usted es la muchacha que llevó el ántrax a Argentina? —pregunta Rubén Rojas.

Frau Spatz le dirige una mirada sin interés.

—No lo llevé. Me encargué de que llegase a su destino.

—¿De dónde es? No consigo identificar su acento.

—Ciudadana del mundo civilizado. A usted en cambio el acento lo delata. ¿Argentino?

A Rubén Rojas le encanta haber engañado a la mujer exótica. Si «el acento lo delata», eso significa que su castellano es excelente.

—Uruguayo. —La mujer ya no está dispuesta a dedicarle más

tiempo. Ha venido aquí para hablar de cosas importantes. Y esta actitud no gusta al sudamericano, que añade, serio—: Hace dos semanas que llegué de Argentina, y allí nadie hablaba de bueyes muertos.

—Hablaban de ello, más que escribían —murmura Frau Spatz mientras dirige a Herr Helmut una mirada de «¿Qué pretende este individuo?»—. Al presidente Yrigoyen no le conviene que los periódicos divulguen que los alemanes estamos matando su ganado además de hundirles los barcos. Como debe usted saber, tiene a los ciudadanos un poco alborotados. A pesar de lo cual, nuestro amigo Helmut recibió diarios que revelaban la noticia, y unas cuantas cartas y telegramas de nuestros agentes destacados allí.

Herr Helmut se descuelga el monóculo del ojo para poder dedicar a Rojas un parpadeo asertivo que reclama confianza.

—Frau Spatz es una de nuestras mejores agentes —sale en su defensa—. Tiene una red de confidentes excepcional. Nos ha informado sobre la estructura, situación interior y planes de los servicios enemigos, sobre movimientos de barcos en puertos aliados y en alta mar, transportes de tropas, estado de la moral del enemigo. Gracias a ella, nuestros submarinos han hundido muchos barcos y, gracias a sus contactos, nuestra Sección R ha organizado huelgas y sabotajes en puntos estratégicos esenciales, como las minas de Riotinto onubense. Con ochocientas mil pesetas paralizamos las minas durante tres meses…

Halagada y discreta, Frau Spatz le hace callar con modesto gesto de la mano y una súplica en los ojos.

El uruguayo se inclina un poco, como para acercar disimuladamente sus labios a la oreja de la mujer, por si acaso no lo ha oído bien.

—No oí hablar de bueyes muertos.

Frau Spatz lo ignora y se dirige a Herr Helmut:

—¿Qué es esto? ¿Una prueba? ¿Quién es? ¿Una especie de inspector? —Herr Helmut parpadea incómodo mientras limpia el monóculo con un pañuelo y dirige a Rubén Rojas una mirada angustiada. Ella continúa con su intenso murmullo—: Si hiciera quince días que hubiera llegado de Argentina, también haría dos semanas que le habría dicho a usted lo que acaba de decir, y haría

dos semanas que usted me habría traído a este despacho para pedirme explicaciones. O sea, que no hace dos semanas que este señor ha regresado de Argentina, y está diciendo cualquier cosa con no sé qué intenciones. —Los ojos azules oscurecidos por Max Factor suavizan la mirada cuando se vuelve hacia el sudamericano y añade, para hacerse perdonar—: ¿O es que estaba coqueteando conmigo, señor Rojas?

—Habla usted muy bien el español —replica él, encantador.

—Soy española.

—¿Española? Y… ¿Frau Spatz?

—Sí. Bueno… —Y ya se desentiende definitivamente y se dirige a Herr Helmut en alemán porque todos saben que el supuesto Rojas también lo va a entender—: Bueno, supongo que les ha llegado la noticia.

Herr Helmut también considera mejor abordar el tema principal.

—Han matado a su Julien —dice, poniéndose el monóculo que le da autoridad.

—No lo han matado.

Herr Helmut no lo sabía, estaba confundido, y dirige una mirada recriminatoria a Herr Oslo, que continúa contra el rincón, con los ojos fruncidos, como si los estuviera observando desde muy lejos y no oyera bien lo que están diciendo.

—Le han disparado —puntualiza el Reclutador.

—Le han disparado —corrobora Frau Spatz—, pero no lo han matado. Lo han hecho los servicios franceses. Y no querían matarle. Querían detenerle, a punta de pistola, supongo que para interrogarle y arrancarle todo lo que sabe, que es mucho. Él se resistió, luchó y lo hirieron, pero huyó por las calles del Ensanche. Los despistó y fue al Clínico para que le curaran y, desde allí, nos avisó. Mi gente lo ha sacado del hospital esta madrugada y ahora está seguro, escondido en un piso franco. —Pausa antes de exponer el motivo de su presencia allí—: Tenemos que sacarlo del país inmediatamente. Ya lo hablamos y me dijo que lo pensaría y que lo iba a consultar. Ahora ya no hay tiempo para pensar ni para consultar. No podemos permitir que Julien caiga en manos de los franceses.

Antes de responder, el hombre del monóculo dirige una mirada

aprensiva hacia el que se hace llamar Rubén Rojas.

—Ahora está bien escondido, ¿no?

—No puedo garantizar que no lo encuentren. Mire, Herr Helmut: no nos podemos arriesgar. Julien conoce muchas cosas que no nos interesa que conozcan los franceses. Y si lo pillan, le harán hablar. Julien es un industrial, un niño mimado de la alta sociedad, no es un soldado preparado para interrogatorios.

—¿Qué cosas sabe, por ejemplo?

—Conoce muchos secretos de los franceses que nos puede comunicar a nosotros. ¿Por qué, si no, los franceses le estarían persiguiendo con tanta furia?

—¿Qué cosas de nosotros que no nos interesa que conozcan los aliados?

—Algo referente a un depósito de wolframio escondido cerca de la Costa Brava.

—¿Un depósito de wolframio? ¿En la Costa Brava? No tenemos ninguno, que yo sepa.

—Pues él está muy convencido de ello. Bueno, si no es verdad, no pasa nada. Los franceses perderán el tiempo buscando donde no hay nada que encontrar, pero…

—No nos interesa que los franceses registren la Costa Brava —interviene Rubén Rojas, demostrando que entiende cada palabra de lo que están hablando.

—Pero no es solo el depósito de wolframio —argumenta Frau Spatz a la desesperada. Se suponía que esta visita solo era un trámite—. Julien conoce todos los detalles de la llamada Operación Scaramouche.

Herr Helmut reacciona con mirada de alerta hacia Hermann Oslo y hacia Rubén Rojas. Lo que acaba de decir Frau Spatz ha tocado fibra sensible.

—¿La Operación Scaramouche?

—Julien está directamente implicado en ella. No me ha contado los detalles, pero se ve que los servicios franceses le han hecho una oferta muy especial. Supongo que si quieren interceptarlo es porque sabe lo que sabe.

Herr Helmut vuelve a mirar al supuesto uruguayo, como si necesitara su permiso para dar su opinión. Mira el monóculo que

tiene entre los dedos para comprobar que está ensuciando el cristal y saca otra vez el pañuelo del bolsillo interior de la chaqueta para limpiarlo. De este modo, no tiene que mirar a los ojos de nadie cuando emite el veredicto.

—Quíteselo de la cabeza. No podemos sacarlo del país inmediatamente.

—¿Cómo que no? —protesta Frau Spatz. Y mira directamente al hombre del sillón, exasperada porque sabe que están a punto de sacar del país a este invitado de piedra.

—Es imposible. Demasiado precipitado. La expedición y el submarino partirán mañana por la noche.

Frau Spatz necesita un segundo para digerir la noticia, solo un segundo, un parpadeo, una palabra que tropieza en sus labios, pero enseguida reacciona:

—¿Por qué demasiado precipitado? Julien no tiene que hacer equipaje, no puede ir a su casa, tiene que irse con la ropa que viste y con lo que cabe en sus bolsillos. Ahora mismo podría salir, si hiciera falta.

—No hay sitio. Y no podemos añadir un nuevo camión a la expedición. No tenemos ninguno más y no disponemos de sombras para que lo conduzcan.

—¿No hay sombras?

La mujer se dirige a Hermann Oslo, que se excusa desde la distancia. Es el Hombre Lejano.

—Encontrar a cuatro para mañana ya ha sido muy difícil —se excusa—. Contratar a gente para nuestro mundo es una epopeya. No es como reclutar a ladrones para que cometan un atraco. Si te quedas con el primero que llega, alguien que solo va a trabajar por dinero, no tienes garantía de que sean discretos, fieles y leales. Si otro le paga más, se irá con el otro, y eso no nos lo podemos permitir. Lo peor que nos puede pasar es un agente doble. La gente leal, eficiente, valiente y discreta escasea, y esto significa que es cara, y me dicen que no hay presupuesto para contratar a más. Y en la última expedición nos mataron a cuatro. Eran agentes de Policía que nos había cedido Villadiego. Tipos duros, con pistolas propias, que sabían utilizarlas, y sabían conducir. Eran caros, pero no es fácil encontrar a gente que se vea capaz de llevar un camión, por la

noche, hasta la Costa Brava. Y los mataron. Villadiego se puso hecho una fiera. Ha tenido problemas con sus superiores y con las familias de los guardias, por una desaparición tan repentina. Se ha inventado que se fueron los cuatro para luchar a la guerra europea como voluntarios, pero esto no se lo cree nadie…

—Bien, no tenemos dinero, no tenemos hombres, no tenemos camión, no tenemos conductor, pero no hace falta que Julien vaya cómodo, de aquí a la Costa Brava. Iría a caballo, si tuviera uno. Está asustado. Quiere salir de este país como sea. Sabe que los franceses acabarán por encontrarlo, y que lo interrogarán y lo torturarán hasta sacarle todo lo que sabe, que es mucho…

Herr Helmut tiene que resistirse:

—¿No se le ocurre que nosotros también lo vamos a interrogar y lo vamos a torturar, si hace falta, hasta sacarle, por ejemplo, todo lo que sabe sobre la Operación Scaramouche?

—¿A qué viene esto, ahora? Julien trabaja para nosotros. Es el responsable de casi el setenta por ciento de toda la información que yo he proporcionado. En cuanto llegue a Alemania, sabremos todo lo que él sabe, naturalmente. —La mujer no se puede contener más. No habría llegado donde está si, de vez en cuando, no hubiera sabido descargar un puñetazo sobre la mesa. Ahora fuerza la salida de emergencia, rompe ese cristal que hay que romper en caso de incendio, pega el puntapié en la puerta—: Perdone, Helmut, basta de comedia. Este señor Rojas está a punto de salir del país. ¿Cuándo me ha dicho? ¿Mañana? ¿Mañana por la noche? Pues eso significa que Julien puede salir mañana, con él, en el mismo vehículo. Julien no ocupa mucho espacio.

Rubén Rojas la corta con un tono de voz más seco que el utilizado hasta el momento.

—No me gustaría compartir mi vehículo con un desconocido. Pedí un escolta y no me lo pueden proporcionar. Y ya ha visto que soy desconfiado.

—Los espías tenemos que ser desconfiados —le suelta Frau Spatz, para demostrar que sabe perfectamente con quién está hablando. Y, para que quede más claro, continúa hablando en alemán—: Pero es imperativo que Julien salga del país inmediatamente. Dígaselo, Herr Helmut.

El hombre del monóculo no sabe cómo reaccionar. Respeta muchísimo al maestro de espías, y no quiere contrariarlo. Responde con una prudencia tan agarrotada que podría confundirse con el miedo.

—Frau Spatz: yo no conozco a su Julien.

La mujer se escandaliza. Pero ¿cómo puede decir esto este imbécil?

—Pues claro que lo conoce. Se llama Xavier Rutllana. Lo conoce perfectamente. Trabaja para nosotros y todos los periódicos lo han delatado. Incluso ha salido en las multitudes de Opisso. Todo el mundo sabe que es un espía de los nuestros.

Rubén Rojas se pone en pie y da un paso hacia la mujer.

—Me gustan las mujeres que hablan como usted. Me dan miedo, pero me gustan. —Frau Spatz lo mira directamente a las gafas y sonríe complaciente—. Pero ¿sabe qué es lo que no me gusta de usted? Que no sabemos quién es, ni de dónde sale.

—Bueno, yo tampoco sé quién es usted ni de dónde sale. Hay profesiones que exigen mucha discreción por cuestiones de seguridad. Fíjese, por ejemplo, en Fräulein Von Zelle, la famosa Mata-Hari. Iba por el mundo exhibiéndose, literalmente, y solo le faltaba llevar una pancarta que dijera «Soy espía»… El solo hecho de saberse famosa ya era un error catastrófico.

Al maestro de espías le gusta Frau Spatz. Sonríe, subyugado.

—¿Usted es discípula de Fräulein Doktor, como Mata-Hari?

Frau Spatz se limita a responder con una sonrisa amable. Y mira a Herr Helmut, y a Hermann Oslo, y a Rubén Rojas, esperando una respuesta.

—Yo no conozco a su amigo Julien. —Rojas habla en alemán como quien se quita una máscara—. Si tengo que compartir mi vehículo, necesito una garantía. Un control. Un escolta armado.

Frau Spatz deduce que, cuando ha llegado, ha interrumpido una discusión referente al escolta. Es la segunda vez que el Doktor Bambú lo menciona.

Entonces, interviene Hermann Oslo, el hombre de cabellos dorados, héroe wagneriano con demasiados años y kilos de más:

—Hay una persona —se le acaba de ocurrir, no sabe si es una buena idea ni si es oportuna—. Una persona que ha hecho algunos

trabajos para nosotros y que podría mantener a raya a Xavier Rutllana con toda seguridad durante el trayecto hasta la Costa Brava. Es el enemigo número uno de Rutllana. Cuando hablas de Rutllana, el primer nombre que te viene a la cabeza, como cruz de la moneda, es Caracaballo.

—¿Caracaballo? —Rubén Rojas levanta una ceja.

—Caracaballo. Algo así como «Pferdegesicht». Se llama Abelardo Zapata.

—Eso es ridículo, por favor —protesta Frau Spatz.

—Un obrero anarquista que trabajaba en los astilleros de Rutllana, que fue despedido y se ha puesto al frente de las protestas obreras del puerto de Barcelona. Algunas veces ha hecho trabajos de pistola.

—Caracaballo matará a Xavier Rutllana en cuanto lo vea, no lo dude ni por un momento, lo matará y con mucho de gusto.

—Si necesitamos a alguien para proteger al señor Rojas de la persona que tendrá más cerca, que es Xavier Rutllana, estoy seguro de que Caracaballo sería su escolta ideal.

—Caracaballo matará a Rutllana en cuanto lo vea, con cualquier pretexto.

—Si Caracaballo viaja con usted, Doktor Bambú, puede estar seguro de que nadie le hará ningún daño, y menos que nadie Xavier Rutllana. Si Rutllana levanta el culo del asiento, puede estar seguro de que Caracaballo lo matará.

—Pero ¿por qué desconfían de Julien? Es Julien. Mi principal colaborador. Y está herido. Herido, ¿es que no lo entienden? Ahora mismo no puede ni levantarse de la cama.

—¿No puede ni levantarse de la cama pero podría ir hasta la Costa Brava a caballo? —interviene el Doktor Bambú, con ironía destructiva. Frau Spatz calla y el maestro de espías, con la determinación de un juez, sentencia—: Me gusta oír que mi escolta estará dispuesto a matar a quien pueda amenazarme. —Queda claro: él quería un escolta y, si le dan un escolta, está dispuesto a transigir. Casi recrimina a Hermann Oslo—: ¿Cómo es que no se le había ocurrido antes?

—Porque antes nadie había mencionado al señor Rutllana. Cuando se habla de Rutllana, enseguida te viene a la cabeza el

nombre de Caracaballo.

—Interpreto que, para conseguir un buen escolta —Rubén Rojas se vuelve hacia la mujer con especial deferencia, como si le estuviera haciendo un favor muy especial—, tendré que aceptar la compañía de ese Julien Ruyana, o como se llame.

Frau Spatz corresponde a la reverencia con otra un poco burlona.

—Bueno, entonces estamos de acuerdo —dice Herr Helmut, con un suspiro que demuestra que se ha quitado un buen peso de encima—. ¿Dónde tenemos que ir a buscar a su querido Julien?

—No tienen que ir a buscarlo a ninguna parte. Yo se lo llevaré. El señor Rutllana es propietario de un Hispano-Suiza blanco muy vistoso. Yo les diré dónde pueden encontrar ese Hispano-Suiza y en su interior estará el señor Rutllana.

La sonrisa de agresividad contenida se amplía y los ojitos inexpresivos detrás de las gafas se vuelven un poco arrogantes.

—La verdad —dice en alemán— es que me gustaría charlar un rato con usted, Frau Spatz. ¿Podría tener el placer de cenar con usted, esta noche?

El mundo se detiene unos segundos, y Herr Helmut permanece suspendido de un suspiro, muy atento a la respuesta de la mujer y a la reacción de Rojas y a cualquier catástrofe que se pueda producir a continuación.

—Me temo que debo atender a mi paciente —responde Frau Spatz, con la mejor de las sonrisas—, para que mañana esté en condiciones de efectuar el viaje. Señores, les ruego que me disculpen.

Sale del despacho, baja con cierta dificultad las escaleras metálicas, entorpecida por la falda tan larga y estrecha, acepta la mano amable de un mecánico que le ofrece ayuda para los últimos peldaños, y sale a la calle donde está aguardando el automóvil de plaza.

Le pide que la lleve al hotel Colón. Tiene que hablar por teléfono.

Utiliza el servicio público del vestíbulo para llamar a la carpintería de la calle Tamarit.

—Soy Caramba —dice con actitud de Caramba—. La expedición

a la base submarina sale mañana por la noche.

Monsieur Boureville, al otro lado, tarda en responder.

—¿Mañana? Pero no estamos preparados.

—Pues espabilen. Tienen que estar preparados. Mañana por la noche.

—Pero todavía no hemos localizado al Equipo Cat. Todavía no saben nada. No tenemos gente.

—Mañana por la noche deben estar en aquella encrucijada, en la Costa Brava, a quince minutos de todas partes, a punto para actuar en cuanto conozcan la ubicación exacta del Enklave Zero.

—¿No me ha oído? No tenemos al Equipo Cat.

—Movilicen a todos los que tenemos a mano: Théo y Sablon.

—Bueno, bien por Théo. Sablon está escondido desde que supimos que lo tenían localizado en una pensión de la calle Conde del Asalto.

—Pero podrá salir del escondite.

—Si no queda más remedio…

—No queda más remedio. ¿Y los escorpiones? Los hermanos Soler, el Triste. El Triste es muy bueno. En la Borda de Rigall actuaron a la perfección.

—Son cinco personas…

—Cuatro, porque los hermanos Soler solo es uno.

—Bueno: hay un grupo de alemanes desertores que están deseando entrar en acción.

—¿Alemanes para luchar contra alemanes? No me fío.

—No me fío —la imita Boureville, burlón y exasperado—. Pues si no encontramos al Equipo Cat, tendremos que recurrir a quien sea.

—Espabilen. Hay mucha gente con ganas de tirar tiros por las calles.

—Vamos cortos de presupuesto…

—¡Vamos, hombre! ¡Todo el mundo dice lo mismo! Supongo que sigue en pie lo de las bombas de mano y la ametralladora Browning M…

—Bueno…

—Estupendo. Entiendo que «Bueno» es un sí. Gracias —dice la *vamp* antes de colgar el tubo acústico.

31

CREER O NO CREER

—Pero, Marsa, tú no puedes estar seguro de que los alemanes mataron al farero y a su familia —decía Todoseguido, insoportable, por enésima vez.

—Sí que estoy seguro, sí, sí que lo estoy. No sé cómo quieres que te lo diga.

—Tú no estabas. Y los alemanes tampoco estaban, porque cuando vinimos aquí, no había alemanes.

—No le des más vueltas, Todoseguido. Si no quieres creerlo, no lo creas. Piensa en otra cosa.

—Es que es muy fuerte lo que dices, Marsa. ¿Tú qué crees? ¿Que vinieron aquí unos alemanes y, venga, se cargaron a toda una familia?

—No creo nada.

—No crees nada.

—No creo nada.

—Tú eres un descreído, ¿verdad, Marsa? Quiero decir: tú no crees en Dios, ¿verdad?

El Marsa y Todoseguido hacían guardia en lo alto de la Cresta. Sobre sus cabezas, el vértigo de un cielo azul, infinito y lejano, donde reinaba sin filtros un sol ardiente y apabullante. El mar estaba tan manso y dormido que, desde la cima del acantilado, podía oírse el rumor de las voces y las risas del capitán Salanova y los dos alemanes que estaban en cala Cañas, al pie del acantilado.

Ni una sombra.

Los dos chicos se habían quitado la guerrera y, con los torsos desnudos, se fundían como la mantequilla.

—¿Me has oído? ¿Crees en Dios o no crees en Dios?

—No lo sé. Es un tema que no me interesa.

—¿Cómo que no te interesa? ¡Estamos hablando de Dios!

—Dios existirá o no existirá tanto si yo creo en él como si no

creo. O sea, que da igual que yo crea, o que no crea.

—¿Cómo que da igual? Si no crees, no lo adorarás.

—Pero ¿a ti te parece que a Dios, si es que existe, le importa poco ni mucho que yo lo adore o deje de adorarlo? ¿El Creador del Cielo y de la Tierra, omnipotente, omnisciente y toda la pesca, estará pendiente de que yo me arrodille y clave la frente en el suelo? ¿Te lo puedes creer? ¿Qué clase de Dios es ese?

—O sea que, si no crees en Dios, tú no tienes… O sea, a ti te dicen que te cargues a toda la familia del farero y te la cargas.

—Yo qué coño me voy a cargar.

—Ah, si no crees en Dios… El señor rector de Sant Pau dice que, si Dios no existiera, todo estaría permitido.

Todoseguido preguntaba y preguntaba.

El Marsa estaba harto de las preguntas y de las obsesiones de Todoseguido. Él también estaba obsesionado, pero ya no quería hablar más, porque el Cabra se reía y lo ridiculizaba, y Miquel ya no le parecía una persona de confianza.

—Si Dios no existiera, ¿todo estaría permitido?

—Esto es lo que dice el señor rector. Y es verdad, ¿no te parece?

—¿O sea que Dios solo existe para prohibir?

—Para prohibir que se hagan cosas malas, claro. Si no hay un Cielo y no hay un Infierno, pues todos haríamos… cualquier cosa, ¿no?

—Mira: yo procuro no hacerle daño a nadie porque no me gusta que la gente lo pase mal, y punto. No sé si puedes entenderlo. En cambio, este Dios del que hablas, si es que existe, te hace nacer rico o te hace nacer pobre, y permite que los pobres se mueran de hambre y que los ricos se lo pasen la mar de bien. No veo que tu Dios sea una persona tan compasiva.

—Pero ¿qué dices? Pero ¿qué dices? Tú eres un ateo, un descreído, un anticristiano.

—Mira, no me marees.

—Pero ¿tú crees que mataron a toda esta gente, aquí, en el faro?

—Que no me marees, te digo.

—Pero ¿cómo piensas que pudieron hacerlo?

El Marsa no se había planteado cómo lo habían hecho, pero estaba convencido de que la guerra europea había irrumpido un

mal día en el faro de Ixent y había acabado con los Pallarès. Sabía muchas más cosas de aquella familia, porque en cuanto tenía un rato libre se introducía en medio de aquel mobiliario cubierto de sábanas y revolvía cajones y cajas y baúles. Había encontrado el mantel y las servilletas nuevos, y sábanas de matrimonio manchadas de semen, y la ropa de los domingos, y la estatua de la Virgen a la que rezaba María, tan devota. Y la cubertería, y la vajilla cuarteada con platos de diferentes formas y decoraciones. Y sombreros de hombre aplastados, y cuellos de camisa sucios y sin almidonar, y un paraguas. Escondido entre ropa interior de jovencita, había encontrado el diario de Elisa, que estaba muy enamorada de un compañero suyo del colegio de Sant Pau, tan enamorada que se retrataba a sí misma como una mala mujer, pecadora repugnante envenenada por malos pensamientos. Rezaba mucho y, de vez en cuando, en sus papeles, dibujaba torpemente el rostro de un hombre de pómulos angulosos, ojos orientales y espesa mata de rizos, y luego lo tachaba con tanta violencia que cortaba el papel. También dibujaba corazones, y flores, y vírgenes. Pegado debajo de un cajón, el Marsa había encontrado un sobre que contenía siete postales que representaban a mujeres desnudas, o medio desnudas, que se besaban con hombres, o brindaban con hombres, o estaban solas y se tocaban la entrepierna. La madre, María, no conocía la existencia de esta fuente de pecado, pero la sospechaba y hablaba de ello a su hermana, a través de una correspondencia que mantenía con frecuencia. El Marsa no podía leer lo que decía María, pero lo deducía de las respuestas de Úrsula, la hermana que vivía en Barcelona y que no aprobaba ni nunca había aprobado el comportamiento de su cuñado. Descreída e irreverente, en cada carta aconsejaba a María que abandonara a Joan de una vez por todas y se fuera con los niños (Elisa y Pere) a construirse una nueva vida en la capital. María, muy religiosa, se defendía con jaculatorias y frases apocalípticas: «Dios nos unió en la Tierra y solo Dios deshará esta unión cuando me llame con Él al Cielo», y Úrsula le decía: «No digas tonterías, que te gusta leer lo que te pongo». María sufría por la salud espiritual de su hijo, «que me parece que peca en solitario», y la otra replicaba: «Deja que haga, que ya tiene la edad», y María: «Sufro por Pere porque me

parece que va con una mala compañía que lo puede pudrir, pero Joan me dice que veo visiones, que estoy loca y que el amigo en cuestión es una buena persona».

El Marsa buscaba más papeles e indicios para averiguar cuáles eran los supuestos defectos de Joan Pallarès, pero todavía no había encontrado ninguna referencia. Solo que, según Úrsula, «era un solitario, asocial y antipático».

Cuantas más cosas sabía de la familia Pallarès, más se enfurecía contra los alemanes que habían ocupado el faro. Un mal día, o una noche nefasta, el infierno había irrumpido en aquella casa y había acabado de súbito con amores, arrepentimientos, risas, lágrimas, buena cocina, coitos ocasionales, o coitos soñados, vidas inocentes e ingenuas, y las garras profanadoras habían arrinconado todos aquellos objetos, aquellas palabras, aquellos sueños, en la pocilga, y los habían cubierto con sudarios. El Marsa odiaba a aquellos dos especímenes atléticos y bellos que los manipulaban, y también odiaba al viscoso capitán Salanova.

Huyendo de las preguntas persistentes y sordas de Todoseguido, descendió unos metros por el torrente, buscando sombra entre las rocas. Allí le llegaba más nítida la conversación de los alemanes que, en cala Cañas, donde desembocaba aquel cauce seco, estaban tomando el sol, bebían cerveza relajados y, de vez en cuando, se daban un chapuzón en las aguas mediterráneas.

«Mientras tanto, sus colegas pringan en las trincheras.»

—Oye, yo le digo a Thomas —oía en aquel castellano masticado — que tú cobrabas de los aliados, ¿no? *Ist es nicht?*

—Y cobro —respondía Salanova—. Todavía cobro.

—Los ingleses y los franceses, ¿verdad?

—Sí, señor. Cobro de los ingleses y de los franceses.

—Pero algunos no sabían que otros te pagaban, ¿verdad? Los ingleses no sabían que los franceses…

—No, señor.

—Y los franceses no sabían que los ingleses también…

—No lo saben. Porque todavía me pagan. Seiscientas pesetas al mes. Trescientas los franceses y trescientas los ingleses.

—Pero ¿a cambio de qué? ¿A cambio de información?

—Tranquilo, Fritz, que no les digo nada que vosotros no queráis

que sepan. ¿Cuántos barcos han hundido vuestros submarinos desde que existe Enklave Zero? ¿Y cuántas veces os ha estorbado el enemigo? Cada día que pasa sin que vengan a desmontaros este negocio habla en mi favor.

—Seiscientas pesetas al mes —repetía el alemán, maravillado. Y se lo trasladaba a su compañero—: *Sechshundert Peseten im Monat.* —Volvía al castellano—: Más las mil quinientas pesetas mensuales que te pagamos nosotros. Cuando acabe esta guerra, serás rico, Salanova. —Y otra vez al alemán—: *Ich sage Ihnen, dass Salanova reich sein wird, wenn dieser Krieg vorbei ist.*

—*Unendlich reich* . —Thomas von Holtz estaba de acuerdo con él.

Estallaban en carcajadas sardónicas, fascinados por la absoluta carencia de ética del capitán de Carabineros, escandalizándose de lo que interpretaban como típico carácter meridional.

El Marsa, acurrucado entre las piedras del torrente, apretaba los dientes y suspiraba por la nariz, cada vez más ahogado por el odio.

32

EN EL CLÍNICO

Quien entra ahora en la comisaría de las Atarazanas no es el Tarugo. Es Jorge Moreno Soriano. No le tiemblan las manos, el traje parece que le sienta mejor, va peinado, como más limpio, la espalda erguida, brazos y manos razonablemente controlados, más orgulloso de ser como es. Todos continúan llamándolo Tarugo, por la fuerza de la costumbre, pero hoy deberían llamarlo don Jorge.

—Coño, Tarugo, qué buena pinta.

—¿Qué te ha pasao?

—¿Qué te has hecho?

—Te está esperando un amigo. Ahí afuera.

—¿Un amigo mío?

—Debe de ser muy amigo, porque ha preguntado por el Tarugo: «Un policía al que llaman Tarugo». Le he dicho: «Coño, qué familiaridades. Debéis de ser muy amigos». Está en la sala de espera.

Sí, al entrar y pasar por la sala de espera, don Jorge el Tarugo ha visto que había un hombre bien vestido. Se han mirado, el uno al otro, pero no se conocían y el policía ha pasado de largo. En el mismo banco que el dandi, había un grupo de personas que llamaba más la atención. Una señora, dos niños y un abogado habitual de la casa.

—¿De dónde vienes, tan espabilao?

—Del Clínico. Me he pasado todo el día en el Clínico.

—Joder, ya se nota. Te habrás ventilado todas las existencias de cocaína, ¿no? Porque hoy estás como nunca.

—Lo llaman «prescripción facultativa». Esto lo recetan los médicos, por si no lo sabéis. Lo venden en las farmacias. Es una medicina. Las medicinas curan, y hoy estoy curao, que no os enteráis.

—Uy, «estoy curao». Hoy, si te vas al Paralelo, te las llevas a

todas.

—Hoy tengo trabajo —dice el recién llegado, mientras ocupa su mesa y se acerca unos cuantos folios, el tintero y la pluma—. Muchos datos para informar.

—¿No vendrás con Villadiego? Está reuniendo a la brigada para ir a detener a un tío.

—Que no cuente conmigo.

El Tarugo abre la libreta de bolsillo donde ha ido tomando notas todo el día. A primera hora de la mañana, se ha enterado de que en el Clínico había sido ingresado de madrugada el señor Xavier Rutllana con herida de bala. Con su flamante Berliet, envidia de sus compañeros, se ha trasladado al hospital. Cualquier pretexto es bueno para darse una vuelta por allí. Siempre acabas encontrando a un doctor que se compadece de ti.

Le ha costado un poco localizar al médico que estaba de guardia la noche de los hechos. El doctor Moles, con quien ha estado hablado un buen rato. De la herida de Rutllana y de la manera como unos desconocidos lo dejaron en la garita de la entrada, pero también de la necesidad que tienen algunas personas de tomar cocaína de vez en cuando. El facultativo era de los comprensivos. Enseguida ha sabido interpretar el sufrimiento inconfesable que hacía del Tarugo una especie de signo de interrogación de cierre. Piernas enroscadas, un pie pisando el otro, y las manos retorcidas como si se hubieran interrumpido en una postura de flamenco, tocándose la oreja, frotándose la nuca, alisándose el pelo, tapándose la boca. Le ha proporcionado al policía lo que necesitaba para recuperar la normalidad y unas cuantas dosis más para paliar los síntomas de la enfermedad en los próximos días. Además, el doctor Moles le ha explicado que la herida de Rutllana fue causada a bocajarro y que la bala quedó alojada en el músculo pectoral, debajo de la clavícula izquierda. Se la extrajeron sin mucha complicación y dejaron al señor Rutllana reponiéndose de la intervención en una habitación del primer piso. Cuatro o cinco horas después, aún de madrugada, como a las cinco y media, una enfermera pasó a ver cómo estaba y el paciente había desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Sí, sí, desaparecido.

Ha sido este detalle, junto con el hecho de que el Tarugo se encontraba a gusto en el hospital y no tenía ninguna gana de regresar a la comisaría para someterse a las bromas de Villadiego, lo que ha motivado que el policía se quedara allí formulando preguntas a unos y otros, «¿Cómo es posible que uno de sus pacientes se largue y nadie se haya dado cuenta?», que comiera en una fonda cercana y regresara por la tarde.

Algunos de los enfermos del segundo piso habían oído el disparo. En un descampado que se divisaba perfectamente desde las ventanas de arriba, una señora llamada Dalia había podido ver, inmediatamente después de la detonación, dos coches, un pequeño Ford T y un espléndido Fiat Cero.

—Veo que entiende mucho de automóviles —le ha dicho el Tarugo, para poner a prueba su credibilidad.

La mujer le ha dicho que su marido tiene un taller de reparación de automóviles y ella lo ayuda a llevar la contabilidad, y por eso entiende de marcas. Ha visto que dos hombres corpulentos transportaban al herido al hospital. No sabría identificarlos, claro, porque hay mucha distancia, pero…

—¿Pero?

Pero la noche fue muy larga. No ha podido descansar, preocupada por la enfermedad del marido. Y, de madrugada, mirando por la ventana, vio que llegaba de nuevo aquel Fiat Cero, y aparcaba junto al Ford T, que continuaba donde lo habían dejado horas antes. Del Fiat Cero bajaron aquellos dos hombres, los mismos que habían trasladado al herido al hospital, y se dirigieron al interior del edificio.

—¿Seguro que era el mismo Fiat Cero?

—No hay tantos. Y era bicolor, de los mismos colores. Y los hombres eran muy parecidos a los otros. Corpulentos, los sombreros y los trajes del mismo color que los otros… Conduciendo el mismo coche…

—¿Y? ¿Qué más?

—Salieron del Clínico llevando al herido, al hombre de antes.

—¿Los mismos que lo habían metido dentro?

—Sí. Y lo metieron en el Fiat Cero y se lo llevaron. Los mismos que le habían disparado.

El Tarugo está muy concentrado, escribiendo su informe, cuando percibe una presencia frente a él, al otro lado del escritorio. Levanta la vista y se encuentra con el joven bien vestido que estaba en la sala de espera.

Es un joven de aspecto demasiado tosco para las ropas que lleva. Ojos grandes en un rostro que parece tallado en madera, de pómulos y mandíbulas angulosos y afilados, y cabellos indóciles, rígidos como púas de erizo, con unas cuantas canas prematuras.

¿Cómo es que nadie le ha cerrado el paso?

El Tarugo descubre que sus compañeros han abandonado las mesas. Están reunidos en el despacho del fondo, donde Villadiego les da las últimas instrucciones con sus gritos habituales.

—¡Vivo! ¿Entendéis esta palabra? ¡Vivo! Para poder traerlo aquí, partirle un par de huesos y hacerle una sola pregunta. ¿Queda entendido?

—Mire: me he cansado de esperar y solo quiero decirle una cosa.

El policía está empezando a levantarse para cantar las cuarenta al muchacho cuando se fija en lo que tiene en la mano y le está mostrando. Un papelón sucio donde se puede leer «Señor Rullana: soi Tarugo. Espere una hora para salir. Estaremos vigilando la calle».

—He pensado que a lo mejor a su jefe le gustaría saber de dónde he sacado este papel. —El Tarugo abre la boca y lanza un zarpazo para atrapar la nota, pero el joven extraño es más rápido—. A mí su jefe no me va a hacer nada, porque no me buscaba a mí.

El policía, desesperado, mira a un lado y a otro, comprobando que nadie los está mirando.

—Pero cómo, cómo, cómo…

—Yo era el que estaba en la carbonera.

El Tarugo se pone en pie, dispuesto a recurrir a los puños, si es preciso, pero consciente de que no le conviene en absoluto montar una escena.

—No se ponga nervioso —continúa el joven, impertérrito y dominando la situación—. Yo tampoco quiero que le hagan daño a Xavier. Solo voy a pedirle una cosa: cuando sepa dónde puedo encontrarlo, llámeme al hotel Regina. Me llamo Amadeu y estoy en la habitación 211. ¿Se acordará? Apúnteselo. —Mientras el policía

coge la pluma, la moja en el tintero y se apunta los datos, Amadeu se los recuerda—: Hotel Regina, Amadeu, habitación 211. Si averigua dónde está Xavier Rutllana, yo tengo que ser el primero en saberlo. No quiero que le hagan daño. Y usted tampoco, ¿verdad?

—Xavier Rutllana siempre se ha portado bien conmigo —dice el policía, buscando la complicidad del otro y doblando el papel para que nadie pueda ver las cuatro palabras y el número.

—Los dos queremos lo mismo, ¿verdad?

—Los dos queremos lo mismo —certifica el Tarugo—. Somos amigos del señor Rutllana. Los amigos de nuestros amigos son nuestros amigos, ¿verdad?

Los miembros de la brigada salen del despacho en tropel, alrededor de la figura imponente del inspector Villadiego, que viene rugiendo.

—¡Tarugo! ¡Vamos, que ya hemos localizado al chófer!

Amadeu vuelve la cabeza instintivamente hacia el que acaba de hablar. «Hemos localizado al chófer.» Por fin puede ver al hombre de los ladridos que da tanto miedo. Es un ogro de cuento, con ojos de sapo encendidos de ira y maldad, un cuerpo enorme y unos brazos como jamones terminados en manos peligrosas como gatos furiosos. Si él es el Cristo de la procesión, los cinco policías que lo acompañan son los monaguillos, que avanzan distraídos y, cuando el primero se detiene, acaban chocando unos con otros. Son muy distintos, pero de la misma casta. Mal afeitados, antipáticos, bruscos, desgarbados, disfrazados de personas decentes pero con las corbatas flojas y los zapatos sucios. Los conocen como Rafael Rafa, Francisco Paco, José Pepe, Benito Nito y Adolfo el Golfo porque su jefe se considera muy gracioso.

El Tarugo se ha puesto en pie de un brinco, como siempre que su jefe ladra su nombre, y corre a su encuentro probablemente con la intención de crear una barrera que su visitante no pueda cruzar.

—No, no, espere, jefe. En el hospital Clínico he descubierto algo muy raro, muy raro, relacionado con el Rutllana. Ahora estoy escribiendo el informe.

Villadiego echa una ojeada hacia el joven que estaba hablando con su subordinado, y este imagina que se estará preguntando «¿Quién es ese?», y vuelve el temblor a sus manos. La ansiedad, la

estructura que se hunde. Se estremece de pies a cabeza cuando el jefe emite aquella risa sucia y amarga que siempre lo acompaña:

—¡Se llama «muerte», Tarugo! Esa cosa rara relacionada con Rutllana se llama «muerte». ¡Ahora vamos a buscar a su chófer y le voy a meter la mano en la boca, lo agarraré de la lengua y tiraré de ella hasta sacarle el estómago y las tripas, y el sitio donde se esconde su amo! Si quieres verlo, ven con nosotros. Si no, quédate escribiendo como un chupatintas.

El inspector tiene prisa por atrapar a Roc Salazar y ya se dirige a la puerta, seguido por los cinco agentes que también parecen impacientes. Pero en la sala de espera, la brigada tropieza con una barrera formada por una mujer, dos niños y un abogado muy serio.

Es la esposa de uno de los cuatro policías que se fueron a una misión secreta y nunca más han regresado. Piden explicaciones. El inspector Villadiego se detiene, enseña las palmas de las manos para contener la acometida, «Ahora no es el momento».

El abogado insiste.

Cuando el Tarugo vuelve a su escritorio, el visitante ya no está. Y el pedazo de papel tampoco.

33

ROC

Al atardecer, cuando ya se había escondido el sol tras las casas pero todavía no se habían encendido las farolas, Amadeu se ha abierto paso entre los controles policiales y los pelotones del Ejército que controlan la plaza de Cataluña hasta llegar a los automóviles de plaza que esperan estoicos en la parada, entre el griterío de los obreros que, desde la esquina del paseo de Gracia y la ronda de San Pedro, insultan a los uniformados y a la gente bien vestida que se dispone a alquilar un vehículo.

—¡Burgueses! ¡Usad un tranvía, que lo quemaremos cuando estéis dentro!

Llevaba anotados los datos que había obtenido por teléfono:

—Quiero ir a una taberna que se llama Font Trobada. ¿La conoce?

—Claro que la conozco —ha dicho el taxista, después de conectar el taxímetro y presumiendo de buen profesional—. Está en el Poble Sech, al final de la calle Conde del Asalto, al otro lado del Paralelo. De hecho, es una fuente, de agua muy buena, que encontraron no hace mucho. Allí montaron una taberna. ¿Usted es gallego?

—¿Gallego, yo? No.

—Esa taberna es el centro de reunión de todos los gallegos de Barcelona, por no decir de Cataluña. Allí, el 25 de julio, celebran el Día de Santiago Apóstol. Tocan la gaita… Está bien porque allí respiras aire fresco, lejos del humo de los coches y de las fábricas. —Luego, ha continuado con el tema del conflicto social—: Qué jaleo, con los obreros, ¿lo ha visto? Se está organizando una y buena.

Mientras bajaban por las Ramblas, Amadeu se decía, pesimista, que no lo iba a conseguir. Nunca podría encontrar a Xavier antes que la Policía. Ellos eran especialistas en buscar a personas,

localizarlas y detenerlas; muy numerosos y entrenados para hacerlo, y él estaba solo en una ciudad desconocida. Estos pensamientos desanimados han acabado generando una idea nueva y mejor.

—Un momento, escuche —le ha dicho al conductor—. No tuerza ahora por la calle Conde del Asalto, siga recto. Hasta el cuartel de las Atarazanas, y suba por allí hacia el Paralelo…

—Pero damos más vuelta.

—Es que quiero que me deje al principio del Paralelo, a la derecha, donde está la comisaría de Policía.

Ha pensado en localizar al Tarugo que le ha dejado el mensaje cuando se escondía en la carbonera. Lo ha estado esperando un rato y, al final, ha podido decirle: «Cuando sepa dónde puedo encontrar a Xavier Rutllana, llámeme al hotel Regina, me llamo Amadeu y estoy en la habitación 211». También ha podido ver el aspecto que tiene el terrible Villadiego, y sus cinco patibularios incondicionales, y le ha oído decir que «¡Hemos localizado al chófer! ¡Le voy a meter la mano en la boca y…!».

Como ya había dicho todo lo que quería decir y ya nada lo retenía allí, Amadeu se ha metido la nota del «Soi Tarugo» en el bolsillo, se ha dirigido a la puerta, se ha escabullido por el pasillo hasta la sala de espera y ha bajado las escaleras, y ahora se encuentra de nuevo en el Paralelo, delante de la taberna que da nombre a la avenida.

Ya es de noche. A la derecha, más allá de la mole ahora oscura de la Canadiense y las esbeltas tres chimeneas, ya brillan las luces de los teatros y del eterno Café Español.

No ve ningún taxi. Son muchos los coches que circulan a toda velocidad hacia la zona de la jarana, pero no localiza ninguno disponible. Amadeu piensa que deberían tener un distintivo, un color, una señal. Levanta la mano al azar, por si acaso alguno de los vehículos es de plaza, pero nadie le hace caso.

No puede perder ni un segundo más. Tiene que avisar a Roc de que la Policía va a por él. Ya conoce lo bastante bien la zona como para saber que la calle Conde del Asalto no está lejos, no más de cuatro travesías más allá.

Con paso vivo, llega a la zona de los teatros, de las risas, de las expectativas de noches locas, y la multitud que se ha echado a la

calle le parece ahora una barrera entre él y su objetivo, cada persona un obstáculo en contra. Allí se pone a correr, atraviesa la inmensa avenida, esquivando tranvías, bicicletas y coches, y enfila la calle Conde del Asalto arriba, que se va volviendo oscuro, más tranquilo y un poco hostil. Casas de no más de dos o tres pisos, ropa tendida, sillas en la estrecha acera donde algunas vecinas pegan la hebra bajo la luz insegura y cobriza de las farolas, alguna taberna familiar y modesta, la bodega donde venden vino a granel, un tablao desconocido, quizá peña taurina.

El estrépito de dos motores calle arriba rompe la quietud, sobresalta a las vecinas, desconcierta al barrio.

Amadeu aumenta el ritmo de sus zancadas y jadea por el esfuerzo.

Dos coches pasan por su lado como una exhalación, vistos y no vistos, como un meteorito, y se pierden calle arriba.

Amadeu reza: «Por favor, por favor, por favor».

Se detienen unos cien metros más arriba, en una especie de plaza iluminada por un establecimiento de grandes puertas abiertas.

Ve movimiento alrededor de los coches que los policías dejan en medio de la calle y con las puertas abiertas, y puede adivinar lo que está pasando y que luego le contarán.

Roc los ha visto llegar desde el balcón. No podía ser de otro modo, con el estruendo que han organizado los dos automóviles. Tendría que haber supuesto que lo buscarían, y lo encontrarían, y está con su mujer y tres niños, sabe cómo las gasta la Policía, sabe quién es Villadiego porque conoció a su mujer, y no quiere que se vengue en su familia. De manera que coge su revólver y sale al rellano de la escalera en el momento en que, dos pisos más abajo, irrumpen en el zaguán los seis hombres como una estampida de bueyes.

—¡Quietos, quietos, quietos! —aúlla—. Fuera de mi casa.

Dispara el revólver por el hueco de la escalera.

Los policías gritan, se dispersan en un espacio muy reducido, tropiezan unos con otros. Rafael Rafa y Francisco Paco salen abrazados y tambaleándose a la calle, uno de ellos herido. Los otros replican al fuego, de abajo arriba. Villadiego gritando «¡No lo matéis!, ¡No lo matéis!».

Demasiado tarde. Por el hueco de la escalera cae un revólver Rast & Gasser austríaco, del mismo modelo que están usando los soldados del káiser en los campos de Francia. Se estampa contra el suelo, se rompe en pedazos y cada una de sus piezas salta en una dirección distinta, como con ganas de golpear a los agresores.

El inspector Villadiego exclama «¡No me jodas!», y enseguida se oye el ruido de un bulto muy pesado rodando escaleras abajo, entre el tercero y el segundo piso.

—¡No me jodas! —Un instante de silencio, para comprobar que se cumplen las peores expectativas, y a continuación—: ¡No me jodas!

Villadiego sube las escaleras con dificultad, lastrado por el exceso de peso, y se detiene cuando ve el cuerpo inerte del hombre larguirucho, de la nariz ganchuda. En el piso de arriba, chilla la mujer, «¡Asesinos!». El policía da media vuelta y baja renegando y cagándose en todo.

Amadeu ha oído el tiroteo a una travesía de distancia. Todo se ha producido muy deprisa. Cuando llega a la plazoleta que hay delante de la taberna de la Font Trobada, la clientela del local ha salido ya a la calle, alborotada, y él se encuentra en medio, anónimo entre la muchedumbre; y la esposa de Roc sale al balcón y chilla: «¡Han matado a mi marido, han matado a Roc!».

La gente murmura:

—¿A quién dice que han matado?

—A Roc, el del número 29. Ha sido la Policía.

—¡Asesinos!

El grito se extiende, «¡Asesinos!, ¡asesinos!, ¡asesinos!», porque este es un barrio obrero y los obreros saben que la Policía es enemiga. «¡Sicarios del capital!», berrea uno para que todo el mundo lo tenga claro.

Amadeu afloja sus músculos y se deja caer en una de las sillas de la terraza del bar. Sobre la mesa, hay un vaso de cerveza medio vacío. Lo coge y bebe todo el líquido de golpe.

Se siente desolado. No sabe exactamente qué pretendía hacer, con Roc, llegando antes que la Policía. No sabe qué le habría dicho, no habría tenido tiempo de explicarle nada y, si Roc hubiera sabido dónde se esconde Xavier, tampoco se lo habría dicho, teniendo la

Policía en la puerta. Si Amadeu hubiera llegado antes que la Policía, incluso se habría visto expuesto a los tiros de las armas de los agentes; tal vez en estos momentos estaría muerto.

Perdido en medio de esta ciudad vertiginosa, de este Infierno sorprendente y contradictorio. ¿Dónde van las almas que mueren del dolor causado por los tormentos del Infierno? Las almas del Infierno no mueren. Se acostumbran al dolor, el dolor forma parte esencial de sus vidas hasta que la palabra «dolor» deja de tener sentido porque no hay lugar para el placer en el Infierno…

Amadeu sacude la cabeza, como un perro que sale del agua, y se dice que sí hay lugar para el placer, en este Infierno. Pero ¿qué está diciendo? Él ha descubierto el más suave y dulce de los placeres en este Infierno. Un placer que no existía en el mundo de supuesta santidad que había conocido hasta que llegó aquí.

Se levanta de la silla. Se desprende de la multitud y camina calle Conde del Asalto abajo, dejando atrás las lágrimas, la rabia, los gritos de «¡Asesinos, asesinos, asesinos!», «¡Sicarios del capital!», el cuerpo muerto de Roc, a quien siempre recordará con su bombín, y un Villadiego enfurecido que ladra que no tenían que matarlo, que tenía que decirles dónde se esconde Rutllana, «que ese mierda del Tarugo siempre tiene que meter la pata, joder», con esa especie de risa asmática y odiosa, y sus hombres que no se atreven a decirle que hoy el Tarugo no ha venido.

—Avisad a una ambulancia para este. —Porque Rafael Rafa está herido—. Y tú y Adolfo quedaos a esperar al juez de instrucción para iniciar las diligencias. Le decís que el muerto era un pistolero terrorista, relacionado con la organización de espionaje de Xavier Rutllana.

34

REVELACIÓN

Amadeu baja hacia el Paralelo por un Conde del Asalto oscuro y alborotado, que tiene los ojos fijos en la parte de arriba, donde ha habido tiros, y ahora es un hormiguero exaltado, y hay automóviles que van y vienen. Él le da la espalda, deja todo eso atrás, sorprendido porque parece que no le afecta mucho saber que Roc haya muerto. Si piensa en ello, solo saca la conclusión de que Roc se ha ido y lo ha dejado solo, completamente solo, y eso hace que automáticamente eche de menos a Amanda.

Todo hace que eche de menos a Amanda.

Se dice que Amanda todavía es suya, todavía tiene que pasar por la habitación 211 del hotel Regina, tiene que ir a recoger las joyas que Xavier le ha regalado, las joyas que Roc dejó en recepción. Roc. Roc que ahora está muerto. Roc que conducía el Hispano-Suiza blanco, Roc que siempre se mantenía en un discreto segundo término.

La muerte queda atrás, en la falda de la montaña de Montjuich, y es como un inmenso agujero negro, un abismo que quiere absorber a Amadeu, que parece que lo agarra por el cuello de la chaqueta y tira de él, ansiosa por arrastrarlo hacia la tiniebla de la nada.

Pero él continúa adelante, avanza con todas sus fuerzas y su determinación, huye y, cuando está llegando a la luminaria estrepitosa del Paralelo, se siente enfrentado a un mundo demasiado grande para un hombre insignificante, inexperto y torpe como él. Todavía no ha aprendido a moverse solo por esta locura desabrochada donde todo vale.

Necesita a alguien, necesita a Amanda.

Necesita volver a casa, a Can Rutllana, a un ambiente cálido y confortable donde poder reposar, relajarse y llorar, si hace falta.

En la esquina de la calle Conde del Asalto con Vilá Vilá, de

calzada alfombrada de negro, tuerce a la izquierda porque al fondo le reclaman las luces del Moulin. Pasa por delante de la Pensión Asunción, primer piso, 5 pesetas, y del ropavejero, y del comedor del cubierto a cuatro reales donde comió el primer día de su descenso al Infierno, y llega al refugio.

Sube las escaleras, paga la entrada y se zambulle en la espléndida penumbra. En el escenario iluminado, están actuando Pati y Araceli González, las dos hermanas desvergonzadas que juegan a enseñar los pechos y a tocárselos la una a la otra mientras cantan:

Con una palanca y un punto,
Arquímedes dijo un día:
"Si a mí me dieran yo, al punto,
un mundo descubriría".
Y Sócrates, que era ese punto,
1111
le dijo sin más ni más:
"Pues toma la palanca,
toma la palanca,
y haz."

El público se ríe y corea «*Toma la palanca y haz* » y todo el mundo sabe qué significa «toma la palanca» y se dan codazos y se hacen guiños de complicidad. Y para quien no haya entendido lo que significa la palanca, ya se encargan las hermanas González de dejarlo claro con movimientos explícitos y procaces.

Amadeu se ha quedado plantado en la puerta, paseando la vista por la platea, por las hermanas González sin verlas, buscando ayuda, alguien que se fije en él y lo salve de la soledad.

No ve al camarero hasta que este está a su lado, siempre servicial, con su casaca roja de cordones y botones dorados, con las patillas y los bigotes dibujándole filigranas en las mejillas. Los ojos, que parecen pintados, lo están observando como si pudiera leerle los pensamientos.

—Buenas noches —le dice.

Dice Amadeu:

—Busco a Amanda.

El camarero niega con la cabeza.

—Hoy no la hemos visto por aquí. Y me parece que no va a venir. Hace dos días que no viene a trabajar. Ya sabe cómo es.

Ahora canta Araceli González sola. Es la más pequeña de las dos, y se mueve como una niña, da saltitos y pone la voz muy aguda e ingenua:

Paula tiene unas medias
compradas a los Encantes.
Le llegan hasta Figueras
Y todavía le van grandes.

Y se levanta las faldas para demostrar que realmente lleva unas medias que llegan hasta Figueras.

La platea ríe y aplaude.

Amadeu ya contaba con la ausencia de Amanda, pero, de todas formas, siente que le fallan las piernas y que ha llegado el momento de rendirse. Irse de aquí, abandonar Barcelona, e irse a cualquier parte, perderse por el mundo. Mira al camarero, ¿cómo se llamaba?, Manel, sí, Manel, y está a punto de decirle que acaban de matar a Roc, que acaban de pegarle un tiro, pero no lo hace porque al camarero no le importa nada de lo que le haya pasado a Roc, a él mismo no le importa que lo hayan matado o no, porque este no es su mundo, él no tiene nada que hacer aquí.

Está dando media vuelta para salir, cuando Manel lo retiene sujetándole el brazo:

—Espere —le dice—. Si ha pagado la entrada, tiene derecho a una consumición. —Amadeu lo mira y frunce el ceño, y el otro se le acerca un poco más—: Si me permite un consejo, olvídese de esa pareja. Olvídese de Amanda y del señor Xavier Rutllana. Son muy chics, muy modernos y simpáticos, pero no son buenas personas. No le harán ningún bien. El señor Rutllana va diciendo que le hunden los barcos, que lo están arruinando, que está en las últimas, pero la verdad es que el sistema de seguros marítimos de guerra por cuenta del Estado le está llenando los bolsillos. Le hunden unos cuantos barcos viejos que ya no servían para nada, él aprovecha para

declararse en quiebra y despedir a sus obreros y cobra el ochenta por ciento del valor del buque y de la mercancía que se supone que transportaba. Y digo se supone. Y ahora he oído decir que al señor Rutllana le han pegado un tiro, que casi lo matan, que lo busca la Policía, que no se sabe dónde se esconde…

Amadeu asiente torciendo un poco la cabeza, y Manel corresponde con otro gesto que significa «¿Ve como tengo razón?».

—¿Qué quiere tomar? Vamos. Nos pondremos en una mesa de allí.

Cuando acaba cada actuación, irrumpe en el escenario un individuo muy amanerado con sombrero de copa, que se hace llamar Venancio Gayumbos, de vez en cuando cuenta algún chiste, y que anuncia la siguiente atracción con un grito agudo muy peculiar que gran parte del público corea: «¡Y ahoraaaa…!»

Salen al escenario Las Romanitas, aquel trío de mujeres que cantan «*Como somos tan pobres, / los niños de casa / los hace papá* », «*Firulí, firulà!* ».

Manel conduce a Amadeu hasta una mesa redonda que hay al fondo de la platea, en el rincón más alejado del escenario, y Amadeu se deja llevar, como un niño perdido que hace caso del policía que lo ha encontrado llorando.

Por el camino, Manel habla con otro camarero vestido como él:

—Sustitúyeme un rato, que tengo que hablar con este señor. Tráenos dos whiskies.

Se sientan a la mesa. Manel se acoda en ella para acercarse a Amadeu y hacerse oír sin tener que levantar mucho la voz:

—Supongo que no le contaron lo que pasó con el padre de usted, ¿verdad? —Amadeu lo mira y niega con la cabeza, intuyendo que está a punto de vivir un momento importante de su vida—. Y me parece que vino a Barcelona precisamente para averiguarlo, ¿no es así? —Amadeu asiente, el corazón en un puño—. ¿Quiere que se lo explique?

Las Romanitas continúan su actuación. Canta una y las otras le hacen los coros:

En una ventana te vi,
netechando, netechando,

En una ventana te vi,
netechando la escaruela…

—Usted lo ha dicho —responde Amadeu, sin ganas—: vine aquí para averiguarlo.

El otro camarero llega con dos vasos de whisky. Conoce a Amadeu de haberlo visto estos días por aquí:

—Buenas noches, don Amadeu.

Amadeu lo saluda sin palabras y el otro entiende que estorba y se va.

Manel espera que Amadeu haga un esfuerzo por prestarle atención y, mirándolo a los ojos, empieza:

—No me gusta dar esta clase de noticias, pero pienso que tiene que saberlo.

—Diga, diga.

—A su padre lo estafaron, ¿lo sabe?

El público aplaude, silba, se ríe, grita cualquier cosa, y aparece tropezando Venancio Gayumbos con el sombrero de copa torcido:

—¡Y ahoraaaa!

Ahora es la Bella Púbica quien ocupa el escenario.

—Pero Xavier y Amanda no tuvieron nada que ver en eso…

—No, pero para entender lo que pasó, tiene que saber que su padre vino a Barcelona arrastrado por unos estafadores. Que se ve que ya hacía tiempo que lo estaban engatusando allí, en el pueblo. No sé cómo lo conocieron ni cómo fue, pero lo convencieron para que se vendiera unos terrenos, unas cuantas hectáreas de viñas, me parece que me dijo. Tenían un comprador en Barcelona y ellos favorecerían la venta. Pero el negocio, el interés que ellos tenían en aquella transacción, era posterior. Estos hombres, a los que no sé por qué su padre llamaba «los Agrimensores», estaban a punto de comprar un gran paquete de acciones de una empresa que estaba creciendo gracias a la guerra. No podían comprarlo a su propio nombre por no sé qué impedimentos que le explicaron a su padre, y necesitaban a alguien que diera la cara.

La Bella Púbica, parloteando en segundo término, es un contrapunto estúpido al monólogo de Manel y a los sentimientos que se estrujan dentro del pecho de Amadeu. El discurso que ha

oído tantas veces, que casi podría recitarlo de memoria, es una ofensa contra él y contra su padre, y si ahora se detuviera un instante a pensar, tal vez este Infierno no le parecería tan soportable.

—Ellos invertirían dos millones de pesetas en la compra… —está diciendo Manel.

—¡¿… Dos millones de pesetas?! —exclama Amadeu como quien se rebela.

—Eso le dijeron. Y bastaría que su padre invirtiera cincuenta mil pesetas para que el paquete fuera a su nombre. Le garantizaron que estas cincuenta mil pesetas se duplicarían o triplicarían en tres meses. Se lo demostraron con noticias de los diarios y con teorías que su padre no podía comprender, y lo trajeron a Barcelona para que comprobara que eran muy ricos, y que aquí todo el mundo era muy rico, lo llevaron a restaurantes de lujo, le mostraron cómo crecía esta ciudad, incluso le enseñaron las manifestaciones de los obreros, que tenían pancartas diciendo «Estáis ganando millones a expensas de la guerra», lo pasearon en buenos coches, lo llevaron de putas y al final lo consiguieron.

—Los hombres enseguida se echan a perder… —está recitando la Bella Púbica—. Pero una vez que les coges el tranquillo…

Risas y gritos en la platea.

Amadeu se apoya en las rodillas para acercarse un poco más a Manel, para no perderse ni una de sus palabras.

—Su padre vendió las tierras por setenta y cinco mil pesetas, y al día siguiente invertía esas setenta y cinco mil pesetas para colaborar en la compra de un paquete de acciones valorado en no sé cuántos millones. Solo tendría que esperar una semana y, si entonces se vendía las acciones, habría ganado el doble, ciento cincuenta mil o doscientas mil pesetas. Pasó una semana, y los Agrimensores desaparecieron. Sin dejar rastro. Y su padre, pobre hombre, pobre campesino, se quedó sin las tierras y sin el dinero. Setenta y cinco mil pelas le mangaron.

Éxito clamoroso de la Bella Púbica. Aplausos, aullidos y silbidos llenan el Moulin.

—La cosa parece muy complicada, y lo es, pero en el fondo resulta de lo más sencillo: hicieron que su padre se vendiera

aquellas viñas y se quedaron con el dinero.

—Pero ¿quién compró los viñedos…?

—No lo sé. Cualquiera. Alguien compró unas viñas, pagó un dinero y ahora posee un título de propiedad. Lo importante es que los Agrimensores querían desplumar a su padre y, como no tenía dinero en efectivo, lo convencieron para que vendiera las viñas. Una vez con el dinero en efectivo en la mano, se lo quitaron.

»Y, para engatusarlo, lo habían traído aquí, al Moulin, y lo liaron con la Bella Púbica. Y digo que lo liaron, porque él nunca habría sabido cómo hacerlo. Era evidente que se reían de él, los Agrimensores. Aquí lo veíamos, pero aquí vemos a mucha gente que jode a otra gente y hemos aprendido a tolerarlo. Dios mío, la Bella Púbica se comió a su padre. Se lo llevó a unas habitaciones que hay en la calle de al lado y volvió echando pestes.

En la programación del Moulin, ahora toca el pequeño vodevil. Un hombre y una mujer están en la cama retozando entre las sábanas, cuando son sorprendidos por otro hombre. El hombre que sale de entre las sábanas se esconde en el armario, el hombre que entra con la criada y se encuentra a la mujer casi desnuda no es el marido y cae en la tentación arrastrando a la criada también.

—Al día siguiente, cuando se supo por aquí que lo habían estafado y se presentó borracho, y deprimido, llorando y haciendo el ridículo, la Bella fue quien más se ensañó con él. En medio del *foyer* , proclamó que había sido un desastre en la cama, hizo una serie de comparaciones y chistes muy humillantes y, bueno, ya se lo puede imaginar. No hace falta entrar en detalles. Su padre estaba muy mal y salió muy mal parado. Le entró la obsesión de querer tirarse a todas las chicas del Pulguerío. Había cogido esa postal del mostrador de recepción y la enarbolaba como si fuera una proclamación de libertad. En medio del *foyer* se puso a gritar que todas eran unas putas baratas y que a él todavía le quedaban unos duros para pagar por todas.

»De pronto, se fijó en Amanda, que estaba con Xavier. Es verdad que Amanda se hace mirar, tan pulcra y burguesita después de haberla visto enseñando sus vergüenzas en el escenario, siempre protegida por el rico industrial. Y su padre se tiró sobre ella. «Empezaré por ti», decía. Le arrugó el traje, le tocó las tetas. Y

entonces intervino Roc.

En el escenario, la mujer medio desnuda chilla con voz muy aguda:

—¡Al baúl, al baúl!

Manel tiene que levantar la voz para hacerse oír por encima del público, que está organizando un alboroto atronador.

Se abre la tapa del baúl y sale uno de los hombres, en calzoncillos, y la mujer aún grita más:

—¡El muerto, el muerto!

—Entre Roc y Xavier se llevaron a su padre. Y Amanda iba tras ellos dando saltitos de alegría, siempre bailando y riendo, ji, ji, ji, ja, ja, ja, como es ella. Yo no volví a ver a su padre. Vi, sí, al día siguiente, que Roc y Xavier tenían los puños entumecidos y con escoriaciones.

—¿Y Amanda?

—Amanda volvió como siempre, risueña e ingenua, tonta y frívola, como si nada hubiera pasado. Luego se comentó que encontraron a su padre ahí, en una esquina de Conde del Asalto, con la cara destrozada a golpes. Lo llevaron a la Casa de Socorro de la calle Barbará, y allí se le perdió la pista. Por lo que sabemos, no puso denuncia porque la Policía no vino a preguntar nada.

Mientras Manel hablaba, no ha bebido ni un trago del whisky. Amadeu, en cambio, se ha terminado el suyo.

Manel golpea dos veces con los nudillos sobre la mesa, como quien llama a una puerta, para dar por terminado su discurso, y dice:

—Bueno, y eso es todo. Solo quería avisarle, para que esa pareja no le perjudique como perjudicó a su padre. Si quiere tomarse mi whisky, no lo he tocado. Y si quiere otro más, está invitado. Yo tengo que volver al trabajo.

Se levanta, con los ojos clavados en Amadeu, reclamando un gesto de despedida o algo así, pero el chico está embobado, con la mirada perdida y la cabeza en otra parte.

El camarero se aleja y se pierde entre la gente que va y viene.

—¡Y ahoraaaa…! —aúlla todo el público al mismo tiempo que Venancio Gayumbos—. ¡Lo que todos habéis venido a ver!

—¡Las tetas de la Blanca Do! —se oye a uno del público.

—¡Pues no os voy a hacer esperar más! ¡Aquí tenéis a Blanca Do y a su Pulguerío!

Pero Amanda no está.

Y si Amanda no está, Amadeu no tiene nada que hacer aquí.

35

LA TIERRA NEGRA

Hoy ha sido el día en que Dios ha atrapado a Amadeu.

No debe de haberle costado mucho meterse en el Infierno, porque también el Infierno es creación y propiedad de Dios. Lo ha sorprendido por la espalda, lo ha agarrado por el pescuezo y lo ha zarandeado, de derecha a izquierda, de arriba abajo, haciéndole ver y vivir la soledad, el pánico, el amor frustrado, el desconsuelo del niño perdido, la presencia de la muerte. Mientras vivía esta serie de experiencias angustiosas, lo único que le había ayudado a soportarlas ha sido la perspectiva de reencontrarse con Amanda y recuperar abrazos, besos, tocamientos y placer. Y, de pronto, al final de la jornada, el camarero de las patillas le ha tirado la verdad a la cara y ahora, mientras viaja en automóvil hacia el hotel, tiene que imaginarse a un Xavier y a un Roc pegando puntapiés a su padre, que se retuerce en la calzada de un callejón sucio, mientras Amanda, dulce, ingenua e infantil, saltaba y bailaba y les animaba con su risita encantadora.

¿Y ahora cómo se supone que tendría que reaccionar? ¿Gritando y llorando y maldiciendo y mordiéndose los puños de rabia y desconsuelo? Pues no lo hace. No le sale. No arrancaría una lágrima a sus ojos ni poniendo en ello todo su empeño. Y no piensa poner en ello todo su empeño. Porque si maldice el mundo en que le ha tocado vivir, si abomina de él y lo rechaza con todas sus fuerzas, se quedará sin Amanda. Sin el calor, sin las caricias, sin los besos, sin la sonrisa de este súcubo perverso que bailaba mientras aporreaban a su padre. Por Dios, eso lo convierte en muy mala persona. A su padre lo estafaron, lo humillaron, lo apalearon y acabó colgándose de una viga del granero. ¿No te da un poco de pena, Amadeu?

Llega al Regina, sube a la habitación 211, y abre la puerta, y se encuentra con Amanda.

Se le corta la respiración.

¿Y ahora qué?

Está sentada en la cama, con la mínima expresión de ropa interior, sujetador, bragas y medias; el teléfono en la mano y se vuelve hacia él con expresión de desolación.

En sus ojos azules no ve el brillo de alegría que esperaba, más bien una cierta turbación, como si, desconcertada, se preguntara qué está haciendo Amadeu ahora aquí, un segundo antes de entender, de recordar, de volver a la realidad.

Hace rato que está usando el teléfono, buscando a alguien que la ayude. Cinco llamadas y no ha encontrado respuesta. Teléfonos sonando sin que nadie los oiga, un «Ahora no está», un «Ahora no puedo ayudarte, las cosas se han puesto muy feas». Ejército y ley marcial en las calles, obreros preparando la revuelta, la amenaza de una nueva Semana Trágica.

Está asustada. No lo confesaría jamás ante nadie, pero le da miedo abordar a solas la siguiente aventura. Y ahora se le presenta Amadeu. La última persona con quien habría contado, pero, si no hay nadie más, ¿por qué no?

Suspira para tomar fuerzas y liberar su pecho de angustia, y dice:

—Amadeu.

Amadeu cierra la puerta y no sabe qué decir ni qué hacer.Se muere de ganas de hacer el amor con esta mujer. Pero…

Es ella quien reacciona primero.

—Amadeu: te estaba esperando.

Cuelga el auricular, se levanta de la cama, se dirige a la bolsa de viaje de cuero marrón, vieja y gastada, que ha sacado esta mañana de un armario de Can Rutllana, y extrae un mono de mecánico y unas botas que parecen militares.

Amadeu la observa perplejo.

—Necesito que me hagas un favor —dice la chica—. Necesito que me acompañes.

—Te he estado buscando todo el día.

—Uy, he estado muy ocupada.

—Estaba buscando a Xavier —dice Amadeu, atento a su reacción.

—No te preocupes por él. Está bien.

—¿No está herido?

—Está herido, pero no es grave. Ahora está escondido.

—¿Dónde?

—En un sitio secreto, Amadeu. No preguntes.

La mujer se ha puesto el mono que disimula la armonía de su cuerpo. Se sienta en la cama y, mientras se pone las botas y ata los cordones, Amadeu piensa que aquel calzado elimina cualquier posibilidad de acostarla en la cama y hacerle todo lo que necesita hacer.

—Han matado a Roc.

—¿Qué dices? —Mueve la cabeza arriba y abajo como si lo lamentara, pero a Amadeu le parece que no lo lamenta lo suficiente. Como si quisiera expresar un «Vaya, hombre, qué mala suerte»—. ¿Quién?

—¿Cómo?

—Que quién lo ha matado.

—La Policía.

—¿Cómo lo sabes?

—He ido a buscarlo para que me ayudara a encontrar a Xavier. Pero la Policía se me ha adelantado. Casi hemos llegado al mismo tiempo, pero ellos han llegado primero y Roc los ha recibido a tiros. Y lo han matado.

—Terrible. —Uno, dos, tres segundos para reponerse—. Bueno, pero ahora hay que hacer una cosa. Tenemos que ir a un sitio que es muy peligroso y tienes que acompañarme. No me atrevo a ir yo sola. ¿Hemos hablado alguna vez de la Tierra Negra?

—No.

—Es un barrio muy peligroso, muy degradado, oscuro y lleno de delincuentes. La Policía no se atreve a aventurarse en él. La zona más pobre y miserable de la ciudad. La llaman la Tierra Negra. Y la Sodoma y Gomorra de Europa.

De la bolsa de viaje saca tres cosas más: una gorra muy grande, unas gafas de pasta y una pistola automática pequeña y negra. Se la da a Amadeu como si fuera la cosa más natural del mundo, un cepillo de dientes o una prenda de ropa.

—Toma. Por si acaso.

Él abre la boca, pero no tiene palabras. Mira a Amanda de reojo

y no sabe si tiene que desearla o no. Se ha puesto la gorra, que con el mono la hace más pequeña, más canalla y más ambigua, y las gafas, que la hacen más extraña, y se dirige a la puerta muy decidida.

—Bajaremos por la escalera para evitar la curiosidad del ascensorista. Si alguien pregunta, he venido a revisar la bañera, que la tenías atascada.

Sale al pasillo, va a las escaleras y a Amadeu no le queda más remedio que seguirla.

Nadie pregunta nada.

En la puerta del hotel, hay automóviles de plaza. Sube primero Amadeu, después la Amanda disfrazada.

—Llévenos al Paralelo, al cuartel de las Atarazanas.

Bajan por Ramblas.

Amadeu acerca su cabeza a la de Amanda para hablarle al oído, para que no le oiga el conductor:

—¿Te da igual que hayan matado a Roc?

—No, Amadeu. —Ella también susurra, y su aliento acaricia la oreja del chico—. No me da igual, pero es un caído más en esta guerra. En los campos de Francia, están muriendo miles de soldados cada día. A él le ha tocado aquí. Una bala perdida procedente de Francia ha venido a matarlo aquí. Ya está. Hoy estamos en pleno combate y no puedo entretenerme llorando al pobre Roc.

Hace una pausa, que Amadeu aprovecha:

—Supongo que vamos a buscar a la persona que atentó contra Xavier, ¿verdad?

Amanda toma aire, cargándose de paciencia y un poco de tiempo para ver cómo aborda el siguiente tema:

—Hay una cosa que no te he contado…

Él le sale al paso:

—A lo mejor no hace falta que me la cuentes. A lo mejor es un tema de espionaje y más vale que yo no sepa nada. —Se produce una pausa. Ella espera. Él ordena sus pensamientos antes de continuar—: Nunca he creído que Xavier fuera un espía, ¿sabes? Demasiado vulgar, eso de los mapas en su casa y toda aquella propaganda en la prensa. Los espías de verdad no salen en la prensa. Pero tengo que aceptar que algo hay, porque ha

desaparecido y tú, sobre todo tú, actúas de una manera desconcertante y muy sospechosa. Y eres la que siempre pasa desapercibida, la que siempre se ausenta sin motivos, la que es bailarina sin serlo, y joven víctima de la sociedad sin serlo. La que se disfraza y tiene una pistola en su bolsa de viaje.

Hablan con las cabezas muy juntas, como amantes que coquetean. Amadeu mira a la chica con miedo, y ella le devuelve una mirada tierna, de niña adorable, y le acaricia con su manita inofensiva y solo tiene que estirar un poco los labios para besarlo. Él no puede resistirse. Tampoco permite que sea un beso superficial. Pone la mano en la nuca de Amanda y la retiene con fuerza para obligarla a degustar el placer de la lengua.

Al separarse, suspira, cierra los ojos y murmura «Amanda» como si acabara de vivir una experiencia muy dolorosa, casi insoportable. Le da vueltas la cabeza. No entiende este mundo en que le ha tocado vivir.

Enseguida se sorprende al ver lo cerca que están las calles de la alegría y la luz que ha conocido estos días del mundo siniestro de la oscuridad y la miseria. Dejan el taxi un poco más allá del cuartel de Atarazanas, delante de la comisaría que Amadeu ha visitado esta tarde, cruzan la calle hacia las tres chimeneas de la Canadiense y doblan la esquina para rodear el gran complejo industrial. Calle Puiguriguer arriba, dos travesías cada vez más oscuras hasta la tiniebla apenas rota por un débil farol cada cincuenta metros, poblada de amenazas, y una fetidez disuasiva, que habla de putrefacción, de carencia de recursos higiénicos, de agua estancada y de humanidad sumergida en la suciedad.

Dice el Génesis, en su capítulo 19: «Llegaron dos ángeles a Sodoma al atardecer… Los hombres de Sodoma, todos, desde el más joven al más viejo, rodearon la casa de Lot…»

Avanzan casi a tientas, Amanda delante, muy decidida, concentrada en seguir una trayectoria que debe de haberse aprendido de memoria; y un paso por detrás Amadeu, con la mano en el bolsillo, crispado en torno a la pistola negra.

Detrás de la gran «catedral de las tres chimeneas», cruzan la vía del tren de mercancías que trae la potasa desde el Berguedá.

La luz de los tristes faroles de gas apenas permite ver que el

barro que pisan es de color negro carbón.

Después de un descampado donde se entrevén, en la tiniebla, casitas o garitas ruinosas, dentro de las cuales se mueven presencias furtivas, que respiran o roncan, la serie de faroles los conduce hacia una zona poblada.

Son ruinas de antiguos balnearios que un día crecieron junto al mar con pretensiones elitistas y que fueron vencidos por el gran almacén de carbón que abastece a las tres famosas chimeneas y por los barcos de carbón que llegan al muelle del Morrot y lo manchan todo de hollín. Dentro de estas ruinas, y a su alrededor, desde tiempo inmemorial fueron creciendo las chabolas del Vidriol, o del Mono, o del Rancho Grande, levantadas con ladrillos de adobe, madera recogida de aquí y de allá, placas metálicas, estructuras de carros y cartón, alrededor de una iglesia del puerto que debe de estar por ahí, perdida en las sombras de la noche.

Ahora avanzan por una calle de casas de planta baja, barracas miserables y habitáculos de pescadores campesinos. Alguna ventana iluminada, alguna puerta abierta, alguna figura humana desplazándose de un lado a otro.

En una puerta, a la izquierda, hay alguien emboscado en la negrura. Saben que es un hombre alto cuando oyen su voz gruesa con entonación aflautada que se pretende melodiosa:

—Hola, grandullón. ¿Qué vienes a buscar? Tengo una mujer sin brazos que te la chupa por cincuenta céntimos. ¿Qué me traes aquí? ¿Un niño? ¿Te gustan los niños? ¿Quieres un niño de verdad?

«Entréganos a estos santos varones para que los conozcamos. Dijo Lot: “Os ruego, hermanos, que no cometáis semejante maldad. Tengo dos hijas que no han conocido varón; las sacaré y haced lo que queráis con ellas, pero no hagáis nada a estos varones”.»

—¿Quieres un niño de verdad?

Amadeu se detiene en seco. Amanda lo nota por el ruido de sus pasos sobre el barro y se vuelve, alarmada. Oye cómo su acompañante se dirige a la sombra del umbral:

—¿Qué has dicho?

La mujer interviene:

—Déjalo, no hagas caso.

Al mismo tiempo que la sombra replica con sonrisa sarcástica:

—Uy, mira, qué viril, qué valiente. Y el niño que trae tiene que defenderle, que no es niño, espera, que es una tía.

—Amadeu, déjalo. —Puede oír la respiración de Amadeu, que está muy alterado, probablemente asustado, cada vez más propenso a la violencia—. Estoy buscando a Caracaballo, ¿lo conoces?

—Por diez céntimos —dice el hombre extraño de la penumbra —, te hago una paja. ¿Cómo te apetece? ¿Mano fría o mano caliente?

—¿Conoces a Caracaballo? Me han dicho que vive por aquí.

—¿Para qué lo buscas? Ahora está muy ocupado con sus pancartas y sus conspiraciones. Dime, tú: ¿mano fría o mano caliente? No sois polis, este va demasiado bien vestido. Y tú vas disfrazada. ¿Vas desnuda debajo de ese mono?

Amanda agarra a Amadeu de la manga y tira de él para alejarlo de allí.

—Vamos —dice.

—Me estaba ofreciendo un niño —protesta él para justificar su comportamiento.

Detrás de él, continúa hablando, insolente, el hombre de la oscuridad:

—Los hijos de papá como tú vienen por aquí buscando niños, a ver si te enteras. ¿A qué has venido tú? —De repente, grita—: ¡Caracaballo! ¡Que te buscan! ¡No es la poli! ¡Es una tía! ¡Y un grandullón!

Un hombre alto aparece como una sombra gigantesca en una puerta iluminada que proyecta un rectángulo de luz en la calzada de barro negro. Es Abelardo Zapata Caracaballo. Delgado y musculado, con esa cabeza larga y prognata.

Amanda se le acerca decidida.

—Caracaballo. Quiero hablar contigo. Te traigo dinero. Mucho dinero.

Caracaballo la señala con el dedo.

—¿Te conozco?

Amadeu, en segundo término, no puede evitar una leve sonrisa. La mujer invisible, la mujer que nadie acaba de conocer, la mujer que nadie acaba de ver.

—Tengo mucho dinero para ti.

—Vuelve a decirlo y ya no tendrás dinero. No me lo creo. Ya deben de haberte explicado que, si entras con dinero en la Tierra Negra, sales sin dinero, sin ropa y, con un poco de suerte, sin vida.

Con un gesto lento y natural, sin temblor ninguno, Amanda mete la mano en su bolsillo y saca un billete de cien pesetas.

—Tú no eres un ladrón —dice simplemente.

Caracaballo coge el billete y lo mira como si fuera un símbolo sagrado, un talismán, una promesa de prosperidad. Su mujer trabaja en el molino del aceite y gana doce pesetas a la semana. Cuarenta y ocho pesetas al mes. Este billete es de cien pesetas.

—¿Podemos entrar y hablar en privado?

—No. ¿Quién eres?

Amadeu está muy atento a la reacción de Amanda. Le fascina su entereza.

—Caracaballo: vi tus lágrimas en el burdel de Madam Petit. —El hombre prognato experimenta un pequeño sobresalto. Quiere replicar, pero la mujer del mono es más rápida—: Lo entendí enseguida, cuando le decías a Rutllana «Tú no entiendes nada, tú no sabes nada». Yo sí que lo entendí. Entendí que no persigues a Rutllana por dinero, no eres un mercenario. Ya sé que no eres un mercenario. Aceptas el dinero de los alemanes para que tu causa se haga fuerte y porque solo te piden que vayáis contra vuestros patronos explotadores, que son vuestros enemigos naturales. Pero ahora ya sois muy fuertes. Gracias al dinero alemán, pero también gracias a la unión de UGT y CNT, a la unión de todos los obreros. Estáis a punto de organizar una huelga general arrasadora.

—Rutllana es un puto explotador.

—Ahora no estamos hablando de Rutllana. Estamos hablando de un obrero que dice que es anarquista y, en vez de luchar a favor de la Francia republicana, que defiende la libertad, la igualdad y la fraternidad, se juega la vida por el káiser, que representa un imperio alimentado por el gran capital. ¿Estás seguro de que has elegido el mejor de los dos bandos? ¿Tú crees que los aliados, o sea, Francia, Gran Bretaña, los Estados Unidos y, por qué no, Rusia, no tienen dinero para daros, si los ayudáis?

—¿Qué quieres?

—Te están presionando, te tienen amenazado y, si te pagan, solo

es para humillarte. Te tienen agarrado por los huevos. Yo vengo a pedirte un favor. Un trabajo, y estoy dispuesta a pagar por ese trabajo. Escúchame bien: te garantizo que Villadiego morirá. Mañana, pasado mañana o el otro. Tú haz lo que yo te diga y tendrás dos mil pesetas y la vida de Villadiego.

Estas palabras emocionan a Caracaballo. Casi hacen que se tambalee. Sus pupilas se mueven inquietas entre los párpados, en un baile frenético de inseguridad y temor.

—Pero ¿qué quieres?

—Vendrán a contratarte los alemanes. O alguien próximo a los alemanes. ¿Han venido ya?

—No. Y no entiendo qué…

—Alguien vendrá a contratarte. Para que hagas de escolta a un hombre. Te darán un arma y tendrás que protegerlo. Te pagarán bien. Quiero que aceptes. Pero con ese hombre viajará otro. Herido. Y es a él quien deberás proteger. Que no le pase nada.

—Bueno… —No parecía tan difícil ni tan dramático.

—El hombre herido es Xavier Rutllana.

Caracaballo se queda boquiabierto. Todo esto le parece tan absurdo que relaja sus músculos y mira a su alrededor como si esperara oír las risas de los bromistas.

—Pero esto es…

—No es ninguna trampa: tendrás una pistola cargada y él está herido. Aparte de lo que te paguen los alemanes, tú cobrarás dos mil pesetas y la vida de Villadiego. Para que nunca más vuelva a humillarte.

Amadeu oye detrás de él el chapoteo de pasos sobre el barro negro. Más de una persona. Se pone en guardia.

El Génesis: «Ahora te haremos a ti más daño que a ellos».

—¡Caracaballo! —grita la voz de antes, más gruesa y menos aflautada—. ¿Quién es este grandullón que viene a verte? Parece que tiene pasta.

Caracaballo levanta la barbilla:

—¡Dejadlos en paz! —grita.

—¿Te ha traído un niño? —insiste la voz, cada vez más cerca de la espalda de Amadeu—. ¿Ya sabe tu mujer que ahora te traen niños a casa?

A Amadeu le parece notar un movimiento intenso a su derecha, y reacciona como tantas veces reaccionó en las peleas con los chicos de su pueblo, como tantas veces antes ha reaccionado. Es una sacudida de pánico, una descarga que tensa sus músculos y lo moviliza de manera suicida, con la convicción de que no pueden hacerle mucho más daño que un ojo morado o un arañazo. Se vuelve violentamente enviando el codo a la altura de la cabeza, y da en la cara de quien tenía más cerca, que suelta un grito y cae al suelo. Los otros dos hombres no tienen tiempo de reaccionar. Tal vez sí se haya adelantado a sus intenciones, pero ahora ya ha lanzado el ataque y no puede echarse atrás. Son dos los que pegan un salto defensivo. El hombre de la voz gruesa no se ha alejado bastante y recibe un terrible trompazo en la boca que parece una coz de asno. El tercero se aleja a saltos, visiblemente asustado.

«Entonces, los ángeles alargaron la mano, e hirieron de ceguera a los hombres de la ciudad, desde el más pequeño al mayor».

—¡Basta! —continúa gritando Caracaballo—. ¡No los toquéis! ¡Son amigos míos! ¡Dejadlos ya!

Los cuatro hombres están paralizados. Amadeu en postura de púgil, con los puños a la altura del rostro, dispuesto a continuar el combate. Uno de los otros por el suelo, el otro tapándose la cara porque sangra por la nariz y el otro a cuatro o cinco metros de distancia, a punto de fundirse con la oscuridad.

—¡Qué coño, dejadlos! ¡Si es él!

Caracaballo avanza. Pasa junto a Amanda y a Amadeu y le alarga el billete de cien al que sangra por la nariz.

—Toma. Para que veas que son amigos. Largaos.

El hombre de la voz gruesa coge el billete de un manotazo y se aleja diciendo «Vámonos, vámonos», dando por supuesto que los otros lo seguirán, como así es, efectivamente.

Amadeu baja la guardia y mueve hombros y brazos para relajar la tensión.

Amanda levanta la mano para despedirse y dedica una sonrisa:

—Me fío de ti. Te lo has ganado.

—¿Cómo tengo que llamarte? —pregunta Caracaballo.

—No tienes que llamarme de ninguna manera porque yo no he venido. Nunca he estado aquí. Nunca hemos hablado. Esto de las

dos mil pesetas y la vida de Villadiego solo lo has soñado. Pero yo soy la persona que hará que tus sueños se hagan realidad.

Da media vuelta y empieza a caminar en dirección contraria a la que han tomado los hombres de la tiniebla. Amadeu echa un vistazo manso hacia Caracaballo y la sigue.

«Toma a tu mujer, Lot, y a tus dos hijas y huye, por tu vida, que no vayas a perecer en el castigo de la ciudad. Y no mires atrás.»

Vuelven a la luz y la alegría del Paralelo.

A la vida.

«La mujer de Lot miró atrás y se volvió estatua de sal.»

Amadeu, no.

36

NO ME MATES, GITANILLO

La canción decía: «*Cuando triste quedo a solas en mi alcoba, / le pregunto a la estampita de la Virgen / "qué he hecho yo pa que tú así tan mal te portes, / que lo que haces tú conmigo es casi un crimen "*.»

Armand y Pere la oyeron por primera vez en la Fiesta Mayor de Sant Pau, en las barracas que los ambulantes plantaron cerca de los huertos. El hombre de las barracas anunció «una canción maravillosa que triunfa en el Tívoli de Barcelona en la voz de Consuelo Mayendía» y él tocaba el acordeón y cantaba una mujer de ojos muy pintados y boca de pepona, que se cubría con mantilla como para ir a misa y daba más risa que pena.

«*Mira, niño, que la Virgen lo ve todo / Y que sabe lo malito que tú eres…* »

Inesperadamente, un viejo pescador salió de entre el público con un cayado, enfurecido y gritando «Cagondiós, tú lo que necesitas es una buena medida» y empezó a pegarle bastonazos, y la pepona dejó de cantar y maullaba como un gato, y el señor alcalde y el hombre de las barracas agarrando al viejo, «Que no, hombre, Cirilo, que no la estropees», todos partiéndose de risa, que había algunos que lanzaban auténticos alaridos, que se ahogaban de hilaridad.

Y, desde entonces, cuando el *Sant Hilari* pasaba cerca del faro de Ixent, Armand, que era el telegrafista, enviaba los datos habituales por morse, y añadía: «Mira, niño, que la Virgen lo ve todo». Y Pere respondía: «Y que sabe lo malito que tú eres», y los dos recordaban la somanta que había recibido la pepona de la mantilla, «miau, miau, miau», y los dos se retorcían de risa. «*Qué mala entraña tienes pa* mí, cómo *pué ser así.* »

Hasta aquel día en que Pere no respondió.

Solo «Amén».

¿Qué le había pasado? ¿Se había enfadado?

Armand había pensado mucho en aquel mensaje sin respuesta.

«*Que, queriéndote yo a ti como fatiguitas, / el amor buscas tú de otras mujeres.* »

Al desembarcar en Barcelona, había intentado ponerse en contacto telefónico con el faro, pero le dijeron que no había línea, cosa que en principio no tenía que alarmarle porque el faro se encontraba en el culo del mundo. De forma que le dijo a su padre que tenía que volver a casa, a Sant Pau, con la excusa de unos estudios que estaba haciendo por correspondencia, y en la Estación de M.Z.A. tomó el expreso de Francia que lo llevó a Figueras.

«*Serranillo, serranillo, no me mates gitanillo; / qué mala entraña tienes pa* mí, / cómo *pu* é *ser así.* »

Durante el viaje, lloraba.

Seguramente Joan Pallarès se habría preocupado un poco si hubiera podido ver cómo, de vez en cuando, Armand miraba a Pere y cómo apartaba las manos, o la vista, como quien lucha contra la tentación. Pero lo cierto es que Armand era el mejor protector que el chico podía tener, el que no lo llevaría nunca de putas ni le permitiría beber hasta el desmayo; y si alguna vez había soñado que hacía con el chico cosas prohibidas, o se había angustiado cuando Pere mostraba inclinación hacia una muchacha dejando muy claro que nunca correspondería a su amor, estos sentimientos nunca salieron a la luz, y nadie tenía por qué conocerlos. Solo María, la madre de Pere, con el sexto sentido de las madres, que escribía a su hermana en aquella correspondencia intensa e interminable: «Sufro por Pere porque me parece que va con una mala compañía que lo puede pudrir, pero Joan me dice que veo visiones, que estoy loca y que el amigo en cuestión es una buena persona».

En Figueras encontró a un carretero que se avino a llevarlo hasta Sant Pere Pescador y, de allí, siguió a pie. Ahora hacía tres cuartos de hora que andaba decidido hacia el cabo de Ixent.

«*Cuantas veces en mi reja me sorprenden / los primeros resplandores de la aurora, / esperando por si alguna vez te acuerdas / de esta pobre enamorada que te adora.* »

El Marsa y Todoseguido, delante de la puerta del faro, que siempre tiene la verja abierta, en el plantón llamado «camino de Poniente», vieron cómo salía del espesor del bosque de algarrobos, al pie del cerro, y avanzaba hacia ellos, fuerte, robusto, decidido,

con un petate al hombro y la gorra de lado.

«*Pero tú quizá gozando otros quereres, / ni un momento pensarás en que te espero.* »

—Mira —dijo Todoseguido, con voz estrangulada.

El Marsa se quedó sin saber qué decir. Petrificado.

Era imposible, lo que no podía pasar.

No hacía ni un cuarto de hora que el capitán Salanova les había dicho, riendo con aquella especie de sarcasmo que lo hacía insoportable:

—¿Qué vigiláis, chicos? Pero ¿me podéis decir qué estáis vigilando?

Había salido de la nada, de detrás de la verja, donde seguro que se había acercado y escondido como un niño dispuesto a darles un susto. A veces se comportaba de esa manera infantil, como si estuviera borracho, moviendo mucho los brazos y medio agachado, y creía que eso le hacía gracioso y simpático.

—¿Me podéis decir qué estáis vigilando, turulatos míos? —Y él mismo daba la respuesta—: Naaaada estáis vigilando, naaaaada.

De pronto, hacía como si se diera cuenta de que estaba haciendo el ridículo y quisiera recuperar la corrección y dirigía al suelo su nariz puntiaguda buscando alguna piedra curiosa y, con las manos atrás, continuaba hablando sin mirar a nadie:

—Cagondiós, qué bien ganada esta pasta, ¿no os parece? O sea, un sobresueldo de cojón de mono por no vigilar nada, hostia, qué cojonudo, niños míos, mastuerzos atorrantes, vigilando que no venga nadie donde seguro que nunca va a venir nadie.

Todoseguido se aclaró la garganta y se atrevió a manifestar sus miedos.

—¿Y si viene alguien?

Salanova lo fulminó con su mirada azul:

—¿Quién recojones quieres que venga a este culo del mundo, tarado de Todoseguido? O sea, ¿a ti quién te parece que va a venir?

—No lo sé.

—Nadie va a venir.

—Pero… ¿y si viene?

Como si estuvieran intuyendo lo que tenía que suceder unos minutos más tarde.

—No vendrá.

—¿Y si viene?

El capitán Salanova se cargó de paciencia e hizo un esfuerzo por imaginar qué sucedería si se acercaba alguien. No le gustaba la perspectiva.

—Si viene alguien, o sea, tocacampanas de Todoseguido, nene; nos lo tendremos que quedar. —Lo angustiaban sus propias palabras. Una indignación amarga le subía del estómago a la boca —. O sea, retener, o sea, queda detenido, pasa pa dentro, calabozo. No sé si me explico. Nos lo quedaríamos. No queremos que nadie pueda ir al pueblo y contar, o sea, explicar, referir, detallar con todo detalle en la taberna que el faro es una «Zona Estratégica Militar». Esta es una misión secreta, o sea, confidencial. —Se enardecía y se hinchaba como cuando arengaba a la tropa—: Sabemos que hay enemigos que quieren vulnerar las costas españolas, o sea, «vulnerar» que quiere decir «violar», «pasar sin permiso». Estamos defendiendo a la España neutral de una injerencia en la guerra. Y tenemos la obligación, por nuestro honor, o sea, fijaos bien, por nuestro honor, que se dice pronto, de defender esta plaza, aunque sea con el sacrificio de nuestras vidas, ¿lo entendéis? Que no es moco de pavo: sacrificio de nuestras vidas. —Se tranquilizó un poco. Todo resultaba teatral y falso en aquel hombre—. O sea que, si viene alguien, si veis que de aquel bosque sale una rúa de carnaval con banda de música, o una comitiva fúnebre con plañideras y penitentes, o el rey con todas sus putas, o Dios Omnipotente con todos los santos de la Corte Celestial, nos los quedamos. ¿De acuerdo? Nos los quedamos, pasen ustedes al calabozo. No sé dónde los vamos a meter, o sea, pero nos los quedamos. ¿Queda entendido, o sea, comprendido? Nadie puede salir por esta puerta, y nadie puede ir al pueblo a contar, o sea, chismear, explicar, lo que a nadie le interesa.

Fijó sus ojos azules e inocentes en el horizonte, como si estuviera leyendo allí todo su discurso y estuviera comprobando que no se dejaba ningún punto, y a continuación se dio la razón asintiendo con la cabeza y volvió hacia el interior del recinto del faro.

Mutis sin aplausos.

Hacía un cuarto de hora, quince minutos escasos.

Como una premonición.

Y entonces, del interior del bosque, salía un hombre fornido y fuerte, con un petate al hombro y la gorra torcida, y avanzaba hacia ellos con determinación imparable. No un desfile de carnaval con banda de música, ni una comitiva fúnebre con plañideras y penitentes, ni el rey y sus putas, ni Dios Omnipotente con todos los santos. No. Solo un hombre descarado, la camisa abierta, mal afeitado y de mirada firme.

Se llamaba Armand.

«*Y entre tanto que dichoso así me olvidas, / de dolor esperándote me muero.* »

Si solo se hubiera entretenido quince minutos, con sus payasadas, alargando el discurso, imponiendo su autoridad caprichosa, ahora sería el capitán Salanova quien estaría viendo al intruso y sabría qué hacer.

—¡¿Y ahora qué hacemos?! —repetía Todoseguido—. ¡¿Qué hacemos, qué hacemos, qué hacemos?!

Lo más horroroso era el silencio y la estupefacción del Marsa. Él, que siempre tenía una respuesta a punto, una protesta, una solución, ahora se le veía tan aturdido como a Todoseguido.

Armand avanzaba sin titubear hacia ellos, sin temor a los uniformes ni a las Mannlicher que esgrimían. Eran carabineros, y los carabineros nunca habían intimidado a nadie, no eran como la Guardia Civil, únicamente los contrabandistas se los tomaban en serio, pero Armand no era ningún contrabandista. Tenían carabinas y parecía que querían cerrarle el paso, sí, pero no le harían nada, ¿qué le iban a hacer? Armand marchaba al ritmo de una canción que se repetía en su cabeza desde hacía días, a flor de labios, «*Mira, niño, que la Virgen lo ve todo, y que sabe lo malito que tú eres* », pero los guardias de ahí enfrente no podían saberlo. A lo mejor ni siquiera habían escuchado nunca la canción.

«*Serranillo, serranillo, no me mates gitanillo…* »

Fue el Marsa quien se plantó ante el caminante, cerrándole el paso.

—¡Alto!

Armand no dio ninguna señal de temor ni de sumisión.

—Vengo a ver a Pere, el farero.

—Pere no está —dijo el Marsa, y pensó «Ahora irá a Sant Pau y dirá que Pere Pallarès no está en el faro».

—¿Cómo que no está? ¿Y dónde está?

—¿No has visto que ahí decía «Zona Estratégica Militar»?

—¿Y qué quiere decir?

—A ti no te importa. ¿No sabes que Europa está en guerra?

—Europa a lo mejor sí, pero nosotros no. Nosotros somos neutrales.

—Bueno, pues no puedes pasar. Media vuelta y largo.

—¡No! —se le escapó a Todoseguido, que dio un paso al frente y a un lado, como si quisiera colocarse a las espaldas del tipo de la gorra torcida.

Este le dirigió una mirada de alarma y también retrocedió para evitar que lo rodearan, dispuesto a defenderse si hacía falta.

—¡Eh, ¿qué hacéis?!

—No se puede ir. —Todoseguido se dirigía al Marsa y, por el tono, cualquiera diría que le estaba pidiendo permiso para actuar—. Hay que retenerlo. Nos lo tenemos que quedar.

—¿A mí? —se rio Armand, incrédulo—. Pero ¿qué os pasa? Solo quiero ver a Pere. Y si no puedo ver a Pere, dejadme que vea a la María, o a Joan. Soy amigo de la casa.

Sin palabras, Todoseguido miraba al Marsa, y el Marsa miraba a Todoseguido. ¿Qué hacemos?

—Venga, va, hostia, dejaos de gilipolladas.

Armand quiso abrirse paso entre los dos guardias, que se juntaron para impedírselo. Quedaron muy cerca los unos de los otros. Demasiado cerca.

—No se puede.

Todoseguido retrocedió y lo encañonó con la carabina.

—Entra para dentro. Que te vea el capitán y que él decida qué hay que hacer.

Una vibración quejumbrosa en la voz delató su pánico y, por lo tanto, lo hizo peligroso. Se veía que estaba dispuesto a disparar. Era tan evidente, que el Marsa aflojó los brazos.

—Todoseguido, no, espera.

La carabina temblaba en manos de Todoseguido. Tenía los

nudillos blancos de tan fuerte que la sujetaba.

Armand también decidió bajar el tono. No entendía nada de lo que estaba pasando, pero había decidido renunciar y acabar de una vez.

—Está bien —dijo, con voz demasiado aguda—. ¡Está bien, está bien, está bien! Ya me voy.

—No te puedes ir.

El Marsa se volvió hacia su compañero. Lo vio rígido y con los ojos desorbitados, fuera de este mundo. Quiso convencerlo de que abandonara su actitud, ya se las arreglarían luego con el capitán, ya verían qué le contaban, «Espera, Todoseguido, mira».

—Mira, chico, tranquilo —se le adelantó Armand—. Me he equivocado. —Dio dos saltos atrás, alejándose de los carabineros, pero no dejaba de hablar—. Ya volveré otro día, cuando esto se haya calmado. Continuad con vuestro trabajo, que yo me voy, ¿de acuerdo?

El Marsa había vencido su fusil, desconsolado e inerme. El peligroso era Todoseguido. Armand se dirigía a él mostrándole las manos abiertas en señal de paz, mientras retrocedía poco a poco. Había flexionado un poco las piernas, preparando el siguiente movimiento.

—Quédate quieto —dijo Todoseguido como un autómata.

—Chico, eh, eh, espera, ¿cómo te llaman? ¿Todoseguido? Todoseguido, espera. No pasa nada. Yo me largo. Vosotros no me habéis visto, no le decís nada al capitán, aquí nadie dice nada a nadie y aquí no ha pasado nada, ¿de acuerdo?

Dio media vuelta y echó a correr.

Todoseguido disparó sin encararse la carabina, desde la altura del pecho.

El disparo sonó como el trueno del Fin del Mundo, el Marsa gritó y Armand pegó un tropezón y fue de cabeza al suelo. La gorra rodó un instante, como un disco. Por un momento, pareció que lo había hecho a propósito, para esquivar la bala, pero la sangre enseguida demostró que no lo había conseguido.

El Marsa rugió, ahogado por la ira:

—¿Tenemos que matar a compatriotas para que los alemanes ganen la guerra?

Todoseguido miraba el cadáver con expresión de querer llorar.

«*Serranillo, serranillo, no me mates gitanillo…* »

Armand, el radiotelegrafista, quedó boca abajo, amorrado al suelo, quieto, quieto, muy quieto, infinitamente quieto, con el fardo sobre la espalda, mientras del recinto del faro empezaban a salir carabineros, los dos brigadas (García y Durán), el capitán Salanova, y el Marsa y Todoseguido no se movían, no eran capaces de mover ni un dedo.

«*Qué mala entraña tienes pa* mí, / cómo *pu* é *ser así.* »

37

VILLADIEGO

Al inspector Villadiego se le ha caído el mundo encima.

Alguien le pegó fuego al piso de la calle Aribau que todavía está pagando; y cuando se produjo el siniestro, Viola estaba follando con un manso, y el manso resultó lo bastante poderoso como para que el inspector aún tuviera que pedirle perdón y prometerle que no le iba a poner la mano encima a Viola; y anoche, cuando llegó borracho y derrotado a su casa, se encontró a su mujer y a la criada histéricas y su mujer acabó tirándole toda la vajilla, pieza por pieza, por la cabeza; y esta mañana, cuando ha llegado a la comisaría, el comisario lo ha llamado a su despacho para pegarle una bronca insoportable: un juez exige una investigación a fondo por la desaparición de los cuatro policías que un día se fueron para cumplir una misión muy bien pagada —según dijeron a sus esposas — y nunca más han regresado; y otro juez pide explicaciones por un tiroteo con muerte que se ha producido esta noche pasada en el Poble Sech.

—No sé cómo va a librarse de esta, Villadiego —ha dicho el comisario—. Lo dejo en sus manos dando por supuesto que el Cuerpo, y sus procedimientos, quedará limpio como una patena. Si alguien ha hecho mal las cosas, ha sido usted, y si alguien tiene que pagar y salir cubierto de mierda, será usted. Y si al final sale cubierto de mierda, piense que saldrá, pero por esa puerta a la calle, sin sueldo, sin medallas, sin privilegios y cuidado que no vaya a perder también la libertad. ¿Me ha entendido? ¿Me está escuchando?

Y Villadiego:

—Sí, señor.

Por si fuera poco, el robo de cuatro toneladas de cobre destinados a la instalación eléctrica de las obras del Ensanche. No puede investigarlo ninguna otra brigada policial de toda la ciudad.

Tienen que ser ellos.

Pero el monstruo enfurecido, encendido como una antorcha, renace de sus cenizas, emerge en medio de los escombros que lo sepultan, aparta vigas y ladrillos y escoria y enseña los dientes al mundo dispuesto a morir matando y destruyendo, y así es como llega finalmente a las oficinas de la brigada. Como una avalancha. Apartad a los niños.

Sus hombres, Francisco Paco, José Pepe, Benito Nito y Adolfo el Golfo, ya hace rato que se preguntaban qué había sido de él. Les han llegado rumores de que tenía problemas en las alturas y se han encogido de hombros en un muy poco solidario «Ya se apañará».

Rafael Rafa no está porque anoche lo hirieron en el tiroteo y ha ido a la Casa de Socorro para que lo curen. Nada serio, pero él quiere que le den la baja. Francisco Paco está leyendo el periódico. José Pepe y Adolfo el Golfo están hablando de mujeres y Benito Nito escucha muy atento al Tarugo, que presume de coche para alimentar la envidia ajena.

—¿Cómo va el coche, Tarugo?

—¿Cómo se te ocurrió comprarte un coche?

—¿Cuánto te costó?

El Tarugo está pletórico gracias a la cocaína que lleva en una cajita de cerillas en el bolsillo.

—Es un Berliet. Funciona como un reloj.

—¿Ah, sí? —exclama Benito Nito—. ¿Da la hora?

—El primer coche que se matriculó en Barcelona, el B-1, era un Berliet, así que es de fiar. Mil duros, me ha costado.

La irrupción de Villadiego es como un terremoto.

—¡Me cago en Dios!

Las paredes tiemblan, las bombillas encendidas parpadean, hay algún cristal que tintinea en algún rincón. Los presentes pegan un brinco. Callan. Esperan.

—¡Bueno, ¿qué tenéis para mí?! ¿Qué habéis hecho desde ayer, aparte de tocaros los cojones? ¡Resultados! ¿Por qué coño tuviste que matar al narizotas, Tarugo?

—Pero si yo no…

—¡Dije que lo quería con vida!

—Es que el Tarugo no vino al operativo, jefe —interviene Benito

Nito.

—¡No me toques los cojones defendiendo al Tarugo, joder, que siempre estáis defendiendo a este subnormal! ¿Qué tenéis para mí? ¿Es que no habéis hecho nada?

Habla Francisco Paco desde su mesa:

—Todos los periódicos están que trinan con esto de Rutllana como espía alemán tiroteado en plena calle. La embajada francesa de Madrid ha elevado una protesta oficial. Dicen que las autoridades españolas han roto la neutralidad.

—Yo tengo noticias, jefe —se hace oír el Tarugo.

—¿Tú?

—Ayer estuve investigando y descubrí algo muy raro.

El subordinado hace un gesto de «Esperad un momento, que os lo voy a explicar despacio, con todo detalle», y su superior no se lo permite:

—No, no me vengas con discursos. Las cosas claras, breves, en una palabra: ¿qué coño descubriste? —El Tarugo considera que no será fácil, pero tendrá que hacer el esfuerzo—. ¡Venga, joder, que no tenemos todo el día! ¡Que ya hemos perdido media mañana con el sermón de la montaña, y los jueces de mierda, y el cobre y el copón bendito! ¡Habla de una puta vez, Tarugo!

En catorce palabras:

—Los tíos que llevaron a Rutllana al Clínico fueron los mismos que le dispararon. —Villadiego levanta una ceja, interesado. Mueve la mano pidiendo más detalles. Quince palabras más—: Y los mismos que lo fueron a buscar, cuatro horas después, y se lo llevaron.

Villadiego se sienta sin apartar la mirada del Tarugo, más espabilado que nunca.

—¿Dónde se lo llevaron?

El agente hace gesto de «Eso no lo sé», y su jefe se impacienta porque «Este mierda del Tarugo, ya se sabe», pero él no afloja:

—Supongo que a cualquier sitio que tengan los franceses para interrogarlo. Si Rutllana trabaja para los alemanes, como dicen los periódicos, tendrán muchas preguntas que hacerle.

Villadiego no aparta la vista de su subordinado. Incrédulo. Se pregunta si el Tarugo sabe que Xavier Rutllana es agente alemán

por obra y gracia suya.

—Le pegan un tiro, lo llevan al Clínico para que lo curen…

—Es evidente que no querían matarle. Lo necesitaban vivo para sacarle todo lo que sabe. A lo mejor le dispararon sin querer. Un accidente.

—Supongo, supongo, supongo —masculla el inspector—. Y no sabemos dónde se lo llevaron.

—Pero sé en qué coche se lo llevaron. Hay un testigo.

—¿Qué coche es ese?

—Un Fiat Cero, motor de 1,8 litros, dieciocho caballos de vapor. Llega a los ochenta kilómetros por hora.

—¿Qué coño te está pasando, Tarugo? —estalla Villadiego, siempre imprevisible—. ¿Qué te está pasando? ¿Te has vuelto mecánico? ¿Dónde te has dejado el mono? Te he preguntado que me digas cómo es el coche. ¿Grande, como los que tenemos en el Cuerpo? ¿Mediano, como el del comisario Martínez Anido? ¿O pequeño como esa birria que tienes tú?

—Bueno, es grande, como los que usamos nosotros. Y lo conducía un tío alto y apersonado, gran corpachón y cabeza gorda.

—¡Esto no vale una mierda, Tarugo! ¡Hay miles de coches grandes en la ciudad conducidos por tíos cabezones!

—No tantos, jefe, no tantos. He buscado en el anuario del Real Automóvil Club de Cataluña —y de su escritorio saca un libro de unos quince centímetros y de color amarillo, para certificar sus palabras—, donde consta la lista de matrículas de todos los vehículos de Cataluña. No tenemos muchos Fiat Cero corriendo por las calles, jefe, y he ido revisando matrícula por matrícula y cotejándolas con el número del propietario.

—Abrevia, coño, abrevia —dice el comisario, ahora sin ningún énfasis.

—Hay un Fiat Cero matriculado a nombre de un tal Valentín Soler.

—¿Valentín Soler?

Ahora todos los miembros de la brigada están pendientes de las palabras del Tarugo.

—Los hermanos Soler. ¿No os suenan? Son escorpiones. Valentín y Vicente Soler, que dicen que son hermanos gemelos.

—Ah, sí —interviene José Pepe, que se reivindica como entendido en el tema—. Pero es uno solo. Es un zumbado que dice que tiene un hermano mellizo, pero nunca es el que esperas que sea. Si vas a detenerlo, o a reclamarle una multa, siempre dice «Yo no soy, yo soy Valentín, o Vicente, tú me estás hablando de mi hermano».

—Ese —aprueba el Tarugo—. Cuando crees que estás hablando con uno, resulta que es el otro. Pero que no es verdad, que el tío se lo inventa.

—En realidad, se llama Vicente. —José Pepe despliega su erudición—. Este había sido revientapisos. Uno grandote. Lo habíamos detenido más de una vez. A este lo contrató por primera vez, en Barcelona, el coronel Thoroton de la Inteligencia Británica como «escorpión», que es como llaman ellos a los asesinos a sueldo. O sea, que trabaja para los aliados.

—¿Y sabéis todo esto y anda por ahí suelto? —pregunta Villadiego.

—Bueno, eso son cosas que se cuentan. No lo hemos pillado nunca in fraganti.

El inspector Villadiego estalla de nuevo:

—¡Cosas que se cuentan, cosas que se cuentan, joder! ¿Y para esto tanta palabrería? ¿Para esto he tenido que aguantar la perorata, Tarugo? ¿Tú te crees que no tengo otra cosa que hacer que aguantar tus sermones?

—Solo una cosa más —añade el Tarugo, como quien se excusa. Su superior lo mira levantando la ceja con un gesto que es amenaza —. Sé dónde encontrar a los hermanos Soler.

—Hermanos Soler que solo es uno.

—Valentín Soler.

—Vicente Soler.

—¡Bueno, coño, como se llame! ¿Dónde se le puede encontrar?

—Me han dicho que suele ir por una taberna que la llaman La Tortuga. Calle del Carmen, junto a la plaza del Padró.

—¡Pues vamos a La Tortuga ahora mismo, coño! —Villadiego se pone en pie como la osa dispuesta a defender a sus crías, tonante como la tormenta del Fin del Mundo—. Pero ahora sí: lo pillamos vivo, y lo traemos aquí y que nos diga dónde llevó a Xavier

Rutllana, ¿entendidos? Esta misma tarde quiero saber dónde se esconde Xavier Rutllana. Esta noche quiero tener a Rutllana en los calabozos de abajo. Encadenado. ¿Te queda claro, Tarugo? ¡Nada de tiros! ¡No me lo mates porque, si me lo matas hoy, te mato yo a ti!

Al Tarugo le queda claro, y la comprensión de los hechos lo deja estupefacto y lo sitúa en último lugar cuando todos sus compañeros salen precipitadamente de las oficinas, siguiendo a su líder.

—¡Venda, coño, Tarugo, que siempre eres el último!

Sale tropezando, abrumado por la convicción de que ha cometido un error desastroso.

Si ahora detienen a los hermanos Soler, o al hermano Soler si solo es uno, y este sabe dónde se esconde Xavier Rutllana, el inspector Villadiego le hará cantar, eso seguro. Confesará, e irán a detener a Xavier Rutllana, y lo arrastrarán al calabozo, siempre y cuando el inspector pueda contenerse y no lo mate por el camino.

Y eso pasará por culpa del Tarugo.

Ocupan los dos vehículos asignados a la brigada y salen disparados Paralelo arriba hacia la ronda de San Pablo.

El Tarugo está ausente, preguntándose por qué lo habrá hecho. Para quedar bien ante su jefe, para demostrarle que ayer trabajó mucho y bien, para librarse de la fama y el mote de Tarugo. Se jugó la vida con aquel mensaje que introdujo en la carbonera para salvar la vida del señor Rutllana y ahora es el culpable de que lo atrapen. ¿Qué ha hecho? ¿Qué le ha pasado? Moviendo la cola ante el jefe para que te tire una galletita o para que te haga una caricia. Al Tarugo le tiemblan las piernas, lo abruma un cansancio de sopor, se echaría a llorar, se asfixiaría con cocaína si no le diera vergüenza sacar la cajita de cerillas.

La Tortuga nació con vocación de tugurio. Sobre todo, con vocación de llamar la atención, de distinguirse entre los miles y miles de bares que llenan esta ciudad. No se sabe si fue a propósito o por culpa de quien pintó el letrero de anuncio, muy colorido, pero lo que se puede leer ahora en el dintel de la puerta dice: «Tortuga La Tugurio». El dueño, que se llama Esteve y viste chaqueta blanca y servilleta al brazo, igual como sus camareros, recibe a los clientes en la puerta con sonrisa de dientes de oro. La exhibición dorada se

funde con alarma y aflicción cuando ve los dos coches que frenan en la plaza del Padró y de ellos salen siete hombres muy decididos que solo pueden ser policías.

En la calle Hospital, destaca un coche ostentoso, bicolor, Fiat Cero, como hay pocos en la ciudad.

—Tarugo… ¡Tarugo, coño! ¿Ese es el coche? Estate atento, joder. ¿Dirías que ese es el coche de Soler?

—Sí, sí que lo es. Esa es su matrícula.

—Pues está dentro. A por él.

Por la comisura de los labios, Esteve envía un mensaje hacia el interior: «Sereno», y al mismo tiempo que llegan los agentes de la autoridad comparece a su lado un hombre grande y ominoso con una verga de buey en las manos. Lo llaman Sereno y vela por la paz y el orden en el establecimiento.

El inspector Villadiego planta su humanidad y autoridad ante los dos.

—Buscamos a Valentín Soler.

Esteve no simpatiza con la Policía. Alguna vez ha pasado por sus manos, sus comisarías, sus interrogatorios y sus calabozos. Cuanto más lejos, mejor.

—Aquí dentro solo tenemos a Vicente.

—Son el mismo.

—Si buscan a Valentín, no está.

—Ahí está su coche.

—Es el coche de Vicente.

—Pues venimos a buscar a Vicente.

Se abren paso.

El Sereno cierra los ojos como si hablara consigo mismo y se aconsejara mantener la calma.

Es un local muy grande para una puerta tan pequeña, sin ventanas ni salidas de emergencia, que en pleno mediodía tiene que iluminarse con luces de gas que mantienen una penumbra somnolienta.

El Tarugo entra el último y se dirige al Sereno.

—¿Tenéis teléfono? —pregunta.

—No.

El policía mira hacia atrás, con la intención de salir a la calle y

buscar un local donde puedan tener teléfono.

—¡Tarugo! Ven acá.

Tiene que acudir a la llamada del jefe. Villadiego mueve la barbilla en dirección a la zona del billar donde tres hombres se concentran con los tacos en las manos calculando carambolas. Uno es corpulento y tiene la cabeza gorda. Traje de americana ancha, probablemente con pistola bajo la axila.

—¿Es ese?

—Me parece que sí.

—Sí, jefe —interviene José Pepe, que conoce bien a los escorpiones—. Ese es los hermanos Soler.

Los policías se despliegan. Controlan a los tres hombres pero se centran en el de la cabeza gorda.

El inspector Villadiego se pone detrás de él, muy cerca, y habla bajo para que todo quede entre ellos. Nadie quiere organizar un escándalo.

—Valentín Soler. Quedas detenido.

El hombre de la cabeza gorda se paraliza, sujetando el taco con las dos manos. Puede ser un arma para abrirse paso hasta la puerta.

—Yo soy Vicente Soler. Buscan a mi hermano.

Los policías intercambian miradas de fatiga. «Ya estamos.»

—Ahí fuera está tu coche.

—Es el coche de mi hermano.

—No me vengas con mierdas. Pon las manos sobre la mesa de billar y no te resistas. Deja el taco.

Francisco Paco se le acerca por la izquierda, le abre la chaqueta y le quita la pistola de la sobaquera.

—Deja el taco. ¡Que dejes el taco!

Deja el taco. Ya lo tienen. No habrá resistencia.

—¿Por qué buscáis a mi hermano? Es mellizo mío. Somos idénticos. Os estáis confundiendo.

—Queremos hablar contigo. Ahora nos acompañarás y tendremos una charla amistosa. ¿De acuerdo?

—Pero ¿sobre qué?

—Sobre tu puta madre. Andando.

Villadiego lo empuja sin brusquedad. Se dirigen a la puerta.

El Tarugo comenta:

—No cabremos en el coche. Yo iré a la comisaría andando.

—Andando —le dice el inspector, con su desdén habitual— y metiéndote esas mierdas tuyas por la nariz.

Salen a la calle. Los peatones los miran y simpatizan con el detenido. La brigada y su jefe, rodeando al hombre de la cabeza gorda que se ha dejado el sombrero en el tugurio, se dirigen a los automóviles que los esperan en la plaza del Padró.

El Tarugo se va en dirección contraria, por la calle del Carmen hacia las Ramblas, obsesionado por encontrar un local con teléfono.

38

MALOS PRESAGIOS

En las horas y los días siguientes a la muerte del intruso, el capitán Salanova se comportó como correspondía, como se esperaba de él, y controló la situación, y convenció a los alemanes de que era el oficial ideal para conducir aquella crisis; pero él empezó a pensar que las cosas iban mal y que no podían acabar bien de ninguna de las maneras.

Sepultaron al hombre de la gorra torcida sin ceremonias ni plegarias en el descampado que había al otro lado de la Cresta. Y no pusieron ninguna cruz, ni inscripción, ni detalle alguno que indicara que allí había una persona enterrada.

Aquí no ha pasado nada.

Y a los dos carabineros implicados trataba de convencerlos de que no habían cometido ninguna irregularidad. Muy al contrario.

—Lo hicisteis muy bien, Palomera Parra, Delafuente Vallés, hicisteis lo que había que hacer, sí, señor. Aquel hombre se opuso a la autoridad, no obedeció vuestras órdenes, no respetó los uniformes ni las armas, y no quedaba más remedio que aplicarle un correctivo. Los uniformes y las armas se han hecho para ser respetados. ¿Qué sería de esta sociedad, de este mundo, si la gente de la calle, la chusma, no respeta las armas, los uniformes y la autoridad? Hicisteis lo que teníais que hacer, Delafuente, Palomera, Palomera, Delafuente, muy bien, premio, y no tenéis que preocuparos por nada porque no os va a pasar nada, incluso llegaréis a ser condecorados y reconocidos como héroes cuando todo esto termine.

En privado, Fritz y Otto aprobaron el comportamiento, las palabras y la actitud de Salanova. Ellos también creían firmemente —y aún lo creen, tal vez incluso más que el capitán— que el uniforme y la autoridad les otorgan la razón y la fuerza. Y el capitán Salanova asentía con la cabeza y decía «Claaaro, claaaro»,

pero en el fondo se temía lo peor. Sabe mejor que ellos en qué país vive y con qué clase de gente trata, y está seguro de que el incidente del hombre ejecutado no acabará aquí con unos golpecitos en la espalda.

Un día, los alemanes tendrán que aceptar que su plan perfecto no era tan perfecto. Puede ser que, en su país, la gente, al ver el letrero de «Zona Estratégica Militar, Prohibido el Paso», dé media vuelta y se aleje sin decir palabra, pero ¿aquí, en España, en pleno Ampurdán? Aquellos gilipollas, cabezas cuadradas, no sabían nada de este país.

Y cuando Salanova vio que Fritz abría la caja fuerte que tenía debajo del escritorio y sacaba dos fajos de billetes para recompensar a los carabineros homicidas «por el mal rato que habían pasado», solo se le ocurrió que hay que huir de esta ratonera antes de que sea demasiado tarde y, a ser posible, con el contenido de esa caja fuerte que le garantice un futuro cómodo.

Y, por si no estaba suficientemente convencido de la inminencia del desastre, el siguiente submarino que los visitó traía pésimas noticias.

La luz del faro giraba y giraba y giraba, y hacía que el mundo se encendiera y se apagara, el mar estuviera y no estuviera, la Cresta y cala Cañas y el pico de los Farallones tan pronto estaban como no estaban. Y, como ya se había hecho habitual, la tripulación sucia y cansada descargaba armamento e información para los agentes alemanes que operan en territorio español, y correspondencia y productos alimenticios alemanes del gusto de Heinrich y Thomas, pero aquella vez, antes de la cena ritual de bienvenida, el comandante del sumergible quiso hablar en privado, primero con los dos agentes alemanes, y después, con el capitán Salanova.

Se reunieron en el despacho de Baumeister, en la base del faro. Era la habitación más grande del edificio, que, además de una cama y un armario, servía de despacho y sala de radiotransmisiones, con el telégrafo en una mesa del rincón. Tenía el techo deformado por la escalera de caracol ascendente y la caja fuerte estaba debajo del escritorio.

Las malas noticias eran que el cargamento anterior, que los carabineros transportaron a la Borda de Rigall, había sido

interceptado por agentes franceses. Concretamente por uno que opera en Barcelona, que se empieza a hacer famoso y que se hace llamar Caramba.

Después de realizar el intercambio del cargamento por los bidones de combustible que llegaron hasta el submarino, los tres camiones que regresaban a Barcelona, con los explosivos, los mensajes y la cajita con lo que llamaban «azúcar», no acabaron en el taller de Argüelles, donde los estaban esperando. No se sabe qué sucedió y no enviaron a nadie a la Borda de Rigall para averiguarlo porque seguramente los aliados deben de tenerla vigilada. Lo único seguro es que los cuatro *schatten* que debían recoger el cargamento en la borda no regresaron a Barcelona; y se da por supuesto que los mataron y que deben de estarse pudriendo en alguna cuneta.

Fritz y Otto disimulaban sus nervios poniéndose más rígidos de lo normal, como si se les agarrotaran las extremidades. También se les ponía la voz más aguda.

—Pero de esto hace una semana —decían en castellano para hacer partícipe a Salanova de su alarma. Y continuaban en alemán: los aliados podrían haber llegado hasta el Enklave Zero; ¡podrían haberles pillado por sorpresa!

Había resultado imposible avisarlos porque estaban prohibidas las comunicaciones telegráficas que trataran de temas secretos. Esta base era especial, ¿o es que no lo recordaban?

Traducían especialmente para Salanova:

—No han podido avisarnos por telégrafo porque está prohibido. Capitán. Por favor, capitán.

—Qué. ¿Yo?

El Korvettenkäpitan hizo una pausa para recuperar la atención del capitán Salanova, que en aquellos momentos estaba pensando en otra cosa con la mirada clavada en la caja fuerte que había debajo de la mesa.

—Sí, sí, estoy escuchando, o sea, muy atento.

Si había habido una filtración o tenían un traidor en sus filas, ya lo investigarían las personas habilitadas para hacerlo. Lo que tenían que saber los responsables del Enklave Zero era que el actual cargamento debería ser trasladado a un lugar nuevo, que venía indicado en sobre cerrado. Y otra cosa: sería la última vez.

Eso sí que era una sorpresa. ¿Se acababa el Enklave Zero?

Sí. Tendrían que prepararlo todo porque en el próximo submarino que los visitara abandonaría el país aquel hombre conocido como WC, o Doktor Bambú, el brillante organizador de la red de asistencias a submarinos en todo el estado español.

El capitán Salanova no decía nada y contemplaba a los tres alemanes como si le merecieran un profundo respeto, mientras pensaba que en todas partes hay chapuceros, y que cada país los tiene a su manera. Los hay ignorantes que nunca han aprendido ni han querido saber nada, con el coeficiente intelectual deteriorado; y los hay sabios que se sienten superiores y que, volando por encima de las cabezas de los demás mortales, no tienen los pies en el suelo y, en consecuencia, no saben ni andar. Él se consideraba la más lista de las cuatro personas presentes porque había fijado su objetivo en la caja fuerte llena de pesetas que se encontraba debajo del escritorio del despacho de Heinrich Baumeister.

39

LLAMADA

En el trayecto de regreso desde el Paralelo al hotel Regina, en un automóvil de plaza, Amadeu y Amanda no pronunciaron ni una palabra. Cualquiera podría pensar que era debido a la impresión que les había causado la visita a la pavorosa Tierra Negra, pero lo cierto es que los dos tenían motivos para no abrir la boca.

Amadeu iba con la cabeza y la punta de la lengua llenas de preguntas inconvenientes sobre la Amanda que un día bailó y cantó mientras Roc y Xavier descargaban puñetazos y puntapiés sobre un pobre hombre que días después acabaría colgándose de una viga del establo, y sabía que si formulaba esas preguntas y liberaba su furia, perdería irremediablemente los favores de la chica que le había descubierto un mundo maravilloso. Y Amanda callaba porque tenía muchas cosas que pensar, calcular y planear, y era espía y los espías no deben explicar a nadie lo que saben ni lo que se disponen a hacer ni sus motivos ni sus métodos.

No hubo comunicación verbal, pero, para no ignorarse, los cuerpos iniciaron un diálogo por su cuenta, a base de una mirada dulce por parte de ella, una sonrisa de compromiso por parte de él, un dedo índice de ella tocándole los labios para hacerle saber que no hacían falta palabras, y los labios besando la yema de aquel dedo, y el dedo acariciando los labios. Y, una vez más, la pareja irrumpió en la recepción del hotel con urgencia de recién casados después de vivir años de noviazgo casto, y se encerraron en la habitación 211 deshaciendo lazos y desabrochando botones y liberando necesidades frenéticas. Para sumergirse en una segunda experiencia corregida y mejorada por todo lo que habían aprendido en la primera lección. Amanda ya no tuvo que dar explicaciones ni conducir manos y dedos hacia los lugares correctos, y pudo relajarse un poco más, entregarse generosa y disfrutar de las experimentaciones del aprendiz entusiasta.

Y, después de un sueño restaurador, esta mañana, ha vuelto con lascivia tierna y perezosa, improvisada y casi involuntaria. Los cuerpos han continuado llevando la iniciativa, pero esta vez no había que correr, ya sabían lo que tenían que hacer y qué era lo que todavía no habían hecho y qué postura imposible sería interesante probar. Han empezado con sonrisas tibias, y con caricias muy superficiales que hacían cosquillas, y con sinuosidades lentas, circunloquios interminables hasta llegar al codiciado galope desbocado, con risas y gritos y toda clase de pirotecnia.

A media mañana, han pedido que les subieran comida, un pollo «*maître de hôtel aux champignons* » que ha llegado bajo una cúpula plateada y brillante y que han comido sobre la cama con los dedos, ensuciándolo todo para disfrutar del placer de sentirse sucios. Luego se han masturbado el uno al otro, y han dormido, y los sobresalta el timbre del teléfono. Porque la habitación 211 disfruta del privilegio de tener aparato telefónico en la mesilla de noche.

Ha contestado Amanda, «¿Dígame?», y Amadeu ha sentido un principio de pánico, reviviendo el despertar del día anterior, cuando la puerta de la habitación se abrió de golpe e irrumpió Jeroni con malas noticias.

—¿Amadeu? —está diciendo Amanda, extrañada, como si no pudiera concebir que nadie pudiera comunicarse con Amadeu por vía telefónica—. ¿Que quiere hablar con Amadeu?

Entrega el tubo acústico al hombre que tiene al lado e intercambian gestos de «¿Quién será?», «No sé, no entiendo nada».

—Dígame.

—¿Señor Amadeu? Soy aquel policía que le pasó el mensaje en la carbonera.

—¿El Tarugo?

Amadeu se pone alerta. La llamada es importante. Amanda se da cuenta de ello y sabe que a ella también le interesa. Porque ella sabe quién es el Tarugo, claro que lo sabe.

—Sí. Escúcheme, quiero decirle que no es culpa mía, yo no he tenido nada que ver. Quiero decir que usted quería saber dónde está el señor Rutllana…

—¿Dónde está? —pregunta Amadeu.

—No lo sé, pero el inspector Villadiego lo va a saber de un

momento a otro, e irá a buscarle y yo no podré hacer nada para impedirlo.

—Pero, pero… —Amadeu se pone muy nervioso. Amanda le pregunta por señas qué pasa, qué pasa, y aún le pone más nervioso.

—Hemos detenido a un hombre, un hombre que sabe dónde se esconde el señor Rutllana, porque es el hombre que lo llevó a su escondite. Lo hemos detenido, y ahora va camino de la comisaría, y el inspector Villadiego lo va a interrogar. Y ya le digo yo que lo hará hablar, no necesita mucho rato para hacerle hablar. Y quería decirle, señor Amadeu, quería decirle que yo no tengo nada que ver con eso. Se lo digo para que no utilice lo que…, eso que me compromete, por favor. Por eso lo llamo. Si detienen al señor Rutllana, piense que no es culpa mía. Lo he llamado porque le prometí que lo llamaría…

Amadeu mira a la espía desnuda que tiene al lado. No sabe qué hacer con esa información. ¿Qué puede hacer?

Amanda le pide el aparato. Él dice por el micrófono:

—Espere un momento. Le paso el aparato a una señora y usted le repite lo que me ha dicho a mí.

Amanda se pone, nerviosa.

—Dígame.

Entretanto, Amadeu recoge las prendas de ropa que anoche quedaron diseminadas por la habitación y entre las sábanas y empieza a vestirse. El día anterior ya escarmentó. No sabe cuál será la reacción de la chica, pero no va a permitir que se vaya sola otra vez.

Amanda pregunta:

—¿Y cómo se llama ese hombre al que han detenido?

El Tarugo confirma sus temores:

—Se hace llamar Hermanos Soler.

Ella cuelga el auricular de golpe, lo descuelga de nuevo y, con dos dedos, golpea el interruptor reclamando la atención de la telefonista del hotel.

—¿Señorita? Póngame con el número 8364 letra A, por favor.

No le pregunta a Amadeu de qué conoce al Tarugo que ha llamado ni por qué le ha proporcionado aquella información. Ahora hay cosas mucho más importantes que las preguntas inútiles.

Amanda dice gracias y corta la comunicación. Sin decir palabra, concentrada en sus pensamientos, se dirige a la bolsa de viaje y saca de ella un puñado de ropa interior. Y unos zapatos.

—Bueno. Qué —le exige Amadeu, que ya se ha puesto calzoncillos y camiseta y se está acabando de calzar calcetines con ligas.

Amanda abre el armario y descuelga un traje de verano gris y blanco.

—Tenemos que sacar a Xavier de su refugio. Si lo agarran, le matarán.

—Pero ¿cómo? ¿Tú sabes dónde está escondido Xavier?

Amanda se mete en el cuarto de baño.

—Pero yo no puedo ir. —Va hablando como si estuviera sola—. A mí no me puede atrapar allí la Policía.

—Ya iré yo.

Amadeu deja de vestirse, atento a la respuesta que llegue del baño.

—¿Me has oído? Ya iré yo.

Un silencio.

—No. Tú no te puedes meter.

Suena el timbre del teléfono. Amanda sale disparada del lavabo, salta sobre la cama y descuelga el auricular echada boca abajo.

—¡Dígame!

—Le pongo con el 8364 A.

—Gracias.

—Me voy a meter, Amanda. Tanto si quieres como si no quieres.

Ella no contesta. Escucha señales de llamada al otro lado del cable, y espera. Una llamada y otra y otra y otra. La respiración profunda mueve su cuerpo cadenciosamente.

Amadeu se ha puesto la camisa, pero por las prisas piensa prescindir del cuello duro y de la corbata. Cuando se pone la chaqueta, nota en el bolsillo la pistola que le dio Amanda anoche. No dice nada. Supone que, tarde o temprano, la chica se la pedirá.

—Perdone —comunican desde la centralita del hotel—, pero el 8364 A no contesta.

Amanda cuelga de nuevo, crispada. Furiosa. Pero no puede permitirse ni un instante de duda.

—Los de la carpintería ya han ido a buscarlo. Tengo que irme.

Amadeu le cierra el paso.

—No puedes venir, Amadeu. —Casi es una súplica—. Hay sitios que nadie puede conocer.

—Yo no soy nadie. Un pobre tío de pueblo que nunca ha vivido en esta ciudad. Nadie me conoce. Solo soy amigo de Xavier y quiero verle. —Como un relámpago, por la mente de Amadeu pasa la imagen de Xavier pegando puntapiés a un anciano.

Amanda hace un gesto brusco de impaciencia y contrariedad. Se vuelve hacia el espejo del tocador para revisar su aspecto, ponerse un pequeño sombrero negro, ahuecarse el pelo. Mientras tanto, piensa. Calcula pros y contras y se inclina por la imprudencia.

—Está bien. Vamos. —Habla mientras camina hacia la puerta, mientras la abre y sale al pasillo—. Pero no hagas muchas preguntas, y no te fijes mucho en lo que veas.

Toman uno de los coches de plaza que esperan a la puerta del hotel.

—Vamos al Pueblo Nuevo. A la calle Castanys, ¿la conoce? Está junto al mercado.

El conductor casi protesta:

—Sí, sí, ya sé. Junto al mercado. Cerca de la Sociedad La Alianza.

A ver si le va a decir una mujer cómo tiene que hacer su trabajo.

40

SALVAR A XAVIER

Entre bicicletas, tranvías, automóviles, tartanas y carros, el automóvil avanza por la ronda de San Pedro hasta el Salón de San Juan. Allí rodean el parque de la Ciutadella para ir a buscar el barrio industrial, todo fábricas, talleres y almacenes, naves industriales grandes y pequeñas, mezcladas con largas hileras de casitas de construcción deficiente, planta baja y un piso, para los obreros, que conviene que estén cerca de su puesto de trabajo. En el lugar más poblado, cerca de una rambla similar a la de Barcelona, que se llama paseo del Triunfo, hay unos cuantos edificios de tres plantas, un poco más confortables que las barracas de los obreros, pensados para los cargos intermedios de las fábricas, que también conviene que estén junto al trabajo por cualquier cosa que pueda pasar. Para tenerlos contentos, les han puesto el mercado ahí al lado, que no les falte de nada.

El coche llega por Wad-Ras, pasa de largo la calle Castanys y continúa hasta el lugar donde el tranvía termina su recorrido y da la vuelta, calle de la Amistad, un callejón sin salida. Amanda paga y bajan.

Se acercan a la esquina para observar su objetivo.

La calle Castanys es estrecha y sombría. El hormiguero propio de las calles próximas a los mercados, pero no se percibe ningún movimiento extraño. Mujeres que van o vienen cargadas con cestos, campesinos, los propietarios de los puestos, los gritos de las pescaderas, carros de mulas que maniobran con dificultad en tan poco espacio, reniegos de los carreteros, olores de comida fresca que hace muchas horas que se está ofreciendo a la clientela.

Amadeu observa la reacción de Amanda. Su voz angustiada, paralizada, los puños cerrados. Es consciente de que lleva una pistola en el bolsillo. Tal vez tenga que usarla.

La puerta del número 25 es angosta, no permite el paso de dos

personas a la vez. Está cerrada y, evidentemente, no hay portero. Hay que llamar con picaporte para que te abran desde el piso donde quieras ir.

—¿Tienes llave?

La chica asiente. Saca dos llaves de su bolso, unidas por una anilla. Una llave es grande y pesada como la de una iglesia medieval. La otra, también de tija, es más pequeña. No hace gesto de dárselas, pero el hombre lo entiende y las coge.

—Segundo piso —le dice—. Segunda puerta. Dile a la Norberta que vas de parte de Frau Spatz.

—¿Frau Spatz?

—Sí. Frau Spatz. Y Norberta.

Sin dudar ni un segundo, él se pone a caminar.

Pasa junto a una mujer que lleva un conejo vivo agarrado por las orejas. Se cruza con un hombre que empuja una carretilla repleta de verduras. Hay una mujer que vende cerillas, «La voluntad, señor, por favor», y un hombre a quien le faltan las dos piernas, suplicando limosna.

Va repitiendo: «Frau Spatz, Norberta».

Llega a la puerta del 25 y abre con la llave medieval. Tiene miedo de que, en ese momento, la Policía se materialice a su alrededor, y lo empujen hacia adentro, «¡Quedas detenido!». Eso no sucede, y cierra y, a oscuras, se siente mucho más seguro con la puerta como barrera protectora.

«Frau Spatz, Norberta.»

En la penumbra, arrepentido de no haber comprado cerillas a la mujer de la calle, sube la escalera donde cabe apenas la anchura de sus hombros. Huele a berzas hervidas. En algún piso superior, hay una mujer que grita que así no se puede vivir, que alguien le explique cómo se puede vivir así, porque ella no lo sabe. Los rellanos son mínimos. Una puerta a cada extremo. Sube al segundo piso. Se guía con una mano en la pared y la otra en la barandilla y va con mucho cuidado a cada peldaño. Llega al segundo piso. Tiene que suponer que la segunda puerta es la que se encuentra al final del rellano, apenas a tres pasos.

«Frau Spatz, Norberta.»

Le tiemblan las manos cuando busca el agujero de la cerradura

con la llave pequeña. Abre. Entra en un piso inesperadamente luminoso y perfumado. Olor de melocotón, quizá demasiado intenso. El sol poniente entra por un balcón que hay al otro extremo de un pasillo decorado de forma artística y extravagante. Cuadros abstractos, de manchas, rayas y pinceladas. Ve el cartel del herrero y el soldado alemán a punto de lanzar una bomba de mano, «*Ihr für uns, Wir für Euch!* ». Es territorio alemán.

Una mujer mayor, gruesa, de piel colorada y cabellos muy blancos, con un delantal blanco con puntillas, aparece de repente por una de las puertas del pasillo, y se asusta. No lo conoce, no le esperaba y es consciente de que ejerce un trabajo arriesgado.

Amadeu le hace un gesto para que no grite. Susurra:

—¿Norberta? —La mujer lo mira y lo mira—. Norberta: vengo de parte de Frau Spatz. ¿Entiende? Frau Spatz. Vengo a buscar a Xavier Rutllana. Está en peligro. Bueno, y a usted también la vengo a buscar —improvisa, aunque nadie le ha dicho nada sobre eso—. Que no la encuentre Villadiego o se la llevará para interrogarla. ¿Me entiende, Norberta?

La mujer dice:

—No soy de aquí. No hablo español. *Sprichst du Deutsch?*

Es un diálogo jadeado, aplastado por el miedo de los dos.

—Norberta: tengo que llevarme al señor Rutllana y no me puedo entretener más.

La hace a un lado y mira al interior de la estancia de donde ella salía, que es una cocina, y tiene que ir hasta el final del corredor para encontrar un dormitorio muy grande, lleno de lo que parecen disfraces de *music-hall* , con un tocador con bombillas alrededor del espejo.

Y tres personas alrededor de la cama. Dos hombres con aspecto de obreros, uno mayor, con canas y camisa de cuadros, y el otro, joven y pelirrojo, con mono marrón. Hay que suponer que son los de la carpintería, que habrían salido antes que Amanda y él. El tercero es Xavier Rutllana, que lo contempla atónito. La expresión de los otros es, más bien, de haber sido pillados con las manos en la masa.

—Vengo de parte de Frau Spatz —dice Amadeu.

—¿De quién?

No la conocen. Se dirige a Xavier:

—De Amanda. Nos está esperando abajo. Tenemos que salir deprisa. Está llegando la Policía. Saben que estás aquí. Villadiego.

Hasta ahora, Xavier no reacciona a la aparición de san Amadeo.

—¿Villadiego? —Pero hay algo más importante—: ¡¿Qué coño haces aquí?!

¿Qué hace aquí? ¿Él también le escondía cosas? ¿Él también le ha mentido, lo ha manipulado, le ha traicionado, como Amanda? ¿El joven ingenuo que llegó con aquella tarjeta postal en la mano? ¿El hijo del borracho trastornado que los atacó en el *foyer* aquella noche desastrosa? ¿Todo era mentira, también? ¿Todos conspirando contra él? ¿Para hundirle los barcos? ¿Para arrebatarle su fortuna? ¿Para ganar la guerra de Europa?

¡Les regaló las joyas de la familia, con solitario incluido!¿Qué más quieren de él? ¿Qué quieren ahora?

Nunca se había sentido tan indefenso y asustado.

De repente, en la calle estalla lo que parece una gran catástrofe. El ruido de un motor estrepitoso que se sube por las paredes y hace vibrar los cristales de las ventanas. Chillidos de mujeres sobresaltadas y bramidos de hombres enfurecidos.

Se abren las puertas del coche y salen Villadiego y dos de sus hombres, Benito Nito y José Pepe. Se dirigen a la puerta del número 25. Comprueban que está cerrada y Villadiego la golpea con la palma de la mano y grita a pleno pulmón:

—¡Abran a la Policía! ¡Policía! ¡Abran!

Amadeu se encuentra organizando la fuga, como si todo el mundo le hubiera cedido la iniciativa y estuviera esperando sus órdenes. No sabe exactamente qué hacer, pero hay una decisión que no admite discusión: tienen que abandonar este piso y solo pueden hacerlo hacia arriba, porque el enemigo ataca por abajo. De forma que eso es lo que dice:

—Id al piso de arriba, id al piso de arriba.

La voz atronadora del inspector de Policía continúa:

—¡Abran a la Policía! ¡Abran!

Se le acaba la paciencia. Carga con el hombro contra la puerta estrecha. Dos veces. Es inútil.

—¡Ayudadme, joder!

Los tres policías embisten el portal. Retumban los golpes, y se oyen voces en la calle que les recriminan su comportamiento.

—¡Abran a la Policía!

—¡Pero dónde vais!

—¡Bestias!

Las cuatro personas que llenan con Amadeu el piso exótico no parecen tener ninguna prisa, y las empuja por el pasillo hacia la puerta.

—Subid y meteos en uno de los pisos de arriba. Llamad, que os abran y os coláis dentro.

En la calle, Villadiego saca la pistola de la funda y dispara dos veces al cielo. Explosiones que provocan más chillidos y rumor de pánico en la calle, e incluso instauran un silencio sólido en el mercado.

—¡Abran de una puta vez o empezamos a matar gente, hostias!

Villadiego es consciente de que se está cavando su propia tumba. Nunca podrá justificar ante un juez o ante su comisario lo que está haciendo. Pero no lo puede evitar. Sabe que arriba, en el segundo piso, se esconde Xavier Rutllana y, tan cerca de él, solo puede pensar en la venganza. Es un hombre cegado por el odio.

Los tiros han acelerado los acontecimientos en el segundo piso. Las cinco personas se han agachado como para esquivar las balas y han echado a correr escaleras arriba hacia el tercero.

Amadeu se queda en el segundo porque quiere dejar el piso exótico impecable, como si sus habitantes lo hubieran abandonado tranquilamente, sin prisas.

Sube primero el hombre mayor de la camisa de cuadros, luego Xavier, a continuación el del mono marrón, y la última en hacerlo, como si se la olvidaran, la mujer que se llama Norberta.

Golpean la puerta del tercero primera.

Esperan.

Dentro del piso tercero primera se oyen pasos lentos de alguien que arrastra los pies.

—¿Quién es?

—Abra —dice el hombre de la camisa de cuadros—. Policía. —Le parece que es la mejor manera de conseguir que les franqueen el paso.

Se abre la puerta y aparece una mujer muy vieja, muy arrugada, con muy pocas canas en un cráneo que parece rapado. Frunce los ojos.

—Señora: tiene que dejarnos pasar.

—No, gracias —responde ella—. Ya tengo. Ya tengo de todo, gracias.

—No me entiende, señora. Le digo que tiene que dejarnos pasar.

Amadeu cierra el balcón de la habitación del fondo y alisa la cama dejándola impecable. Añade una almohada decorada con flores sobre la almohada de dormir y una boa como detalle caprichoso sobre la colcha.

Xavier Rutllana se ha quedado con Amadeu en el piso de abajo. Está apoyado en el marco de la puerta del dormitorio.

—¿Qué coño haces aquí?

—La Policía ha averiguado dónde te escondías. He venido a sacarte.

En la cocina, hay un plato a medio consumir, probablemente lo estaba comiendo la mujer alemana, Norberta, cuando él la ha interrumpido. Dos platos, un vaso, una jarra de agua.

—¿Tú también eres como Amanda? —pregunta Xavier desde el umbral—. ¿Trabajas con Amanda?

—No, no trabajo con Amanda, pero la ayudo.

—¿Estabais conchabados? ¿Fingíais que no os conocíais y trabajabais juntos?

Amadeu se vuelve hacia el poderoso y peligroso industrial con ganas de replicarle: «¿Quieres decir si yo te engañaba? No: tú me engañabas. No me dijiste que habías aporreado a mi padre», pero no hay tiempo para iniciar una discusión. Mueve la cabeza en señal de negación, queriendo decir que no trabajaba con Amanda pero también que no es momento de formular esas preguntas, mientras vacía el agua de la jarra en el fregadero, tira platos y vaso al cubo de la basura y la tapa, confiando en que nadie vaya a curiosear allí. Pasa un trapo por la mesa. Y la decora con un jarrón con flores que había en un rincón.

Ya está. Da el visto bueno y, cuando quiere salir al recibidor, se encuentra el obstáculo de Xavier.

—Bueno —se rinde este, aceptando que no es el momento

oportuno—, en todo caso, gracias por haber venido.

Por un momento, parece que quiera darle un abrazo. Pero no es el momento.

—De nada —dice Amadeu, empujándolo y saliendo al recibidor y, del recibidor, al rellano—. Ahora tenemos que subir o nos van a pillar aquí. Sube.

Cierra la puerta.

Alguien, en uno de los rellanos inferiores, tira de la cuerda que, mediante un sistema de poleas, abre el portal.

Villadiego y sus dos agentes se precipitan al interior del inmueble.

—¡Al segundo! —dice el inspector en voz alta, para recordarlo a sus hombres y para recordárselo a sí mismo.

Amadeu y Xavier suben al piso de arriba saltando los escalones de dos en dos, agachados y con muecas de miedo de ser descubiertos. La mujer anciana está repitiendo:

—Es que ya tenemos. No necesito nada. Ya tenemos.

Los tres fugitivos están todavía en el rellano, pegados a la pared para que no los vean desde bajo. No puede ser. Amadeu saca la pistola. Se abre paso entre Norberta, el hombre mayor de la camisa de cuadros y el joven del mono marrón y muestra el arma a la anciana que les cierra el paso.

—Déjenos pasar —ordena—. Apártese.

El inspector es el primero en subir las escaleras estrechas y empinadas. Va a oscuras, a tientas, casi no cabe y resopla al llegar al primer piso. Todavía lleva la pistola en la mano y le envuelve el olor de pólvora. Seguido de sus agentes, continúa hacia el segundo piso.

La mujer ha abierto mucho los ojos, absolutamente despavorida, y está a punto de desmayarse. Se le saltan las lágrimas, que le caen por las mejillas.

—No me mate —dice—. No me mate.

Amadeu la hace a un lado y, con un gesto, ordena a los otros que entren. Deprisa y en silencio. Acceden a un habitáculo que parece una tienda de anticuario donde hace años que nadie ha quitado el polvo. La mujer va vestida con una bata gris y sucia remendada y deshilachada. Y llora y llora.

El de la camisa de cuadros y el del mono marrón quieren consolarla.

—No llore, mujer.

—No se lo tome así.

—No me maten, por favor, no me maten.

—Que no la vamos a matar, mujer, ¿cómo quiere que la matemos?

Amadeu cierra la puerta.

Los policías ya están en el rellano del segundo piso. Las dos puertas están cerradas. No parece que en el interior esté sucediendo nada extraño. No hay gritos ni carreras precipitadas. Villadiego se detiene para tomar aliento. No puede entrar a detener a Rutllana resoplando como una máquina de vapor. Sus dos hombres parecen más enteros. En la tiniebla, no se oyen sus respiraciones.

Buscan la segunda puerta a tientas.

—Aquí —dice el inspector—. Esta sí que la tiramos.

—Coño, es que no veo nada —comenta José Pepe.

—Ven acá, mira, toca aquí, ¿lo notas? Venga, que esta sí que la tiramos. ¿Preparados? Uno, dos y tres.

El ariete formado por los tres hombres revienta las bisagras a la primera. Rebotan piezas metálicas tintineando por el piso luminoso y artístico. La hoja de madera hace mucho ruido cuando cae al suelo.

—¡Vamos, vamos, vamos! ¡Rutllana, date preso! ¡No te resistas, porque va a ser peor!

El piso está vacío. Intenso olor de perfume de melocotón. Ni rastro de nadie. Y todo está en orden, no parece que se haya producido una fuga atropellada. Ventanas y balcones cerrados. En la cocina, todo limpio, no hay platos a medio comer ni a medio lavar. Las prendas de ropa bien colgadas y dobladas. En el dormitorio, la cama hecha y aseada, adornada con toques femeninos.

Villadiego se queda un instante mirando el cartel del herrero y el soldado alemán, «*Ihr für uns, Wir für Euch!* », y se confirman sus peores sospechas. Un pistolero que trabaja para los aliados finge que hiere a un hombre, se asegura de que lo curen en el Clínico y, después, lo lleva a un piso decorado con motivos alemanes.

Él siempre ha defendido la causa del Imperio austrohúngaro. Incluso se ha enfrentado a puñetazos con los partidarios de la Entente. Y ahora, a pesar de eso, el Imperio austrohúngaro se le puede echar encima y aplastarlo. Porque Xavier Rutllana no es espía de los alemanes. Todo el mundo lo cree porque ha salido en los periódicos, pero no lo es. Villadiego lo sabe porque es quien propició que todo el mundo lo creyera. Él preparó la trampa porque recibió dinero de aquel mallorquín. Y lo ha dicho, ha presumido de ser quien convirtió a Xavier Rutllana en espía. Ahora lo recuerda. La última vez que se entrevistó con Hermann Oslo, su contacto con los servicios secretos del káiser. Se emborracharon, bromeaban, se reían y había un periódico sobre la mesa del bar con la noticia «¿Xavier Rutllana, espía y estafador?». Y Villadiego dijo, con aquella risa que siempre se le escapa, risa nasal, risa burlona, risa de superioridad:

—Este tío ni es espía ni es nada. Este tío es espía porque yo quise. Lo hice yo. Le monté unas pruebas falsas, un mapa del frente francés. Lo hice yo.

Hermann Oslo continuó riendo y bebiendo, sin hacerle caso, pero llegará un día en que lo recordará; cuando la actividad de espía o contraespía del Rutllana perjudique de alguna manera la causa germánica, Hermann Oslo tendrá que recordar que, un día, el imbécil de Villadiego presumió de haber convertido a aquel traidor en agente alemán, y el káiser y todas sus fuerzas volverán la vista hacia el responsable último de aquel jaleo.

Es ahora cuando el inspector se da por vencido y acepta que Rutllana debe de haber salido del edificio antes de que llegaran ellos, o que haya ido a esconderse en el primer piso y se haya escabullido a la calle mientras registraban el segundo.

—¡La puta madre que los parió! —exclama rabioso. Piensa un poco y, a pesar de todas las evidencias, se resiste a echarse atrás—: Se ha fugado para el piso de arriba. Para abajo, no, porque nos lo habríamos encontrado, no me imagino a ese mierda viniendo a nuestro encuentro. ¡Arriba!

Xavier, los dos de la carpintería y Norberta se meten por la primera puerta que hay a la izquierda del pasillo, que es la cocina. La distribución del piso es idéntica a la del piso de abajo.

Amadeu pone sus manos sobre los hombros de la anciana, que llora, y ella hace «Ay» como si el contacto quemara, y se le acerca mucho a la cara para hablarle en voz baja pero comprensible:

—Si llaman, abra. Actúe normal. Diga que aquí no hay nadie.

La mujer llora muy desconsolada y responde:

—No me mate, por favor, no me mate.

—De acuerdo: yo no la mato y usted no llora, ¿de acuerdo? Haga un esfuerzo por no llorar.

Va a reunirse con los otros a la cocina. Se miran sin disimular la aprensión.

Los policías están en el rellano del segundo piso.

—¡Tú, Pepe, quédate aquí! ¡Vigila que no salga nadie de cualquiera de los otros pisos!

Villadiego y Benito Nito inician el ascenso al tercer piso. Pueden ir más deprisa porque la puerta reventada del segundo segunda proporciona luz a la escalera, pero la escalera es muy empinada.

Llegan al tercero, el inspector Villadiego respira hondo para recuperar el aliento y llaman a las dos puertas. Benito Nito a la de la derecha y el inspector a la de la izquierda.

—¡Abran a la Policía!

Los cinco fugitivos están amontonados contra la pared de la cocina, junto a la puerta; mirando la pistola que Amadeu tiene en la mano. Están paralizados por el miedo.

La mujer llora.

Llaman a la puerta y la mujer se retuerce como si le doliera la tripa, y llora y llora.

Vuelven a llamar.

Se abre la puerta del tercero derecha. Una mujer despeinada, con bata de andar por casa y atemorizada, con un niño en brazos.

—¿Qué desean?

—¡Quita! —ladra Villadiego.

La aparta de un empujón y entra en el mínimo vestíbulo y se introduce en el pasillo. La distribución del piso solo permite ver todas las habitaciones si vas hasta el final mirándolas una por una.

Xavier dice a Amadeu:

—La pistola. —Su amigo hace un gesto de incomprensión, «¿Qué pasa con la pistola?»—. Tienes que montarla.

—¿Qué?

—Montarla…

Amadeu no entiende. Xavier se la pide y, cuando la tiene, la monta tirando de la corredera y poniendo la primera bala en la recámara. Ahora está a punto de disparar. En las manos de Xavier, que se la devuelve diciendo:

—Ten mucho cuidado. Se dispara con un soplido.

Mientras Villadiego llega al fondo del piso, Benito Nito ha vuelto a golpear la puerta, ahora empuñando la pistola reglamentaria.

—¡Abran a la Policía!

Abre una mujer muy viejecita y desmejorada, esquelética, arrugada, encorvada, con canas que escasean, y que llora desconsoladamente y sin hacer ningún ruido. Solo se convulsiona como en un pequeño y discreto ataque epiléptico y hace una mueca muy fea. Está desesperada, no puede más, se está deshaciendo en lágrimas que se canalizan por las arrugas de la cara y ponen manchas oscuras en la blusa vieja y sucia que viste. Es un llanto desgarrador, infrahumano, una tortura silenciosa que parece que dura desde hace muchos años y que nunca nadie podrá detener.

—¿Qué le pasa, señora? —se enternece el policía de la puerta—. ¿Qué le pasa? —El llanto continúa como una fuerza natural que el hombre nunca podrá vencer. El policía enseguida cree entender lo que sucede y se adelanta a la respuesta de la pobre mujer—. ¿La están amenazando? Dígame, señora, ¿la está amenazando alguien que se le ha metido en casa?

Amadeu sorprende a Xavier observándolo fijamente. Le aguanta la mirada y se pregunta qué estará pensando, los dos se preguntan qué está pensando el otro. A Xavier no le gusta que Amadeu comparta secretos con Amanda que él no sabe. Todavía se pregunta si Amanda tuvo algo que ver con el hundimiento de sus barcos. Amadeu imagina que Xavier tiene muy presente que un día destrozó a golpes a su padre, y quizás ahora se pregunta si Amadeu lo ha averiguado, de una forma u otra.

Benito Nito ya da por bueno que hay alguien armado y escondido en el piso, detrás de la abuelita llorona, y acciona el percutor de su pistola.

La anciana, que está a punto de caerse al suelo de tanto llorar, le

recuerda a su abuela, pobre abuelita, que lo cuidaba cuando Benito Nito era un niño y que murió el año pasado, qué disgusto. Se le ocurre que, si hay alguien escondido en la casa con un arma de fuego, se va a producir un tiroteo y, si hay tiroteo, la primera en caer será la señora llorona. Ayer por noche, Benito Nito ya vivió un tiroteo. Él fue uno de los que dispararon al piso donde se encontraba el narigón, y oyó muy cerca el silbido de las balas. Luego, el juez de instrucción le pidió la pistola —esta que ahora mismo tiene en la mano—, y olió el cañón, y tomó nota del número del arma y del nombre del propietario, advirtiéndole que se abrirá una investigación y que es probable que tenga que comparecer en un juicio. También se le ocurre que hace dos días que conoció a una chica de diecinueve años, en un baile de la calle Conde del Asalto, y que todavía no ha caído, pero está a punto de caer, y ahora imagínate que te hieren y tienes que aplazar la próxima cita, y viene a verte, y la ves llorar —llorar como esta pobre mujer que tiene que apoyarse en la puerta, debilitada por el llanto—, porque quedarás inválido para toda la vida, por culpa de las heridas de este puto tiroteo. Y también piensa Benito Nito que ni siquiera sabe por qué están persiguiendo a este Xavier Rutllana, que le da igual si es espía o no es espía, solo se trata de una manía personal del inspector. Y llega a la conclusión de que dentro del piso de la abuelita no hay nadie, que ha sido él quien ha asustado a la pobre mujer al mostrarle la pistola.

Se vuelve hacia Villadiego solo para comprobar que su superior ya está bajando la escalera hacia el segundo. Le dice:

—Aquí no hay nada, jefe.

Le alivia mucho oír que Villadiego responde:

—Nada. No hay nada.

Bajan al segundo y, con la claridad que llega del piso luminoso que ahora no tiene puerta, el inspector continúa bajando escaleras pesadamente, con cuidado de no caerse. Lo sigue Benito Nito, casi feliz por haber dejado en paz a la vieja llorona, y los precede José Pepe, que ya hace rato que tiene ganas de largarse de aquí.

Salen a la calle y suben al automóvil, rodeado de ciudadanos expectantes y hostiles. Los dos agentes en los asientos de delante, el inspector taciturno detrás. Arrancan con estrépito apocalíptico,

hacen sonar la bocina para advertir a los mirones de que corren peligro de muerte si no se apartan, y se abren paso por calle Castanys hasta la esquina. Giran y desaparecen llevándose el ruido del motor.

Toda la calle se relaja con un murmullo de indignación, y la gente se dispersa después de haber comprobado una vez más que los policías que deberían velar por su seguridad son más peligrosos que los mismos delincuentes.

—Vamos —susurra Amadeu—. Salgamos de aquí cuanto antes.

La propietaria del piso llora y los despide diciendo «No me maten, por favor, no me maten».

Salen al rellano. Xavier agarra a Amadeu del brazo y murmura:

—Gracias, Amadeu —dando a entender que quisiera decirle muchas más cosas. Tal vez se quede con ganas de darle un abrazo.

—Solo he venido para asegurarme de que estabas bien —le dice Amadeu—. Ahora no tenemos tiempo de hablar. Ve donde tengas que ir y que haya suerte.

—Tenemos que llevarlo a la carpintería —interviene el joven del mono marrón.

—Eso no hacía falta decirlo —le recrimina el hombre mayor—. Va. Vamos, vamos.

Bajan las escaleras.

Por la pequeña puerta del número 25 de la calle Castanys, salen ahora dos hombres acompañando a otro a quien parece que le cuesta caminar. Los dos hombres son obreros, de camisa de cuadros el mayor y mono marrón el joven. El del medio se ve más fino y elegante, pero pálido y demacrado, como si acabaran de diagnosticarle una enfermedad terminal. Van en sentido contrario al que han tomado los policías, a buscar una furgoneta con el distintivo de «Carpintería Delmás», que está aparcada en la esquina.

Enseguida, salen un joven de aspecto tosco pero vestido como hijo de buena familia y una señora mayor de cabellos muy blancos, y los dos, como madre e hijo, se meten en el mercado y se pierden entre la multitud de compradores, proveedores y vendedores.

Les sale al paso una chica muy simpática y risueña y hablan junto a uno de los puestos de pescado. Los gritos de las pescaderas no permiten oír lo que dicen. La chica simpática da consejos a la

mujer canosa y, a continuación, después de un par de besos de despedida en las mejillas, el joven tosco y bien vestido y la joven simpática se van juntos.

Irán al centro con el tranvía 41 que tiene la parada de inicio y final allí mismo, cuando Wad-Ras se convierte en la calle de la Amistad, y los llevará hasta la plaza Urquinaona por solo diez céntimos.

En el trayecto, Amadeu pregunta:

—¿Y ahora?

Amanda responde:

—Se acabó. Nosotros ya no tenemos que hacer nada más que esperar.

Antes de llegar al hotel, Amadeu murmura, en voz muy baja, casi inaudible:

—Tengo ganas de repetir, Amanda. Tengo ganas de tocarte el pecho. —Ella no dice nada. Solo se ríe—. «Graciosa gacela; que tus pechos me satisfagan en todo momento, y su amor me embriague por siempre jamás.» Proverbios, capítulo cinco, versículo diecinueve. ¿Qué debe de ser esto? ¿Tú qué crees? ¿Es vicio o es amor? Dijiste que a lo mejor hoy hablaríamos de amor.

Amanda se ríe.

41

LO QUE NO HAY QUE DECIR

Los hombres de Villadiego no saben lo que les espera, pero saben que les espera una y buena.

Camino de la comisaría, su jefe no ha abierto la boca, y eso es mala señal. Solo mueve los labios, rumiando como las vacas o rezando como una vieja beata, y sus pupilas saltan de un lado a otro, como buscando por los rincones detalles que no hacen más que aumentar y empeorar su indignación.

Benito Nito, que se ha enternecido pensando en su abuelita y que tiene miedo y mala conciencia porque ha retrocedido cuando debería haber atacado, se ha atrevido a decir que se le ha hecho tarde y que su mujer lo está esperando en casa, y ha provocado un breve pero fulminante estallido del inspector:

—¡Qué coño dices de irte a casa! ¡Aquí, todos a comisaría, que tengo que hablaros de algo muy importante!

Ha emitido dos ronquidos por la nariz, sus hombres se han encogido, incapaces incluso de mirarse el uno al otro, y así han llegado a la oficina de la brigada.

Después de torturar al Gemelo Soler, Villadiego ha ordenado al Tarugo, Adolfo el Golfo y Francisco Paco que jugaran un rato con él y luego lo llevaran al calabozo. Es lo que han hecho y ahora están allí, sentados en las mesas o en las sillas, aburridos, charlando de cualquier cosa y esperando nuevas órdenes.

Villadiego se queda junto a la puerta, manteniendo la distancia necesaria para contemplarlos a todos, y les habla muy serio, como no es normal en él:

—Vais a esperarme aquí un momento. Tengo que hacer una llamada telefónica. Quiero proponeros una cosa. Un negocio que nos puede dar mucha pasta, a todos. Un negocio que nos tiene que dar mucha pasta. —Le cuesta continuar, la respiración no lo ayuda, pero toma aire como quien toma impulso—: Mirad: a mí no me

queda mucho tiempo en el Cuerpo. Vienen a por mí. Me van a echar mañana, o pasado, o a lo mejor ya estoy fuera. Y quiero irme con un finiquito, con un finiquito de cojones. Mucho parné que voy a compartir con vosotros. Esto está relacionado con el hijoputa de Javier Rutllana, sí, claro. —Fuerza una de sus risas sordas y desganadas—. Tengo que matarlo con mis propias manos. Tengo que arrancarle la cabeza y beberme su sangre, para que entendáis lo que quiero decir. —Gruñe como un cerdo. No lo puede evitar—. Y se me ha ocurrido la manera de hacerle pedazos y, además, ganar dinero con ello. —Hace una pausa y pasea la vista por las expresiones de sus cinco hombres para asegurarse de que están muy atentos, pero tal vez también para comprobar que sus palabras tienen tanta profundidad y contundencia como él cree que tienen—. Pero os necesito, no puedo hacerlo solo. Al menos, necesito la colaboración de algunos de vosotros. Vosotros en la sombra, yo corro con la responsabilidad. Cobraréis una pasta. Partes iguales. Los que quieran ganar una buena morterada y estén dispuestos a ayudarme en mi venganza. —Ya está dicho. Ya ha quedado claro. Los hombres lo miran inexpresivos, como si ahora no recordaran de qué lo conocen—. Esperad aquí. Hago una llamada y vuelvo.

Se abre paso entre los escritorios y entra en el despacho de la deslucida placa de metal donde se lee «Brigada de Investigación Criminal». Allí tiene un teléfono a su disposición y lo utiliza.

El protocolo habitual consiste en llamar a un número determinado, que nadie le ha dicho que corresponde al consulado alemán, pero él lo sabe porque es policía; y allí le dirían dónde localizar al Hermano Ecónomo, que en clave quiere decir Hermann Oslo. Entonces, le proporcionarían una letra, A, B o C, correspondientes a tres números telefónicos de tres lugares diferentes de la ciudad donde podría encontrar a Oslo. Pero hoy es demasiado tarde para encontrar a nadie en el consulado, y Villadiego está nervioso, de forma que decide tirar por el camino de en medio. Sabe que el número correspondiente a la letra A lo comunicará con el departamento más importante de los boches y prueba allí.

Acierta a la primera. Enseguida responden.

—Sí.

—Quiero hablar con el Hermano Ecónomo.

—¿Quién es?

—Inspector Villadiego, de la Policía.

Pausa. Enseguida, la voz grave, con acento alemán exagerado:

—¿Villadiego?

—Hermann —dice el inspector, con tono imperioso e impaciente —. Tengo que hablar contigo ahora mismo. Por los cuatro policías desaparecidos. El juez me está presionando. Y el comisario, mi jefe. Mañana tengo que declarar y me estoy jugando mi carrera.

—¿Qué quieres que haga? —dice Hermann Oslo, después de una pausa.

—Te voy a entregar a un traidor. Un infiltrado que os puede hacer mucho daño. Pero quiero dinero. Quiero sacar una pasta. Una recompensa. Me van a echar del Cuerpo. Por culpa de ese traidor hijoputa, me van a arruinar la vida, así que necesito que me lo compenséis.

—¿Un traidor?

—Un traidor, sí, un traidor. Como te lo cuento. Un mal bicho que os puede hacer mucho daño.

—¿Quién es ese traidor? —No se nota ninguna emoción en la voz de Hermann Oslo.

—Ven, negociamos y te lo digo. Tenemos que cerrar el trato.

—Mira, ya hablaremos mañana. O pasado mañana. Estoy metido en una operación muy complicada y ahora no tengo tiempo que perder.

Villadiego hace un ruido desagradable con la nariz. Como si preparara los mocos para un escupitajo verde.

—Está bien —dice—. Yo tampoco tengo tiempo que perder, Hermann. Mañana comparezco delante del juez y se lo voy a contar todo tal como es. Quién contrató a los policías, que fuiste tú, y para qué lo hiciste. Esos camiones que hay que conducir de vez en cuando, cargados de bidones de combustible. En este país, el combustible está racionado, de forma que probablemente lo considerarán contrabando. Y detrás del contrabando estás tú, y ese funcionario del consulado llamado Helmut, el mismo cónsul y hasta he oído hablar de una señora que se hace llamar Spamm, o Swamm o algo por el estilo. Bien mirado, en todo este tejemaneje yo no

tengo nada que ver. Fuisteis vosotros quienes contratasteis a los agentes. ¿Qué te parece? ¿No dices nada?

Hermann Oslo ha escuchado las palabras de Villadiego atentamente. Ni siquiera se le oía respirar a través del aparato. Ahora, antes de responder a la pregunta del extorsionador, marca una pausa cargada de maldiciones y por fin:

—¿Dónde quieres que nos veamos?

—Ven a la taberna que hay junto a la comisaría. Se llama El Paralelo. Y no tardes.

—No tardaré. Ya te he dicho que no tengo tiempo que perder.

Villadiego cuelga el tubo del teléfono y se queda quieto un momento, como si acabara de hacer un gran esfuerzo y tuviera que recuperar el aliento. Suspira y sale del despacho.

En la sala llena de mesas y de máquinas de escribir, de archivadores y percheros donde alguien ha olvidado un sombrero, únicamente hay una persona.

El resto de los miembros de la brigada se han ido.

Solo se ha quedado el Tarugo, Jorge Moreno Soriano, que tiene el aspecto de acabar de tomarse la última dosis que le quedaba. Bastante despierto y entero pero con el toque de angustia que añade no saber cómo se las apañará cuando se le pase el efecto y lleguen los síntomas. Una alegría frágil y no muy consistente.

—Tarugo —dice el inspector, sin ánimo. Y se corrige para ascenderlo de categoría—: Jorge Moreno.

—Para servirle, jefe. —Hace una pausa y, al ver que el jefe no reacciona, añade—: No tendría que haberles dicho que lo van a echar del Cuerpo un día de estos. Pero cuente conmigo. Aquí estoy.

—Jorge Moreno —repite Villadiego.

—Déjelo en Tarugo. Ya estoy acostumbrado. Tarugo está bien.

Dicen que el eminente astrónomo Josep Comas i Solà, director del Observatorio Fabra y miembro de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, tenía una cocinera llamada Ramona que, con su novio, querían montar una taberna. El científico les dio las quinientas pesetas que necesitaban para arrancar el negocio con la única condición de que el local estuviera situado en la avenida Marqués del Duero y que se llamara El Paralelo. El motivo era que en 1794 una delegación de enciclopedistas, astrónomos y físicos

especialistas en geodesia, que estaban haciendo la medición del meridiano que pasa por Dunkerke y por Barcelona, descubrieron que por aquella avenida de la ciudad pasaba exactamente el círculo paralelo al Ecuador correspondiente a los 41 grados 44 segundos. De aquí venía el deseo de Comas i Solà de hacer constar este hecho con el nombre de la taberna. Poco a poco, la popularidad de la tasca y del conejo con alioli que cocinaba Ramona acabaron popularizando e imponiendo el nombre de Paralelo para la avenida, dejando en el olvido al marqués del Duero, militar carlista que nadie recordaba por qué tenía que dar nombre a una calle barcelonesa.

Por eso, en la pequeña taberna se respira una extraña atmósfera científica, con planisferios y una gran esfera terrestre, y un retrato del astrónomo Comas i Solà en lugar preferente, que contrasta tanto con el talante popular, un poco ordinario, de los propietarios, como con la clase de comida que se sirve y con las características de la clientela, mezcla de militares del vecino cuartel de las Atarazanas, estibadores del muelle, carreteros y obreros de la Canadiense.

Ahora la tasca está llena de gente que cena, de gente que espera que le sirvan la cena, y de gente que bebe y charla un poco antes de ir a cenar a casa. El inspector Villadiego hace que le arreglen una mesa del fondo. Si está ocupada, que la vacíen, y si no pueden vaciarla, que pongan otra mesa y tres sillas. Él y el Tarugo piden unas cervezas y unas aceitunas. Beben y esperan.

Hermann Oslo no los hace esperar mucho, y entra con prisas. Parece que tenga luz propia, con esos pelos y bigotes dorados, que brillan a la luz, a pesar de que un bombín y un traje negros tratan de hacerlo pasar desapercibido. No puede negar que es alemán.

Le hacen señas desde el fondo y se abre paso entre el personal que llena el local, sin temor a mancharse.

—Siéntate —dice Villadiego, con sonrisa de amigo—. ¿Qué quieres tomar? ¿Una cerveza?

El alemán no sonríe.

—No. No tengo tiempo. He dicho al taxista que no se vaya porque salgo enseguida. Ese tío del que quieres hablarme, ¿es Rutllana?

Desagradable sorpresa que se le haya adelantado.

—Sí…

Hermann Oslo continúa, apresurado.

—Bueno, entonces no te molestes. Te he traído mil pesetas para que te aguantes un poco y esperes a que nosotros terminemos lo que estamos haciendo, que es muy importante, muy delicado y complicado.

Villadiego coge el billete de mil y, mientras lo mira como si nunca hubiera visto ninguno, recupera su risa asmática y porcina.

—No sabes lo que te voy a decir.

—Ya me lo has dicho. Que Rutllana es un espía que se nos está infiltrando. Pero también me dijiste, no sé si te acuerdas, que al Rutllana espía te lo inventaste tú mediante no sé qué triquiñuela. Mira, las cosas son más complicadas que todo eso y lamento decirte que no sabes de qué hablas. Rutllana se va esta noche de Barcelona y no lo volverás a ver. Se lo llevan.

—¿Se lo llevan?

—Rutllana se va a una base secreta. Y, de allí, en submarino, a Croacia camino de Alemania. O sea, que despídete. Te traigo estas mil pesetas, haz el favor de cogerlas, para que mañana entretengas al señor juez y no nos metas en líos. Gana tiempo. Cuando yo acabe lo que estoy haciendo, ya hablaremos y veremos cómo arreglamos el asunto.

Villadiego levanta la cabeza igual como los pavos reales despliegan la cola.

—Escúchame: si Rutllana se va esta noche, quiero verle. Quiero hablar con él.

Hermann Oslo da por acabada la reunión.

—No puedes. No. Imposible.

—Ese Rutllana os está engañando. Tengo indicios de que todo esto es una operación del contraespionaje francés.

—¿Todo esto? ¿A qué te refieres cuando dices todo esto?

—Todo esto, todo esto. No te voy a decir más hasta que tú te comprometas conmigo. Necesito pasta. Hablemos de dinero. Hermann: me va la vida. —¿Es una súplica?

—He hablado con mis superiores y me han dicho que Rutllana ya no es cosa nuestra. Rutllana, ahora, es responsabilidad del comandante del submarino que se lo va a llevar. Él ha asumido la

responsabilidad de llevarlo a Pola y ahora es cosa suya. Y ha sido muy difícil gestionar todo esto, nos hemos quitado a Rutllana de encima y no queremos más complicaciones por este lado, porque tenemos otro montón de complicaciones por otro lado, por otros lados, por todas partes. ¿Me has entendido? Pues perdona, pero el taxi me espera.

Se dispone a dar media vuelta, pero Villadiego se pone en pie y, por encima de la mesa, lo agarra de la manga.

—Hermann: tengo que ver a Rutllana. —Las miradas y las actitudes de estos dos hombretones vaticinan un altercado violento. Otros parroquianos se vuelven para mirarlos. Villadiego baja la voz —: Si se tiene que ir, me quiero ir con él. Si tengo que hablar con el comandante del submarino, hablaré con el comandante del submarino.

—Imposible.

Quien conoce a Villadiego sabe que en este momento es muy peligroso.

—Se lo contaré todo a los aliados —dice—. A los franceses. —Añade su última baza, la definitiva—. A Caramba.

Hermann Oslo se envara.

—¿Conoces a Caramba?

—Conozco a todo lo mundo. Siéntate. Conozco a tu personal, a tus jefes y vuestros escondites. ¿Por qué no habría de conocer lo mismo de los aliados? Ellos también me pagan.

Hermann Oslo quiere resistirse, pero la palabra «Caramba» le ha tocado una fibra sensible.

—¿Y qué les contarías?

—Todo lo que sé de vosotros. ¿Sabes que Caramba tiene comandos de acción en Barcelona? Escorpiones de los que adiestraron los ingleses del coronel Thoroton, ¿sabes de qué te hablo? Ellos mataron a mis cuatro policías. Siéntate. Si saben que os reunís en los Talleres Argüelles, ¿no crees que pensarán en poneros algún petardo? Pum. Vuestro cuartel general a tomar por saco. Y les echarán la culpa a los obreros, aprovechando la revolución que se nos prepara.

Hermann Oslo se sienta. Villadiego también.

—No seas estúpido. ¿Te vas a poner en contra a los servicios

secretos de los dos bandos? ¿Le vas a declarar la guerra a los aliados y al Imperio austrohúngaro a la vez?

El inspector cambia de tono, pero no ha soltado la manga del alemán.

—Estoy acabado, Hermann. Estoy desesperado. Se acabó mi vida como policía. Tengo que levantar cabeza como sea. Y si me tengo que ir a Alemania con Rutllana, me iré a Alemania. Soy de los vuestros, Hermann. ¿Te acuerdas? Estoy estudiando alemán, y tú lo sabes. *Ich studiere Deutsch. Ich spreche Deutsch. Ich bin dein Freund* .

—*Das ist gut. Das ist gut* . —Hermann Oslo duda. Ha perdido su aplomo inicial—. Oye, es demasiado tarde. Ya está todo en marcha. No te puedo… —Se le ha escapado y, después de un titubeo, se resigna a terminar la frase—: No te puedo añadir a la expedición.

—Sabes que sí. Ayúdame. Si no me ayudas, estoy desesperado y haré cualquier cosa. Le diré al juez que te cite a ti. Tú contrataste a los cuatro policías.

—Villadiego: todo el mundo sabe que no juegas limpio. Tú mismo me confesaste la trampa complicada que le pusiste a Rutllana. Resulta difícil creerte.

—Solo tienes que creer una cosa: que mañana voy a declarar delante de un juez que quiere saber qué les pasó a los cuatro policías que se fueron y no volvieron. Y yo tendré que decirle algo. Y no vale que le diga que no lo sé. Si me ayudas, me la jugaré por ti y ya me las arreglaré, pero si me envías a la mierda, diré la verdad: que tú los contrataste para una misión secreta. Te haré responsable de todo. A ti, al cónsul, a Herr Helmut, y no respondo de las consecuencias. No quiero hacerlo, pero no me quedará otro remedio. Si me voy a Alemania con ese submarino, te dejaré en paz, el juez no podrá citarme para nada. —Lo ha dicho sin pensar, pero ahora ve su oportunidad. Se le iluminan los ojos: ¿cómo no se le había ocurrido antes?—: Me voy. Desaparezco. Que le den, al juez. Me voy a Alemania. ¿Cómo se dice en alemán? *Ich gehe nach Deutschland* .

—Esto tienen que decidirlo quienes dirigen la operación. Pero no podemos conectarnos con la base telegráficamente, ni telefónicamente, por cuestiones de seguridad. No hay más que una manera de resolver esto. Y es que vayas con la expedición hasta la

base y hables con el responsable de todo, un tal Baumeister.

—Estupendo, gran idea, Hermann, amigo mío. Ya sabía que podía contar contigo, Hermann, *mein Freund* . *Du wirst sehen, wie alles gut wird* . Eh, ¿qué tal lo hago? ¿Cómo voy de pronunciación?

—*Verdammt* , Villadiego. De acuerdo. Ven a las nueve a la calle Pedro IV, al final de todo, cuando empieza la carretera de Badalona. Allí se reúne la expedición. Verás tres camiones grandes y un furgón más pequeño. Yo estaré allí.

—¿También vendrás?

—No. Yo no me muevo de Barcelona. Ni siquiera sé dónde vais.

—*Freund Hermann, wir sind Freunde, oder?* Hablaré de ti: no me quedaré todo el mérito. Nos repartiremos la recompensa. Ah, y este es mi amigo y colaborador Tarugo. Jorge. Mi amigo Jorge. *Mein Freund* Jorge. Vendrá conmigo. —El alemán quiere protestar, pero el inspector, pletórico, ya domina la situación—: Ah, sí, condición imprescindible. Él se encarga de mi seguridad. Necesito un guardaespaldas. No me fío. Si hay que hacer ruido, cuantos más seamos más ruido habrá.

—Tú te entenderás con el comandante del submarino. Si quieres algo de Rutllana, tienes que hablar y entendértelas con él. Nosotros nos hemos comprometido a llevárselo y él tiene la obligación de aceptarlo.

—Hablaré con quien haga falta. Hablaré con ese comandante y con su puta madre, si hace falta. *Ich werde mit diesem Commander sprechen* . Para eso he aprendido alemán. ¿Cómo se dice? *Deshalb habe ich Deutsch gelernt* .

—Y ahora perdonadme, pero el taxi me espera.

Hermann Oslo se pone en pie.

—Vamos contigo.

—No. Ni hablar. Ahora tengo que ir a convencer a mis superiores de que vais para allá.

Sale disparado, abriéndose paso entre los estibadores, los obreros y los soldados del cuartel vecino, y se pierde en la oscuridad de la calle.

El Tarugo también se levanta de la silla, sonriendo, animoso, predispuesto y cómplice.

Villadiego lo mira necesitado y dice:

—Tarugo. No me dejes tú también.

—Claro que no, jefe. Si le digo que cuente conmigo, es porque tiene que contar conmigo. Necesito esa recompensa. —El subordinado se ve muy decidido y seguro de sí mismo—: Iremos a la cita con mi coche. Es pequeño y modesto, un Berliet normal y corriente, pero nos llevará al fin del mundo. ¿Me espera aquí?

Sin darle oportunidad de replicar, deja solo al inspector, que tendrá que pagar las dos cervezas y las aceitunas, y casi ni las han probado.

Toma la jarra, bebe un buen trago y decide que no saldrá de la taberna hasta que se la haya terminado. Lo cierto es que no va a salir de la taberna porque el Tarugo se lo ha prohibido. Tiene que esperar aquí a que vuelva.

Esperar. A Villadiego no le gusta esperar. A Villadiego no le gusta cómo están yendo las cosas.

Hermann lo está enviando allí donde fueron los cuatro policías que nunca regresaron.

42

POR MIL PESETAS

El tema de la noche es «Esto se ha acabado, ¿y ahora qué hacemos?».

Amadeu lo tiene claro: él querría subir a la habitación, desnudarse y desnudar a Amanda y empotrarse en ella tantas veces como la naturaleza se lo permitiera. Ella se reía cuando han entrado en el vestíbulo del hotel Regina dejando atrás las turbulencias del Ejército patrullando por las calles, con todo el aparato de cañones y manifestantes; y le ha dicho que no, que hay que hacer bien las cosas, que no hay ninguna prisa, que se han acabado las carreras contra reloj.

—Yo sí que tengo prisa —protestaba él, riendo también, quizás un poco más nervioso que ella.

No han subido a la habitación para cambiarse de ropa porque ella ya ha previsto que, una vez a solas, se iban a precipitar los acontecimientos, y han entrado directamente al restaurante, aunque él no lleva cuello duro ni corbata. Bah, no importa. Son clientes y dan buenas propinas.

Cenarán una caldereta de carpa y anguila y filetes de cordero a la Périgueux, regado con un burdeos, que hoy es el día de la despedida.

Durante el primer plato, él continúa jugando:

—¿Quieres que te cuente lo que te haría, si estuviéramos en la habitación, arriba, los dos solos?

—No, no quiero que me lo cuentes.

—¿Por qué no?

—En todo caso, querré que me lo hagas cuando acabemos de cenar y subamos. Ahora existiría el peligro de que saltaras por encima de la mesa y la caldereta y derramaras el vino y organizaras un espectáculo aquí en medio.

—Me acabas de dar una idea.

Cuando llega el segundo plato, la evidencia de la despedida, del final de una etapa, la posibilidad de no volver a ver Amanda nunca más, de no volver a hacer el amor con Amanda nunca más, enfrían el ánimo de Amadeu y su sonrisa se empieza a hacer tensa y desanimada. La imposibilidad de acceder al sexo inmediatamente le provoca una melancolía amarga. ¿Tal vez haya llegado el momento de hablar de amor? Está a punto de decirlo, pero ella está especulando sobre los ingredientes de la salsa Périgueux y no le parece que respondiera a la pregunta de manera satisfactoria.

¿O a lo mejor ha llegado el momento de hablar del día en que alguien pegaba una paliza a su padre y alguien cantaba, saltaba y bailaba alrededor?

El ansia de sexo se está transformando en otra clase de ansia que se parece mucho a la furia. Una voz interior que rezonga: «No puedo aguantar más. ¿Por qué no me levanto de la silla, la agarro de los pelos y la arrastro hasta el ascensor, hasta la habitación, hasta la cama?».

Y ella hablando de la salsa Périgueux.

En este preciso momento, llega el Tarugo.

No lleva la ropa adecuada para este restaurante de lujo. Se habrá visto obligado a enseñar su placa para acceder hasta aquí. El *maître* lo acompaña haciendo muecas que significan «No he podido impedir que entrara», atento a las posibles consecuencias desagradables de la situación.

—Buenas noches —dice el policía—. Tengo buenas noticias para usted.

Se dirige a Amadeu. Tiene una mirada de reojo hacia Amanda y es posible que se pregunte si conoce de algo a esta mujer, si la ha visto alguna vez, pero no tiene tiempo que perder y continúa:

—Sé dónde está el señor Rutllana y vengo dispuesto a decírselo.

Vuelve la cabeza hacia el *maître* y se interrumpe. No piensa continuar hablando con ese individuo mirando acongojado a Amadeu por encima de su hombro.

Amadeu, como cliente de la casa, debe intervenir:

—Todo está bien, gracias. Siéntese, por favor. —No se atreve a llamarle Tarugo en un ambiente tan distinguido, pero no le conoce otro nombre—. Todo está bien, gracias. ¿Me permite que lo invite a

una copa? Tráigale una copa de coñac, por favor.

El *maître* sale corriendo, escandalizado, para servir la copa, y el Tarugo se apoya en la mesa y se inclina mojando la punta de la corbata en el cordero a la Périgueux para acercarse a Amadeu y hablarle en confianza.

—Pero esta vez no será a cambio de su silencio. Puede explicarle a quien le apetezca que quiero ayudar al señor Rutllana. Ahora ya no me puede pasar nada. Esta vez tendrá que pagarme dinero. —Habla el adicto que pronto necesitará la próxima dosis.

—¿Cuánto dinero? —interviene Amanda.

—Siéntese —ordena Amadeu, con ademán que aprendió del señor obispo.

El Tarugo se sienta sin apartar la mirada desafiante de los ojos del hombre del otro lado de la mesa.

—¿Cuánto dinero? —repite ella.

—Mucho. —El policía duda antes de especificar la cantidad. Calcula por lo alto, interrogante—: ¿Mil pesetas?

—No —dice la mujer—. No hace falta que nos diga nada. Ya sabemos dónde está Xavier Rutllana.

El Tarugo la mira con desdén y la ignora. «Usted qué va a saber.»

Un camarero trae la copa de coñac con toda la ceremonia. Copa de balón, botella de Rémy Martin, vierte y pone una servilleta en un plato. En la mesa reina un mutismo tenso hasta que el hombre se aleja. Los comensales de la mesa de al lado saben que aquí se está cociendo algo interesante.

El Tarugo se dirige a Amadeu:

—Se lo llevan. Se va. Se lo llevan a Alemania esta misma noche.

—No se lo llevan —quiere protestar Amanda.

Amadeu la corta. En un instante, se ha visto en el Liceo viendo la maravilla de los Ballets Rusos, y a Xavier Rutllana enseñándole el placer de navegar y, antes, cuando todo empezó en la sórdida pensión de la calle Vilá Vilá, diciendo «Nos han dicho que te ibas, y hemos pensado “No puede ser, si no nos hemos despedido”», y comprándole los zapatos en la calle Fernando.

—Amanda, por favor. —Y, serio, al Tarugo—: Mil pesetas, de acuerdo. Se llevan a Xavier. ¿Y qué más?

—Quiero ver el dinero.

Amadeu lleva el fajo de billetes en el bolsillo. Lo saca a la luz con toda impudicia y selecciona dos de quinientas pesetas.

Desde las mesas de alrededor no pueden oír la conversación, pero sí pueden ver los billetes.

—Dime.

—Se lo llevan a Alemania. Esta misma noche.

—Eso ya lo sé.

—Dentro de una media hora.

—Eso ya lo sé. ¿Qué más?

—A las nueve salen de la calle Pedro IV. Si quiere decirle adiós, tendrá que apresurarse.

—Eso ya lo sé. ¿Qué más?

—Pues lo que quizá no sepa es que el inspector Villadiego irá en la misma expedición.

Silencio. Ni Amadeu ni Amanda se esperaban aquella revelación. Continúa el Tarugo:

—Villadiego quiere matar a Xavier Rutllana. Y se irá con él. Y lo matará antes de que llegue a Alemania.

Larga pausa. Las mesas de alrededor están pendientes de lo que sucede en esta.

A Amadeu le entran las prisas. Se pone en pie y deposita los billetes sobre la mesa como quien apuesta sus fichas en la ruleta.

—Amadeu… —Amanda cree que deberían hablarlo.

El Tarugo también se ha levantado de la silla, apura el coñac de un trago y agarra las mil pesetas de un zarpazo.

—Al final de la calle Pedro IV —repite—, donde empieza la carretera de Badalona. Yo no puedo acompañarlos porque en mi coche tengo que llevar a Villadiego.

Hace un gesto cualquiera con las manos para despedirse.

Amanda también se pone en pie.

—Un momento. —El mundo se detiene—. Necesitaremos su coche.

—Ya le he dicho que…

—Ya lo he oído. —La firmeza de la mujer hace que Amadeu se estremezca. El Tarugo, paralizado y agarrotado—. Cuente con cien duros más. Dale cien duros.

Quinientas pesetas más sobre la mesa, junto al cordero a la Périgueux. Expectación de gran apuesta en el casino.

—Les dirá que su coche no puede sumarse a la expedición. Que está estropeado, o que no tiene bencina. Ya los meterán en otros vehículos. Y lo dejará bien visible, allí, en la carretera de Badalona, bien visible. ¿De qué marca es?

—Un Berliet.

—Bien. Un Berliet. Bien. Y las llaves debajo del asiento del conductor. Cien duros más.

Otro segundo de duda y, por fin, el Tarugo coge el tercer billete de quinientas pesetas.

—Es tarde —dice—. Tengo que irme.

—Cuento con usted.

—Haré lo que pueda. Pero tendrán que darse prisa.

El Tarugo sale disparado, deslizándose entre las mesas.

Amadeu mira a Amanda y Amanda dice:

—Ya es hora de que Caramba pise de una vez un lugar caliente. Pero no puedo ir con esta ropa.

—No puedes ir a cambiarte, ahora. No hay tiempo.

Ya están en el ascensor, inquietos, bajo la mirada indiferente del ascensorista, acostumbrado a todo, Amadeu vibrando de tentación, luchando contra los instintos como lo hacía cuando pertenecía a la congregación y todavía le impresionaban las amenazas infernales. Amanda estática, inmune a todas las prisas y todos los peligros, sonriendo como si tuviera la mente en blanco.

En la habitación, la chica coge un puñado de ropa de la maleta y se mete precipitadamente en el baño.

—¡Es tarde! —le recuerda Amadeu.

—Solo me visto y salgo.

—Podrías hacerlo aquí.

—Si ahora mismo me quito el vestido delante de ti, seguro que no saldríamos de la habitación hasta mañana por la mañana.

La chica sale enseguida con un vestido deportivo, que se complementa con chaqueta a cuadros un poco masculina, con bolsillos. La falda es ancha, extraña, y, ante la mirada interesada del hombre, ella le explica:

—Falda pantalón. Muy práctica. Rara, pero muy práctica.

Se pone una boina gris y, en el espejo, se refleja alguien muy parecido a Pearl White, la protagonista de un serial cinematográfico que tuvo tanto éxito, no hace mucho, *Los peligros de Paulina* . Con movimientos de intrépida aventurera, del armario saca una bolsa y comprueba que contiene lo que ella espera.

—Todavía debes de tener la pistola —dice, de paso.

Sí, Amadeu todavía la lleva en el bolsillo.

—Vamos.

Salen.

Ella delante. Él siguiéndola como un perrito.

43

El ÚLTIMO SUBMARINO

El submarino llega a las diez de la noche.

La luz del faro gira y gira y gira, y hace que el mundo se encienda y se apague, que el mar esté y no esté, que la Cresta y cala Cañas y el pico de los Farallones estén y no estén. Compite con una luna llena maquillada con tres nubes de pura coquetería, a quien hoy corresponde hacer de la noche un decorado engañoso de luz y sombras. El aire es tibio y la brisa, de vez en cuando, es una caricia sensual.

El balcón de lo alto de la torre queda por debajo del ojo del cíclope que otea el horizonte y no permite ver muy bien a los tres hombres que allí arriba disfrutan del clima mediterráneo y brindan con auténtica cerveza bávara.

Una doble hilera de boyas con bombillas encendidas guía el camino que debe seguir el submarino para encontrar la cueva de Ixent, aunque todos los espectadores dan por supuesto que llegará a ella como un animal bien adiestrado que se esconde dócilmente en su madriguera.

Baumeister, Von Holtz y Salanova lo contemplan quizá más sonrientes e ilusionados que otras veces, conscientes de que es la última representación de esta liturgia.

Baumeister está muy contento y muy amable.

—Ah —dice—, gran espectáculo, ¿no le parece, capitán? ¿Quiere una cerveza?

—No, gracias. Tengo que ir a controlar si ya han salido los camiones.

—El submarino esta vez ya no trae órdenes ni instrucciones ni material para el sabotaje, pero partirá muy cargado. Además de nuestro ilustre viajero, tendremos que cargar todas las herramientas y armas que Alemania ha aportado para esta misión. Por cierto: a medida que sus hombres vayan terminando las guardias de hoy,

tendrá que ir entregando carabinas y revólveres. Las guardaremos en los muebles armeros y las custodiaremos bajo llave. Piense que, después de la cena de honor, todo tiene que quedar listo para que zarpen mañana por la mañana.

Salanova asiente como subordinado responsable, murmura alguna excusa y se escabulle por la escalera de caracol. A la luz de un candil, sale al patio central, donde los carabineros a los que no toca guardia están instalando un sistema de focos que, por solicitud expresa de Fritz y Otto, «tienen que iluminar esta última noche como si fuera de día». Mirando al suelo, a sus propios pies, siempre buscando nada, llega hasta el brigada (García o Durán, uno de los dos) que dirige la operación.

—Hoy no hay que subir nada del submarino —dice, sin preámbulos.

—'Sus órdenes, mi capitán.

—Descanse. Solo bajaremos los bidones de combustible. Los camiones van a salir ahora, de forma que aún tardarán unas dos horas en regresar. O sea, que no hay prisa. ¿Habéis cenado ya?

—Sí, mi capitán.

—Pues cenad otra vez. ¿Dónde están las carabinas de tu gente? ¿En los armeros?

—En los armeros.

—Bien. Cuando acabéis con esto, y hayáis preparado la grúa junto al pozo, te encargarás de recoger las carabinas y las pistolas de los que están de plantón, las metes en los armeros y cierras con llave. —Le da una llave con una anilla que sirve de llavero—. Con esta llave. Son tres armeros y la llave sirve para los tres. Ocho carabinas por armero, que no te descuentes. Tres por ocho, veinticuatro. Que estén todas, con su correspondiente munición. ¿Entendido?

—¿Tenemos que entregar las carabinas y las pistolas? —El brigada frunce el ceño.

—Como lo oyes.

—Pero…

—Pero nada. Acaba con esa tontería de los focos, me instalas la grúa y, luego, te dedicas al armamento. ¿Habéis cenado ya? Ah, sí. Pues cenad otra vez.

—’Sus órdenes, mi capitán.

—Descansen.

Cuando se separa del brigada, le sale al paso Miquel, del grupo de los catalanes. Un buen informador. De fiar.

—Mi capitán.

Salanova, encorvado e inexpresivo, no lo mira.

—¿Qué haces tú aquí, Guindos Carrado? ¿No estás de número uno en los camiones? ¿No tendrías que haber salido ya?

—Ahora vamos a salir.

—Arrestado. —No se detiene, de forma que el carabinero tiene que andar a su lado, adaptándose a su paso imprevisible—: ¿Qué quieres?

—Quería hablar con usted.

—Pues habla conmigo cuando vuelvas con la expedición, que se te hace tarde. ¿Qué es eso tan importante que me tienes que decir?

—Que el personal está muy alborotado, mi capitán. Incluso aquellos en los que usted más confía.

—¿Ah, sí?

—Los de confianza. Ya sabe. Los que cobran un plus por espiar a los demás.

—Tú sí que sabes. Demasiado sabes.

—Pero de mí se puede fiar.

—Bueno, pues luego me lo cuentas, cuando vuelvas con los camiones. ¿Sabes qué me acaba de decir Fritz? Que los que están de plantón, cuando terminen su turno, tienen que entregar los fusiles y las pistolas. Claro: son alemanes, son prestados. Se los van a llevar en el submarino.

—Pero nos van a dejar desarmados.

—Nos van a dejar desarmados, sí. Y tú, ¿qué tenías que decirme?

—Ya sabemos que este es el último submarino, mi capitán.

—¿Ah, sí? —Con ese tono manso que tanto le agrada, como de cura inocente y buen tipo—. ¿Ya lo sabes? ¿Cómo lo sabes?

—Los cocineros nos han dicho que tienen la despensa vacía y no han repuesto víveres. Solo tienen ingredientes para la cena alemana de hoy, poco más.

—Qué hijos de puta, los cocineros. ¿Y el personal está

alborotado?

—Quieren resarcirse de la paliza del primer día. ¿Se acuerda? —Salanova levanta más una ceja que la otra—. Antes de irse a casa, quieren devolverles cada uno de los golpes a los alemanes del submarino.

—¿Cada uno de los golpes?

—Cárdenas, ya sabe. Y Rendueles, y Martínez, y sus amigos, Puerto, Pepe Reyes y Rodicio, todos esos. Los alemanes les dieron una buena somanta el primer día, ¿se acuerda? A Cárdenas le arrancaron los dos dientes de delante, y dice que esto no puede quedar así. Dice que se acuerda del tío que se lo hizo, y que le quiere devolver los golpes.

—Vaya. Ese Cárdenas. Cómo es.

—No es broma, mi capitán. Dice que, cuando acaben la carga y descarga y la tripulación venga a instalarse ahí, en la enfermería, irán a por ellos para darles lo suyo. Se puede organizar una trifulca muy seria, mi capitán.

A Salanova se le escapa la risa. A lo mejor son los nervios.

—Sí que puede ser tremendo, sí; o sea, vaya follón.

Han caminado hasta salir del recinto del edificio del faro, donde los esperan tres camiones Scania de cincuenta caballos y cuatro cilindros, y tres carabineros.

A Miquel lo desconcierta la reacción indiferente y burlona de su superior. Siempre ha creído que Salanova estaba como una cabra, y ahora lo constata. No sabe qué más decir y de buena gana lo enviaría a tomar por saco.

—Bueno, pues nada más. He pensado que se lo tenía que decir.

Los ojitos azules miran a Miquel, por primera vez en tanto tiempo, como si el chico tuviera luz propia y lo deslumbrara. Salanova sonríe como el hombre sabio que conoce todos los secretos del universo y no puede compartirlos con los pobres mortales.

—Y has hecho muy bien, hombre —dice, poco convincente—: Has hecho muy bien, has hecho muy bien.

Miquel se sube al camión número uno, dos de los otros compañeros ocupan el segundo camión y el cuarto irá en el vehículo que cierra la marcha.

Los tres Scanias arrancan, maniobran y se van por la carretera

oscura, siguiendo la iluminación de los faros del primero.

—Nos quieren desarmados —canturrea Salanova en voz baja, con música de tango—. Nos quieren matar.

44

EXPEDICIÓN

Los dos carpinteros, el mayor canoso de la camisa a cuadros y el otro, joven y pelirrojo, de mono marrón, han llevado a Xavier a la carpintería de Tamarit. Allí los esperaban el doctor Moles, que lo atendió en el Clínico, y la inmensa humanidad de Boureville, que lo ha recibido con alegría, satisfacción, risas y abrazos.

—Amigo Rutllana, ¡en qué líos te tienes que ver!

Es evidente que Xavier se mueve con más desenvoltura y firmeza que durante el episodio del piso del Pueblo Nuevo. Allí no sabía muy bien qué estaba pasando, si tenía que fingir o no, si tenía que dejarse llevar o no. Ahora las cosas ya están claras. Ha pasado el peligro, ha pasado el miedo.

—En qué líos me metes.

Los dos carpinteros se han ausentado, dejando claro que lo que se hable a continuación no es de su incumbencia.

El doctor Moles le ha quitado el vendaje y ha revisado la herida.

—Está bien. ¿Duele?

—No mucho. Aún estoy como fatigado, me rueda un poco la cabeza. No me vería capaz de salir a navegar.

—Pues cuida que no te lleven con el submarino —ha dicho Boureville. Y mientras el médico le curaba la herida, han repasado la finalidad de la misión—. Ten presente que, en cuanto llegues al lugar donde te llevan, tienes que salir corriendo. Huir. Caracaballo te facilitará la fuga. —Cada vez que vuelve a oír hablar de Caracaballo, Xavier cabecea dudando de este punto, pero no volverá a discutir el tema. Ya lo han hablado—. Confía en nosotros. Todo está a punto. Tú sales, te alejas de los que te hayan llevado allí y disparas esta bengala.

Le muestra la bengala. Un cohete de feria, en realidad.

—Esto indicará a los nuestros dónde se encuentra la base. Hay un pelotón esperando cerca de allí. Verán la bengala, sabrán dónde

se encuentra la base e irán a hacer su trabajo. Tú ya no tendrás que hacer nada más. Solo corre y busca un camino o una población próxima. Te escondes y vuelves a casa como si nada. ¿De acuerdo?

El doctor le ha puesto una escayola en el antebrazo. Dentro de la escayola, la bengala. En el bolsillo, un encendedor de gasolina.

—¿Lo has entendido? Esta es tu función. Llegar a la base e indicarnos dónde se encuentra.

El doctor Moles le ha enseñado que es muy fácil quitarse la escayola. Solo debe tirar de un cordón que le ha puesto a propósito.

La despedida ha sido más seria que la bienvenida. Un ritual sobrio, cargado de presagios funestos. Todos saben que es una misión peligrosa. Y Xavier, además, piensa que su vida estará en manos de su peor enemigo.

Boureville le ha puesto las manos en los hombros para darle las últimas instrucciones mirándolo a los ojos:

—Viajarás con un agente muy importante del servicio secreto alemán. Muy importante. Se hace llamar Rubén Rojas, y también Doktor Bambú y de otras formas más estrafalarias. Tendrás que hablar con él. Te recuerdo que tu nombre en clave es Julien y que en el último año has estado trabajando como informante secreto para los alemanes. Muy secreto. De hecho, nadie ha visto nunca a Julien. Trabajabas a través de una mujer que se hace llamar Frau Spatz. No hace falta que menciones todo esto. Solo te lo digo porque es lo que ellos saben. Tú no tienes que hablar mucho. El espía debe desconfiar sistemáticamente de todo el mundo. Rubén Rojas puede haberse pasado a los aliados. —Hace una mueca de «Ya nos entendemos»—. Él tampoco se va a fiar de ti. No menciones para nada la Operación Scaramouche. Si te vieras obligado, por alguna razón que ahora no podemos imaginar, a revelar algún secreto, habla solo del cargamento de wolframio oculto en la Costa Brava.

»Ah, y una última observación. No te pediré que te pongas en ningún peligro extra, pero ten presente que la captura de Rubén Rojas sería muy valiosa para nosotros. ¿Cuánto te dije que podías ganar con la captura del submarino? ¿Doscientas mil pesetas?

—Cuatrocientas mil si lo capturamos sin hundirlo.

—Pues si nos ayudas a neutralizar a Rubén Rojas, no dudes que

podrías llegar a sacar el millón. Solo te lo digo para que lo sepas.

Con una furgoneta que lleva pintada la publicidad absurda de la «Peluquería Casas, Unión, 15, toda clase de moños, rizos y trenzas», los dos carpinteros lo han conducido a un descampado de la Izquierda del Ensanche, cerca del Matadero Municipal, que todavía no tiene ni muro protector ni el menor indicio de próximas obras. Allí estaba el Hispano-Suiza blanco que lo ha acompañado en los últimos meses.

Cuando ha montado en él, Xavier ha tenido un recuerdo para Roc, que lo conducía de manera perfecta. Pobre Roc.

Los carpinteros y la furgoneta de la peluquería se han perdido en la noche y Xavier se ha quedado esperando. Otra vez. Como la noche en que le pegaron el tiro. Esperando. El miedo lo deprimía y le secaba la boca. El corazón latiendo desesperado como si quisiera echar la puerta abajo y salir corriendo. Como él.

Xavier encogido de frío, como si esta fuera una noche de invierno y él un miserable mendigo de los que duermen en los solares del Ensanche.

Es otro mundo, otra vida, tal vez la aventura emocionante que buscaba y necesitaba. Quiere pensar que así es como se sentía Roald Amundsen cuando tenía que soportar una tormenta de viento y de nieve en la Antártida; o Livingston cuando tenía que encaramarse a un árbol, huyendo de una pantera, mientras buscaba las fuentes del Nilo. Tragos difíciles de pasar pero al final se supone que te espera la recompensa. Quiere pensar en sí mismo como un héroe romántico que, huyendo de la ley —el detestable inspector Villadiego— y abandonado por la mujer que ama, que le engaña con un santo varón, mucho más bueno que él, se embarca en una peligrosa aventura que ha de llevarlo a los confines del mundo, a enfrentarse con quién sabe qué clase de peligros.

Ahora cierra los ojos y maldice su sangre porque un día llegó a pensar que no quería a Amanda; y la quiere más de lo que creía que la quería cuando estaban juntos; la quiere aunque lo haya traicionado, aunque no sea la mujer que él cree que es, la ama; incluso tal vez la quiere más que antes.

Y la ha dejado en brazos de san Amadeo, la madre que lo parió, en brazos de san Amadeo.

Ha llegado un coche, quizás un Renault, y de él ha bajado un hombre de ropa arrugada, barba negra, vista baja bajo la gorra y movimientos torpes. Se ha puesto al volante del Hispano sin dirigirle la palabra, sin mirarlo siquiera, y han arrancado. El Renault los ha precedido.

Han pasado por calles de las que por la noche duermen, que mañana es día de trabajo. Por la calle Consejo de Ciento hasta el final, donde está la Monumental y ya son todo parcelas cada vez menos cotizadas. Han atravesado lo que dicen que será la Gran Plaza de las Glorias, iluminada por las fogatas de indigentes que dormirán al raso, y han enfilado la calle Pedro IV hacia los confines de la ciudad, que, por la noche, aunque sea noche de luna llena, parecen los confines de la Tierra.

El año pasado empezaron las obras de pavimentación con adoquines de la carretera de Badalona. Ahora, a la altura de una fábrica que se mantiene aislada en medio de los campos, un grupo nutrido de obreros están arrancando las piezas del pavimento para preparar una barricada. Hay hogueras encendidas, pancartas colgadas entre dos farolas o apoyadas en las paredes. Dicen: «¡Fuera los acaparadores!», «A defenderse del hambre», «Por Humanidad, mujeres a la calle todas».

Cuando pasan los dos coches, uno de los cuales el ostentoso Hispano-Suiza blanco, hay gritos, insultos, imprecaciones, y una piedra golpea contra la carrocería. Los conductores pisan el acelerador. Un kilómetro más allá, no tardan en ver los tres camiones parados en mitad del camino. Tres camiones Daimler y un furgón de la marca Ford.

Un hombre les sale al paso separando los brazos del cuerpo y mostrando las palmas de las manos para detenerlos. Es una figura corpulenta, vestida de negro, siniestra y autoritaria, con cabellos dorados y largos bajo un sombrero hongo. Es Hermann Oslo, que dirige la operación.

Invita a Xavier a bajar del coche y despide a los dos conductores que lo han traído hasta aquí. Se van el Hispano-Suiza y el otro vehículo por donde han venido.

En la penumbra, el alemán saluda a Xavier, que le ofrece la mano izquierda porque el brazo derecho está sujeto por un pañuelo

que cuelga de su cuello.

—¿Julien?

—Sí.

—Viajará en ese furgón. No sé si estará muy cómodo, pero hemos hecho lo que hemos podido. Este no es un viaje de placer.

Lo acompaña hasta el vehículo de la marca Ford. Las dos puertas de la parte posterior están abiertas y dentro, a la luz de una bombilla desnuda rodeada por una rejilla de alambre, hay dos hombres frente a frente. Uno es alto, de unos treinta años, ancho de hombros, usa gafas de carey y un bigote espectacular de guías retorcidas hacia arriba. Lleva sombrero de cazador y ropa deportiva, con botas, como para pasear por el campo. En las manos, un bastón de madera oscura con puño de marfil con forma de cabeza de scottish terrier. Ante este hombre de ademán imponente, está Caracaballo, con gorra, traje de pana y zapatos marrones muy usados.

Xavier y Caracaballo se miran.

—Ya puede subir —dice Hermann Oslo—. Saldrán enseguida.

Y se aleja. Ya está. Este ha sido todo el contacto. Da palmadas y convoca a los cuatro conductores.

—Vamos, aquí, vamos, vamos, vamos, últimas instrucciones.

Xavier ha elegido sentarse delante de Caracaballo, para poder mirarlo a la cara, junto al hombre del bigote ampuloso, que le pregunta:

—¿Es usted Julien?

Xavier se vuelve para mirarlo como si no entendiera la pregunta, como a punto de soltarle una grosería. Con el tono de quien reclama respeto, responde:

—Me llamo Xavier Rutllana. Soy armador. Astilleros Rutllana, para servirle.

Se estrechan las manos con la dificultad de verse obligados a unir una mano derecha con una izquierda.

—Yo soy Rubén Rojas. Uruguayo.

—Yo me llamo Abelardo Zapata —se incluye Caracaballo, reclamando atención.

—Nuestro escolta —aclara el uruguayo—. Se supone que él tiene que protegernos de todo mal.

Para corroborar estas palabras, el obrero muestra la pistola que tiene sobre los genitales, protegida con las manos.

—Que todos lo tengáis todo claro —está informando Hermann Oslo a los cuatro conductores, impaciente y pendiente del reloj—. Viaje de un tirón, de aquí al punto de encuentro. Conducid con cuidado, que las carreteras son malas; no muy deprisa, pero sin parar. A las once en punto tenéis que estar en el punto de encuentro.

En este momento, llega con enojoso retraso un automóvil Berliet, que se detiene a una distancia prudente de los camiones. Bajan de él Villadiego y el Tarugo y, con la parsimonia de quien quiere hacerse respetar, se acercan a Hermann Oslo. Los recibe manifestando su impaciencia con gestos enérgicos y crispados.

—¡Vamos, vamos! ¡Que se nos hace tarde! Villadiego, al segundo camión. El Tarugo, al tercero.

Villadiego responde relajado y amistoso, con su risa de siempre:

—Prefiero que vayamos juntos…

—Villadiego, al segundo camión. El Tarugo, al tercero. ¿Entendido?

—Joder, cómo te pones. ¿Y no puedo ir en el primer camión?

—Villadiego, al segundo camión. El Tarugo, al tercero. Y venga, arriba, que nos vamos.

Como quien pide un favor, Villadiego baja la voz y se acerca al alemán como si quisiera seducirlo:

—Déjame ver a Rutllana, anda.

El alemán lo mira con hostilidad:

—No hay tiempo. Sois los últimos. Tú, al segundo camión. Tu amigo, al tercero.

—Cómo sois, los alemanes. Vamos, déjame verlo. Solo para asegurarme de que está aquí.

—Está aquí —refunfuña Hermann Oslo al mismo tiempo que se encamina hacia el furgón Ford que cerrará la comitiva.

Abre las puertas traseras.

Villadiego, que lo ha seguido, puede ver el interior.

Xavier Rutllana levanta la vista y lo ve. Se ven. Pero hay otro conocido.

—Coño, Caracaballo, ¿qué haces aquí?

Caracaballo, con una pistola entre las manos, sobre los muslos. Un día, Villadiego fingía que lo mataba y el hombre que ahora lo mira intensamente era el hombre líquido. Sangre, sudor, lágrimas, orina, heces. Ahora el policía también va armado. Una Star 14, automática con cargador de siete balas. Pero no la tiene en la mano.

Hay una tercera persona en el furgón, pero Villadiego no le presta ninguna atención. Pasea la vista del obrero prognato al industrial del brazo escayolado, y sonríe para demostrar que es él quien domina la situación.

—Vaya, vaya. Los dos amigos, frente a frente. Los tres amigos, frente a frente, si me cuento yo, ¿verdad?

—Vamos, vamos, vamos. —Hermann Oslo interrumpe la visita. Cierra las puertas del furgón—. Al segundo camión. Y tú, al tercero.

Saca un sobre blanco del bolsillo y se dirige al conductor del primer vehículo alisándolo un poco porque se le ha arrugado, y se lo entrega. Está dirigido al Kapitänleutnant Heinrich Baumeister. En el interior, un mensaje de Hermann Oslo habla de la presencia inevitable del inspector Villadiego y de lo que hay que hacer con él.

—Dale este mensaje al conductor uno del relevo. Y ya te puedes ir.

Villadiego se instala junto a un hombre barbudo e inmóvil, que no reacciona a su saludo jovial.

—Buenas noches. Nos vamos de viaje, ¿eh? ¿Va a ser un viaje muy largo? —El camión de delante arranca. Los otros van tras él—. Y en plena noche. Joder. Suerte que hay luna.

El hombre de barba que va al volante ni siquiera parpadea.

Avanzan hacia Badalona siguiendo la vía del tranvía y cruzan el puente del Besós.

Hermann Oslo se queda solo. No le gusta tanta soledad en este paraje y en plena noche, y se apresura hacia su coche, que le espera cerca.

Dos sombras llegan a la carrera a tiempo de ver cómo se alejan las rojas luces traseras del furgón Ford. Se detienen resoplando, fatigados. Han llegado tarde. Los ha llevado hasta allí un taxi normal, de los más modestos, porque un automóvil de plaza parecía demasiado lujoso para este extremo inhóspito de la ciudad, pero de todas formas el conductor se ha negado a arriesgarse más allá del

final de la calle Pedro IV. Tenía más miedo de la movilización obrera que de los posibles ladrones que pudieran estar al acecho.

Ahora Amanda y Amadeu se han parado en medio de la nada y recuperan el aliento después de la carrera.

—No tendrías que haberte cambiado de ropa —protesta Amadeu —. El Tarugo nos ha avisado de que íbamos muy justos de tiempo. —Amanda mira a un lado y a otro mientras se pasa la lengua por los labios resecos. Él insiste, enfadado—: ¿Y ahora qué?

—Un Berliet —dice ella, señalando un vehículo aparcado un poco más allá, debajo de una farola de acetileno.

Va a buscarlo, seguida de Amadeu.

La puerta del coche está abierta y, debajo del asiento del conductor, Amanda encuentra las llaves. El Tarugo ha aceptado el trato.

Montan en el vehículo, Amanda al volante, Amadeu a su lado, y arranca a la primera. Es un buen coche. Avanzan hacia Badalona siguiendo la vía del tranvía y cruzan el puente del Besós.

—Nos van a ver —dice Amadeu.

—Cuando puedan vernos, tendremos que ir con las luces apagadas.

—¿Con las luces apagadas? —Amadeu se nota un poco envarado.

—Si fuera fácil, no tendría mérito.

Se adentran en la noche. Pocos minutos después, ya en campo abierto, divisan la luminaria de los faros de tres camiones, y las luces rojas del furgón que cierra la comitiva.

—En el furgón de cola, debe de ir Xavier —comenta Amanda.

Conduce con gran seguridad.

—¿Cómo podremos impedir que Villadiego lo mate?

—Tendremos que actuar con mucha prudencia. —La voz de la chica suena firme y desconocida, como si quisiera decir que salvarle la vida a Xavier no es lo más importante—. Para eso he venido. Para impedirte que intervengas de cualquier manera y metas la pata. Esta es una operación muy importante, y muy delicada, y no puedo permitir que la eches a perder.

Amadeu la mira indeciso. El rostro de Amanda está iluminado por una risa de niña en plena travesura. Él también, ya hace rato

que se siente excitado, con una vibración eléctrica en el estómago que le agarrota los músculos, que afecta a su respiración y hace más intensos los latidos de su corazón.

—A ti te gusta esto, ¿verdad? —pregunta.

—¿Esto?

—La acción. Pasar miedo. Te excita. La proximidad de la violencia. El riesgo. Te gusta, ¿verdad?

—No tiene que gustarme.

—¿No tiene que gustarte?

—Soy un agente demasiado valioso para el Service de Renseignement. No puedo exponerme a que me atrapen y me interroguen, o me maten. Todo el mundo sabe que Caramba nunca se mete en los sitios calientes.

—¿Caramba?

—Caramba, sí.

—Pero ahora te estás arriesgando.

—Por curiosidad. Porque algún día tenía que ser el primero.

Pausa.

—¿Bailabas cuando aporreaban a mi padre? ¿Disfrutabas? ¿Te lo pasabas bien? ¿Pensabas que le estaban dando lo que merecía?

Amanda está muy concentrada en la carretera. Ahora circulan con los faros encendidos porque la caravana ha desaparecido entre curvas y sombras, pero, de pronto, ya vuelven a estar ahí, brillando en la recta, y el Berliet tiene que volver a la oscuridad.

Pausa.

—No —responde finalmente—. ¿Quién te ha dicho eso?

—Me lo han dicho. ¿Es verdad?

Pausa. Y después de un momento de preparación:

—No es verdad. Yo y Xavier sujetamos a Roc para que no se pasara de la raya. Roc quería defenderme, porque tu padre me atacó, y Xavier le decía que aquellas no eran maneras. Tuvieron un disgusto muy grande, aquella noche. Discutieron los dos. Yo curé las heridas de tu padre. —Deja pasar unos instantes de silencio—. ¿Te lo crees?

—¿Por qué me preguntas si me lo creo?

—Porque no fue así. Lo cierto es que tu padre no me atacó a mí, sino que atacó a Xavier. Le pegó un puñetazo, en el *foyer* , y Xavier

se lo devolvió, y Roc lo ayudó a sujetarlo. Yo no hacía más que gritar que no se hicieran daño, que no se hicieran daño. ¿Te lo crees?

—¿Si me lo creo?

—Quien le pegó la paliza a tu padre fue Manel, el camarero. Tu padre estaba molestando a la clientela y Manel y los otros camareros eran los encargados de preservar el orden.

—¿A qué juegas? Es como si me estuvieras diciendo que sí, que sucedió como me han explicado…

—No juego a nada. ¿Por qué vale más la palabra de otro que la mía?

—Ahora mismo te estabas contradiciendo. Primero me explicas una cosa, y después me explicas otra.

—Ya tienes cuatro. Mis versiones y la otra que te han contado. Tú eliges. ¿Quieres más?

Amadeu parece profundamente decepcionado.

—¿Por qué tendría que creerte? No sería la primera vez que me mientes.

—¿Por qué tendrías que creerme? Porque me conoces. Porque has tenido mucho tiempo para conocerme desde muchos puntos de vista.

—¿Quieres decir que no es verdad que curaras las heridas de mi padre?

—¿Quién te ha contado lo que sucedió aquel día? Déjame que lo adivine. Tiene que habértelo contado alguien del Moulin. No se me ocurre de qué otro sitio puedes haberlo sacado. Algún testigo presencial. Alguien que quería hablar mal de mí, dejarme en mal lugar. Por ejemplo, el camarero, Manel, que siempre ha querido meterme mano y yo nunca se lo permito. Me odia y odia a Xavier. ¿Él te ha contado que soy una mala puta? ¿Y te lo has creído? A pesar de que me conoces muy bien, ¿te lo has creído?

Amadeu cierra los ojos y suspira.

—¿Qué pasó aquella noche?

—No preguntes si no estás dispuesto a creer paso a paso, exactamente, lo que yo te diga.

—No te conozco muy bien. Es imposible que nadie te conozca muy bien.

—Te diré cualquier cosa y, cinco minutos después, lo pondrás en cuestión. Hablarás con Xavier y te dirá otra cosa, ¿y entonces qué?

—Solo quiero saber lo que pasó.

—¿Para qué? ¿De qué te va a servir? ¿Te reconciliarás con tu padre, que te regaló a la Iglesia cuando eras pequeño? ¿O te reconciliarás con tu hermano, que te hace culpable de todo? ¿O te vengarás de Xavier y de mí? ¿Qué te hemos hecho para que quieras venganza? ¿Nos vas a matar, por ejemplo?

—¿Me estás diciendo que me calle y olvide? ¿Que no piense? ¿Que da igual lo que le sucediera a mi padre? ¿Que no busque la verdad? ¿Que no tengo que creer nunca a nadie?

Siempre con los ojos fijos en la tiniebla, Amanda marca una nueva pausa durante la cual elabora la respuesta:

—Yo soy quien tú conoces. Exactamente quien tú conoces. Una chica que se exhibe en el Moulin, que es amante de un industrial que le paga los caprichos, que se baña en el mar en pelotas, que dice tonterías, que le gusta escandalizar y reír. Y que de vez en cuando dice mentiras. Ahora resulta que también me gusta la aventura y ponerme en peligro. Así es como tú me conoces, y te has formado una idea de mí. Crees que soy de una manera, y te gusto o no, y te decepciono o no, y te ayudo o no. Soy así, como te demuestro que soy a cada paso que damos juntos. Esta es la Amanda que tú conoces. ¿Ahora quieres conocer a otra? ¿A una que se encontró con tu padre y vivieron un incidente extraño…? Pues esta otra Amanda no está aquí, en este momento. No sé nada de ella.

Amadeu calla y trata de digerir estas palabras, esta Amanda, este mundo impensable, imprevisible, increíble. Se rinde y, una vez más, esta noche se sorprende de no estar pasando miedo. No es miedo. Es una manera de ser y estar, la manera como se vive en el Infierno, un estado de ansiedad continuo ante lo que pueda suceder a continuación.

45

DESARMADOS

El Marsa y Todoseguido han entrado de guardia hace veinte minutos. Desde el incidente con el hombre de la gorra torcida, forman una pareja extraña. Siempre juntos, porque Todoseguido busca siempre la compañía del Marsa, y porque el Marsa se siente obligado hacia su compañero. Procuran no hablar de aquello, pero, como es lo único que los une, eso da lugar a largos silencios, en que el uno debe de estar dándole vueltas y vueltas a la idea que lo obsesiona y el otro busca desesperadamente temas de conversación para llenar el vacío.

Hoy se ha corrido la voz de que es la noche del último submarino, que a partir de mañana ya levantarán el campamento y pasado mañana o el otro probablemente ya estarán en casa, y el Marsa está hablando de lo que piensa hacer cuando vuelva a su pueblo. Por supuesto que dejará el cuerpo de Carabineros, eso seguro. Con el dinero que les paguen, a lo mejor pondrá una tienda de comestibles. Una vez, lo estuvo hablando con un vecino que tiene un local y…

Calla cuando oye que alguien se acerca.

—Soy yo, soy yo —se anuncia la voz aburrida de Salanova. Los dos chicos bajan las carabinas. La figura encorvada y panzuda del capitán aparece entre unas matas—. Qué noche tan clara, ¿verdad? Parece de día.

—Sí, mi capitán.

Se detiene y los mira, como siempre, como si tuviera que comprarlos y estuviera calculando el precio.

—¿A qué hora acabáis?

—Acabamos de entrar —dice el Marsa—. A las diez. Tenemos que estar hasta las dos.

Salanova cierra los ojos porque le parece excesivo y doloroso.

—Dejadlo. Ya podéis acabar. Es la última noche y ya no hay

nada que vigilar. Basta. Fuera. Licenciados. —Y cambia de tema bruscamente, como tiene por costumbre—. Lo hicisteis muy bien, o sea, de puta madre. Esta es la última noche. Mañana ya plegaremos velas y nos iremos a casa. Y quería deciros que lo hicisteis muy bien. ¿Verdad que os dije que nadie os lo iba a reprochar, o sea, a echar en cara? Ahora volveréis a vuestras casas y podéis estar muy orgullosos del trabajo que habéis hecho. O sea. Y nadie vendrá a pediros ninguna responsabilidad, o sea, pediros explicaciones. Cobraréis una buena recompensa, ya cobrasteis una propinilla por el trabajo extra que tuvisteis que hacer, eh, un extraordinario, y continuaréis viviendo. Estoy muy orgulloso de vosotros y os lo quería decir. Continuad viviendo.

—Gracias —responde Todoseguido, un poco retraído.

Salanova suspira y pasea sus ojitos penetrantes pero inexpresivos por los rostros de los dos chicos.

—Otra cosa que os quería decir es que, cuando acabéis esta guardia llevéis las armas al brigada. Las meterá en un armero, con llave. Los alemanes las quieren. Dicen que nos las han prestado y ahora tenemos que devolverlas. Las cargarán en el submarino y se las llevarán. —Una nueva pausa—: Eso es lo que quería deciros. Y pensad que, si ahora se os ocurre salir corriendo, no cobraréis nada por el trabajo que habéis hecho durante estos meses. Tenedlo en cuenta, y comunicadlo a vuestros compañeros, por si tienen la tentación de desertar. Si os vais, no cobraréis ni un real.

Les da la espalda y se pierde entre las sombras de los matorrales.

El Marsa se queda pensativo. Sentado en una piedra y abrazado a su carabina Mannlicher. Todoseguido está encorvado y abatido, como si acabara de recibir una estocada mortal. Mirando cada uno en una dirección distinta. Y Todoseguido dice, hablando desde el fondo de sus pulmones y su alma:

—Porque tú también cobraste un dinero. Tiene razón Salanova. Tiene toda la razón. Lo hicimos los dos. Tú también. Tú también mataste a aquel hombre. Aunque finjas que no…

—Yo no finjo que no —le interrumpe el Marsa.

—Finges que fue cosa mía. Yo soy el asesino y tú la buena persona.

—Eso no es verdad, Todoseguido. Te lo he dicho mil veces.

—Lo dices, lo dices, pero se te entiende todo.

—Además, eso ahora no tiene ninguna importancia. Salanova ha venido a decirnos otra cosa.

—No me envíes a la mierda, Marsa. No eres tan mejor. Eres tan asesino como yo.

—Todoseguido —pausa para asegurarse que retiene su atención —: quieren matarnos.

Ahora sí que se miran. El Marsa a Todoseguido, Todoseguido al Marsa.

—¿Qué?

—Salanova ha venido a advertirnos. Dice que los alemanes quieren que les entreguemos las carabinas. Nos vamos a quedar desarmados y nos advierte de lo que nos puede pasar si se nos ocurre salir corriendo. ¿Por qué tendría que ocurrírsenos salir corriendo? ¿Y por qué nos dice que lo comuniquemos a nuestros compañeros, «por si tienen la tentación de desertar»? Nos estaba diciendo que, si nos quedamos desarmados, más vale que echemos a correr.

El Marsa se ha levantado y emprende la pendiente abajo. Todoseguido va tras él, estupefacto.

Bajan hasta la zona noble donde se encuentran los armarios armeros. Allí hay unos cuantos compañeros que también han acabado su turno de guardia y están dejando las carabinas en su sitio.

—Yo, de vosotros —dice el Marsa—, no dejaría las armas. ¿Os parece bien quedar desarmados antes de ver cómo vienen los boches? A los habitantes del faro que estaban antes de que llegáramos nosotros, alguien se los cargó. A todos. Abuelo, padre, madre, hijo, hija. Yo no pienso soltar mi carabina.

No espera la opinión ni la réplica de nadie. Continúa andando y cruza el patio hacia el lado que fue corral y donde se encuentran sus catres a la intemperie. Nota muchas miradas clavadas en la espalda. Todoseguido va tras él, y tampoco ha dejado la Mannlicher en el armero.

Sus compañeros se han quedado paralizados. Llegan otros.

—¿Vais a dejar las carabinas? —pregunta uno.

—Nos lo ha dicho Salanova.

—¿Nos vamos a quedar desarmados? Cárdenas y Rendueles quieren devolverles el palizón que nos dieron. ¿Se lo vamos a devolver desarmados?

El que todavía no ha dejado su arma, lo piensa mejor.

—¿Dónde está Rendueles?

—Andaba por ahí, al fondo.

—Voy a hablar con él.

Pero Rendueles no está donde se supone que debería estar. Ya hace rato que él, Cárdenas, Martínez, Puerto, Pepe Reyes y Rodicio, la pandilla que quiere recibir a los alemanes a trompazos, se están preparando para el combate. Todos han conseguido eludir las guardias, ya sea porque han sobornado de alguna manera al cabo que las organiza, porque son muy amigos de los brigadas o porque las han cambiado a otros compañeros que no quieren verse en medio de la trifulca y prefieren tener una coartada válida para el momento en que alguien pregunte «¿Dónde estabas tú en el momento de la catástrofe?». Ahora, uno por uno o de dos en dos, casualmente, cuando nadie miraba, se han ido colando al fondo del pabellón noble, en las habitaciones donde vivía la familia Pallarès, donde están dispuestas las camas y literas destinadas a los alemanes, mucho más confortables que los catres de los carabineros y motivo de envidia malsana.

Mientras tanto, un brigada va pescando y reteniendo a los carabineros que tendrán que descargar los camiones cuando lleguen y bajar con la grúa los bidones de bencina por el pozo hacia el submarino.

—Eh, tú, no te vayas. Ven para aquí. A formar.

El Cabra ha recuperado su carabina y, medio escondido entre los catres del pabellón de los corrales, pregunta a un compañero que está haciendo exactamente lo mismo:

—¿Habéis visto al Marsa?

—Se ha ido por ahí, al fondo de todo, con Todoseguido.

Los dos carabineros catalanes se han perdido en las sombras de la zona donde duermen y, una vez rodeados de oscuridad, continúan más allá, hasta el rincón donde se amontonan los muebles y las pertenencias de los anteriores habitantes del faro. A aquel lugar lo llaman «los Fantasmas» porque las sábanas que

protegen la amalgama de objetos crean figuras de perfiles inquietantes.

—¿Qué venimos a hacer aquí? —pregunta Todoseguido.

—Tú no lo sé —contesta el Marsa—. Yo observaré, a ver cómo van las cosas. Y, según cómo vayan, no me sacarán fácilmente de aquí.

Todoseguido asiente con la cabeza. Se apoya en un bulto alto, posiblemente una vitrina, y mira al patio con aprensión patente. El Marsa lo observa y sonríe. Todoseguido siempre va detrás de él. Para mortificarlo con su obsesión, la muerte del hombre de la gorra torcida, empeñado en compartir con él su sentimiento de culpabilidad, incluso reprochándole que lo abandone, que se desentienda, que lo deje solo abrumado por sus remordimientos. Pero siempre siguiéndole los pasos. Como si no pudiera vivir sin él.

Se sientan en muebles disfrazados de espectros y esperan.

Observan cómo el brigada, en el patio, va reuniendo a los compañeros dispuestos a trabajar en la descarga de los camiones y los hace formar cerca del pozo. Son conscientes de que Cárdenas, Rendueles y cuatro o cinco más están escondidos en el pabellón noble, justo ahí enfrente, esperando a los alemanes, que llegarán cansados de una larga travesía en el infierno maloliente y claustrofóbico del submarino. Los van a recibir a puñetazos.

Baumeister y Von Holtz están esperando, impacientes, junto al brocal del pozo, donde ya está instalada la grúa. Nunca habían lucido sus uniformes tan bien planchados. A un par de metros, se agrupan un brigada, un cabo y siete carabineros, un poco displicentes, formados más o menos marcialmente, como si solo estuvieran dispuestos a obedecer órdenes si no exigen mucho esfuerzo.

El primero en aparecer subiendo desde las entrañas de la Tierra es un soldado de uniforme arrugado y sucio, correaje con pistola y bombas de mano y fusil ametrallador Schmeisser colgado a su espalda. Salta del brocal al suelo y mira a derecha e izquierda con ademán a la vez timorato y desafiante. Enseguida emerge a su lado un hermano gemelo con idéntico armamento e idéntica actitud. Controlan que no haya ningún peligro para su superior.

De lejos y desde diferentes escondites del patio, los carabineros

se fijan especialmente en los Schmeisser. Y las bombas de mano. Y, uno por uno, como quien no quiere la cosa, poco a poco, se van acercando a los muebles armeros, y recuperan sus carabinas y se esfuman.

Finalmente, del pozo emerge el comandante del submarino, Korvettenkäpitan Röhler. Movimientos pesados de cansancio infinito pero esforzados y voluntariosos de «Aquí no ha pasado nada». Apretones de manos viriles y efusivas. Palmadas en la espalda y risotadas que se oyen de lejos.

—Hoy conoceremos al gran hombre.

—Dos —dice Röhler.

—¿Dos?

—Hemos recibido una notificación que decía que tenemos que llevarnos a dos personas, dos espías muy importantes. Un alemán y otro de aquí, español.

Desde la ventana de su habitación, el capitán Salanova lo está observando. Es evidente que no han contado para nada con él. No le han avisado para que salude al comandante, ni parece que lo echen de menos.

Recuerda con melancolía las palabras que pronunció el teniente coronel mirando por una ventana, como ahora está haciendo él. A lo mejor estaba viendo lo mismo que ve ahora Salanova: «En caso de que la cosa se destape, habrá que borrar toda huella. Y, en resumidas cuentas, el responsable último será usted, Salanova, que se habrá aprovechado de mi buena fe. Estas son las condiciones. Si las acepta, podrá ganar mucho dinero corriendo muy poco riesgo, que es el principio de los buenos negocios».

Un brigada (llámalo García, llámalo Durán) recorre el patio buscando carabineros.

—¿Dónde coño se han metido todos? Pero ¿esto qué es? ¿Qué pasa aquí?

Pilla a los indecisos, a los miedosos que no se han animado a recuperar su carabina y buscarse un escondrijo.

—¡Venga, tú y tú! ¡A formar aquí! ¡Junto al pozo!

Uno de los jóvenes medrosos y obedientes, al pasar por su lado, se detiene un instante para decirle:

—Discúlpeme, mi brigada. ¿Va usted armado? —El suboficial le

dirige una ojeada precursora de bronca, pero, antes de que se ponga a ladrar, el chico se adelanta—: ¿Ha visto lo armados que han venido hoy los boches? El Marsa dice que vienen a por nosotros. Nos hacen entregar las carabinas y… ¿ellos vienen con metralletas y bombas?

García o Durán se queda con la boca abierta. Mira a derecha e izquierda y se fija en el grupo de soldados alemanes, cada vez más numeroso, que salen del pozo y están formando en un rincón del patio, cada cual con su fusil ametrallador y las bombas en el cinturón.

El carabinero confidente murmura «Schmeisser» y se aleja para ir a formar con sus compañeros. Y el brigada se queda quieto, muy quieto, sin carabina, ni pistola ni nada. Las ha dejado en el armero.

Cárdenas, Rendueles y el resto de la pandilla belicosa continúan recluidos en las dependencias de la parte noble. Se han visto acorralados cuando los cocineros encargados de preparar la recepción, ignorando su presencia, han cerrado la puerta de comunicación con el resto del pabellón.

—Llevan metralletas —comentan entre ellos, mirando por las ventanas—. Nunca habían venido con metralletas.

—Vienen a por nosotros. Hijos de puta.

No tienen carabinas, no creían que fueran necesarias para el enfrentamiento. Se han hecho puños de hierro con mosquetones, y la mayoría tienen la pistola en el cinto, pero en este momento no les parece armamento suficiente.

Hasta doce soldados alemanes han surgido de las profundidades de la Tierra. Doce Schmeisser. Dirigidos por un oficial, forman en dos filas de seis en aquel rincón del patio, muy cerca de las ventanas por donde los están espiando los carabineros de la bronca.

Unos golpes enérgicos y perentorios hacen que vibre la puerta de la habitación.

—Adelante —dice el capitán Salanova, levantando una ceja más que la otra.

Entra Von Holtz, más conocido como Otto. Se le ve anormalmente furioso.

—Salanova —dice—. Los armeros. Están vacíos. Y los cerrojos están rotos. No hay armas. ¿Dónde están las carabinas? ¿Y dónde

están sus hombres?

Salanova lo mira con esa indiferencia que tan a menudo han confundido con la estulticia.

—¿Mis hombres?

Von Holtz no puede soportar aquella reacción fría e irresponsable. De buena gana se pondría a saltar sobre sus dos pies.

—¡Sus hombres! ¡Y las armas!

—Yo me encargo de eso. No se preocupe. No pueden haber ido muy lejos.

El alemán quiere decir la última palabra, pero las limitaciones de su conocimiento del idioma le traban la lengua.

—¡Dese prisa, hombre! Esto es muy, esto es muy, esto es muy meridional…

46

VIAJE NOCTURNO

Bajo la luna llena, por carreteras quebradas, de baches y de piedras sueltas, a veces tan estrechas que apenas caben los camiones, la caravana es como una burbuja de luz en la noche.

Pasa el primer camión, el conductor solo y sólo atento a la soledad del camino, inexpresivo, autómata. En el asiento de al lado, el sobre blanco con el nombre del destinatario: «Kapitänleutnant Heinrich Baumeister». Dentro, una nota dice lo que hay que hacer con Villadiego cuando lleguen.

Villadiego, en el segundo camión, trata de hacer hablar a su conductor barbudo y hierático. Por fin consigue arrancarle unas palabras cuando le dice:

—¿Y hace mucho que trabajas para los alemanes?

El otro responde, hostil:

—Yo no trabajo para los alemanes.

—¿Ah, no? —El policía suelta una risa tan estridente como monosilábica—. ¿Y en qué te parece que hablan estos que te han contratado?

—Yo no sé en qué hablan entre ellos. A mí me hablan en español. Si no me hablan en español, no los entiendo y ya está. Por mí, como si hablan en esperanto.

Villadiego vuelve a soltar un «¡ha!» sarcástico y continúa con ese sonido seco, amargado y falso, con «pro, pro, pro» de incomprensión absoluta, moviendo la cabeza en sentido negativo porque este tipo no tiene remedio. Al mismo tiempo que piensa que tal vez el tipo sea más inteligente que él, que siempre ha sido un bocazas, hablando a todo el mundo de sus contactos y de sus privilegios y de sus conocimientos. «Una tía estupenda, tú, una tía de bandera, que la tengo enamorada como no te puedes imaginar, que solo se lo monta conmigo, y lo hace por amor; le he puesto un piso en la calle Aribau, joder, que aún lo estoy pagando pero es una

inversión, y con la pasta que me dan los alemanes lo pago en menos de un año…» O revelándole a Hermann Oslo que Rutllana es un espía inventado por él.

—Pues yo he aprendido alemán —dice—. Para ser uno de ellos. *Einer von ihnen zu sein* . ¿Sabes qué te quiero decir? ¿Sabes qué quiere decir *Du bist besser als Brot, Fr* ä*ulein* ? ¡Estás más buena que el pan, señorita! ¿Sabes qué quiere decir *Fr* ä*ulein* ? ¡Quiere decir tía buena!

Fuerza una risa postiza y, con pupilas inquietas, contempla el futuro que tiene delante, un futuro negro, de noche sin fin, de carretera irregular por donde parece que avanzan a saltos.

En el tercer camión, el Tarugo busca en su funda sobaquera y saca la pistola automática. Solo para tenerla en las manos. No puede verla con detalle, debido a la oscuridad, pero la palpa con delicadeza, reclamándole seguridad. Es una Browning FN, de fabricación belga: «FN» quiere decir «Fabrique Nationale», negra y sobria, herramienta de matar sin filigranas. Siete cartuchos.

Mira de reojo al conductor para asegurarse de que no puede ver el arma. Si la hubiera visto, piensa que le diría: «No te preocupes. Soy policía. No se lo digas a nadie, pero soy policía. No se lo digas a nadie porque te mato, tú serás el primero». Pero no lo dice, porque el otro solo tiene ojos para la carretera.

Al final de la caravana, el furgón Ford. El conductor solo, en la cabina. Caracaballo, Xavier Rutllana y Rubén Rojas, en la caja, sobre bancos encarados que se supone que son cómodos porque tienen un poco de almohadillado.

Caracaballo se ha apoyado en sus muslos y habla directamente con Xavier.

—Aquel día —dice en catalán, mirándolo a los ojos, triste y arrepentido—, en Can Madam Petit. Yo no tendría que haber estado allí. Ya lo sé. Tengo mujer y le fui infiel, y tengo hijos y no se merecen un padre que va de putas, y no tendría que haber estado allí porque soy anarquista y lucho por un mundo mejor, más justo y más sano, y más limpio. Lucho contra los explotadores, y el hombre que se aprovecha de las mujeres en Can Madam Petit es tan repugnante como usted cuando se aprovecha de sus obreros. Por todo eso, no deberíamos habernos encontrado en Can Madam Petit,

pero ¿sabe por qué estaba yo allí aquella noche? ¿Lo sabe?

—¿Van a andar hablando en catalán? —interviene el sudamericano.

No le hacen caso.

—¿Sabe por qué estaba yo allí aquella noche? —repite Caracaballo, como si estuviera recitando un texto aprendido de memoria—. ¿Lo sabe? Porque tenía dinero. De acuerdo, era dinero para la causa, para la lucha obrera, pero tenía dinero, teníamos dinero, los compañeros y yo, nos sobraba, habíamos pagado lo que teníamos que pagar y nos sobraba, y nos dijimos que una noche, como mínimo una noche de nuestras vidas, teníamos que poder permitirnos lo que los explotadores como usted se pueden permitir cada puta noche de sus vidas. Una sola noche de champán y mujeres, por el amor de Dios. Para saber lo que es, qué quiere decir, qué se siente. Teníamos dinero y quisimos hacer lo que hace la gente que tiene dinero. Comprobamos que es verdad lo que siempre hemos dicho: que el dinero corrompe. El dinero es mierda y te convierte en mierda. Y, sí, tiene razón: para tener dinero tuve que venderme. ¿Cómo me llamó?, ¿mercenario?, ¿sicario? Pues sí, señor. Pero mire: me pagaban dinero para que diera por culo a gentuza como usted, y mi lucha consiste en dar por culo a gentuza como usted, de forma que me da igual quien me pague, ¿lo entiende? Alemanes, aliados, rusos o americanos, me da igual.

—Preferiría que hablasen en español. —Rubén Rojas hace un segundo intento—. Así podría intervenir en la conversación.

Xavier lo mira con un gesto de comprensión y solidaridad, y tuerce la cabeza para significar que así son las cosas y no queda más remedio que aceptarlas como vienen. Al mismo tiempo piensa replicarle a Caracaballo: «¿Sabes lo que tendrías que hacer tú? ¿Quieres que te diga lo que deberías hacer? Ayudarme a capturar a este dandi, eso es lo que tendrías que hacer. ¿Sabes lo que nos pagarían, si lo capturábamos? Un millón, nos pagarían». No lo dice. Solo sonríe, como si sus pensamientos fueran una tontería que no merece la pena compartir, y devuelve la atención al ácrata, se apoya como él en las rodillas para acercarse y se anima a interrumpirle:

—¿Sabes cuál es el problema, Caracaballo?

—¿Son amigos, ustedes dos? —dice el uruguayo—. Me habían dicho que eran enemigos.

—Que el dinero corrompe, sí, pero quien paga, manda.

—¿No eran enemigos, ustedes dos?

—Esta es la verdad que se te olvida. Y el que paga y te pide que hagas lo que haces no lo hace por el bien de la humanidad, ni por la causa obrera, ni para que coman tus hijos. Lo hace para crear destrucción y confusión aquí, para joder al enemigo. A los alemanes les da igual que aquí se quemen fábricas, pero ¿tú dónde piensas trabajar si queman las fábricas de aquí?

—Me pareció que a usted lo ponían aquí de guardaespaldas porque era enemigo de este.

—Espera un momento, Caracaballo, perdona… —Xavier se dirige al hombre de las gafas y el bigote, que sonríe al ver que, por fin, alguien le hace caso—. Perdone, ¿usted conoce a una mujer que se llama Amanda?

Al uruguayo se le funde la sonrisa.

—No. No me suena. ¿Dónde podría haber coincidido con ella?

—En Barcelona. Proporciona información a los…, o sea, nos proporciona información a nosotros.

La expresión de Rojas varía hacia la franca desconfianza. Le ha venido a la cabeza una mujer que les proporciona información, pero Xavier debería conocerla mejor que nadie.

—Si no me da más datos…

—Se hace llamar Frau Spatz.

—Ah, sí. Frau Spatz. Me han hablado muy bien de ella. De hecho, me parece que usted está aquí gracias a ella.

—Solo quería saber… —Rubén Rojas lo mira fijamente, esperando el dato revelador de alguna novedad sorprendente—. Yo le pasé información de algunos cargueros para que fueran torpedeados por sus submarinos…

—Esa es una declaración muy incriminatoria…

—Solo quiero saber si es posible que ella, además, pasara a sus superiores más información de la que yo le daba. Por ejemplo, la salida y la carga de mis propios barcos. Y que, por su culpa, los torpedos alemanes hundieran mis barcos…

El Doktor Bambú se ríe descaradamente, sin ningún tipo de

deferencia.

—En el mundo del espionaje todo es posible. Para hacer su trabajo, los espías fingen ser quienes no son, cuentan mentiras, y quienes los escuchan deben saber separar el grano de la paja. A veces se quedan con la verdad, y a veces se quedan con lo que no deben.

Xavier suspira y calla, cabizbajo y pensativo, y Caracaballo aprovecha para continuar su discurso:

—El caso es que con ese dinero podemos dar de comer a la gente que usted echa a la calle, ¿me entiende? Con el dinero que me dan para estar hoy aquí, vigilándolo a usted y a este otro manso, podré dar ropa y casa a quien no la tiene. Y cuando termine de hacer este trabajo, volveré enseguida a Barcelona para sumarme a la huelga general, y a la gran manifestación. Es el momento oportuno, con las Juntas de Defensa levantándose contra el Ejército, y los separatistas catalanes conspirando en asamblea…

—¿Sí? ¿Y ya sabes lo que vais a sacar de esa gran manifestación? ¿Qué sacasteis de la Semana Trágica? ¿Ganó la clase obrera? ¿Quién manda, ahora?

Caracaballo parpadea y tartamudea un poco:

—Aguantaremos el golpe, esta vez aguantaremos el golpe porque incluso hemos podido comprar dinamita.

—¿Sí? ¿Y tú crees que los socialistas os apoyarán en eso de la dinamita? A los socialistas no les conviene que la huelga general coincida con la Asamblea de Parlamentarios porque, si coincide, cualquier ventaja que puedan sacar de todo esto se la llevarán los catalanistas. Y a los catalanistas no les interesa la huelga general porque son de derechas y tienen fábricas y la pela es la pela. Y los republicanos, ¿a ti te parece que creen en la voluntad revolucionaria de los militares de las Juntas de Defensa del Ejército? ¿Y las Juntas de Defensa crees que piensan apoyar tu discurso anarquista? ¿Lo creéis de verdad? ¿No será verdad eso que dicen de que la CNT está a punto de romper su pacto con la UGT?

—¡Me da igual! ¡Todo eso me da igual! —se resiste Caracaballo —. ¡Hay que luchar! ¡Tengo que ir a luchar! Esto tiene que ser el preludio de una revolución.

—Buscáis una Semana Trágica y tendremos una Semana Cómica.

Caracaballo tuerce la boca y busca algún argumento abrumador para contraatacar. Xavier cierra los ojos, suspira y piensa que se le va a hacer muy largo este viaje.

Se aleja la caravana, burbuja de luz en la noche, dejando atrás un vacío de oscuridad y silencio. Y, después de unos minutos de pausa, irrumpe el estrépito del Berliet donde viajan Amanda y Amadeu.

Cuando la burbuja de luz se tambalea delante de ellos, medio quilómetro más allá, avanzan con los faros apagados y aprovechando la claridad generosa de la luna. Cuando las curvas ocultan la comitiva, Amanda conecta los faros y acelera un poco. A veces, atravesando un bosque, las copas de los árboles forman un techo negro sobre ellos y da la sensación de que corren por la tiniebla absoluta, sin referencias inmediatas, a ciegas. Amadeu se sorprende porque ni siquiera en aquellas condiciones se siente poseído por el pánico, y tampoco lo percibe en Amanda. Enseguida salen del túnel de la negrura y vuelve la luna para guiarlos y protegerlos, y brota un suspiro de alivio que se parece mucho al bienestar.

A Amadeu se le ocurre que este tal vez sea el tramo final del viaje por los Infiernos que inició aquel día, cuando llegó a la ciudad huyendo de Dios. Se ve tan distante y tan inmune como Dante Alighieri cuando iba pasando de un círculo a otro acompañado de Virgilio. Solo que él, ahora, no va acompañado de un poeta sino de la musa en persona, Beatrice Dinámica, Traviesa, Transgresora e Intrépida. A lo mejor, ahora ya han pasado el Limbo, y el Círculo de la Lujuria, que empieza y termina en Amanda; y el de la Gula, pecado que estaba cometiendo hace poco, en el restaurante del Regina, ante aquel cordero a la Périgueux; o el Círculo de la Codicia de riquezas de las que no sabe si podrá prescindir nunca más después de haberlas conocido —¿qué ha sido de las joyas de los Rutllana?—; o el de la Rabia, ¿dónde está la rabia? ¿Dónde están las ganas de destruir a aquel que destruyó a su padre? ¿Dónde las está escondiendo? Ha pasado también por el Círculo de la Herejía: este fue el primero que conoció, cuando renegó de Dios, de la Iglesia y de sus ministros, mediante la Violencia del Séptimo Círculo, pegando una bofetada al señor rector, y otra al señor

obispo, y tantas y tantas otras que ha pegado a lo largo de su vida.

En el Octavo Círculo, se pudren quienes han cometido Fraude, unos azotados por los demonios, otros sumergidos en mierda o en brea hirviente, otros colgados boca abajo con fuego en las plantas de los pies, otros mordidos por víboras, otros heridos por espadas o atormentados por enfermedades horribles. Su padre fue víctima del fraude. Pobre hombre, engañado y destruido por los demonios. Unos hombres lo apaleaban y una mujer cantaba y bailaba para celebrarlo.

Corren zarandeados en medio de la oscuridad y ni a él ni a Beatrice les pasa nada de todo esto. Ellos solo observan. Las desgracias solo les suceden a los otros. O tal vez sea que aún no han llegado al círculo que les corresponde.

—¿Todavía no ha llegado el momento de hablar de amor? —pregunta Amadeu.

—¿De amor? —responde ella, con la mirada fija en las luces de los camiones que les preceden—. ¿Qué significa hablar de amor?

—No lo sé. ¿Qué significa? Yo te quiero.

—Ah, muy bien. Y yo me alegro. Yo también te quiero. ¿Y qué se supone que significa eso? ¿Que quieres que nos casemos, y vivamos juntos el resto de nuestras vidas y tengamos hijos y nietos? ¿Ahora? ¿Crees que es el momento oportuno para pensar en eso, ahora? Te recuerdo que hay una guerra en Europa en la que están muriendo millones de personas. Ahora mismo no sé muy bien cómo va a terminar esta aventura. Será mejor que dejemos esta conversación para mañana.

Amadeu calla, porque se siente un poco ridículo. Ingenuo. Infantil. Como si se le hubiera ocurrido hablar de Dios en el Centro del Infierno. Ahora que está a punto de encontrarse con la bestia de tres cabezas llamada Satanás.

«Amadeu —piensa—, «sabes perfectamente que si hay alguien que merece ser atormentado en este Infierno, eres tú. En el Infierno no hay sitio para el amor.»

La luz de la luna llena, filtrada a través del ramaje de las copas de los árboles, insinúa más que enseña, quiere hacer creer que no tiene nada que ocultar, pero la noche, al fin y al cabo, nunca ha sido del todo sincera.

En un claro, aparecen seis faros deslumbrantes que los están aguardando. Se detiene el primer camión y, cuando se ponen a su lado, pueden distinguir a cuatro hombres y tres Scania de cincuenta caballos y cuatro cilindros.

Bajan los cuatro conductores que acaban de llegar y Villadiego interpreta que puede hacer lo mismo para estirar las piernas. Está rendido. Va a buscar al Tarugo, que todavía no ha abandonado su vehículo.

—Vamos, baja de ahí, coño. ¿No estás baldado? Menudo tute. Esto no se acaba nunca. ¿Tú sabes por dónde estamos?

El Tarugo baja sin decir nada más que «Buf», y se despereza para tonificar los músculos.

Los ocupantes del furgón también han salido a la noche cálida y gimen mientras tratan de recuperar la flexibilidad de sus miembros. El conductor se ha sumado a la actividad de sus compañeros. Caracaballo, Xavier Rutllana y el tercer hombre se mantienen alejados unos de otros.

Doscientos metros más atrás, el automóvil Berliet del Tarugo sale de una curva con los faros encendidos, que automáticamente se apagan al ver que la caravana se ha detenido y las luces se han multiplicado.

Amanda frena. Se arrima a la cuneta entre dos árboles.

Ven cómo bajan los conductores, cómo se saludan. Cómo inician el traspaso de bidones de unos camiones a otros sin perder tiempo. Descargan los camiones Daimler y los transportan con carretillas a los camiones Scania que los estaban esperando.

Amadeu mira a Amanda con cierta aprensión. No sabe exactamente qué sentimientos le desvela aquella mujer. Hace una hora estaba ansiando besarla, acariciarla y penetrarla. Ahora, tal vez debido a la fatiga del viaje, no está seguro de que le apetezca estar respirando el mismo aire que ella.

Ella no le hace caso. Tiene todos sus sentidos puestos en lo que sucede en el encuentro de camiones, en el ir y venir de los conductores, y en su expresión y en su respiración late una zozobra animal, de felino a punto de atacar.

Villadiego observa que los receptores llevan el uniforme de los carabineros y toma nota por si esto pudiera servirle de algo de

ahora en adelante. Después de echar un vistazo distraído, no puede reprimir la necesidad de encaminarse hacia el furgón Ford. El hombre del bigote retorcido se inquieta y mira a su escolta reclamando que haga su trabajo. Xavier se mantiene alejado, junto al vehículo, como si pensara en meterse dentro si alguien lo ataca.

Caracaballo capta la mirada de Rojas y se interpone mirando a Villadiego a los ojos.

—Oye —le dice el policía—. Que tú y yo somos amigos, ¿no?

Quedan frente a frente. Nunca podrán olvidar, ninguno de los dos, el día en que uno jugaba con la Star y el otro se cagaba encima. Hombre líquido.

—¿Cuándo me has invitado tú a una cerveza? —dice Caracaballo, devolviéndole el tuteo como un desafío—. ¿O cuándo te he invitado yo a ti?

—¿Qué me estás diciendo? —La risa desdeñosa y odiosa—. ¿Que somos enemigos? ¿Estás cobrando un sueldo de puta madre gracias a mí y somos enemigos? ¿Qué me estás diciendo? ¿Que me vas a disparar? ¿Tú a mí?

El obrero baja la voz para hacerla más ominosa:

—No te puedes imaginar las ganas que tengo de pegarte un tiro. Anda, aléjate de aquí.

El inspector considera la situación y hace caso al Tarugo, que se ha mantenido discretamente a su lado y le toca el brazo y hace un gesto con la cabeza. Los dos se alejan del furgón para contemplar cómo los ocho hombres acaban de trasladar los bidones negros.

Guardan las carretillas, fijan las mamparas posteriores de los camiones.

El conductor del primer Daimler va al encuentro del conductor del primer Scania. Le entrega el sobre blanco, un poco arrugado, donde puede leerse «Kapitänleutnant Heinrich Baumeister». Le dice:

—Esta carta es para explicar la presencia de esos dos. —Y señala a Villadiego y al Tarugo—. Te lo digo tal como me lo han dicho.

El receptor es Miquel Guindos Carrado, carabinero que a partir de aquí dirigirá la expedición.

—¡Vamos, vamos! —grita desde el estribo de su vehículo.

Villadiego sube al segundo camión.

—¿Qué hay? —dice al chófer que lo espera—. Carabinero, ¿eh?

—Sí. —Es un chico de no más de veinticinco años, ingenuo de cara limpia.

—¿Estáis colaborando con los alemanes?

—Sí.

La comitiva arranca, sale del bosque e inicia el descenso hacia la costa. Tres camiones Scania y el furgón Ford.

Amanda ha ocultado el Berliet entre unas matas y le ha puesto unos bojes por encima. Pasan los Daimler, de regreso a Barcelona. No verán nada raro porque no esperan ver nada raro. Se pierden por la primera curva de la carretera, todo ruido, luminaria y sacudidas. Misión cumplida.

47

BIENVENIDA

Los tres camiones y el furgón Ford llegan al faro de Ixent.

Por alguna razón que nadie se pregunta, tal vez por la inercia de regresar al mismo lugar de donde salieron, no entran en el interior del patio. Aparcan afuera, los camiones a la derecha de la gran portalada de verja perennemente abierta, y el furgón a la izquierda, alejado de la suciedad de la carga y descarga.

En el pabellón de la derecha, zona noble, Von Holtz hace una señal, o ladra una orden, a un carabinero, que acciona un interruptor. Se encienden seis focos triunfales, que crean la ilusión de día en el patio del faro, para dar la bienvenida al héroe.

Salanova asiste al prodigio desde su habitación. Es media noche, como estaba previsto. No se ha movido de su refugio desde que Von Holtz ha venido a tocarle las narices. Pero ahora piensa que tiene que ir a saludar a esa eminencia que dicen que es tan importante. Al fin y al cabo, él es el comandante en jefe de este destacamento. Tiene que repetirse a menudo que aquí él es quien manda.

Desde el Berliet del Tarugo, distinguen la luz de día antes de salir del bosque de algarrobos por donde circulan. Es una claridad amarillenta que compite con la penumbra azul de la noche lunar.

Son seis focos de wolframio que coronan una construcción blanca alrededor del faro que se levanta altivo oteando el mar. Se les añade el destello del ojo que advierte a los navegantes de la existencia de escollos. Es el destino de los tres camiones y el furgón, que se detienen ahora en la puerta de acceso al complejo.

Amanda ha clavado el freno y ha apagado las luces.

El resto de recorrido hasta su destino es campo abierto.

—Nos verían si nos acercáramos con el automóvil —dice Amanda—. Tendremos que continuar a pie.

Baja del coche y busca en la bolsa de mano. Saca dos cilindros negros de metal, y le da uno a Amadeu. Este piensa, irónico: «Ah,

así que sabe que existo», y comprueba que este cilindro, con un cristal y una bombilla en un extremo, es una linterna eléctrica. Es la primera vez que ve una. Pulsando un botón, se consigue luz lo bastante potente como para abrirse por la oscuridad.

—Tienes la pistola, ¿verdad? Tenla a punto.

Tienen que darse prisa. Se supone que han venido hasta aquí para evitar que Villadiego mate a Xavier. Los camiones ya se han parado, sus ocupantes están bajando. Solo hay que esperar que Villadiego no pueda actuar inmediatamente.

Uno de los cabos recorre el patio y habla con el brigada que comanda a los seis carabineros dispuestos para el trabajo. Todo el mundo se pone en movimiento.

Seis soldados se destacan de la formación alemana. Dos avanzan tres pasos, como muñecos mecánicos, para situarse junto al pozo y supervisar la carga del combustible. Los otros cuatro soldados continúan caminando hasta la puerta de entrada. Los carabineros, a una orden del brigada, los siguen.

Pasan por delante de la elegante puerta de medio punto donde Von Holtz, Baumeister, el comandante del submarino, el otro brigada y los tres cocineros tienen preparada la recepción. Comida y bebida en abundancia, copas para el champán y jarras para la cerveza. Candelabros con velas encendidas y ramos de flores porque, cuando se ponen elegantes, los militares acostumbran a ser muy cursis.

Salanova se pone el quepis, se mira en el espejo para comprobar que no lleva manchada la guerrera y sale. El patio está casi tan iluminado como en pleno día, tal como han ordenado los invitados alemanes. Anda hasta la altura del pozo, donde Von Holtz habla con el comandante del submarino, y Baumeister le sale al paso.

—Ya está ahí el Doktor Bambú —le dice.

—¿Quién?

—El Doktor Bambú. A él le gusta que lo llamen así. Le haremos los honores. Es el principal responsable de que estemos ganando la guerra.

—Las guerras necesitan héroes —dice Salanova, mirándose los pies, con un tono desdeñoso que hasta ahora solo había utilizado con sus subordinados—. Sobre todo, cuando la victoria es incierta.

Héroes tanto más ensalzados cuanto más incierta es la victoria.

—Al Doktor Bambú —dice Baumeister, cargado de dignidad y orgullo— hay que agradecerle todos y cada uno de los barcos que han hundido nuestros submarinos en el Mediterráneo. Él ha propiciado y supervisado la existencia de las bases secretas donde los submarinos encontraban apoyo y abastecimiento. —Y, en el mismo tono, sin dirigir la mirada al capitán de Carabineros—: ¿Qué diablos ha pasado con sus hombres y las armas?

—Se han asustado al ver las ametralladoras —responde Salanova, más encorvado e indiferente que nunca—. ¿Qué diablos hacen sus hombres con Schmeisser y granadas de mano en el cinturón?

Baumeister permanece inmóvil unos segundos, como si le costara encajar la pregunta, y, sin responder, vuelve al diálogo en alemán con Von Holtz.

Los cuatro carabineros que han conducido los camiones y el furgón hasta aquí ven llegar a cuatro soldados alemanes armados con Schmeisser y les sorprende que dos de ellos desplacen a los dos compañeros que estaban de guardia. Los otros dos buscan con la mirada quién manda aquí. De hecho, todos se están preguntando quién manda aquí. Salanova se separa del grupo que forman Baumeister, Von Holtz y el Korvettenkäpitan y, cuando se asegura de que sus hombres lo miran para ver si deben obedecer o no, hace una señal de consentimiento.

Los dos chicos, después de un titubeo, se dirigen al lado izquierdo, donde estos meses ha habido la cocina improvisada y los fogones todavía conservan el calor de la cena que han preparado hace un rato. Desde allí, los han llamado sus compañeros, como los asistentes del matador lo llaman desde el burladero. Se confunden con las sombras que se mueven por allí, bajo cubierto.

Villadiego y el Tarugo han abandonado las cabinas de sus camiones y también los ven llegar con aprensión. Se respira una atmósfera tensa y amenazante. Se preguntan dónde se han ido a meter.

Miquel, que ejerce de comandante de la expedición, a pesar de su juventud les ordena, muy educado, «Esperen aquí, por favor», y sale al paso de los soldados armados poniéndose el quepis con una

cierta arrogancia. Su uniforme resulta mucho más limpio, elegante e imponente que las indumentarias sucias de los alemanes. No sabe hablar en su idioma, pero es bastante explícito y expresivo. Les hace una señal para que lo sigan hasta el furgón Ford.

Amanda y Amadeu avanzan bordeando el bosque, con la protección de los árboles que limitan con el descampado. Amanda delante. Amadeu sigue a aquella mujer más amarga que la muerte, de corazón todo lazos y redes y manos como cadenas, según el Eclesiastés, 7:26. Para mantenerse ocultos, van dando un rodeo hacia la derecha del faro y llegan a una zona rocosa que desciende hacia el mar.

Cuando Miquel se ha alejado, los que han conducido los camiones hace un momento comentaban que no piensan trajinar más bidones. Basta ya.

—Yo ya tengo bastante. Hoy es el último día, el submarino es suyo y ellos utilizarán la esencia, así que les toca trabajar a ellos. Por una vez.

—Yo tampoco pienso descargar. Que lo hagan ellos, si quieren.

Eso era antes de ver los Schmeisser y la actitud de los boches. Los seis compañeros que venían detrás les hacen desistir enseguida con una actitud rígida que solo puede ser producto del miedo:

—Vamos, vamos, deprisa, que no está el horno para bollos.

—¿Qué pasa?

—Vamos. Acabemos la fiesta en paz.

Enseguida bajan la mampara abatible posterior de los camiones, ponen las rampas por donde bajarán los bidones rodando hasta las carretillas. Un bidón, dos bidones, tres bidones, en tres carretillas, y tres de los carabineros los empujan por el patio hacia el brocal del pozo. Trabajan con prisas, más pendientes de los fusiles ametralladores alemanes que de lo que se llevan entre manos.

Amadeu y Amanda han penetrado en una zona de grandes rocas que forman una especie de laberinto. El mar ruge rítmicamente abajo, a su espalda.

Dos demonios fueron a buscar a Amadeu a la «Pensión Asunción, primer piso, 5 pesetas» de la calle Vilá Vilá, «Nos han dicho que te ibas y hemos pensado “no puede ser, si no nos hemos despedido”». Dos demonios lo han agarrado de los pelos y lo han arrastrado por

los círculos del Infierno, haciendo que se olvidara de Dios, que conociera la Lujuria, la Gula, la Codicia, el Odio, la Blasfemia, la Estafa, la Crueldad, y ahora está llegando al Noveno Círculo, a la Sala del Trono de Satanás, donde tendrá que matar a alguien. Está absolutamente seguro de eso: hoy tiene que pasar la última prueba, y la última prueba tiene que consistir en cometer la máxima, suprema, transgresión. Matar. Y no se trata de matar a Villadiego, porque eso sería demasiado fácil. Ha de ser muerte resultado de traición. Y se pregunta a quién puede traicionar. ¿A su padre, por quien ha perdido todo el amor y todo aprecio? ¿A su padre, por quien no ha derramado ni una sola lágrima mientras fornicaba con la Salomé que bailó con su cabeza sobre una bandeja?

Ahora sabe que traicionará al que ha sido amigo suyo, protector y guía en los últimos tiempos. Lo traicionará: lo matará.

En este lado de la edificación del faro no puede verlos nadie. Con una carrera llegan hasta uno de los muros ciegos que cierran las edificaciones del faro por la derecha.

Pegados a la pared, se van acercando a la esquina. Saben que ahí mismo se encuentran los camiones aparcados en batería, uno, dos, tres, y al otro lado de la portalada, el furgón Ford.

En el furgón, saben que está Xavier. Y Villadiego, muy cerca.

El Marsa y Todoseguido, ocultos en medio del mobiliario fantasma, rodeados de recuerdos de la familia Pallarès, toda una vida arrinconada y escondida con la esperanza de que el mundo los olvide definitivamente, ven que los bidones llegan al pozo. A una orden perentoria del brigada, sus compañeros proceden a colgar el primer bidón, con cadenas, del brazo de la grúa, sobre la chimenea del pozo.

Se impone el ruido de los engranajes de la grúa y el tintineo de las cadenas cuando empieza a bajar el primer bidón de cincuenta litros a las profundidades.

Afuera, los dos soldados con ametralladoras, acompañados de Miquel, han llegado hasta el furgón Ford. Alguno de los ocupantes ha abierto las puertas posteriores, para airearse, pero ninguno de los tres ha abandonado su asiento.

Amanda y Amadeu han avanzado entre los camiones y la pared y llegan a tiempo de ver cómo dos soldados alemanes y un

carabinero se dirigen al furgón Ford.

Hablan en alemán, y en alemán les contesta Rubén Rojas.

—Venga con nosotros. Usted solo.

—Él es mi escolta.

—Ahora sus escoltas somos nosotros. Por favor.

El supuesto uruguayo se despide de sus compañeros de viaje con una mirada indiferente y sale del furgón. Xavier ve cómo se aleja la perspectiva de casi un millón de pesetas, según palabras de Boureville. Este hombre es más valioso que el submarino.

Rubén Rojas, el Doktor Bambú, se dispone a introducirse en el patio cuando el joven Miquel se dirige a los dos soldados y les muestra el sobre blanco donde hay escrito «Kapitänleutnant Heinrich Baumeister». Uno le presta atención, el otro retiene al uruguayo pellizcándole la manga. No hay conversación. Miquel se limita a mostrar el nombre del destinatario y el soldado, sin mover los labios, le indica el grupo de oficiales que hablan ante la puerta de la derecha, que da a la zona noble del faro. Con un movimiento de cabeza, le indican que los acompañe.

Con dignidad de auténtico comandante responsable, Miquel les pide un momento y se agacha para hablar a los dos hombres que se quedan en el furgón:

—No se muevan de aquí. Vuelvo enseguida.

Villadiego ha bajado del camión y reclama al Tarugo con la mirada. No sabe qué hacer. Todo parece demasiado bien organizado, a la germánica, y no parece que se pueda dar ni un paso sin pedir permiso. Todavía quedan dos soldados alemanes armados entre ellos y Xavier Rutllana. Y también se interpone aquel muchacho, Miquel, que se dirige a ellos con corrección de engreído.

—Ustedes esperen aquí hasta que vengamos a buscarles. No tardaremos. Yo hablaré con el Kapitänleutnant Heinrich Baumeister para que les reciba enseguida. ¿Su nombre?

—Villadiego. Inspector Villadiego. Jefe de la Brigada de Investigación Criminal de Barcelona.

—Jorge Moreno.

—Bien. Esperen aquí.

Se van finalmente el dandi de andar altivo y el Miquel atemorizado, en medio de los dos soldados con Schmeisser.

Salanova, sonriendo como si estuviera de maravilla, se dirige a Baumeister para hablarle al oído:

—Ahora vuelvo. Voy a ver qué ha pasado con eso de las carabinas.

Se va hacia el faro.

Baumeister observa cómo se va y desvía la mirada hacia los dos brigadas, preguntándose si el capitán Salanova no debería hablar con ellos si realmente quisiera solucionar el problema de las carabinas.

Salanova llega a los cuatro peldaños, entra en el vestíbulo del faro y sube a su habitación, que está en el centro de la torre. Allí le esperan el petate, que ha estado llenando antes, y la pistola Bergmann Bayard modelo 1910 que le regalaron Fritz y Otto el primer día. La mete en un bolsillo lateral del petate. Con él al hombro, enciende un candil y, con el corazón latiéndole con fuerza, como si todo el cuerpo quisiera impedirle a golpes que continuara adelante, con las piernas inseguras que se niegan a obedecerle, vuelve a bajar al vestíbulo, donde se encuentra la habitación de Heinrich Baumeister, que también es la sala de transmisiones.

Abre bruscamente, haciendo ruido, como nunca entraría un ladrón, dispuesto a decir inmediatamente «Oh, perdone», en caso de ver a alguien acostado en la cama. «Me he confundido, no sé en qué estaba pensando.»

No hay nadie, ni en la cama ni en la habitación en penumbra.

Salanova recupera la cautela. Cierra la puerta y la luz del candil reduce todo el mundo a un escritorio y a la caja fuerte que se esconde debajo.

Piensa: «De esta tengo que salir limpio y rico. Que los espías son ellos. Yo no soy espía ni lo seré nunca».

Se agacha. Tiene que meter el torso bajo la mesa para agarrar bien la caja fuerte y cargar con ella.

Y en esta postura tan poco airosa lo sorprenden el ruido de la puerta al abrirse, la luz de la bombilla eléctrica y la voz cúbica de Heinrich Baumeister.

—¿Qué está buscando, capitán?

Hostia puta.

Al reaccionar, el capitán se pega un cabezazo contra la mesa. Se

quiere poner en pie, pero está en mala posición y no lo consigue a la primera, se tambalea, cae sentado en el suelo.

—¿Que qué busco? —va diciendo—. ¿Que qué busco?

Los ojos inexpresivos y penetrantes del alemán lo contemplan con un aire de superioridad insufrible.

—¿Que qué busco?

En el patio, el Korvettenkäpitan Röhler y Von Holtz reciben a Rubén Rojas muy efusivamente. El comandante del submarino le estrecha la mano con energía excesiva y en alemán le expresa la inmensa admiración que le profesa. Gracias a él, el submarino que comanda Röhler ha podido hundir casi trescientos barcos aliados en los últimos meses.

En segundo término, esperan con sonrisas postizas uno de los brigadas de Carabineros, los tres cocineros responsables de la comida, los dos soldados armados y Miquel, que quiere entregar el sobre cuanto antes. Pero queda claro que no va a poder hacerlo hasta que se acaben las demostraciones de devoción, los apretones de manos, las risas y las palmaditas en las espaldas.

—*Ich ziehe es vor, dass du mich* Rojas *nennst* .

—¿Rojas?

—*Nein, nein: es wird so ausgesprochen:* Rojas. *Mit diesem so spanischen Jot.* Rojas.

—*Brunnen.* Rojas.

—*Sehr gut* .

—Rojas.

Von Holtz tiene que explicar que los dos dirigentes del Enklave Zero, en realidad, son el Kapitänleutnant Baumeister y el capitán de Carabineros españoles Bartolomé Salanova, pero ahora se han ausentado un momento para hacer algo. Vendrán enseguida.

—Pero pasen, pasen aquí —dice en alemán—. Podemos empezar la celebración sin ellos, que es tarde y estos señores están cansados. —Y a Miquel, en español—: Pasa, pasa tú también.

—No —se resiste Miquel—. Yo solo traigo esta carta para el señor…

No lo sabe pronunciar, y quiere mostrar el sobre al alemán, pero este da por supuesto que es un encargo para Baumeister o Salanova, y tiene mucho más interés en incorporarse a la conversación con el

gran héroe.

—Ahora vendrá. Ya se lo darás. Espera un momento aquí. Tómate algo. ¿Te gusta la comida alemana? Sírvete algo. ¿Una cerveza?

Se conocen de vista, del ir y venir de estas semanas por las dependencias del faro. Von Holtz recuerda que este es uno de los confidentes de Salanova, especialmente distinguido porque ha conseguido los privilegios de hombre de confianza a pesar de su condición de catalán.

Acceden a lo que fue sala comedor de la casa de los Pallarès. El hogar está apagado porque es noche calurosa, pero da un aire confortable y familiar a la recepción. En medio, una mesa larga cubierta por una cantidad de platos manifiestamente excesiva. Una mezcla de platos alemanes y catalanes, muchas botellas de cerveza, algunas de las cuales refrescadas en un cubo lleno de hielo. Alguna botella de champán para los grandes brindis.

—*Ein Bier, Herr* Rojas*? Es ist authentisch bayerisch* .

48

APOTEOSIS

En la puerta, ocultos entre los Daimler y el muro, Amanda y Amadeu intercambian dudas con la mirada.

¿Y ahora?

Ahí están Villadiego y el Tarugo, y entre ellos Xavier. Amanda mira el bolsillo de Amadeu con énfasis suficiente como para que él entienda que a lo mejor es el momento de empuñar la pistola.

Amadeu lo hace. El arma parece helada en la palma de su mano. Ya no necesita montarla, porque esto ya se lo ha hecho antes Xavier. Ahora se asusta al darse cuenta de que la ha traído todo este rato en el bolsillo lista para disparar.

Villadiego se acerca al furgón Ford. Caracaballo no lo pierde de vista, pero queda claro que aquí no tiene tanta autoridad como antes. Aquí la autoridad la tienen los alemanes y sus Schmeisser plantados en mitad del paso. La inmensa espalda del inspector es una diana para el arma de Amadeu.

Amanda lo mira: «Va, ¿a qué esperas?».

Xavier se mantiene dentro de la caja del furgón. Escondido y asustado. Como el conejo en su madriguera.

Villadiego se dirige a los soldados en alemán, siempre simpático:

—*Ich komme in Frieden, Freunde. Deutschland leben. Ich komme, um zu helfen* .

Le sonríen, educados, pero no le dan conversación. A Villadiego le parece que están un poco crispados. Electricidad en el ambiente. No permiten que se acerque a su objetivo, así que habla con Caracaballo asomando entre los dos.

—Dámelo. A partir de aquí es mío.

—No. Se lo daré a quien se lo tenga que dar.

La presencia de los soldados alemanes y las metralletas no propicia la discusión. Villadiego se agacha y se mueve hasta que consigue ver a Xavier al fondo del furgón, y comprueba que Xavier

también puede verlo.

Ríe, feroz como el lobo que se relame contemplando a los cerditos con los ojitos brillantes:

—¡Eh, Rullana! ¡Rut-lana! ¡Aquí te estoy esperando! ¡Vas a ser mío! ¡Y ya sabes la que te espera, ¿verdad?! Eres un puto infiltrado y traidor. —Se ríe a su manera porcina, con ronquidos y «pro, pro, pro»—. Trabajas para los franceses, y se lo voy a decir a todo Dios. Te voy a vender. No esperabas verme aquí, cagón. Te creías que te ibas a escapar. Después de lo que le hiciste a mi señora esposa, ¿eh? ¿Te creías que te ibas a escapar? Pues no, señor. Te he seguido hasta aquí, y te habría seguido hasta el Fin del Mundo. Sabes la que te espera, ¿verdad? No te mataré a la primera, no. Tú me has destrozado la vida. Ahora te la destrozaré yo a ti. Y me van a pagar por ello.

Xavier observa al Tarugo entre los dos soldados y detrás del inspector, que hace el mono. Se miran. El Tarugo le debe mucho a Xavier Rutllana. Siempre se han entendido. El industrial debería saber que en él tiene un protector seguro.

Amadeu, pistola en mano, piensa que ha llegado el momento del gran sacrificio. «Apunta y dispara», se dice. Pero es demasiado fácil. Villadiego no es la víctima indicada. Demasiado fácil. Y Amanda lo mira incrédula, «¿A qué esperas?».

Villadiego decide que ha llegado el momento de mostrar su poder. Mete la mano dentro de la chaqueta y saca el revólver Star que siempre lo ha acompañado.

El alemán que tiene delante grita «*Nein!* » y le pone el cañón del Schmeisser en el pecho, provocándole un susto doloroso. El otro soldado también le encañona, los dos enfurecidos, o tan asustados como él, dispuestos a disparar si es preciso. Le gritan «*Die Waffe ziehen!* », y Villadiego lo entiende perfectamente. Se ríe y balbucea «pro, pro, pro» tratando de deshacer el malentendido, pero los soldados se están impacientando, «*Die Waffe ziehen! Die Waffe ziehen!* », y, cabeceando incomprendido, siempre riendo, tiene que tirar el revólver al suelo.

Se siente cansado. Muy cansado.

Amadeu relaja los músculos y respira hondo. Ahora ya no tiene que matar a nadie. No quiere hacerlo. Es lo último que puede hacer.

Es lo peor que le puede pasar.

En la habitación de Baumeister, el capitán Salanova se ha caído sentado en el suelo y pregunta «¿Que qué busco? ¿Que qué busco?». Tiene el petate al alcance de la mano. Empieza a levantarse de la manera más torpe posible. Tiene que ponerse a gatas, de espaldas a Baumeister. Se afianza sobre el pie derecho, sintiéndose observado y ninguneado por el alemán apolíneo, coge la pistola Bergmann del bolsillo del petate, se pone en pie, se vuelve hacia el alemán y dispara. El alemán recibe el impacto en el pecho y muere instantáneamente, cae como una estatua, sin parar el golpe con las manos, objeto inanimado.

A Salanova le parece que el tiro ha sonado como una explosión inmensa, aumentada por el vacío del faro. ¿Se habrá oído afuera?

Fuera alguien ha fruncido la nariz y ha torcido la cabeza. Esto que se ha oído, ¿ha sido un disparo?

El Marsa y Todoseguido, en medio del mobiliario oculto por sábanas, son quienes están más cerca de la torre y lo han oído, y lo han identificado sin duda.

—¿Has oído eso? Era un disparo, ¿no?

—Un disparo de pistola.

En el comedor de la casa de los olvidados Pallarès, con una copa de vino en la mano, escuchando a medias lo que le está diciendo Von Holtz, encarado a la larga mesa llena de comida, demasiada comida, Rubén Rojas ha percibido algo. ¿Un disparo? Está nervioso, deseando meterse en el submarino como los ayudantes del ilusionista se meten en el ataúd para desaparecer y aparecer de nuevo en otro sitio, bien lejos. Quizás esté demasiado pendiente de lo que pasa a su alrededor. Tal vez haya oído un tiro porque tiene miedo de oír un tiro. Y Von Holtz habla y habla, no para de hablar.

Miquel tiene que entregar el sobre al Kapitänleutnant Heinrich Baumeister, pero Baumeister se ha ido y no regresa y Miquel es un simple carabinero que nadie sabe lo que está haciendo aquí. Dejando aparte que Miquel hace días que no come como es debido y que aquí tiene, a su disposición, unos cuantos platos suculentos y, mientras nadie le hace caso, puede ir picando, e incluso sirviéndose una copa de vino delicioso.

En el patio, los carabineros que están bajando bidones de

gasolina al fondo del pozo no han podido oír nada debido al ruido de los engranajes de la grúa que los ensordece. Ahora bajan uno, abajo lo soltarán de las cadenas, lo dejarán a un lado y los engranajes de la grúa volverán a chirriar y las cadenas a tintinear mientras llegan nuevos bidones y vuelta a empezar.

Salanova está tratando de abrir la caja fuerte. Ha encontrado un cuchillo de combate entre las pertenencias de Baumeister y lo está encajando en el marco de la puerta para forzarla. Se le multiplican los brazos, las manos, los dedos, en un forcejeo grotesco en que ha perdido el control de su cuerpo. Hace palanca con todas sus fuerzas y le parece que la caja está a punto de abrirse, pero finalmente el cuchillo se rompe con una sacudida violenta y él se hace un corte en la mano y se caga en todos los santos con un gemido que parece llanto.

Muy nervioso, decide acabar de una vez. Se lleva la caja consigo y ya la abrirá después, cuando esté más tranquilo, bien lejos de aquí. Devuelve la pistola al bolsillo del petate, que se carga al hombro, se pone derecho el quepis y tiene que dar una zancada por encima del cadáver del alemán para salir de la habitación. Atraviesa el vestíbulo y sale al patio con el corazón en un puño.

Está dispuesto a todo. Baja las escaleras. No necesita candil porque los focos hacen luz de día. Camina tan deprisa como puede, abrazado a la caja fuerte, los ojos desorbitados, tembloroso, el petate sobre su hombro izquierdo.

El Marsa lo observa desde las sombras del mobiliario fantasma.

—Mira a Salanova.

Entre los muebles fantasmales y la tiniebla, se oyen los gritos alocados y festivos del Cabra, que, como siempre, hace el payaso:

—¡Eh, Marsa, yuju, no te escondas, no me dejes solo, que no me quiero perder la fiesta!

Al fugitivo patético se le cae la caja fuerte, que se abre con el golpe contra el suelo y escupe una buena cantidad de billetes de banco, que la brisa esparce por el patio. Se oye al capitán Salanova decir «Ay, no, por favor, no».

—¡Salanova, puto ladrón! ¡Y se escapa!

El Marsa se encara la carabina, dice «Hijo de puta» y dispara.

Esta detonación sí resuena por todo el patio. Y son muchos

quienes ven perfectamente cómo la bala entra por la sien derecha del capitán y sale por la izquierda con un estallido de sangre. El siguiente paso del capitán cae sobre una pierna derecha que pisa tierra firme; la pierna izquierda ya es de goma y no soporta el peso del cuerpo periforme que cae a plomo.

Todoseguido empieza a aullar como loco:

—Pero ¿qué has hecho? ¡Es el capitán Salanova!

La grúa se ha parado en seco, los carabineros se han tirado al suelo, un bidón ha quedado colgado, columpiándose sobre el brocal del pozo.

Salanova cae descoyuntado al suelo. A su alrededor, la brisa juega con billetes de banco.

La detonación deja clavados en el suelo a Amanda y a Amadeu, entre el morro de un camión y la pared, junto a la puerta de entrada, a la vista del furgón, Villadiego dándoles la espalda como diana gigante. Amadeu siente que se le congelan las vísceras y piensa «La violencia, la muerte, el asesinato, el Séptimo Círculo del Infierno, ríos de sangre hirviendo». Y los movimientos a su alrededor se hacen precipitación, gritos y sacudidas.

Un instante de duda y, a continuación, estalla la guerra. Ese horror que creían que solo existía en los lodazales de Francia, en las trincheras, ahora se presenta aquí, en la Costa Brava, por sorpresa, como la peor de las maldiciones. El patio se llena de detonaciones y fogonazos, una niebla azulada y el tableteo estridente de los fusiles ametralladores como una inmensa traca de San José, los silbidos de las balas que rebotan aquí y allá.

Los seis soldados alemanes que permanecían formados oyen el disparo, ven caer a Salanova y reaccionan automáticamente, sin pensar. Saben que han venido aquí a matar, están cargados de miedo y predispuestos, así que, en cuanto suena el primer disparo y cae la primera víctima, todos disparan contra los carabineros que tienen a la vista, los de la grúa, los de más lejos, los que están en la zona de sombras del pabellón de enfrente, de donde ha salido el disparo mortal.

—¡Larguémonos de aquí, Todoseguido! —grita el Marsa, en medio del temporal, mientras retrocede agachado hacia el fondo de las tinieblas abriéndose paso por la trinchera de trastos que lo

protege. Tiene un objetivo muy preciso—. ¡Ven conmigo!

Continúa gritando Todoseguido, que no se mueve:

—¡Asesino! ¡Él nos ha salvado la vida! ¡Nos ha avisado de que los alemanes venían a por nosotros!

Caen carabineros y cae el brigada que los comandaba. Alguno se salva parapetándose detrás del brocal, pero no tiene arma para replicar, de forma que se queda muy quieto, haciéndose el muerto.

Se acerca la voz del Cabra, ahogada por el miedo, pero siempre alegre:

—¡Eh, Marsa, Todoseguido! ¡Chicos! ¡Que estoy aquí!

Una granizada de balas percute contra los muebles cubiertos con sábanas. Los impactos suenan como pedradas, hay algún estallido de espejos rotos, o el chillido del metal, alguna bandeja de plata o quizás aquel Sagrado Corazón que ya fue herido tiempo atrás.

Nunca más volverán a oír la voz del Cabra.

Cárdenas, Rendueles y los otros asisten al intercambio de disparos desde las ventanas de la parte noble. No tienen carabinas Mannlicher pero sí pistolas Bergmann, y no dudan ni un instante. Los alemanes que están barriendo con una lluvia de balas el pabellón de enfrente les dan la espalda. Y en las espaldas reciben los balazos que no se esperaban. Uno lo recibe en la nuca y cae de bruces, otro se vuelve sorprendido y lo recibirá en la cara, que estallará como una olla llena de sangre. Tres soldados alemanes se pegan a las paredes, evitando el ángulo de tiro de las ventanas. Se miran, asustados. Se ponen de acuerdo. Buscan las granadas de mano que cuelgan de sus cinturones.

Todoseguido, en la nave de delante, está amorrado al suelo.

El Marsa llega al punto donde alguien derribó un tabique y una escalera que conducía a la puerta de un balcón elevado. Ha visitado el lugar suficientes veces como para conocerlo de memoria y poder moverse a tientas por él. A menudo, con luz de día, ha calculado cómo haría para llegar hasta la puerta vidriada del balcón que queda a unos tres metros de altura.

—¡Marsa! ¡Sabía que tú eras el asesino! ¡Tú eres el asesino de verdad, malnacido! ¡Has matado a Salanova, hijo de puta! ¡Tú sí que eres un asesino! ¡Tú eres mucho más asesino que yo!

Ahora, cuando parece que ha amainado la lluvia de balas,

Todoseguido agarra su carabina y rueda por el suelo para quedar boca arriba, apoyado en un mueble, y se encara el arma.

El Marsa ya está en lo alto de los restos que quedan de la escalera. La luna llena lo ayuda a través de los cristales sucios. No es fácil, resbala más de una vez, pisa en falso, está a punto de caerse, pero consigue agarrarse al marco astilloso y carcomido de la puerta y ponerse de pie sobre una pequeña cornisa.

Es fácil reventar la puerta. Cargando con el hombro y pegando un puntapié, ceden las bisagras y el marco cae de lado, al exterior del recinto del faro, a la libertad.

Es un cuadrado de cielo de luna llena y, en medio, la silueta negra del Marsa, a punto de saltar.

Todoseguido aprieta el gatillo de la carabina. Se produce una detonación y un fogonazo aturdidores y una nube densa que, cuando se desvanece, descubre el cuadrado de cielo nocturno sin la silueta del Marsa.

Quizás haya saltado y ya esté corriendo campo a través, hacia su pueblo, o quizás haya recibido el tiro, el caso es que ha desaparecido para siempre jamás de la vida de Todoseguido.

Dentro del furgón, Xavier y Caracaballo han encogido la cabeza entre los hombros. Afuera se ha declarado el Apocalipsis y ellos están presentes, pero dentro de una caja estrecha y sin ventanas, y no podrán explicar qué pasó exactamente.

Cuando se ha producido el primer disparo y se ha desatado la descarga de ametralladoras, los de la puerta se han vuelto hacia el interior del patio galvanizados, incluso Amanda se ha atrevido a ponerse detrás de los soldados alemanes y contemplar con ojos desorbitados aquel campo de batalla caótico donde parece que todo el mundo dispara contra todo el mundo, gente cayendo, gente tirándose de cabeza al suelo, gente muriendo, disparando, alrededor del pozo, donde ha quedado un bidón sobre el brocal colgando de la grúa como un inmenso péndulo.

Los dos soldados de la puerta no han tenido tiempo de reaccionar. Les han disparado las Mannlicher que hay emboscadas en la zona izquierda, donde antes estaban los corrales y ahora está la cocina. Uno de los soldados recibe el disparo en la cara. El otro en el pecho. Amanda pega un grito y vuelve a su escondite de un

salto. Amadeu la abraza y, de pronto, se siente útil y valiente, el único hombre capaz de defenderla.

Uno de los fusiles ametralladores ha caído a sus pies.

Villadiego se ha agachado y ha buscado refugio detrás del furgón Ford.

Ha visto cómo caían aparatosamente los dos soldados alemanes que se interponían entre él y Xavier y, a partir de este momento, su única obsesión es hacerse con el Star que antes ha tirado al suelo. Tal vez por eso no se ha dado cuenta de la presencia de aquella chica que salía de entre los camiones y el muro y volvía a esconderse, visto y no visto; es curioso lo que pasa con esta mujer, que ahora está, ahora no está, nadie está nunca seguro de haberla visto.

Xavier y Caracaballo contienen la respiración dentro del furgón, encogidos. Mirándose. El obrero que tiene que proteger al industrial, después de la explosión, ha tomado una decisión. Aparta los ojos del industrial odiado de tal manera que queda claro que lo borra de su vida, y poco a poco abandona la caja del furgón.

Entretanto, al fondo del patio, bajo la torre, dos de los alemanes diezmados, sorprendidos, heridos, desprotegidos y arrimados a las paredes han activado cada uno una bomba de mano y, a la voz de tres, «¡Uno, dos, tres!», las lanzan al interior de la zona noble, al dormitorio que les estaba reservado, donde Cárdenas y los suyos están recargando sus pistolas.

Estallan las dos bombas al mismo tiempo, con gran estropicio de cristales, con camas y literas que saltan por los aires, y se retuercen y atrapan a los carabineros que las utilizaban como parapetos.

En la gran sala de al lado, donde se celebraba la recepción, tanto los anfitriones, como el invitado, como los escoltas están boca abajo buscando protección debajo de la mesa. Von Holtz ya esgrime su pistola, y tiene que hacer algo para proteger al Gran Héroe, sabe que el enemigo a abatir son los carabineros y hay uno ahí mismo: Miquel, con su sobre blanco en la mano, agachado a su lado. No lo duda ni un segundo: le dispara un tiro en la nuca, a bocajarro. Miquel queda inerte con los ojos abiertos. El sobre blanco, bajo su cuerpo, pronto se manchará de sangre.

La explosión inesperada y a traición en las dependencias

adyacentes hace que Von Holtz, Rubén Rojas, el Korvettenkäpitan, los cocineros y los soldados vuelvan a besar el suelo, con miedo de que el cielo pueda caer sobre ellos.

Villadiego se ha decidido. Da dos pasos, agarra el revólver y se yergue.

Lo ven Amanda y Amadeu, esas dos presencias insólitas a las que no presta ninguna clase de atención. Está muy asustado y eso lo crispa, lo precipita, lo ofusca, solo piensa en matar al enemigo. La perspectiva de la venganza lo emborracha.

Se planta delante de la puerta posterior del furgón, donde Xavier Rutllana, con el brazo escayolado, lo mira paralizado.

Amanda, sulfurada, agarra la mano de Amadeu con la intención de arrebatarle la pistola. Él, tembloroso, se resiste.

Les interrumpe la voz del Tarugo:

—No, espera, jefe. —Su subordinado le está apuntando con su arma, la Browning FN belga del 7,65—. No es tan fácil.

El pobre idiota, cocainómano y torpe, el que siempre paga el pato, el desgraciado Tarugo, que no se llamaba ni se podía llamar de otro modo, siempre Tarugo, «Me cago en Dios, Tarugo, pero ¿qué haces?».

—Me han dejado que le acompañe a cambio de que les solucione su problema. De hecho, me han pagado para que le acompañe. A las autoridades de aquí ya las han avisado con una nota.

Y, en segundo término, el hombre líquido, el hombre de dientes prominentes con quien un día jugó a matar. ¿Te acuerdas, Villadiego?: «¿Pro, pro, pro qué te pasa? ¡Por Dios, qué peste! ¡Pero ¿qué has hecho?! ¿Te has cagao? ¡Mira, Tarugo, se ha cagao! ¡Pero, hombre, por Dios, Caracaballo, pero ¿qué te creías?! ¿Que te iba a matar? ¡No, hombre, no! Solo era una demostración. ¿Cómo te voy a matar si no has hecho nada malo?». ¿Te acuerdas, Villadiego? Y este también tiene una pistola en la mano.

—Caracaballo, no me jodas.

Disparan los dos a la vez. El Tarugo y Caracaballo. No se sabe si se han puesto de acuerdo previamente o no, igual han discutido en algún momento, «Me lo cargo yo», «No: es mío», «A mí me puteó mucho», «A mí me puteó más», «Bueno, pues ni pa ti ni pa mí: los dos a la vez, una, dos y…». Disparan, y disparan, y disparan.

Todas las balas de los dos cargadores impactan en el cuerpo inmenso de Villadiego y lo impulsan hacia atrás haciéndole caer lejos de la luz, bien lejos, a la más absoluta de las tinieblas. Catorce disparos, uno detrás de otro, uno más envenenado que el otro, todos mortales.

Amanda y Amadeu han asistido al asesinato inmóviles, entre los camiones y el muro. Él se siente definitivamente liberado de su responsabilidad y se separa de Amanda y tira la pistola al suelo. Por un segundo, ha esperado que se disparase, pero eso no sucede. El arma rebota y queda medio oculta por la arena.

El tiempo se paraliza. El Tarugo y Caracaballo miran a Amanda y Amadeu, que los están contemplando, con miedo de su próxima reacción.

Amanda es la primera que actúa. Da un paso hacia los dos y busca en su bolso.

—Tu coche está al final del camino, entre los algarrobos de allí —dice al mismo tiempo que le da al Tarugo un billete de quinientas pesetas.

Lo prometido es deuda.

Él sonríe y se relaja de golpe, encantado de haber conocido a aquella mujer que no sabe quién es, ni de dónde ha salido, ni si se habían visto antes o no. Tira la pistola al suelo, coge el billete de banco, asiente con la cabeza como muestra de gratitud, da media vuelta y echa a correr.

Xavier ha salido del furgón temblando de miedo y furia y, al ver a Amanda y Amadeu juntos, donde no deberían estar, experimenta una emoción que lo trastorna. Piensa que Amanda ya está definitivamente en otros brazos y el amor, el odio, los celos y la indignación le forman un bulto nauseabundo en la boca del estómago.

Amanda traidora, hija de puta.

La alegría de verlos tan cerca y la convicción de que tendrá que matarlos en cuanto tenga un arma en la mano.

Caracaballo le dedica unas palabras de despedida:

—Me voy, señor Rutllana. Estamos en paz. Me voy a luchar contra gentuza como usted. Quizás usted tenga razón y esta vez sea una Semana Cómica, pero tarde o temprano lo conseguiremos.

Porque nosotros tenemos la razón, la generosidad, la compasión, y ustedes no. En Rusia han ganado los míos, los nuestros; han derrocado al zar y, si allí han podido hacerlo, nosotros también podremos. Nos ayudarán, nos darán dinero y armas, y declararán la guerra al mundo capitalista.

Se va a toda velocidad por el camino hacia la colina del fondo, hacia el bosque de algarrobos, donde está el coche del Tarugo, para volver a la ciudad.

Amadeu todavía está aturdido y perdido en el laberinto del Infierno, oyendo la risa de la Muerte, cuando ve que Amanda se agacha y coge el fusil ametrallador Schmeisser que reposaba cerca de sus pies.

La chica ha tenido una idea loca.

Da dos pasos hacia el interior del patio, para gran sobresalto de Amadeu, y vacía todo el cargador del Schmeisser contra el bidón de gasolina que está colgando sobre el pozo.

Es Diana Cazadora en pleno trabajo, es Ester condenando a Hamman a la muerte, es Dalila esquilando a Sansón, es Judit con la cabeza de Holofernes, es Salomé con la cabeza de Juan, un momento glorioso, apoteósico. Sacudida por el arma que tiene vida propia entre sus manos, castañeteando de dientes, los ojos resplandecientes, fascinados por su propio atrevimiento.

Las balas impactan en el bidón, que se vuelve bola de fuego, una explosión sorda, fulgurante, densa y gelatinosa que se convierte en una lluvia de lava sobre todo aquel que se encuentre en el fondo del pozo, trajinando los otros bidones de gasolina.

Se levantan chillidos infernales del centro de la Tierra y más explosiones, probablemente de las bombas de mano que llevan los soldados de las profundidades, y, enseguida, el gran cataclismo de otro bidón que estalla bajo tierra y que convierte el pozo en volcán en erupción, escupiendo hacia el cielo una expansión de luz vivísima.

En este mismo momento, los hombres del grupo de Cárdenas que han sobrevivido a las granadas, hunden la puerta que comunica la zona de dormitorios con la gran sala de la recepción, el hogar, la mesa con la comida y los vinos, y atacan a los presentes con puños de hierro, cuchillos y pistolas. Von Holtz y el Korvettenkäpitan les

hacen frente. Rubén Rojas, con la catástrofe del pozo, ya había tomado la determinación de huir lejos de aquí, y se incorpora ágilmente y echa a correr como un atleta profesional, gana la salida sin que nadie le cierre el paso ni le dispare una bala, y recorre el patio, hacia la salida, con zancadas espectaculares.

Después de abrir los siete sellos y de hacer sonar las siete trompetas en el Noveno Círculo del Infierno, Amanda ha vuelto junto a Amadeu y lo abraza con fuerza, muy asustada, muy orgullosa de sí misma, muy excitada, chillando de manera incontenible, y el muchacho la recibe como un premio, pero esto no ha terminado aquí.

Porque alguien viene en una carrera de cien metros libres, y es Rubén Rojas, un millón de pesetas vivo o muerto.

49

LA CUARTA CHICA POR LA IZQUIERDA

Xavier quiere detenerlo. Se interpone en su camino y se le escapa un grito agónico:

—¡Ayudadme!

El hombre que viene a toda velocidad es más fuerte de lo que parece. Un meteorito. Nada puede pararlo. Se produce un choque brutal y Xavier sale disparado de espaldas, se le despegan los pies del suelo y cae pesadamente sobre el lado derecho, el de la herida, y el dolor lo electriza.

Amanda y Amadeu quieren ayudarlo a levantarse. Gimotea:

—¡Que no escape!

Gatea, agarra una de las pistolas que hay por el suelo y se levanta tambaleándose.

Amanda grita:

—¡La pistola, Amadeu, coge la pistola!

Amadeu se agacha y duda entre todas las armas de fuego que se le ofrecen. Opta por uno de los fusiles ametralladores que tiene al alcance, y le sorprende que pese tanto, y piensa «Esto aún no ha terminado, esta es el arma del sacrificio», la daga, el puñal sagrado.

Emprende la persecución. Amanda corre cerca de él con una linterna en la mano.

Rubén Rojas ha huido hacia la zona rocosa que baja al mar.

Braman las entrañas de la Tierra, el suelo vibra, los cantos rodados corren arriba y abajo, como cucarachas espantadas.

Amadeu, Amanda y Xavier, por este orden, se alejan de la luz de los focos y se sorprenden de que la claridad de la luna sea tan diáfana. Se dirigen al rugido de las olas que chocan contra las rocas. Amadeu se siente empujado contra su voluntad. Está cumpliendo alguna profecía antigua de la que nunca le avisaron. Se precipita hacia su condena y no sabe decir en qué momento empezó a equivocarse. Cuando abofeteó al señor rector, tal vez. Cuando

abofeteó al obispo. Herejía. Sacrilegio. Sujeta el arma en la mano y corre hacia el ara del sacrificio.

Acabemos de una vez. Cuanto antes mejor.

Allí, entre las rocas, va saltando la sombra de Rubén Rojas, una sombra móvil que serpentea por este dédalo de tierra irregular y cantos rodados.

Hasta que la silueta que se movía se fusiona con el perfil rocoso y el paisaje se queda quieto y la persecución pierde sentido. Amanda y Amadeu se detienen.

El vientre de la Tierra se retuerce de dolor. Hay un gigante colérico, encerrado en una gruta, que golpea las paredes con puños más duros que la piedra, llamadle «Pap*e Sat án, pape Sat án, aleppe!* », como lo llamaba con voz ronca Plutus, el guardián del Cuarto Círculo. Explosiones imparables en las profundidades, un monstruo ígneo que salta de un bidón de gasolina al otro, comiéndose la manguera que conectaba los bidones con el interior del submarino, imaginad bolas de fuego y explosiones que devoran a los soldados que se han quedado abajo, junto al sumergible, imaginad cómo revientan debido a las granadas que llevan al cinto, cómo se ahogan en el agua queriendo escapar de las llamas.

Amadeu, aterrorizado, ahora recuerda que, según Dante Alighieri, Satanás no es el Rey ni el Príncipe del Infierno, sino un pobre desgraciado atrapado en el círculo más profundo de todos, condenado a vivir mudo y hundido en hielo, pobre hombre. Amadeu piensa que el Gran Torturador no es Satanás, sino Dios, Dios en persona, Él es quien castiga los pecados del Mundo, no hagas caso cuando te digan que los perdona, Él es el ofendido y Él es el Juez y el Verdugo Supremo. Amadeu se siente muy, muy asustado, porque Dios es más temible que Satanás, Dios sí que es invencible.

Xavier se ha quedado rezagado. Tira del cordón que le ha preparado el doctor Moles y se libera de la escayola del brazo derecho. Saca la bengala que le han dado para indicar la situación de la base del submarino y le aplica la llama del mechero. No orienta el cohete hacia el cielo, como debería, sino que lo dirige al laberinto de rocas que bajan al mar.

Inesperadamente, las rocas se iluminan, revientan en colores

maravillosos, y hay un grito y el Doktor Bambú sale a la luz, figura siniestra que ahora camina sobre pies y manos, se incorpora, salta para acercarse adonde estallan las olas, y se tira de cabeza, en una zambullida impecable.

Amadeu lo ha localizado con el fogonazo de la bengala y ya está cerca del mar, y dispara el fusil ametrallador con la estridencia de un tableteo descontrolado, descarga arrasadora que pone las olas en ebullición precisamente en el punto donde ha desaparecido el enemigo. No puede haber fallado, y él lo cree y lo proclama con un grito eufórico.

—¡Le he dado!

Feliz, feliz, feliz de haber matado a una persona. Aquí era donde queríamos llegar. El sacrificio de la víctima. El triunfo de Satanás.

—No le has tocado —grita Xavier, furioso—. ¡No le has tocado! Las balas pierden fuerza al tocar el agua. Más allá de la superficie, caen como piedras ingrávidas hacia el fondo.

Ahora el mar, con brillos de luna, parece más negro e impenetrable que nunca. Ha recuperado el ritmo de vaivén, de cuna, con el júbilo ocasional de la espuma contra los escollos, y nunca sabrán si el hombre que no se llamaba Rojas ni Doktor Bambú habrá podido escapar.

Y, de golpe, son tres personas junto al mar, dos hombres iluminados por la linterna de una mujer. Los tres inmóviles, mirándose unos a otros indecisos, jadeando por la fatiga, el miedo y el pánico; moviendo los labios sin saber qué decirse.

—Puto inútil —consigue pronunciar Xavier, con rencor.

—Xavier —le recrimina Amanda, oculta tras el rayo de luz.

—¡Calla, tú! —estalla aquel industrial que alguien dijo algún día que era peligroso—. ¡Calla tú, malnacida, que hiciste que hundieran mis barcos! —Levanta la voz, en previsión de que ella le quisiera replicar algo—: ¡Calla, ya lo sé! ¡Me has engañado, me utilizaste! —Y levanta la pistola que tiene en la mano, y encañona a la chica, y añade un nuevo grito exasperado, el grito definitivo—. ¡Hija de la gran puta!

Amadeu intuye lo que va a pasar y dirige el Schmeisser hacia Xavier. Ha llegado el momento, Amadeu piensa que no ha podido evitarlo, piensa que es sin querer, es tan fácil apretar un gatillo…

¿Aporreó él a su padre? ¿Y Amanda bailó en torno para celebrarlo?

Ahora ya es demasiado tarde para cualquier respuesta.

Amanda solo es capaz de abrir mucho los ojos y decir «Oh» mientras hincha el pecho preparando el grito de horror y de dolor, y Xavier aprieta el gatillo, y Amadeu también acciona el disparador de su fusil ametrallador y, por unos instantes espantosos, los tres viven la experiencia de la muerte. Los tres viven las detonaciones, la traca desatada de la ametralladora, la bala que perforará el cuerpo delicioso de la bailarina, la ráfaga bestial que tiene que partir en dos la figura elegante del armador Rutllana.

Xavier, Amadeu y Amanda se tambalean y caen al suelo en medio del terremoto que hace rato que se anuncia desde el centro de la Tierra. El gigante diabólico y colérico que está pegando puntapiés en las paredes de la cueva de Ixent ha conseguido vencer toda la resistencia de la diosa Gea, nacida del Caos, y ha encontrado la grieta precisa para hacer que se hunda el mundo. Los bidones de gasolina que habían bajado a la cueva se han ido encendiendo y explotando y, a través de la manguera con que la nave se estaba abasteciendo, el fuego debe de haber llegado a la santabárbara, o al depósito de torpedos, y, por fin, la caverna, probablemente deteriorada por la perforación del pozo y las obras hechas para acoger submarinos, no ha podido aguantar más y se desmorona. El acantilado de la Cresta, el cabo de Ixent, estaba vacío por dentro, desde el principio del mundo el agua había entrado por aquel agujero y lo había ido vaciando, oleada a oleada, hasta que hoy, con esta agresión humana, no ha podido soportar más y la cueva ha dejado de ser cueva y el acantilado ha dejado de ser acantilado, y alrededor de Xavier, Amadeu y Amanda, la tierra tiembla y se agrieta, las rocas se desprenden unas de las otras y ruedan hacia el mar, el complejo arquitectónico del faro se parte y la torre se inclina hacia el precipicio, se rompe en dos y cae en catástrofe entre los escollos.

Cuando amaina el cataclismo, Xavier y Amadeu se incorporan con las armas en la mano, y se miran a la luz de la luna porque la luz de la linterna de Amanda y los focos de wolframio y el ojo ciclópeo del faro se han apagado, y a partir de ahora tratarán de digerir en la penumbra el ridículo de la inutilidad de las dos armas

de fuego que empuñan: la Browning FN belga del Tarugo, que no tenía balas porque todas, las siete, han ido a parar al tórax de Villadiego, y el Schmeisser que el mismo Amadeu había descargado hasta el último cartucho disparando contra las olas. Ha llegado el Fin del Mundo, sí, pero no lo han provocado ellos apretando gatillos. No son tan poderosos. Dos percutores han chascado contra recámaras vacías. Y ahora, en un silencio de gritos lejanos, algún tiro espaciado y el estruendo de camiones que llegan, la brisa despeina a los dos agresores.

¿Y ahora?

¿Ya está?

¿No eran las trompetas del Apocalipsis, eso que se oía?

El monstruo del subsuelo se ha cansado de protestar, y después de la catástrofe sigue la calma. Puede ser que haya muerto mucha gente y que esto haya sido realmente el Fin del Mundo, el fin de muchos mundos, tantos como víctimas haya habido. Pero ya está. Si continúas vivo, no ha pasado nada.

Actualmente, los habitantes de esta zona de la Costa Brava y los turistas que vienen a disfrutar del paisaje y el clima mediterráneos, en el cabo de Ixent, a unos cincuenta kilómetros de Sant Pau del Port, solo encuentran unas ruinas medio cubiertas por la vegetación y redondeadas y desfiguradas por la erosión del mar y del viento. Dicen las crónicas que aquí hubo un faro en lo alto del acantilado de la Cresta, construido sobre una cueva subterránea inmensa producto del desgaste de siglos, que un buen día se hundió, arrastrando acantilado y faro. La leyenda dice que, bajo el mar, cubierto por las rocas y restos de una construcción, si alguien se decidiera a excavar, encontraría un submarino alemán de la Primera Guerra Mundial.

Amanda solo se ha dado un segundo para parpadear y mirar a Amadeu y a Xavier y desaparecer. Ha corrido hacia las sombras retorcidas de los algarrobos y enseguida ha dejado de ser una silueta, una sombra en movimiento y una presencia.

Los camiones que llegaban eran los del pelotón que montaba guardia a diez minutos de aquí. Sablon, Théo, el escorpión a quien llaman el Triste, y una pandilla de alemanes desertores con ganas de bronca, fuertemente armados y con aquella ametralladora

Browning M, que hoy no tendrá oportunidad de disparar ni un tiro. Todos se sorprenden al encontrarse aquí con Caramba, y tan bien vestida, disfrazada de chica normal, y le dicen que han encontrado la base guiados por el fragor de la batalla, y preguntan y ella les replica que le parece que han llegado tarde.

Enseguida, Caramba se esfumará en el paisaje. Quizás alguien hablará de una mujer vestida con falda-pantalón, parecida a la Pearl White de *Los peligros de Paulina* , que se materializó inesperadamente en medio del combate y provocó el gran cataclismo, pero la anécdota resultará tan increíble que enseguida se exagerará, o se acallará, y quedará como una visión resultante del miedo y de la confusión del tiroteo.

¿Una chica? ¿En la base del cabo de Ixent? ¿Amanda? No, no hubo ninguna mujer, aquella noche.

Parece que no. Dicen que no. ¿Amanda? ¿Amanda Rogent?

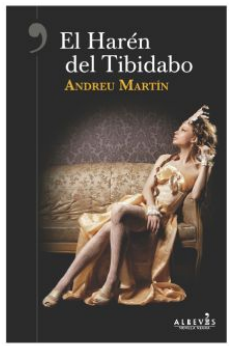
Sí, hombre, Amanda Rogent, aquella chica que aparece y desaparece, que nadie está seguro de haberla visto nunca. Aquella chica que trabaja en el Moulin Rouge del Paralelo. La que va después de la Bella Púbica, aquella que dice que a los hombres hay que cogerles el tranquillo, y «que viene la mama, que viene la mama», «si la mama bien, que venga». Pregúntele al camarero que lo recibirá en la puerta, uno de casaca roja con cordones y botones dorados, y unas patillas y bigotes estrafalarios, que se llama Manel y es muy charlatán. Él se la indicará. Es una de las ocho chicas que salen de coristas con Blanca Do y el Pulguerío. Cantan «*Hay una pulga maligna / que a mí me está molestando, / porque me pica y se esconde, / y no la puedo meter mano* », mientras se levantan el camisón con dos dedos, enseñando las piernas, y a veces incluso se bajan el escote, buscando la presunta pulga picadora, y exhiben sus pechos, ah, sí, que la chica esta que digo tiene unos pechos pequeños, blancos, de pezones rosados. La cuarta chica por la izquierda.

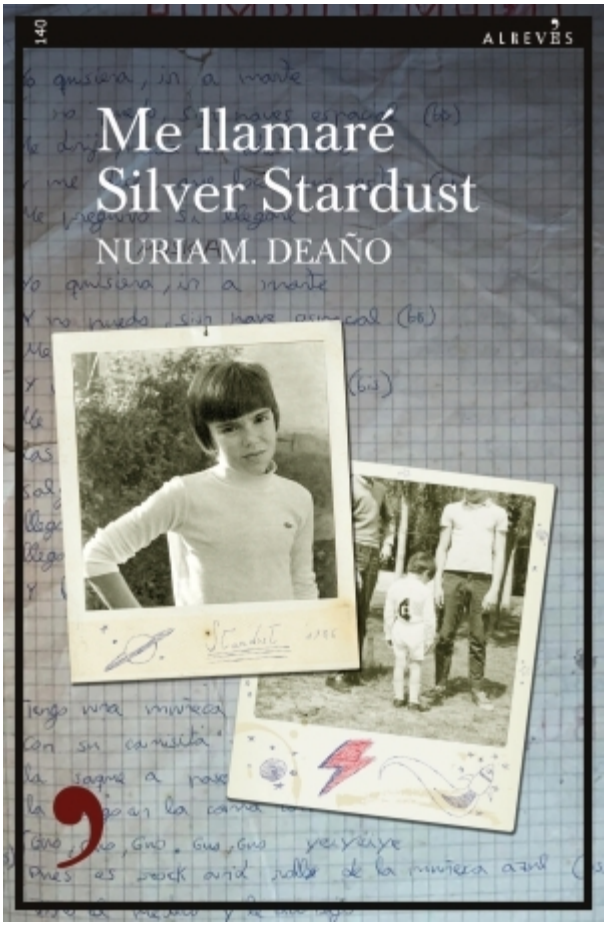
Esa, esa que ahora mira a la platea, y sonríe al ver a dos hombres muy elegantes y muy serios, muy culpables y muy asustados. Han entrado por separado. Primero uno, que ha ido hacia la derecha de la platea, con ese andar chulesco de quien se ha comido el mundo más de una vez; y después el otro, más modesto,

con su mirada de niño, los dos admirándola fascinados, acaso los únicos de todos los espectadores que se fijan en ella, como admiradores incondicionales.

(9 de septiembre 2021-29 de abril 2022)

Otros títulos de Andreu Martín





Me llamaré Silver Stardust

Deaño, Nuria M.
9788418584992
236 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En el invierno de 1999 un **yonqui cualquiera entra en una kunda**

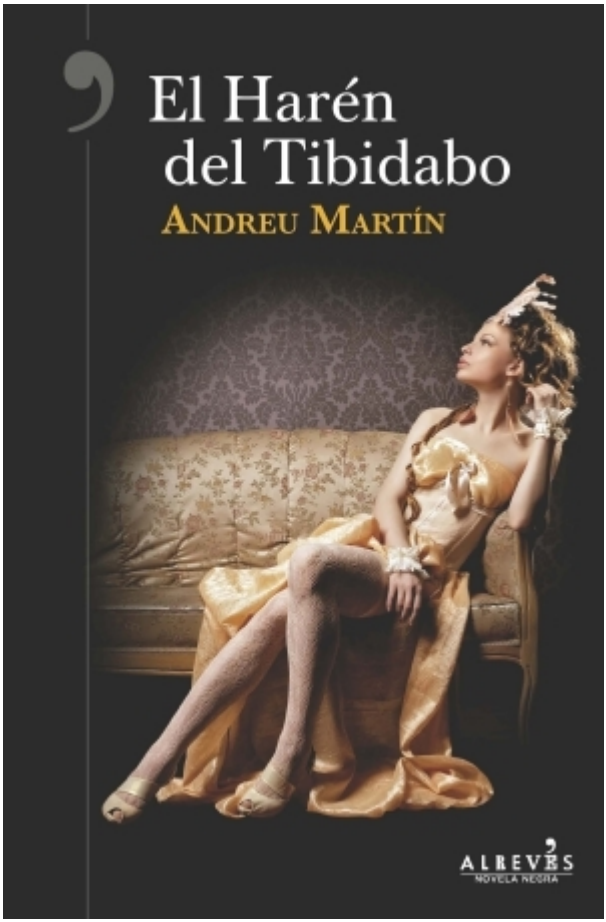
que le lleva a un poblado chabolista en las afueras de **Madrid** para pillar **droga** . Y los acontecimientos se precipitan: en el filo de una noche al borde del milenio, comienza un **viaje a la infancia de ese yonqui** que deambula por Madrid en busca de redención, un yonqui a quien de niño, con doce años, todos llamaban **Silver** y que se creía afortunado, que tenía un padre que era un **héroe** , una madre que no dejaba de llorar, una izquierda prodigiosa para el **fútbol** , y un secreto compartido, y una pandilla de amigos y las ganas de fumar a escondidas, de crecer, de triunfar, de tocar el bajo en un grupo de rock y **llamarse Silver Stardust…**

Me llamaré Silver Stardust es una novela **deslumbrante** , **inesperada** , un **descubrimiento** literario que equilibra con **maestría** la **nostalgia** , la **ternura** y la **compasión** ; que retrata el Madrid de los setenta y de los noventa **sin dulcificarlo** ni regodearse en el costumbrismo; con unos personajes que están vivos, que son reales y creíbles. Tanto que no dejan nunca de perder. Suerte que su autora logra la proeza de conseguir, de alguna manera, salvarlos a todos.

¿Es osado decir que estamos ante una de las mejores novelas de 2023? Posiblemente lo sea. Pero estamos convencidos de que es verdad.

«Una novela tensa y afilada, atrapante y estremecedora», Rosa Montero

Cómpralo y empieza a leer



El Harén del Tibidabo

Martín, Andreu
9788417077297
306 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

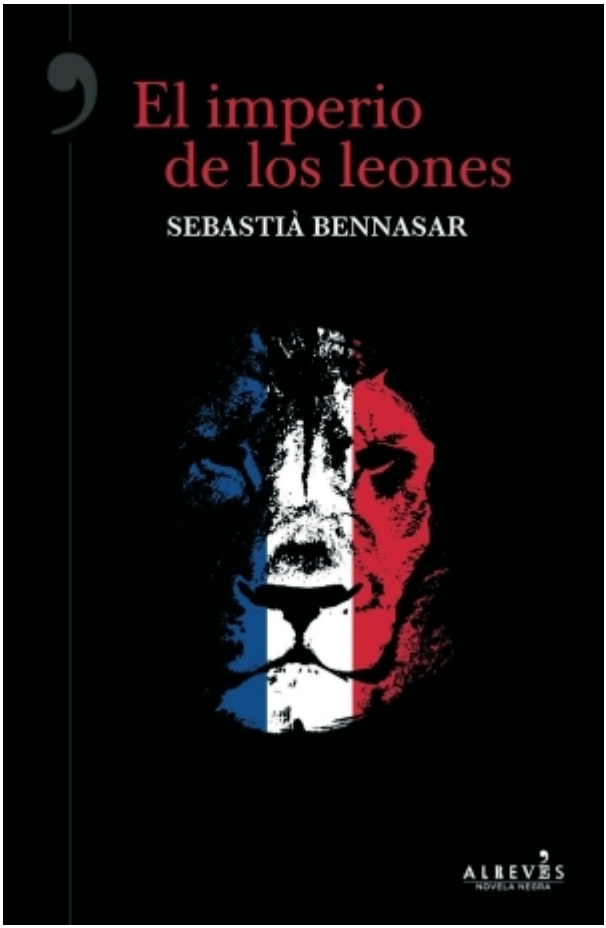
En la avenida del Tibidabo, por donde circula el viejo Tramvia Blau

entre imponentes mansiones modernistas, se encuentra el Harén, un exclusivo prostíbulo, muy popular ya en tiempos del franquismo: el más lujoso de la ciudad, con puertas doradas, cámaras de vigilancia, vitrales de colores, cortinajes y tapices, y repleto de refugios, con salas clandestinas y pasadizos secretos. Tan secretos como los misterios que esconden también muchos de sus protagonistas.

Y es que Mili Santamarta, histriónico personaje y único heredero de la saga familiar y regente del club, recibe la terrible noticia del hallazgo del cuerpo de su madre, asesinada con dos tiros en la nuca. Junto a Sancha, su madre adoptiva y mano derecha del burdel —y también traumatizada por la muerte de su hijo años atrás—, emprenden un largo camino para aclarar los hechos y encontrar una verdad que, al final, supondrá una caja de sorpresas, con desaparecidos, traficantes de mujeres, listas inesperadas, sectas satánicas, rituales de vudú, clubes sadomasoquistas… y muchos muertos.

Con esta novela, la voz imperecedera de Andreu Martín vuelve con una dura historia, violenta, pero con buenas dosis de ironía y humor, con giros constantes que inyectan un ritmo vertiginoso en el que apenas queda espacio para la pausa, y ahí el lector se convierte casi en un personaje más dentro de una trama donde cada detalle cuenta.

Cómpralo y empieza a leer



El imperio de los leones

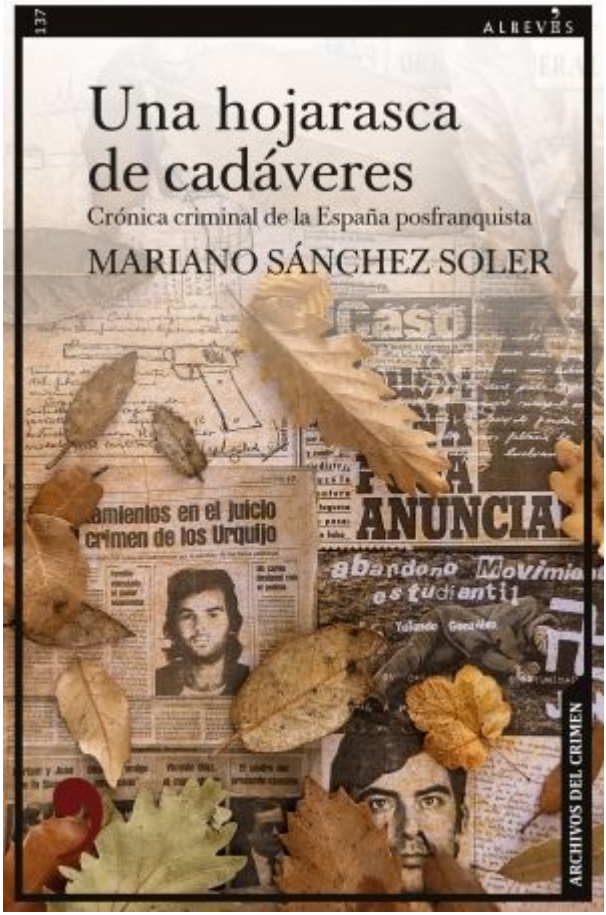
Bennasar, Sebastià
9788416328857
284 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En 1972 Jean Neige y su banda preparan el golpe que los tiene que

consolidar como uno de los grupos criminales más peligrosos de Francia. Pero hacerse con el control de la mafia en Lyon es un largo camino de sangre que justo han empezado a recorrer y que los conducirá a urbanizar la Costa Brava, controlar la prostitución de media Europa y también el tráfico de hachís, entre otras cosas. La banda, siempre con un pie en sus negocios ilegales y otro en los de dudosa reputación como la construcción, en el 2006 se ve en una encrucijada. ¿Podrá el hijo de Neige, el heredero, mantener el clan en la cima del poder?
Con esta historia, inspirada en algunos de los clanes mafiosos franceses que han operado en nuestro país desde los años setenta hasta hoy, el autor se zambulle en lo más profundo del alma humana con una obra clave del género negro contemporáneo.

Cómpralo y empieza a leer



Una hojarasca de cadáveres

Sánchez Soler, Mariano
9788418584862
256 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

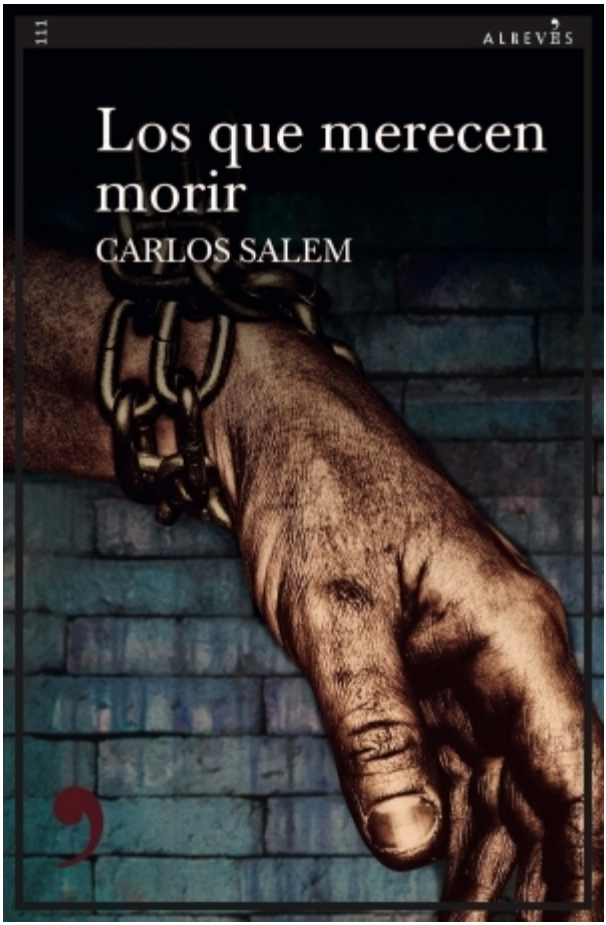
Durante años viajé por **España** siguiendo un rastro de sangre. Era

mi trabajo. **Como periodista he buscado la dimensión global de cada crimen** . Son muchos los parricidios, los **asesinatos** económicos, políticos y familiares que he descrito en crónicas y reportajes. Sé que resulta difícil sentarse al lado de los muertos cuando los vivos, los agresores, acaparan nuestro interés y nuestro miedo.

Existen crímenes que me han perseguido durante toda mi existencia. Me sumergí en ellos por trabajo como periodista de investigación, inconsciente de lo que iban a suponer en mi realidad profesional y personal. Han pasado las décadas desde aquella **España posfranquista** , y sigo siendo un experto en el asesinato de **Yolanda González** , de los **marqueses de Urquijo** , en la desaparición de **El Nani** , en el parricidio de la **Dulce Neus** , en el infanticidio de **Paquito Reyes** , en el atentado racista contra **Lucrecia Pérez** , en la secta montañera **Edelweiss…** El corazón humano es un misterio y el cerebro un infierno. Quienes escribimos sobre estos asuntos solo podemos ser humanistas a fuerza de conocer de cerca tanto horror.

Este libro visita por última vez mis crímenes verdaderos y algunos paisajes **ensangrentados** . Son los **más importantes en mi carrera** como periodista, y ahora, que me acerco a una edad inquietante, necesito escribirlos y **devolverlos a este mundo tan salvaje** que nos ha tocado en suerte.

Cómpralo y empieza a leer



Los que merecen morir

Salem, Carlos
9788417847975
414 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

"Me llamo Nadie" será lo último que escuchen las víctimas de este

asesino sin rostro antes de su último suspiro. Su misión, ejecutar a aquellos que han salido indemnes de sus culpas gracias a las grietas del sistema; pero quizás hay algo más.
La ola de crímenes tiene en jaque a la policía, y para detener a Nadie recurren a Severo Justo, el policía más condecorado y apegado al reglamento, con un pasado singular como sacerdote y que decide que este será el último caso que resuelva antes de suicidarse.
Para atrapar al asesino, Severo reúne un equipo heterogéneo que incluye a Dalia Fierro, una psiquiatra con cuatro doctorados y docenas de voces que discuten en su cabeza, una hacker octogenaria y un forense que habla con los muertos.
Pero el asesino se obsesiona con el pasado de Severo Justo y decide incluirlo en sus planes. Nadie está a salvo de Nadie.

Cómpralo y empieza a leer